LIBRO dot.com

Aurora espléndida

JACK LONDON



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Era una noche tranquila para el Tívoli. Ante la barra del mostrador alineábanse media docena de hombres: dos discutían con aire deprimido e intervalos de moroso silencio los méritos y ventajas del té de abeto y del zumo de lima en los casos de escorbuto. Los restantes apenas les escuchaban. En hilera, junto a la pared opuesta, se hallaban las mesas de juego. La mesa de dados estaba desierta. En la de faraón, jugaba un solo hombre. La ruleta no giraba, no tenía público, y el encargado de los juegos charlaba junto a la estufa con una joven de ojos negros, linda de cara y conocida de Juneau a Fort Yukon por el nombre de la "Virgen".

Tres individuos jugaban al póker sin entusiasmo ni mirones. En el centro de la sala de baile, tres parejas valsaban lánguidamente al compás de un violín y un piano.

No obstante, Circle City no estaba desierta ni carecía de dinero. Los mineros de Moosehide Creek y otras minas del Oeste habían llegado; el verano había sido fructífero y las bolsas estaban repletas de oro en polvo y pepitas. Aun no se había descubierto el Klondike, ni los mineros del Yukon conocían !as posibilidades que Crecían !as minas profundas y la fusión del hielo de la superficie con Hogueras de leña. No se trabajaba en invierno; invernaban en grandes campamentos como Circle City durante !a larga noche área. Se aburrían, tenían las bolsas bien provistas, y la única diversión la constituían las tabernas y casas de juego. Sin embargo, Tívoli estaba casi desierto, y la Virgen, junto a la estufa, bostezaba, diciendo a Charley Bates:

-Si esto no se anima pronto, me voy a la cama. ¿Qué ocurre en el campamento? ¿Se ha muerto todo el mundo?

Bates n siquiera se molestó en contestar; continuó liando taciturno un cigarrillo. Dan MacDonald, el primero que abrió una taberna y una casa de juego en el Yukon superior, propietario del Tívoli y de sus juegos, cruzó desolado la desierta sala, uniéndose ellos.

-¿ Se ha muerto alguien?-le preguntó la Virgen. -Así parece-fué la respuesta.

-Entonces debe haber sido todo el campamento-dijo ella, bostezando de nuevo.

MacDonald sonrió, asintiendo e iba a responder, cuando se abrió a puerta y un hombre apareció en el umbral. Una ráfaga de escarcha, convertida en vapor por el calor de la sala, !e envolvió por un instante, y extendiéndose por el suelo llegó hasta unos tres metros de la estufa donde se disipó. Tomando de un clavo, junto la puerta, una escobilla de paja, el recién llegado limpió de nieve sus mocasines y sus gruesos calcetines de lana. Habría parecido un hombre fornido, de no habérsele acercado un franco-canadiense gigantesco que le estrechó la mano.

-¡Hola, Daylight! -fué su saludo. -¡Cuánto me alegro de verte!

-¡Hola, Luis! ¿Cuándo llegasteis todos vosotros?-contestó el recién llegado.-Vamos al mostrador y nos contarás iodo lo que pasa en Bone Creek. ¡Choca esa mano otra vez! ¡Dónde está tu socio? Lo ando buscando.

Otro gigante se aproximó a ellos para estrechar la mano. Olaf Henderson y Luis el Francés, socios en las explotaciones de Bone Creek, eran los dos hombres más altos de la región, y aunque le llevaban tan sólo media cabeza al recién llegado, éste, al lado de ellos, quedaba por completo empequeñecido.

-¡Hola, Olaf! Quedas de mi cuenta-dijo el llamado Daylight. -Mañana es mi cumpleaños y te voy a tumbar, ¡sabes? Y a ti también, Luis. Siendo mi cumpleaños, os puedo a todos. Ven a beber, Olaf, y os explicaré lo que pienso hacer.

La llegada de Daylight infundió nueva vida en el establecimiento.

-Es Burning Daylight-exclamó la Virgen, que fué la primera persona que le reconoció al aparecer en e! umbral.

Las facciones de Charley Bates se iluminaron y MacDonald se acercó a los tres hombres. Con !a llegada de Daylight, el local se animó súbitamente. Los camareros y mozos del mostrador desplegaron mayor actividad. Las conversaciones subieron de tono. Oyéronse risas. Y cuando el violinista, asomando !a cabeza por una puerta, dijo a! pianista: "Es Burning Daylight", el vals se hizo más brioso y los bailarines tomaron mayor interés en su danza. Era sabido que nadie se aburría cuando Burning Daylight estaba presente en cualquier sitio.

Al volver la cabeza vio a la mujer y notó en su mirada una expresión de simpatía.

-¡Hola, Virgen !-exclamó.-¡Hola, Charley! &Qué os ocurre? ¿Por qué ponéis esas caras cuando los ataúdes sólo valen tres onzas de oro en polvo? ¡Venid y bebed! ¡Venid, todos, cadáveres insepultos y elegid vuestro veneno! Esta es mi noche y voy a correr !a gran juerga. Mañana cumpliré treinta años y seré un viejo. Es mi último adiós a la juventud. ¡Estáis conmigo? ¡Venid, pues !

-¡Aguarda, Davis!-gritó al croupier del faraón, que iba a levantarse de su silla.-Voy a jugar y veremos si beben todos a cuenta mía o a cuenta tuya.

Sacando un abultado saquito de oro en polvo, lo puso sobre la carta más alta.

-Cincuenta-dijo.

El croupier tiró dos cartas: La más alta ganó. En un trozo de papel anotó la cantidad y el pesador de !a taberna pesó oro en polvo por valor de cincuenta dólares, que echó en el saquito de Burning Daylight.

Había terminado el vals, y las tres parejas, seguidas del violinista y del pianista, que se dirigían al mostrador, fueron vistos por Daylight, quien gritó:

-¡Venid aquí! ¡Pedid lo que queráis! ¡Corre de mi cuenta! Es mi noche, y no es una noche que se repite con frecuencia... Venid, vagabundos, comedores de salmón. Esta es mi noche.

-Una noche de perros, una noche sarnosa-interpeló Charley.

-Tienes razón, muchacho-asintió Daylight alegremente.-Es una noche Sarnosa, pero es mi noche. Y yo soy el lobo sarnoso. Oid cómo aullo.

Y aulló como un lobo solitario en la inmensidad de la selva, hasta que la Virgen se tapó los oídos con sus lindas manos, estremeciéndose.

Un momento después se la llevaba, casi a rastras, a la sala de baile, donde tres parejas ya bailaban una contradanza de Vir. ginia, viva y animada. Hombres y mujeres bailaban en mocasines; pronto el local fué todo bullicio y alegría, del que Daylight era el centro y el animador, con sus ocurrencias y bromas, alejando la tristeza en que lo había encontrado.

Su llegada cambió la atmósfera de la sala; parecía llenarla con su tremenda vitalidad. Los que entraban de la calle lo advertían al instante y en respuesta a sus preguntas, los mozos del mostrador contestaban comprensivamente: “Burning Daylight está de juerga".

Y los que entraban se quedaban, y pedían otra copa. Los jugadores se animaban, llenándose pronto las mesas, oyéndose el monótono rodar de la bolita en la ruleta y el chasquido de las fichas por encima del rumor de las conversaciones, carcajadas y blasfemias.

Eran muy pocos los que conocían a Elam Harnish por otro nombre que el de Burning Daylight "es de día" o, si se quiere, "aurora radiante'% apodo que le habían dado por su costumbre do hacer levantar a sus compañeros al amanecer, diciéndoles que ya era pleno día, es decir, que no desperdiciaran aquellas horas de trabajo.

De entre los pioneros de aquella región ártica y salvaje, donde todos los hombres eran pioneros, se le consideraba como uno de los más antiguos, es decir, primeros. Hombres como Al Mayo y Jack MacQuestion llegaron antes que él, pero llegaron cruzando las Montañas Rocosas desde la región de Hudson Bay al Este.

El, por el contrario, fué el pionero, el primero que atravesó los desfiladeros de Chilcoot y de Chileat. En la primavera de 1883, doce años atrás, cuando tenía dieciocho, atravesó el Chilcoot con cinco camaradas. En otoño lo atravesó de nuevo en en viaje de regreso, con uno sólo. Los otros cuatro habían perecido en las desoladas inmensidades árticas. Y durante doce años Elam Harnish había seguido buscando oro entre las sombras del Círculo polar ártico.

Nadie había seguido buscándolo con tanta obstinación y resistencia. Había ido creciendo desarrollándose coa la región; no conocía otra. La civilización era, para él, como un sueño de otra vida. Campamentos como Porty Mile y Circle City eran, para él, metrópolis. Y no sólo había crecido, se había desarrollado, al mis• mo tiempo que la región, sino que había contribuido a su desarro-llo. Había creado historia y geografía, y los que le siguieron relataron sus proezas y pusieron en el mapa los senderos que sus pies habían trazado.

Los héroes no suelen rendir culto a otros héroes, pero entre los de aquella tierra virgen, y a pesar de su juventud, se le conside- raba como un héroe anterior. Había llegado el primero; reconocían además, que era el primero por sus hechos y su resistencia física. Era un valiente, un hombre leal y honrado.

Donde la vida es un azar que se juega sin darle importancia, los hombres se hacen jugadores por distracción y por relajación. En el Yukon se jugaba la vida por el oro, y los que encontraban oro se lo jugaban después. Elam Harnish no era una excepción. Era un hombre entre los hombree, y el instinto de jugarse la vida era en él fuerte y poderoso; el ambiente había determinado la forma en que había de jugársela.

Nació en una granja en Iowa; su padre emigró a Oregón, donde Elam pasó la infancia entre mineros. No había visto más que luchas tremendas en pos de grandes objetivos. La audacia y la resistencia eran elementos de importancia en el juego, pero la diosa Suerte daba las cartas. El trabajo honrado para obtener resultados seguros pero escasos, no servía. Un hombre jugaba fuerte, arriesgaba el todo por el todo, y si no lo conseguía todo, juzgaba que había perdido. Así, durante doce años, Elam había estado perdiendo. Cierto era que Moosehide Creek rindió veinte mil dólares el verano pasado, y que aun quedaban por extraer unos veinte mil más. Pero, como él mismo proclamaba, eso no era sino reintegrarse de su puesta. Durante doce años había estado apostando su vida, y cuarenta mil dólares eran escasa ganancia en proporción: el precio de una noche, unas copas y un baile, en el Tivoli, o una juerga en invierno en Cirele City, y un equipo y provisiones para el año próximo.

Los hombres del Yukon habían invertido la antigua máxima, diciendo: "Difícil de adquirir, fácil de gastar". Terminada la danza, Elam invitó de nuevo a beber a la concurrencia. Cada copa costaba un dólar; el oro en polvo se tasaba a razón de dieciséis dólares la onza; treinta concurrentes aceptaron la invitación, que se repitió entre danza y danza, siempre a sus expensas.

Era su noche y no podía consentir que nadie pagase nada. Y no es que Elam Harnish fuese bebedor. El whisky no le decía nada. Era demasiado fuerte y ecuánime para someterse a la esclavitud del alcohol. Pasaba meses seguidos en marcha por los caminos y los ríos sin beber más que café, y en una ocasión estuvo todo un año sin ni siquiera probarlo. Pero era hombre gregario, sociable, y como la única expresión social del Yukon era la taberna, se expresaba de esa manera. Cuando niño en los campamentos mineros del Oeste, había visto que los hombres así lo hacían. Y para él era la manera más apropiada de comportarse socialmente: no conocía otra.

A pesar de vestir como los demás que se hallaban en el Tívoli, su figura se destacaba de manera impresionante.

Llevaba mocasines de piel de ante, bordados a estilo indio; pantalones del tipo usado en las regiones árticas, y un chaquetón cortado de una manta. Grandes y largos guantes de cuero, forrados de lana, le pendían de un costado, sujetos por una tira pasada alrededor del

cuello y por encima de los hombros. Llevaba gorra de piel con las orejeras levantadas y las cintas sin anudar. Su rostro largo y delgado, un tanto hundido bajo los pómulos, parecía casi el de un indio; contribuían a este efecto la piel curtida y los ojos negros, aunque la piel bronceada y los ojos mismos eran esencialmente los de un blanco. Parecía tener más de treinta años; sin embargo, afeitado y sin arrugas, tenía aire juvenil. Reflejaba su edad más bien lo que había sufrido y resistido, mucho más de lo que la mayoría de los hombres. Había vivido intensamente, y algo de todo ello se reflejaba en su mirada ardiente como también vibraba en su voz, y parecía estar cuchicheando continuamente en sus labios.

Los labios mismos eran delgados, con tendencia a cerrarse en línea firme sobre !os dientes regulares y blancos; pero atenuaba la sensación de dureza la curva de sus comisuras, que los tornaba afables, como las diminutas patas de gallo daban alegría a sus ojos. Nariz delicada y proporcionada al rostro; la alta frente, para compensar su estrechez, espléndidamente abombada y simétrica. El cabello, corriendo parejas con la semejanza india, era negro y tenía el brillo revelador de una salud perfecta.

-Burning Daylight está aprovechándose de la luz artificialrió MacDonald, al oir las risas y los gritos de los bailarines. -Y es el más indicado para hacerlo, ¿eh, Luis?-dijo Olaf Henderson.

-Bien puedes decirlo-asintió Luis el Francés,-ese muchacho tiene un corazón de oro.

-Y cuando el Todopoderoso pase su alma por los lavaderos— interrumpió .MacDonald,-tendrá que añadir grava...

-¡Bien dicho l-exclamó Olaf Henderson, mirando al jugador con admiración.

-¡Muy bien dicho !-asintió Luis,-y opino que para celebrarlo hay que remojarlo con una copa, ¿eh?

CAPITULO II

Eran las dos de la madrugada cuando los bailarines decidieron descansar media hora para tomar un refrigerio. En ese momento Jack Kearns sugirió jugar una partida de póker.
Jack era un hombretón que, con Bettles, había intentado fundar una factoría en las fuentes del Koyokuk, muy dentro del Círculo polar ártico, con desastrosos resultados., Tras el fracaso, limitóse a cuidar las que ya tenía en Forty Mile y Sixty Mile, cambiando el giro de sus actividades, montando un aserradero y fletando un barquito para la navegación fluvial.

Transportaban el aserradero en trineo, indios y perros, y llegaría al Yukon a principios de verano, después del deshielo. Muy entrado el verano, cuando el mar de Bering y las fuentes del Yukon quedaran despejadas de hielo, el barquito, anclado en San Michaels, subiría por el río cargado hasta los topes de provisiones.

Jack Kearns propuso una partida de póker. Luis, Dan MacDonald y Hal Campbell-que había descubierto un filón en Moosehide-o sea los tres que no bailaban porque no había bastantes muchachas para todos, aceptaron la sugerencia. Buscaban un quinto catando Burning Daylight ealió de la sala de baile, del brazo de la Virgen y seguido de los bailarines. En respuesta al saludo de los jugadores, se acercó a la mesa.

-Queremos que tomes parte en la partida-dijo Campbell.¿Cómo estás de suerte?

-Esta noche me acompaña-contestó Daylight con entusiasmo y al mismo tiempo no. 'ó que la Virgen, con una ligera presión, le -advertía algo. Ella quería llevárselo a la sala de baile.-Estoy de suerte, pero prefiero bailar. No tengo ganas de desplumaros.

Nadie insistió. Aceptaron su negativa como definitiva, y la Virgen le tiraba del brazo para llevario junto a los bailarines que iban a tomar un resopón. De pronto Daylight cambió de opinión, no porque no quisiera bailar ni contrariar a la Virgen, sino porque la insistente

presión en el brazo le había hecho reaccionar, rebelándose. No quería que ninguna mujer le dominase.

Favorito de las mujeres, no por ello les daba demasiada impor. tancia. Eran juguetes, parte de la distracción tras una temporada de dura lucha por la vida. Las aceptaba como aceptaba él whisky y el juego; por experiencia sabía que era más fácil alejarse de estas dos últimas cosas que de una mujer, si se dejaba prender en sus redes.

Era esclavo de sí mismo pero se rebelaba, asustado o furioso, ante la posibilidad de convertirse en esclavo de alguien. La dulce esclavitud del amor parecíale incomprensible. Los enamorados que él había visto le parecían locos, y la locura era una cosa que a su juicio, no valía la pena de analizar.

Pero la camaradería, la amistad, entre hombres era muy distinta al amor por una mujer: no había servidumbre, era parte del trabajo cotidiano, convenio leal entre quienes no se perseguían mutuamente, sino que compartían los riesgos y las penalidades de los caminos, ríos y montañas, en la persecución de la vida y de las riquezas. Hombres y mujeres se perseguían mutuamente; uno de los dos tenía que doblegar su voluntad ante la deI otro.
Entre camaradas era diferente: no había esclavitud; y aunque él, por razón de su fortaleza extraordinaria, daba más de lo que recibía, su contribución de trabajo y esfuerzo heroico era generosa y espontánea.

Caminar días seguidos, cruzando desfiladeros en pleno hura. cán o pantanosas regiones infectadas de mosquitos, llevando doble carga para aliviar la de un compañero, no implicaba obliga- ción ni injusticia. Cada cual hacía lo que podía. Era lo esencial. Unos hombres eran más fuertes que otros, ciertamente; pero mientras cada cual hiciera lo que pudiera, se cumplían las reglas del compañerismo y de la justicia.

Con las mujeres... era muy distinto. Las mujeres daban poco y lo exigían todo. Las mujeres dominaban a los hombres en cuanto éstos se descuidaban. Por ejemplo, la Virgen bostezaba con peligro de desencajársela los maxilares cuando él entró, pero se mostró animadísima y encantada cuando él le propuso un baile. Un baile, pero simplemente porque él bailó dos o tres veces con ella, ya se creía con derecho a apretujarle el brazo cuando lo proponían una partida de póker.

Eran las faldas, el dominio, la primera de las imposiciones que le esperaban, si cedía. No es que no fuese una muchacha agradable, sana y guapa, excelente bailarina y camarada, pero asi y todo, era mujer, con el instinto femenino de dominarle, atarle de pies y manos para marcarle como cosa suya. Valía más el póker. Además, a él le gustaba tanto el póker como el bailar.

Resistió la presión en su brazo, y dijo: -Me dan ganas de desplumaros a todos.

Otra vez el tirón en su brazo. La muchacha intentaba domi narle. Por una fracción de segundo, fué un salvaje preso de mie- do y de ganas de matar. Durante un espacio infinitesimal de tiempo, fué un tigre furioso y aterrado ante la aprehensión del lazo. De haber sido simplemente un salvaje, habría huido frené, ticamente de la sala o se habría lanzado sobre la mujer, destrozándola. Pero en aquel instante despertaron en su interior los siglos de disciplina, por medio de las cuales el hombre se había convertido en un animal social inadecuado. El tacto y la bondad se impusieron en él y con una sonrisa en los ojos dijo a la Virgen:

-Ve a tomar un bocado. Yo no tengo ganas. Luego volvere- mos a bailar; la noche aun es joven. Anda, ve a comer, muchacha. Burning Daylight se desasió de su brazo, le dió una palmada en el hombro, volviéndose al mismo tiempo hacia los jugadores:

-Si jugamos sin límite, soy de los vuestros.

-No hay más límite que el techo-dijo Jack Kearns, -Sin techo.

Elam Harnish se dejó caer en la silla vacante, empezó a sacar su saquito de oro en polvo y luego cambió de parecer. La Vir. gen hizo un ligero mohín; después siguió a los otros bailarines. 're traeré un emparedado, Daylight-le dijo.

El asintió con la cabeza.. Había escapado del lazo sin herir los sentimientos de la muchacha.

-Juguemos con fichas-sugirió.-Es decir, si os parece... -Conforme-contestó Hal Campbell.

-Las mías valen quinientos dólares.

-Las mías también - respondió- Harnish, mientras los otros anunciaban los valores que ponían a las suyas; Luis el Francés, el más modesto, asignó cien dólares a cada una de las suyas.

En Alaska no había a la sazón ni granujas ni jugadores de ventaja. Se jugaba honradamente, con mutua confianza. La pa. labra de un hombre valla tanto como su oro. Una ficha era una pieza oblonga de pasta, que probablemente valía un centavo; pero cuando un jugador la empleaba valuándola en quinientos dó. lares, como quinientos dólares se aceptaba, y el ganador sabía que el emisor la redimiría con el equivalente de quinientos dólares de oro en polvo pesado en la balanza.

Como las fichas eran de diferentes colores, era fácil identificar a quién pertenecían. Además, en aquellos tiempos primitivos del Yukon, nadie soñaba en jugar dinero a la vista. Un hombre valía por lo que poseía, fuera cual fuera la clase y situación de sus posesiones.

Harnish cortó, y le correspondió dar las cartas. Juzgándolo de buen augurio, y mientras barajaba las cartas, ordenó a los camareros que sirvieran de beber a los concurrentes.

Al dar la primera carta a Dan MacDonald, a su izquierda, exclamó:

-¡Sus, malemutos, perros lobos! ¡Whoop-la! ¡Corred y reventad las cinchas! ¡Vamos a Helen Breakfast! Nos esperan endiabladas pendientes esta noche antes de llegar a nuestro destino. Y alguien caerá en el camino.

Comenzado el juego, deslizóse sin apenas conversación, en un silencio que contrastaba con la algarabía que les rodeaba y que Elam Harnish había empezado. Más mineros iban llegando al Tívoli. Cuando Burning Daylight estaba de juerga, todos querian participar en ella. La sala de baile estaba llena. Debido a la falta de suficientes muchachas, muchos de los hombres se anudaban un pañuelo al brazo como femenil señal, bailando con sus compañeros. Las mesas de juego estaban atestadas y las voces de los que hablaban frente a la barra del mostrador, se mezclaban con el monótono ruido de las fichas y el del incesante rodar de la bolita de marfil de la ruleta. Todo presagiaba una noche típica del Yukon.

En la mesa de póker, la suerte variaba monótonamente, indeci. sa, no presentándose buenas jugadas; y como resultado, se apostaba fuerte en combinaciones de escaso valor. Una escalera valió a Luis el Francés, cinco mil dólares, contra dos pares de Campbell y de Jack. Un pozo de ochocientos dólares se ganó con una pareja. Harnish aceptó un envite de Kearns, de dos mil dólares sin carta que lo justificase; cuando ambos enseñaron sus cartas, resultó que Kearns había envidado con un color sin completar y Harnish había aceptado el envite con un par de sotas.

Pero a las tres de la madrugada empezaron a salir combinaciones importantes. Llegaba el momento esperado para todo buen jugador de póker. La noticia circuló rápidamente por la sala. Los mirones se pusieron tensos; los que estaban apartados de la mesa se acercaron silenciosamente, los jugadores de otras mesas aban donaron los juegos, y hasta la sala de baile quedó desierta; un centenar de personas se apiñó en torno a la mesa, en grupo compacto y silencioso.

Hablase empezado a envidar fuerte, y continuaba envidándose, antes del descarte. Kearns había dado, y Luis- siendo mano, había abierto el pozo con una ficha, es decir, en su

caso, con cíen dólares; Campbell había simplemente querido. Pero Elam Harnish, que le seguía, había subido quinientos, diciendo a MacDonald que le tenía compasión.

MaeDonald, mirando sus cartas, puso en el pozo mil dólares. Jack Kearns, tras larga deliberación, quiso; costóle a Luis nove cientos dólares más el seguir jugando. Campbell hubo de añadir igual cifra, pero después de hacerlo, con general sorpresa su mentó en mil más.

-¡Por fin habéis llegado a la cuesta!-observó Harnish, cu- briendo los mil quinientos y subiendo mil más a su vez.-El diablo nos espera arriba, y podéis precaveros.

-Vamos a ver a ese personaje-aceptó MacDonald, cubriendo la puesta y añadiendo mil dólares.

Entonces fué cuando los jugadores comprendieron que había combinaciones de importancia, es decir, que había llegado el momento culminante. Aun cuando sus facciones no reflejaban nin, guna expresión, adivinábase la tensión, precisamente por el esfuerzo en aparentar indiferencia.

Hal Campbell demostraba su habitual cautela; MaeDonald si mulaba un aíre benévolo, aunque un tanto exagerado; Jack Kearns tenía un aire frío y desapasionado, y Elam Harnish aparecía tan jovial y bromista como siempre.

En el centro de la mesa, el montón de fichas ascendía ya a once mil dólares.

-Se me han acabado las fichas-observó Jack lastimeramente, -Tendréis que aceptarme vales.

-Me alegro de que te decidas a seguir-fué la cordial respuesta de MaeDonald.

-Aun no me he decidido, pero llevo apostados mil dólares. ¡Cómo va el pozo?

-Te costará tres mil ver las cartas; pero nadie se opone a que subas.

-¡Que suba el diablol Sin duda crees que tengo tan buenas cartas como tú.-Kearns miró sus cartas.-Pero... te diré una cosa. Tengo una corazonada y... ¡van los tres mill
Escribió la cantidad en un papel, firmando con su nombre, y lo añadió al montón del pote.

Todas las miradas se concentraron en Luís, quien examinó nerviosamente sus cartas, hasta decidirse súbitamente

-¡ Me voy ¡¡Yo no tengo ninguna corazonada l

Y con sentimiento tiró sus cartas entre las del descarte. Inmediatamente la atención general se fijó en Campbell. -No quiero atropellarte, Jack-dijo, limitándose a añadir los dos mil dólares requeridos.

Harnish escribió en un trozo de papel que echó en el centro de la mesa, diciendo

-Voy con mil dólares más- Aquí es donde envido a tus buenas cartas, Mac.

MacDonald replicó:

-Loa envites me engordan, y van esos mil más- ¡Todavía tienes esa corazonada, Jack?

-Todavía tengo esa corazonada-murmuró Jack Kearns mirando sus cartas.-Y no me echo atrás; pero antes habéis de saber mi posición. Poseo el vapor "Bella" que vale veinte mil dólares, y Sixty Mile, con cinco mil de provisiones en sus almacenes. Además, un aserradero. ¡Vale?

-Vale-declaró Daylight.-Y ya que hablamos de eso, mencionaré de pasada que tengo veinte mil más enterrados aun en Moosehide. Campbell, tú conoces la mina, ¡es cierto lo que digo? -¡Quién lo duda, Daylight?

-¡Cuánto cuesta el seguir?-preguntó Kearns. -Dos mil dólares por ver las cartas.

-Si sigues, te desplumamos-le advirtió Daylight.

-Es que mi corazonada es de las buenas-replicó Jack, añadiendo su nota de dos mil dólares al creciente pozo.

-Yo no tengo ninguna corazonada, pero tengo unas cartas bastante buenas-anunció Campbell, al añadir su nota;-pero no para envidar mucho más-

-Pues las mías sí-declaró Daylight, firmando otra nota.Acepto el envite-

La Virgen, en pie detrás de él, pasando el brazo por encima de Daylight, cogió sus cartas, mirándolas ocultamente, acercándoselas al pecho.

Vió tres Kamas y un par de ochos, pero nadie pudo adivinarlo por la expresión de su rostro, cuyas facciones parecían esculpidas en piedra.

No hizo gesto alguno, ni antes ni después de verlas, aunque los jugadores clavaron en ella la mirada. Dejó de nuevo las cartas sobre la mesa y, lentamente, los ojos de los jugadores se apartaron de su rostro sin haber sorprendido nada.

MaeDonald sonrió benévolamente-

-Voy, Daylight; pero subiremos dos mil más. ¿Cómo va esa corazonada, Jack?

Jack Kearns respondió:

-Todavía está vivita y coleando. Me estáis atropellando, pero he de cumplir con mi deber. Subo tres mil. Y tengo otra cora- zonada: que Daylight va a aceptar en envite también esta vez.

-¡Quién lo duda!-exclamó Daylight, después que Campbell hubo arrojado sus cartas al descarte, abandonando el juego. Voy con esos tres mil dólares y vamos a descartar.

En un silencio absoluto se hizo el descarte.

El pozo era ya de treinta y cuatro mil dólares, y posiblemente aun no se había terminado.

Pasmada de asombro, la Virgen vió que Daylight se quedaba las tres Kamas, descartando los dos ochos y pedía dos cartas, que ella no se atrevió a tocar.

Daylight tampoco las tocó, dejándolas de cara abajo sobre la mesa.

-¡Cartas?-preguntó Kearns a MacDonald. -Tengo lo necesario-fué la respuesta-

-Si quieres, puedes descartar-advirtióle Kearns- No; me basta lo que tengo-

Kearns se dió dos cartas a sí mismo, pero tampoco las miró- Harnish siguió sin levantar sus cartas-.

-Yo nunca envido ante una mano que no necesita descartedijo lentamente.-Empieza tú, Mac.

MaeDonald contó sus cartas cuidadosamente para asegurarse de que tenía las justas y en un trozo de papel escribió una cifra, poniéndolo en el pozo.

-Cinco mil dólares-dijo simplemente.

Jack Kearns miró las dos cartas que le habían servido al descartarse, contó las otras tres para disipar toda duda de que pu- diera tener más de cinco cartas, y escribió en un trozo de papel.

-Voy, Mac-dijo-y lo subiré un millar más para no dejar a Daylight fuera.

Todas las miradas se concentraron en Daylight. También miró su descarte y contó sus cinco cartas.

-Van los seis mil y cinco mil más-.. para ver si te dejo fuera, Jack.

-Y yo subo cinco mil más para colaborar a la buena obra de dejar a Jack fuera-declaró MaeDonald, con voz ligeramente ner- viosa y ronca.

Jack Kearns estaba pálido, y su mano temblaba escribiendo pero su voz no se alteró al anunciar:

-Subamos un poco más: cinco mil.

Daylight era ahora el centro de todas las miradas. Las lám. paras de petróleo proyectaban sus luces sobre su frente perlada de sudor. En las mejillas bronceadas habíasele agolpado la sangre. Sus ojos chispeaban.

Pero su voz sonó firme como de costumbre, y su mano no tem. bló al firmar-

-Subo diez mil-dijo.-No es que yo tenga miedo de ti, Mac. Se trata de esa corazonada de Jack.

-Pues yo apoyo a mi corazonada con cinco mil más-replicó MacDonald.-Yo tenía las mejores cartas antes del descarte, y supongo que aun las tengo.

-Puede que se trate de un caso en que una corazonada después del descarte es mejor que la corazonada anterior-observó Kearns. - Por tanto, el deber dicta: "Sube, Jack, sube el pozo" y yo, como buen chico, subo cinco mil más.

Daylight se reclinó en su silla y contempló las lámparas de petróleo mientras calculaba en.voz alta.

-Aposté nueve mil antes del descarte, y luego veintiún mil, lo cual asciende a treinta mil. Me quedan diez mil.

Miró a Jack Kearns y dijo: -Subo esos diez mil.

-Puedes subir más, si quieres-respondió Kearns.-Tus perros valen cinco mil para este juego.

-Mis perros, no. Podéis ganarme mi oro en polvo y la mina, y el aserradero, y hasta la camisa; pero ni uno de mis perros. Simplemente pido que se vean las cartas.

MacDonald meditó largo tiempo. Nadie se movió ni cuchicheó. Los mirones estaban tensos de excitación. Reinaba un silencio absoluto. Tan sólo se oía la corriente de la gigantesca estufa y, desde fuera, el aullido de los perros.

No se jugaba muy fuerte todas las noches en el Yukon, y esta era la partida más fuerte de toda la historia de la región. Finalmente el propietario del establecimiento habló:

-Si otro gana, tendrán que hipotecar el Tívoli. Los otros dos jugadores asintieron con la cabeza. -En consecuencia, yo también pido ver las cartas. Y MaeDonald añadió su nota por cinco mil dólares. Ninguno de ellos reclamó el pozo.

Simultáneamente, en medio de un silencio profundo, pusieron sus cartas boca arriba sobre la mesa.

Daylight descubrió cuatro Kamas y un as. MaeDonald, cuatro sotas y un as. Y Jack Kearns cuatro reyes y un as.

Jack Kearns, con un movimiento circular de su brazo, at?ajo hacia sí el pozo, temblando de contenida emoción.

Daylight cogió el as de su mano y lo tiró al lado del 'as de MacDonald, diciendo:

-Esto fué lo que me animó, Mac. Yo sabía que solamente los reyes podían ganarme, y él los tenia.

-¡Qué tenías tú?-preguntó, interesado, a Campbell.

-Un flush de cuatro, abierto a ambos lados; una buena mano.

-¡Ya lo creol Podías haber buscado un flush entero.

-Eso pensaba-dijo Campbell tristemente.

-Me costó seis mil dólares antes de abandonar.

-Ojalá todos hubieseis pedido cartas-rió Daylight.

-Entonces no me habrían servido esa cuarta reina. Ahora tengo que aceptar el contrato del correo de Rawlins y ponerme en viaje hacia Dyea. ¡Cuánto has ganado, Jack?
Jack Kearns intentó contar sus ganancias, pero estaba demasiado excitado.

Tranquilamente Daylight empezó a anotar los vales y fichas, sumando su total.

-Ciento veintisiete mil dólares-anunció.-Ahora sí que pue. des liquidar y marcharte a tu pueblo, Jack.

El ganador sonrió y movió afirmativamente la cabeza, incapaz de hablar, de la emoción.

-Os invitaría a beber-dijo MacDonald, pero... ya el Tívoli no es mío.

-Sí que lo es-replicó Kearns humedeciéndose los labios con la lengua.-Tu palabra vale tanto como una escritura por el tiempo que quieras. Pero yo pago lo que se beba.

-¡Pedid el veneno que queráis! ¡El ganador paga!-gritó Daylight, levantándose y cogiendo del brazo a la Virgen.-¡Va- mos a bailar todos l ¡La noche aun no se ha terminado l Y ma. ñana he de empezar mi nuevo trabajo, mañana firmaré el contrato del transporte del

correo- ¡Oye, Rawlins, conste que me hago cargo de tu contrato y marcharé mañana a las nueve! ¡Vamos a bailarl ¡Dónde está ese violinista?

CAPITULO III

Era la noche de Daylight:

Era el centro y el alma de la juerga, incansablemente alegre y animado, con cierta exuberancia contagiosa.

Se multiplicaba y, al hacerlo, multiplicaba la excitación gene. ral. No había idea o sugerencia, por fantástica o disparatada que fuese, en la que no le siguiera la concurrencia, a excepción de los que, reducidos a un estado de imbecilidad por el exceso de la bebida, se ponían a cantar y luego caían canturreando en el arroyo.

Sin embargo, no se suscitó ningún incidente desagradable.

Era sabido que cuando Burning Daylight estaba de juerga, la cólera y las violencias eran tabú.

En sus noches de juerga nadie se atrevía a pelear. Tiempo atrás ocurrieron tales cosas, pero los culpables del incidente conocieron lo que era una verdadera cólera, y fueron castigados como sólo Burning Daylight podía castigar. En sus noches de juerga, todo el mundo tenía que divertirse y reír o irse a casa.

Daylight era incansable. Entre dos bailes pagó a Jack Kearns los veinte mil dólares en oro en polvo y le transfirió la propiedad de su mina de Moosehide.

Igualmente arregló con Bill Rawlins el hacerse cargo del contrato del transporte del correo, e hizo sus preparativos para la marcha.

Envió un mensaje a Kama, su conductor de perros, un indio tananaw, alejado de su remota tribu, al servicio de los blancos invasores-

Kama entró en el Tívoli, alto y flaco, musculoso y cubierto de pieles, flor barbárica de una raza bárbara, impasible ante el espectáculo de la juerga en todo su apogeo, escuchando en silencio las órdenes de Daylight.

-¡Huml-murmuró, repitiendo las instrucciones, contándolas con los dedos.-Tomar cartas de Rawlins... Cargarlas en el trineo... Comida hasta Selkirk... ¡Tú crees habrá en Selkirk comida para los perros?

-Habrá mucha comida para perros, Kama.

-Hum- Traer trineo aquí a las nueve. Traer botas de nieve- No traer tienda- ¡Traer volante? ¡Un pequeño volante? -Nada de volante-respondió resueltamente Daylight. -Hum. Mucho frío.

-Hemos de viajar ligeros. Llevaremos mucho correo, traeremos también mucho- Tú eres fuerte- Mucho frío, viaje largo. Así todo arreglado.

-Todo arreglado-murmuró Kama resignadamente. - Mucho frío, no importa un pito... Yo listo a las nueve.

Giró sobre los talones de sus mocasines y salió, imperturbable, sin saludar ni recibir saiudo alguno, sin mirar siquiera a derecha izquierda-

La Virgen llevó a Daylight a un rincón.

-Escucha, Daylight-le dijo en voz baja- estás arruinado-, más pelado que una rata.

-Tengo ocho mil dólares en la caja de caudales de Mac... -empezó ella- Daylight la interrumpió- Ante sus ojos aparecieron las faldas dominadoras, la red con que le iban a atrapar, y retrocedió como un potro salvaje.

-No importa...-dijo.-Arruinado vine al mundo, arruinado moriré y arruinado he estado la mayor parte de mi vida. Ven, vamos a bailar.

-Pero oye - insistió ella - mi dinero está inactivo. Puedo prestártelo… para equipos y provisiones... Iremos a medias... -añadió precipitadamente, al notar una expresión de alarma en el rostro de Daylight.

-No quiero préstamos de nadie... ni quiero socios-fué la respuesta.-Yo me lo guiso y yo me lo como- Gracias, muchacha. Me procuraré fondos transportando el correo.

-¡Daylight!-murmuró la joven, con acento de tierna pro• testa.

Pero él, fingiendo súbita ebullición de buen humor, la cogió del brazo, lanzándose en el torbellino del baile, mientras ella admiraba la voluntad de hierro del hombre cuyos brazos, de hierro también, la enlazaban, pero resistiendo su seducción.

A las seis de la mañana siguiente, abrasado por el whisky, pero despejada la cabeza como siempre, estaba ante la barra, doblegando el brazo de cuantos se ofrecían a la prueba de fuerza.

Procedían de la manera siguiente: los dos hombres se coloca. ban uno frente a otro, descansando el codo derecho en el mostra. dor y encajadas las manos, intentando hacer doblar el antebrazo hasta tocar el mostrador.

Uno tras otro fueron intentándolo todos, sin conseguir doblar el suyo, incluso gigantes como Olaf Henderson y Luis el Francés. Cuando alegaron que se trataba de alguna artimaña o de al. guna habilidad muscular especial, les desafió a otra prueba.

-¡Oid, todos!-gritó.-Voy a hacer dos cosas: la primera, ver cuanto dinero me queda; la segunda, apostármelo a que cuando hayáis alzado del suelo cuantos sacos de harina podáis, yo añadiré dos más y levantaré el total.

-¡Aceptol-tronó Luis, entre aplausos.

-¡Alto!-interrumpió Olaf Henderson.-Valgo tanto como tú, y quiero ir a medias en la apuesta.

Puesto en las balanzas, el saco de oro en polvo de Daylight marcó cuatrocientos dólares, y Luis y Olaf dividieron la cantidad entre los dos.

Del almacén de MacDonald trajeron sacos de harina de cincuenta libras de peso, y otros hombres midieron sus fuerzas pri. mero, dejando los sacos en el suelo, atados con fuertes cuerdas.

De esta forma, alguno pudo levantar hasta cuatrocientas 0 quinientas libras y otros llegaron a seiscientas.

Los dos gigantes, Olaf y Luis, igualaron a setecientas. Pero Luis añadió otro saco, alzando entonces setecientas cincuenta. Ola£ repitió la hazaña; pero ninguno de los dos pudo levantar ochocientas libras de peso, teniendo que desistir sudorosos y jadeantes, tensos los músculos. Olaf y Luis llegaron a mover el peso y hasta inclinarlo, pero sin lograr separarlo por completo del suelo.

-¡Por Dios, Daylight, te has equivocado!-exclamó Luis el Francés, saltando de las sillas.-Tau sólo un hombre de hierro puede hacerlo. Ningún hombre de carne y hueso puede hacerlo. No ya cien libras más…ni diez.

Desataron los sacos, y al ir a añadir los dos más, Jack Kearns intervino:

-Solamente uno.

-¡Dos!-gritó una voz.-¡La apuesta fueron dos!

-No levantaron el último saco-protestó Kearns.-Levantaron solamente setecientas cincuenta libras.

Daylight cortó la discusión magníficamente.

-¡Por qué os acaloráis discutiendo tanto? ¿Qué más da un saco? Si no puedo levantar tres más, tampoco levantaré dos. Ponedlos todos.

Subió a las sillas, afianzando su posición, y dobló los hombros hasta que sus manos tocaron las cuerdas, variando entonces de posición, hasta ajustar perfectamente las palancas musculares de su cuerpo.

Mirándole escéptico, Luis el Franés gritó:

-¡Tira como el diablo, Daylight! ¡Tira como el diablo!

Los músculos de Daylight se tensaren como cuerdas de arco; imperceptiblemente, sin sacudidas ni vacilaciones, la masa de novecientas libras se fué alzando del suelo, quedando oscilante como un péndulo entre sus piernas.

Olaf Henderson exhaló un suspiro. La Virgen, que había hecho inconscientemente casi tanto esfuerzo como Daylight, también suspiró relajando sus músculos. Y Luis murmuró, reverente:

-¡Daylight, salud! Soy un niño de teta a tu lado. ¡Eres un hombre!

Daylight soltó la carga, de un brinco saltó al suelo y se diri. gió al mostrador del bar.

-¡Venga!-gritó, arrojando su saco al pesador, quien metió en él oro por valor de cuatrocientos dólares, tomándolo de los sacos de los dos perdedores.

-¡Aquí todo bicho viviente !-prosiguió Daylight. - ¡Pedid vuestro veneno favoritol ¡El ganador pagal

"¡Esta es mi noche!-gritaba diez minutos después.-¡Soy el lobo solitario que ha visto pasar treinta inviernoal ¡Es mi cum. pleaños, mi día entre todos los días del año, y me siento capaz de tumbar de espaldas al primero que se presentel ¡Venid todosl ¡Venid todos, que os haré rodar por la nievel ¡Venid los novatos y los veteranos del Yukon, a ser bautizados!

Salieron todos en confuso tropel a la calle, dejando solos a los camareros y a los borrachos que cantaban.

Con una vaga idea de salvar su dignidad, MaeDonald se acercó a Daylight, tendiéndole una mano.

-¡Cómo? ¡Quieres ser el primero!-rió Daylight tomándole la diestra.

-No, no-negó el otro precipitadamente.-Simplemente te felicito por tu cumpleaños. Desde luego, puedes hacerme morder el polvo. ¡Qué probabilidad tengo contra un hombre que levanta novecientas libras?

MacDouald pesaba ciento ochenta libras y Daylight le tenía simplemente cogido de la mano. Sin embargo, de un tirón brusco lo levantó en alto, arrojándole de cara sobre la nieve.

En rápida sucesión fué haciendo lo mismo con los que tenía más a mano.

La resistencia era inútil. Salían despedidos como de una ca, tapulta, cayendo en actitudes grotescas sobre la nieve.

Pronto fué difícil distinguir a la tenue claridad de las estrellas a los caídos de los que esperaban su turno para caer, teniendo que precisarlo por el tacto, al encontrarlo o no cubierto de nieve,

-¡Ya bautizado?-era la monótona pregunta al extender la mano.

Más de cuarenta estaban tendidos en la nieve; muchos otros, dando muestras de cómica humildad, se arrodillaban para eludir el cumplimiento del ritual.

Tan sólo un grupo de cinco permanecía erecto: madereros nombres de la frontera ansiosos de arrebatar a Daylight la supremacía.

Graduados en la más feroz de las escuelas, veteranos de innu- merables peleas, hombres robustos y resistentes, faltábales, sin embargo, lo que Daylight poseía en alto grado, a saber: un cerebro casi perfecto y la consiguiente coordinación muscular.

No era una virtud suya; había nacido con ella. Sus nervios transmitían los mensajes con mayor rapidez que los de los otros; su proceso mental, culminando en actos de voluntad, era más rápido; sus músculos eran como explosivos de alta potencia; las palancas de su cuerpo actuaban como las bocas de un férreo cepo. Y, por añadidura, estaba dotado de esa fuerza muscular quo solamente posee un hombre entre un millón, una fuerza dependiente, no en su cantidad sino en su calidad, de la suprema excelencia orgánica de sus músculos mismos.

Por ese motivo le era posible aplicarla con tal rapidez que su contrario no tenía tiempo de percatarse de la acción y resistir.

-Es inútil que esperéis ahí todos parados-advirtió Daylight al grupo.-Acabaréis bautizados como los otros. En cualquier otro día del año me podríais vencer; pero hoy soy invencible. ¿Esa carota que apenas diviso es la de Pat Hanranan? Venga, Pat.

Pat Hanranan, ex boxeador y experto en toda clase de peleas, avanzó.

Ambos hombres de cogieron de las manos, y antes de que Pat tuviera tiempo de aplicar su esfuerzo, se encontró tumbado de espaldas en la nieve.

Siguióle Joe Hines, ex maderero, quien aterrizó con un impacto parecido a una caída de una casa de dos pisos, y se levantó pro. testando de que no había tenido tiempo de prepararse.

Para Daylight la operación no era penosa; no jadeaba ni se esforzaba durante largos minutos. Prácticamente no empleaba tiempo alguno en la acción. Su fuerza explotaba súbitamente.

Así, Doc Watson, el hombre de barbas grises y cuerpo de hie- rro, el hombre sin pasado, el terror de los campamentos, vióse vencido una fracción de segundo antes de acometer. Mientras se preparaba para saltar y acometer, Daylight cayó sobre él con tal rapidez que le tiró de espaldas.

Olaf Henderson quiso aprovechar la lección, intentando pillar desprevenido a Daylight cuando éste se inclinaba para ayudar a Doc Watson a levantarse. Pero Daylight se dejó caer de rodillas, recibiendo la acometida de costado. El impulso llevó a Olaf por encima del:obstáculo, haciéndole perder pie y caer. Antes de que se pudiera levantar, Daylight le había tumbado de espaldas, y le frotaba con nieve cara y orejas, echándole también grandes puñados por el cuello.

-Soy tan hombre como tú, Daylight-tartamudeó Olaf al levantarse,-pero confieso que jamás he visto unas manos que hagan presa como las tuyas.

Luis el Francés fué el último de los cinco. Quiso aprovechar las lecciones que recibieron sus antecesores, apelando a la cautela. Comenzó a dar vueltas, eludiendo el dejarse coger durante un minuto largo, sin conseguir ventaja alguna.

Comenzaba la cosa a hacerse interesante cuando Daylight ejecutó uno de sus veloces desplazamientos, cambiando todos sus puntos de resistencia y, a la vez, dando rienda suelta a una de sus explosiones musculares.

Luis resistió hasta que su osamenta crujió; luego, lentamente, fué cediendo, viéndose irresistiblemente empujado hacia tierra. -¡El vencedor pagal-gritó Daylight, abriendo marcha hacia el Tívoli.-¡ Venid todos por aquí, a la casa de los venenos i Alineáronse ante la barra, en compacto grupo, sacudiendo la la nieve de sus mocasines, pues la temperatura del exterior era de 60 grados bajo cero.

Bettles, uno de los más valientes veteranos, cesó en su monó- tono canto de "La Raíz de Sasafrás" y, tambaleándose, se acercó para felicitar a Daylight. Pero a mitad de camino se sintió obli. gado a soltar un discurso, y alzó la voz a estilo do orador.

-Os he de decir, amigos míos, que estoy pero muy orgulloso de llamar amigo a Daylight. Juntos hemos recorrido las desoladas regiones muchas veces, y es oro de ley, de dieciocho quilates, desde la punta de sus mocasines, ¡maldita sea su estampal Cuando vino a esta región era un mocoso. Cuando vosotros teníais su edad, no sabíais lavares las orejas todavía. Pero él no fué nunca un niño. Nació ya hombre. Y os aseguro que en aquellos tiempos un hombre tenía que serlo. Entonces no estábamos tan afeminados como ahora.

Bettles hizo una pausa para poner un brazo alrededor del cuello de Daylight.

Continuó perorando:

-Cuando tú y yo entramos con nuestros trineos en el Yukon no llovía sopa ni había bocadillos gratis. Encendíamos la fogata de nuestros campamentos cuando cazábamos alguna pieza, y la mayor parte de los días vivíamos de escamas de salmón y pieles de conejos.

Ante la estrepitosa carcajada que acogió esta perorata, Bettles soltó a Daylight, volviéndose iracundo hacia sus oyentes. -¡Reíos, bueyes sarnosos, reíosl Pero os repito que el mejor de entre vosotros es poco para atarle a Daylight los mocasines. ¿Tengo razón, Campbell? ¿Tengo razón, Mac? Daylight es uno de la vieja guardia, uno de los verdaderos veteranos. Y cuando él vino, en aquellos días no había vapor ni factorías, y teníamos que vivir de escamas de salmón y de pieles de conejo.

Con aire de triunfo paseó la mirada, y entre los aplausos que siguieron, oyéronse voces reclamando una respuesta de Daylight. Al manifestar éste su asentimiento, le llevaron una silla, ayudándole a subir a ella.

No estaba mucho más sereno que la multitud que le rodeaba, multitud abigarrada, singularmente vestida, calzada de mocasines, o de botas de esquimales, con los guantes colgando de sus cuellos y las orejeras de las gorras levantadas, que parecían yelmos nórdicos.

CAPITULO IV

La mirada de Daylight relampagueaba y el alcohol enrojecía sus mejillas curtidas al aire y al sol.

Fué saludado con repetidas aclamaciones, que llevaron a sus ojos una sospechosa humedad, aunque muchas de las voces eran inarticuladas e hijas de la embriaguez.

Pero asi se han comportado los hombres desde que el mundo es mundo, divirtiéndose, luchando en la sombría entrada de la ca• verua, junto al fuego del campamento, en los palacios de la imperial Roma, en las roqueñas fortalezas de los barones feudales, en los rascacielos de los tiempos modernos, o en las más míseras tabernas.

Así, aquellos hombres, fundadores de un imperio de la noche ártica, clamorosos, ebrios y arrogantes, olvidaban por algunos momentos la cruel realidad de su labor heroica.

Héroes modernos eran ellos, en nada diferentes de los antiguos.

Intentando dominar la confusión de su cerebro, Daylight comenzó.

-Amigos, no sé qué deciros. Pero os contaré una historia. Una vez, en Juneau, tuve un camarada. Venía de Carolina del Norte, y fué quien me la contó. Acaeció allá, en las montañas de su tierra, durante una boda. Allí estaban todos; la familia, los amigos... El pastor daba los últimos toques, diciendo. "Dios os ha unido y nadie podrá separaron".

"-Pastor-dijo el novio: -me levanto a formular una objeción contra esa frase. Quiero que este casamiento se haga como es debido.

"Cuando se disipó el humo, la novia miró en torno tuyo, y vió un pastor muerto, un novio difunto, un hermano cadáver, dos tíos tiesos y cinco invitados patas arriba.

"La pobrecilla, exhalando profundo suspiro, decía:

"-Estas demontres de pistolas automáticas han dado al traste con mis esperanzas.

"Lo mismo os digo yo a vosotros-añadió Daylight, cuando se hubo calmado la algazara:-esos cuatro reyes de Jack Kearns han dado al traste con mis esperanzas. Estoy más pelado que una rata y a punto de tomar la pista para Dyea...

-¡Te vas?-preguntó alguien.

El rostro de Daylight reflejó por un instante reprimida cólera, pero al momento recobró su buen humor.

-Ya sé que lo preguntas en broma-dijo sonriendo.

-Naturalmente, me quedo.

-Vuelve a jurarlo, Daylight-gritó la misma voz.

-Sin duda lo haré. Vine por vez primera, cruzando el Chil coot, en el ochenta y tres. Atravesé el Paso en plena ventisca, con una camisa hecha jirones y una taza de harina por todo alimente. En Juneau conseguí equipo y provisiones para el invierno, y en pri- mavera crucé de nuevo el Paso. Una vez más el hambre me hizo salir de allí. En la primavera siguiente volví al Paso, y juré que no mo marcharía hasta no haber hecho fortuna. Aun no la he hecho, aquí estoy. Y no me marcho. Llevará el correo y regresaré, sin detenerme en Dyea ni una sola noche. Atravesaré el Chilcout en cuanto haya cambiado de perros y recogido el correo y las provisiones. Y de nuevo-lo juro por las puertas del infierno y por la cabezota del diablo que no me marcharé hasta que sea rico. Y os aseguro que no me contentaré con poca cosa. tendrá que ser una fortuna muy respetable.

-¿Cuánto necesitas para considerarte rico?-preguntó Bettles desde el suelo; abrazaba amorosamente las piernas de Daylight. -Sí, &cuánto? &A qué llamas una fortuna?-gritaron otros. Daylight se detuvo a considerar la respuesta.

-Cinco o seis millones-dijo, levantando la mano, pidiendo silencio, pues su declaración fué recibida con gritos de burla. -Seré verdaderamente modesto-explicó.-Como mínimo un millón. Y no me marcharé de este país con una onza menos. También esta declaración fué recibida con grandes carcajadas- El total de oro extraído del Yukon era inferior a la cifra citada por Daylight; además, nadie había descubierto una mina que rindiera ni cien mil dólares, mucho menos un millón.

-Oídme todos-continuó.-Habéis visto a Jack Kearns tener una corazonada esta noche. Le teníamos copado antes del descarte; sus tres reyes no valían un pito. Pero él sabía que le vendría otro rey-esa fué su corazonada-y fué por ella. Y yo tengo también una corazonada. Pronto veremos grandes descubrimien. tos de filones en el Yukon. No hablo de porquerías como las de Moosehide, o Birch-Creek. Hablo de una cosa seria, de unos filones fabulosos. Vendrá, y ha de ser por la parte alta del río. Por allí habréis de seguir las huellas de mis mocasines en el porvenir; por la región del río Stewart, del río Indio y del Klondike. Cuando yo regrese con el correo, partiré hacia esos parajes. Pronto llegará, muchachos, oro en la superficie, cien dólares cada gamella, y cincuenta mi¡ hombres que vendrán de todas partes. Y os pare-cerá que el infierno ha abierto sus puertas cuando se descubran los yacimientos.

Se llevó la copa a los labios.

-¡Vaya por todos, deseando que participéis todos de la fortuna? Bebió, bajando de la silla y cayendo en brazos de Bettles. -Yo que tú no saldría hoy, Daylight-aconsejó Hines después de consultar el termómetro colgado al exterior.-Se prepara un descenso muy grande de temperatura. Ya está a sesenta grados, y sigue bajando. Espera a que varíe.

Daylight se echó a reír y los veteranos le hicieron coro.

-¡Sois unos pusilánimes!-gritó Bettles.-¡Asustarse por un poco de helada l No conocéis a Daylight si creéis que una helada le detendrá.

-Se helará los pulmones viajando así-fué la respuesta.

-¡Un cuerno! Mira, Hines.Hace solamente tres silos que has venido a la región y aun no estás curtido. Yo he visto a Daylight recorrer cincuenta millas en el Koyokuk con el termómetro a setenta y dos grados.

Hines sacudió la cabeza, pesimista.

-Así ea como se hielan los pulmones-lamentó.-Si Daylight marcha, no llegará a destino, especialmente viajando sin campamento ni tienda.

-De aquí a Dyea hay mil millas-anunció Bettles, subiendo a una silla y sosteniendo su cuerpo, que se tambaleaba, por un brazo con que rodeó el cuello de Daylight.-Hay mil millas, repito, y el camino sin abrir en su mayor parte. Pero apuesto contra quien quiera, lo que se quiera, a que Daylight recorre la distancia en treinta días.

-Eso supondría unas treinta y tres millas diarias-advirtió Doc Watson.-Yo he viajado lo mío, y sé lo que digo. Una ventisca en el Chilcoot le detendria una semana.

-Sí-replicó Bettles.-Y Daylight recorrerá esas mil millas de regreso en otros treinta días. Y tengo quinientos dólares para sostenerlo, y el diablo se lleve a las ventiscas.-Y para dar mayor énfasis a sus palabras, sacó una bolsa de oro del tamaño de un salchichón, tirándola sobre el mostrador.

Doc Watson puso la suya al lado.

-¡Alto!-gritó Daylight.-Bettles tiene razón, y yo también quiero apostar. Apuesto quinientos dólares a que dentro de sesenta días estoy a la puerta del Tívoli, de regreso de Dyea.

Un murmullo de escepticismo se elevó en la sala, y una docena de hombres sacaron sus bolsas.

Jack Kearns se acercó a Daylight.

-Acepto, Daylight-dijo.-Dos contra uno a que no lo haces ni en setenta y cinco días.

-Caridad, no, Jack-fué la respuesta.-Las apuestas son a la par y el tiempo sesenta días.

-Sesenta y cinco, y dos contra uno-insistió Kearns.-Fifty Mile será difícil de cruzar porque no está del todo helado.

-Lo que me ganaste es tuyo-exclamó Daylight,-y, por todos los diablos, no permitiré que me lo devuelvas de este modo- Jack. No apostaré contigo. Lo que intentas es darme dinero. Pero te diré una cosa, Jack: tengo la corazonada de que un día de estos te volveré a ganar lo que he perdido. Espera a que se descubran esos yacimientos. Entonces tú y yo nos sentaremos a jugar una partida de poker sin más límites que el cielo. ¿Aceptas?

Se estrecharon las manos en señal de acuerdo.

-Naturalmente que hará el recorrido en treinta días-susurró Kearns al oído de Bettles, añadiendo en voz alta:-Entonces vayan quinientos a que Daylight regresa dentro de sesenta días.

Billy Rawlins cubrió la apuesta y Bettles abrazó entusiasmado a Jack Kearns.

-¡Por Júpiter¡-exclamó Olaf Henderson.-Yo también lo cubro.

-¡El ganador paga¡-gritó Daylight.-Estoy seguro de ganar, y como sesenta días son muchos días para las bebidas, empiezo a pagar ahora. ¡Pedid vuestro veneno, borrachines¡ ¡Pedid vues. tro veneno!

Bettles, con el vaso en la mano, subió a una silla y, tambaleándose, empezó a cantar la única canción que sabía, que la concurrencia coreó.

Alguien abrió la puerta. Una tenue luz grisácea penetró en el establecimiento.

-¡Burning Daylight! ¡Aurora radiante¡-gritó alguien en broma.

Daylight no esperó a oír más; dirigióse hacia la puerta, anudándose las orejeras de su gorro.

Kama le esperaba afuera en el trineo, un vehículo largo y es. trecho, de dieciséis pulgadas de ancho por siete pies y medio de largo, levantado el cuerpo unas seis pulgadas sobre los patines de acero.

En él, atados por correas de piel, estaban los sacos de correspondencia, las provisiones de hombres y perros y el equipo do ambos.

Al frente, en fila de uno a uno, los cinco perros lobos esperaban la orden de partir. Lobos eran, aunque domesticados; lobos en naturaleza, costumbres y características.

Sobre la carga, al alcance de la mano, estaban los dos pares de patines, semejantes a raquetas de tenis, pero mayores. Bettles indicó una manta de pieles de liebre, cuya punta se entreveía en el trineo.

-Eso es su cama-dijo.-Seis libras de pieles de conejo. Lo más caliente que hay para dormir; pero así y todo, que me cuelguen si yo tendría bastante, y eso que yo resisto el frío. Daylight es un horno ambulante.

-No quisiera estar en el pellejo del indio-observó Doc watson.

-Acabará con él-dijo Bettles, exultante-Estoy seguro. He viajado con Daylight, y sé lo que es. No conoce el cansancio. Le he visto viajar todo el día con los calcetines mojados y a una temperatura de cuarenta y cinco grados. No hay otro ser viviente que pueda hacer lo mismo.

En tanto que seguían las discusiones, Daylight se despedía de sus amigos. La Virgen quiso darle un beso y, no sabiendo éi cómo escabullirse, resolvió la cuestión besando también a las otras tres mujeres presentes. Se puso los guantes, dió la voz de alerta a sus perros y empuñó la lanza de mando.

-¡En marcha!

Los animales apoyaron el cuello en el arnés, clavando las uñas en la nieve- y lanzando una especie de gemido, empezaron la marcha, a tal velocidad, que pronto Daylight y Kama tuvieron que correr para alcanzarlos.

Corriendo perros y hombres, bajaron al helado ribazo, y, enfilando el Yukon, helado también, desaparecieron envueltos en la Sobre el río, donde había una pista ya marcada, y donde los patines eran innecesarios, los perros recorrían unas seis millas por hora.

Para sostener tal marcha los dos hombres tenían que correr. Daylight y Kama se relevaban en la lanza de mando, porque la tarea de pilotear el trineo a semejante velocidad, manteniéndose a la delantera, resultaba muy ardua.

El hombre relevado se quedaba atrás, montando de cuando en cuando en el trineo para descansar.

Volaban sobre él terreno, sacando el mejor partido posible de las condiciones de la pista. Más adelante tendrían que viajar sobre terreno virgen, donde tres millas sería considerado buena marcha; entonces no podrían correr ni descansar por turno.

La lanza o vara de mando sería de más fácil manejo; pero quien la empuñara sería para descansar, después de haber ido en vanguardia abriendo pista, es decir, apisonando las nieve con los patines de acero para facilitar la marcha de los perros.

Tal faena distaba mucho de ser excitante. También les esperaban trechos donde, durante varias millas, tendrían que batallar con caóticas masas de hielo, y donde podrían darse por afortunados si marchaban a razón de dos millas por hora.

Y encontrarían los inevitables amontonamientos, breves, pero tan difíciles de sortear, que una milla por hora requeriría tremendos esfuerzos.

Kama y Daylight no hablaban. Ni la naturaleza del trabajo ni el carácter de ambos hombres se prestaban a hablar mientras trabajaban. A raros intervalos, cuando era necesario, se interpe- laban en monosílabos, contestándose con simples gruñidos.

A veces un perro aullaba o gemía, pero en general el tiro mar, chaba en silencio, oyéndose únicamente el crujido del trineo y el chirrido de los patines de acero sobre la endurecida superficie.

Como por encanto, Daylight había pasado del ruido y la alga- zara del Tívoli a otro mundo, un mundo de silencio y de inmovilidad. Nada turbaba la calma. El Yukon dormía bajo un manto de hielo de tres pies de espesor. No hacía viento. Y la savia misma estaba cuajada en el corazón de los abetos que poblaban las dos márgenes del río.

Los árboles, cargados con el máximo de nieve qué sus ramas podían soportar, alzábanse como petrificados- El menor estremecimiento hubiera hecho caer esa nieve, y no caía nieve alguna.

El trineo era el único punto móvil y animado en tan solemne quietud, y los escasos ruidos que de él provenían sólo servían para hacer resaltar el silencio.

Era un mundo muerto y, además, gris. La atmósfera, clara y traslúcida, seca, sin niebla, era, sin embargo, un palio, gris, pues aunque no había nubes que empañasen la claridad diurna, ' tampoco había sol que le diera esplendor.

Lejos, hacia el Sur, el sol ascendía por su meridiano, pero entre él y el Yukon helado interponíase la comba de la tierra.

El Yukon yacía en las sombras de la noche; el día era, en realidad, un crepúsculo. A las doce menos cuarto, en un paraje donde el río trazaba amplia curva, dejando visible inmensa extensión hacia el Sur, distinguíase la parte superior del disco solar en el horizonte- Pero no se alzaba perpendicularmente; por el contrario, su curso era diagonal, de forma que, a las doce su parte inferior tocaba casi la línea del horizonte.

Era un sol apagado, mortecino, sin calor, y una vez alcanzado el meridiano, comenzó a declinar. A las doce y cuarto la tierra proyectaba de nuevo su sombra sobre la región.

Hombres y perros seguían su marcha. Kama y Daylight eran salvajes, en cuanto a sus estómagos se refería. Podían comer hasta saciarse cuando la ocasión se presentaba, y si no se presentaba, podían pasar sin comer.

En cuanto a los perros, comían una vez al día, recibiendo raras veces más de una libra de pescado seco por cabeza. Estaban hambrientos, pero en excelente estado. Como los de sus antepasados los lobos, sus procesos de nutrición eran rígidamente económicos y perfectos.

No había desperdicio. La última partícula más ín. fima de su alimento se transformaba en energía.

Descendientes de generaciones que lo soportaron todo, ellos también lo soportaban. Escasa cantidad de alimento les suministraba prodigiosa energía, sin pérdida alguna. Un individuo habituado a la molicie de una vida civilizada hubiera perecido con el régimen que sostenía a Kama y a Daylight en espléndido estado físico.

Sabían lo que era estar normalmente hambriento, y así podían comer en cualquier momento. Su apetito estaba siempre a punto, comiendo vorazmente de cuanto se presentaba, sin conocer la indigestión.

A las tres de tarde, el largo crepúsculo convirtióse en noche Brillaron las estrellas, claras y cercanas; a su luz, perros y hombres siguieron la pista, incansables.

No se trataba de batir el recodd de un día: era simplemente el primero de sesenta iguales. La noche de juerga pasada por Daylight, una noche sin dormir, no parecía haberle afectado. Ello tenía dos explicaciones: una, su extraordinaria vitalidad; otra, tales aventuras eran raras en su experiencia, contrastando en ello con el individuo civilizado, al que perjudica más una taza de café a la hora de acostarse que a Daylight toda una noche de beber y bailar.

Daylight no llevaba reloj; calculaba la hora por un proceso subconsciente. Cuando le pareció que eran las seis, comenzó a buscar sitio adecuado para acampar. La pista, en un recodo, cruzaba el río. No habiendo encontrado lugar propicio, lo buscaron en la orilla opuesta, una milla más allá, encontrando a medio camino un amontonamiento de hielo que tardaron una hora en cruzarlo.

Por fin Daylight encontró lo que buscaba: un árbol muerto junto a la orilla. Subieron a ella el trineo- Kama gruñó satisfecho y la operación de acampar dió comienzo.

La división del trabajo era excelente- Cada uno de ellos sabía lo que debía hacer. Con un hacha, Daylight cortó el pino muerto. Kama, con un patín y otra hacha, quitó los sesenta centímetros de nieve que había sobre la capa helada del Yukon, y se procuró pedazos de hielo para fines culinarios-

Un trozo de corteza de abedul inició la fogata, y Daylight empezó a guisar, mientras el indio descargaba el trineo y echaba a los perros su diaria ración de pescado seco- Colgaron los sacos de provisiones de ramas altas, fuera del alcance de los perros; luego talaron un abeto, cortando sus ramas, apisonando la nieve junto al fuego y cubriéndola con ellas. En este piso colocó el equipo de Daylight y el suyo, compuesto de calcetines de recambio, ropa interior y mantas. Kama tenía dos mantas de pieles de conejo; Daylight, una.

Trabajaban sin cruzar palabra ni perder tiempo- haciendo cada cual lo preciso, sin esperar a que el otro lo hiciera.

Así, Kama vió que era necesario más hielo, y fué a buscarlo, mientras Daylight recogía un patín, que había sido tirado por uno de los perros.

Mientras se hacía el café, se secaba el tocino y se preparaban las tortas, Daylight encontró tiempo para poner a calentar un pote de judías. Kama, a su regreso, se sentó al borde de las ramas del abeto, utilizando el intervalo de espera para reparar los arreos-

-Creo que "Skookum" y °'Booga" han peleado mucho-observó el indio, al empezar a comer.

-Vigílalos-fué la respuesta de Daylight. Esa fué toda la conversación durante la cena.

En una ocasión Kama, profiriendo una imprecación, se levantó blandiendo una rama ardiendo y separó con ella a varios perros que se ensarzaban en una pelea.

Daylight, entre bocado y bocado, añadía trozos de hielo al puchero.-Terminada la cena, Kama reavivó el fuego, preparó leña para el día siguiente y continuó reparando los arreos.

Daylight cortó grandes pedazos de tocino, añadiéndolos a las judías. Los mocasines de los dos hombres estaban húmedos a pe. car del intenso frío, por lo cual los colgaron en unos palos ante el fuego para secarlos. Una vez cocidas las judías, Daylight echó parte en un saquito de unos cuarenta y cinco centímetros de largo y tres pulgadas de diámetro. Puso el saquito sobre la nieve, para que se congelase. El resto quedó en el pote para el desayuno. Eran más de las nueve y estaban ya dispuestos para acostarse- Los gruñidos de los perros habían cesado hacía tiempo; los cansados animales se habían tumbado sobre la nieve, hechos un ovi. lo, cubierto el hocico con la peluda cola.

Kama extendió sus mantas, encendiendo la pipa. Daylight lió un cigarrillo, y empezó la segunda conversación de la noche-.Creo que hemos recorrido unas sesenta millas-dijo Daylight.

-¡Hum! ... Creo que sí-respondió Kama.

Envolviéronse en las mantas, vestidos como estaban, sustituyendo por un chaquetón de lana la parka (chaqueta ligera, con capucha, de algodón) que habían llevado durante el día. Apenas hubieron cerrado los ojos, quedaron profundamente dormidos.

Las estrellas titilaban en el aire glacial, ,y sobre ellos la aurora boreal tendía sus rayos de colores como inmensos haces de luz de gigantescos e innumerables reflectores.

Daylight despertó en la oscuridad y llamó a Kama. Aunque aun llameaba la aurora, había comenzado un nuevo día. Tortas recalentadas, judías, tocino y café constituyeron el desayuno. Los perros no comieron, contemplando ávidos la ceremonia desde cierta distancia, sentados en la nieve y con la cola entre las patas. De cuando en cuando levantaban una de éstas con inquieto movimiento, como si el hielo les quemase. Hacía un frío espantoso, lo menos 65 grados bajo cero.

Cuando Kama los enganchó al trineo con desnudas manos, hubo de interrumpir varias veces la operación para acercarse a la hogue- ra y calentarse.

Ambos hombres cargaron el trineo, y, después de calentarse por última vez, se pusieron los guantes, guiando a los perros por la orilla hasta encontrar la pista.

Según calculara Daylight, eran las siete, pero las estrellas titilaban con el mimo brillo y la aurora boreal aun irradiaba sus destellos de luz verdosa.

Dos horas más tarde, la oscuridad hízose más densa, hasta el punto de que seguían la pista instintivamente, y Daylight comprendió que su cálculo de la hora había sido exacto.

Era la oscuridad precursora del amanecer, más conspicua en los inviernos de Alaska. Lentamente la luz grisácea fué penetrando las tinieblas, al principio imperceptiblemente, siendo casi una sorpresa el observar vagamente la pista bajo sus pies.

Pronto distinguieron el perro más próximo y luego toda la traílla. La orilla más próxima dejóse ver un instante, desapareció y volvió a aparecer- Minutos después, en la ribera opuesta, a una milla de distancia, dibujóse claramente el río, helado, con una cadena de

montañas nevadas netamente definidas hacia la izquierda. Eso fué todo. No salió el sol. La luz grisácea permaneció invariable.

En una ocasión un lince cruzó veloz la pista, ante el hocico del perro de cabecera, desapareciendo en los bosques cubiertos de nieve. Despertáronse los salvajes instintos de los perros, quienes lanzaron el aullido de caza de la manada y se desviaron de su ruta en persecución del enemigo.

Daylight, gritando ¡woha! se agarró a la lanza de mando, consiguiendo volver el trineo- Cinco minutos después de nuevo volaban sobre la pista dura y helada.

El lince era el único signo de vida que habían visto en dos días, y más bien había sido como una aparición.

A las doce, cuando el sol asomó en el horizonte, se detuvieron y encendieron un fuego sobre el hielo. Daylight cortó con el hacha pedazos del congelado salchichón de judías. Estas, derretidas y calentadas en la sartén, constituyeron su comida. No tomaron café. Pareciale absurdo perder tiempo en pleno día para tal lujo. Los perros cesaron de pelear, contemplando melancólicamente el almuerzo. Hasta la noche no recibirían su libra de pescado. Entretanto trabajarían.

Continuaba el frío. Tan sólo hombres de hierro podían viajar con temperaturas tan bajas.

Y Kama y Daylight eran la flor de sus razas.

Pero Kama sabía que Daylight era superior a él, y por eso, desde un principio, se sabía condenado a la derrota. No era que aflojase en su esfuerzo o en su voluntad en lo más mínimo, pero eso, idea le dominaba. Su actitud hacia Daylight era reverente. Estoico, taciturno, orgulloso de sus proezas físicas, encontraba todas estas cualidades encarnadas en su camarada blanco. Era un hombre que descollaba en todas las cosas que valía la pena descollar, un hombre-dios... y Kama le veneraba, aunque sin demostrarlo.

¿Qué extraño era que dominasen los blancos, pensaba, si la raza producía tipos semejantes? ¿Qué probabilidades tenían los indios contra una raza tan determinada y resistente? Ni ellos mismos, poseedores de la sabiduría de infinitas generaciones, se aventuraban a viajar en temperaturas tan bajas; sin embargo, Daylight, hijo del tibio Sur, se atrevía, riéndose de sus temores y haciendo marchas de diez y de doce horas. !Y este Daylight creía poder mantener esta marcha de treinta y tres millas diarias durante se. senta días¡ Que esperase a que cayera otra nevada o entrasen en las vastas soledades vírgenes, donde no había pista, o en alguna delgada capa de hielo que bordease algún río o pantano.

Kama le seguía sin protestar, sin evadir sus deberes. Sesenta y cinco grados bajo cero es mucho frío. Dado que el agua se hiela a 329, 659 bajo cero equivalen a 979 bajo el límite de la congelación. Esto en grados Farenheit. Para darse cuenta de lo que estas condiciones significan, basta imaginarlas en sentido opuesto. Ciento veintinueve grados constituyen un día muy caluroso; sin embargo, semejante temperatura es solamente 979 sobre el límite de congelación. Dóblese esta diferencia y se formará una ligera idea del frío en que Kama y Daylight tenían que viajar entre noche y noche y durante la noche.

Kama, a pesar de sus frecuentes friegas, vió helársele la piel de los pómulos, y la carne se le puso negruzca y dolorida. Igualmente se le helaron los bordes del tejido pulmonar, cosa peligrosa y razón básica por la cual un hombre no debe aventurarse a salir a 659 bajo cero.

Pero Kama no se quejaba nunca, y Daylight era una fuente de calor, un horno, durmiendo tan caliente bajo sus seis libras de mantas de piel de conejo como el otro bajo sus doce.

En la segunda noche, cincuenta millas más adelante, acamparon en las cercanías de los límites de Alaska y los territorios del Norte.

El resto del viaje, salvo el breve recorrido hasta Dyea, se haría en terreno canadiense.

Viendo la pista endurecida y la ausencia de nieve recién caída, Daylight propuso acampar en Forty Mile la cuarta noche. Así se lo dijo a Kama. Pero en el tercer día la temperatura empezó a subir, advirtiéndoles que pronto nevaría, porque en el Yukon para nevar ha de hacer calor.

En ese día también encontraron diez millas de caóticos amontonamientos de hielo, donde mil veces hubieron de levantar el trineo a pulso para franquear los obstáculos.

Los perros eran casi inútiles en semejante caso, y tanto ellos como los hombres quedaron agotados con el esfuerzo.

Una hora extraordinaria de marcha por la noche les permitió recuperar tan sólo parte del tiempo perdido.

Al despertar por la mañana, encontraron diez pulgadas de nieve sobre sus mantas. Los perros estaban enterrados bajo la nievo y se resistían a abandonar sus confortables refugios. Esta nieve., recién caída, blanda aún, implicaba una marcha más penosa. Los patines del trineo no se deslizarían tan fácilmente; uno de los hombres tendría que precederle, apisonando la nieve.

Era usa nieve distinta a la conocida en el Sur. Dura, fina y seca, más bien parecida al azúcar. Al removerla, revoloteaba con un sonido especial, como el de la arena. Sus partículas carecían de cohesión y Do podían moldearse, es decir, no podían hacerse con ella bolas o pelotas. No estaba formada por copos, sino por cristales diminutos y geométricos. En verdad, no era nieve, sino escarcha.

La temperatura era caliente, escasamente veinte grados bajo cero; ambos hombres, con las orejeras levantadas y los guantes quitados, sudaban trabajando.

No pudieron llegar a Forty Mile aquella noche, y cuando al día siguiente entraron en ese campamento, Daylight se detuvo el tiempo justo para recoger el correo y algunas provisiones.

En la tarde del siguiente día acamparon en la embocadura del río Klondike.

Desde Forty Mile no habían encontrado ser viviente alguno, no había viajado nadie por el río al sur de Forty Mile y posible. mente serían ellos los únicos en recorrerlo. El Yukon en aquella época era una región solitaria. Entre el río Klondike y Salt Water, en Dyea, había seiscientas millas de nevado desierto y tan sólo dos sitios donde Daylight pudiera esperar encontrar hombre alguno, dos factorías aisladas: Sixty Mile y Fort Selkirk.

En verano, quizá encontrasen indios en las embocaduras de los ríos Stewart y White, en los Big y Little Salmons, y en el lago Le Barge. Pero en invierno, como ya sabia, los indios estarían siguiendo la pista de los rebaños de antas, cuadrúpedos parecidos al ciervo, grandes como caballos, persiguiéndolos hasta las montañas.

Acampados aquella noche en la embocadura del río Klondike, Daylight no se acostó al terminar las tareas habituales. De haber tenido un compañero blanco, le habría dicho que tenía una coya, zonada.

Pero, adaptándose a las circunstancias, se puso los patines y. dejando a Kama roncando bajo sus mantas, subió a la planicie que se extendía sobre el alto ribazo. Los abetos no le dejaban ver gran cosa, y se dirigió hacia las empinadas laderas de la vecina montaña.

Desde ellas distinguió el río Klondike, y haciendo un gran re- codo al Sur el Yukon. A la izquierda, río abajo, hacia la montaña Moosehide, el gigantesco manchón blanco que le daba nombre, dibujábase claramente a la luz de la luna. El teniente Schwatka lo había nombrado así, pero Daylight lo había visto mucho antes que aquel intrépido explorador atravesara el Chilcoot y bajara el Yukon en balsa.

Sin embargo, la montaña recibió escasa atención de parte de Daylight. Concentraba éste su interés en la planicie misma, ro. deada de aguas profundas para desembarcaderos-

-¡Magnífico lugar para un pueblo! -murmuró.-Hay sitio para un campamento de cuarenta mil hombres. No se necesita más que encontrar oro.

Meditó unos instantes:

-Bastarían diez dólares por gamella, y sería la más famosa carrera hacia yacimientos que se habría visto en Alaska. Y si no es aquí, será muy cerca. Es buena idea no perder de vista emplazamientos por el camino.

Permaneció un rato contemplando la solitaria planicie, imagi. nando la escena, si se descubriesen los yacimientos auríferos, pro. votando la carrera hacia el lugar desde todas las partes del mundo.

En su fantasía situó los aserraderos, los grandes almacenes, las tabernas, las salas de baile y las calles, formadas por las cabañas de los mineros, y por esas calles vió desfilar millares de hombres, mientras que ante los almacenes se apiñaban los trineos de carga con sus largas traíllas de perros.

También vió los pesados trineos pasando por la calle principal en dirección al helado Klondike, hacia el lugar imaginado donde habían sido localizados los yacimientos.

Echóse a reír, borrando de sus ojos la visión, abandonó la orilla y se dirigió al campamento.

Cinco minutos después de envolverse en sus mantas, abrió loa ojos y se incorporó, asombrado de no haberse dormido. Miró al indio, al semiapagado fuego, a los cinco perros y a los cuatro patines clavados en la nieve.

-¡Esa corazonada no me deja!-murmuró, y su imaginación rememoró la partida de póker-¡Cuatro reyes!-sonrió al recordarla.-¡Eso fué una corazonada!

Volvió a tenderse en el suelo, envolviéndose en las mantas de piel de conejo, y cerrando los ojos, esta vez consiguió dormirse.

CAPITULO V

En Sixty Mile renovaron sus provisiones, añadieron unas cuantas libras de cartas a su cargamento y prosiguieron la marcha.

Desde Forty Mile habían tenido que ir abriendo pista, y sabían que habrían de hacer lo mismo hasta Dvea.

Daylight lo soportaba magníficamente, pero el esfuerzo comenzaba anotarse en Kama, pero su orgullo le impedía quejarse, aunque el resultado del enfriamiento pulmonar no podía ocultarse. El tejido pulmonar afectado por la helada empezaba a supurar, ocasionando una tos seca y convulsiva, que aumentaba al menor esfuerzo, llegando a ser verdaderos paroxismos. Los ojos se le congestionaban, lagrimeándole. El humo del tocino frito bastaba para provocar una crisis de media hora, teniendo que apartarse cuando Daylight cocinaba.

Días y más días prosiguieron la dura marcha, sobre la nieve blanda, sin apisonar. Era labor monótona y pesada, sin las alegrías y la exaltación de la veloz carrera sobre la pista helada y endurecida. Faena penosa, tanto para uno como para otro, pues se relevaban en esta operación, el ir delante del trineo, apretujando la nieve continuamente- Apisonaban un metro de nieve, y el patín, en forma de raqueta, hundíase en ella más de doce pulgadas con el peso del hombre. Los patines, en tales condiciones, requerían tremendo esfuerzo muscular.

Por esta superficie parcialmente apisonada seguían los perros; el otro hombre empuñaba la lanza de mando y el trineo.

A lo mejor, trabajando como solamente hombres avezados pueden hacerlo, recorrían tres millas por hora, lo que suponía mayor número de horas de marcha, y Daylight para no equivocarse y tener un margen en previsión de un accidente, marchaba doce horas diarias.

Descontando las tres horas que invertían en acampar, guisar, etcétera, les quedaban nueve para recuperar fuerzas durmiendo, y ni hombres ni perros desperdiciaban un minuto de esas nueve horas.

En Selkirk, factoría cercana al río Pelly, Daylight sugirió a Kama que se quedase a descansar, para luego reunirse con él de nuevo en el viaje de regreso de Dyea. Un indio del lago Le Barge estaba dispuesto a sustituirle. Pero Kama no se dejó convencer, gruñó con cierto tono de resentimiento, y eso fué todo.

Daylight cambió de perros, dejando su traílla, que recuperaría al regreso, y continuó la marcha con seis de refresco.

Eran las diez de la noche cuando llegaron a Selkirk, y a las seis de la mañana siguiente partieron para la marcha de quinien- tas millas de desierto que les separaban de Dyea.

Se produjo un descenso de temperatura, que no alteró la labor de abrir pista- Cuando el termómetro mareó 60 grados, se hizo más penoso el camino; a esta temperatura los cristales de escarcha presentaban mayor resistencia a los patines, y los perros debían
tirar con más fuerza que en la misma nieve a veinte o treinta grados.

Daylight elevó la jornada a trece horas, conservando el margen que había ganado, sabiendo que encontraría trechos difíciles de franquear.

No estaba mediado el invierno y el turbulento río Fifty Mile justificó su previsión.

En diversos puntos corría abierto, bordeado de hielo en ambas márgenes. En otros, en los que el agua batía los acantilados, no podía formarse esa costra o capa helada.
Tenían que ir sorteando, cruzando el río, retrocediendo a veces- haciendo media docena de tentativas antes de encontrar camino en un trecho singularmente difícil.

Era labor lenta. Había que comprobar la resistencia del hielo, y Daylight o Kama iban a la vanguardia, calzados de patines, con largas pértigas llevadas horizontalmente para que, caso de hundirse, formasen puente sobre el boquete, sosteniéndoles.

En varias ocasiones sufrieron tal accidente, y a 50 grados un hombre calado hasta la cintura no puede caminar sin congelarse- por lo cual cada remojón implicaba un retraso. Una vez sacado del agua, la víctima corría hasta restablecer al circulación de la sangre, mientras su compañero encendía una hoguera; protegido por ella, cambiaba de ropa y secaba la mojada, en previsión de otra mojadura.
Para empeorar las cosas, era imposible marchar a oscuras, reduciéndose el tiempo
aprovechable a las seis horas de semiclaridad. Cada minuto era precioso, y hacían lo imposible para no perder ni uno.

Al primer indicio del amanecer, levantaban el campamento, cargaban el trineo, atalajaban los perros y los dos hombres esperaban, acurrucados junto al fuego, a que apuntase el día.

A las doce no hacían alto para comer; así y todo se iban retrasando en su horario, reduciéndose cada día el margen que habían ganado. Hubo días que recorrieron quince millas y otros en que sólo recorrieron doce, y en un trecho singularmente malo en dos días avanzaron tan sólo nueve, teniendo que apartarse del río y portear carga y trineo a través de la montaña.

Por fin traspusieron el temible Fifty Mile, saliendo al lago Le Barge. No había allí agua libre ni amontonamientos de hielo. En una extensión de más de treinta millas la nieve aparecía lisa como una mesa de billar, pero de noventa centímetros de profundidad y blanda como la harina.

Tres millas por hora fué todo lo más que pudieron avanzar..

Pero Daylight celebró la entrada en el lago prolongando la jornada. A las once emergieron al pie del lago, y a las tres de la tarde, al caer la noche ártica, Daylight divisó su cabecera, orientándose :on las primeras estrellas.

A las ocho de la noche dejaba el lago atrás, penetrando en la lesembocadura del río Lewes, donde hizo media hora de alto, :alentando judías y echando una ración extra a los perros; luego prosiguieron la marcha hasta la una de la madrugada, hora en lue acamparon.

Aquel día habían marchado dieciséis horas, los perros habían erminado demasiado cansados para reñir y hasta para gruñir, y Kama cojeaba en las últimas millas del camino.
Pero a las seis de la mañana, Daylight reanudaba la marcha. A las once estaban al pie del White Horse, y la noche les alean. :ó acampados más allá del Boa Cañón, quedando atrás el último ;rozo malo del río, y teniendo ante el los lagos.

No aflojaban la marcha. Durante doce horas diarias, seis de ¡la y seis de noche, seguían avanzando, venciendo todas las dificultades. Invertían tres horas en cocinar, hacer las indispensables reparaciones en los arreos, y montando o levantando el cam- pamento Las nueve restantes dormían con un sueño profundo ;omo la muerte.

La férrea constitución de Kama acabó por ceder. Día por día, el esfuerzo le rendía, haciéndole consumir reservas de energía- Sus movimientos se hicieron más lentos, sus músculos perdieron la elasticidad, y su cojera se hizo permanente. Pero aguantaba estoico, sin eludir trabajo alguno, sin un gruñido de queja.

Daylight adelgazó y sus facciones reflejaron su cansancio; pero con el maravilloso mecanismo que era su cuerpo, seguía adeante, siempre adelante. Nunca fué más venerado por Kama que en los últimos días de la marcha hacia el Sur, cuando el indio le observaba, siempre a vanguardia, avanzando con resistencia tal como Kama no había soñado que pudiera existir.

Llegó el momento en que el indio no pudo relevarse para ir desde antes abriendo pista, y era prueba de su agotamiento el permitir luego que Daylight lo hiciera durante todo el día.

Lago tras lago cruzaron toda la serie desde el Marsh a Linderman, empezando el ascenso del Chilcoot. En verdad, Daylight hubiera debido acampar bajo el desfiladero al oscurecer, pero siguió adelante, hasta llegar a Sheep Camp, dejando atrás un temporal de nieve que le habría retrasado veinticuatro horas.

Este último esfuerzo acabó con Kama. Por la mañana no pudo caminar. Al ser llamado a las cinco, se incorporó con dificultad, gruñó y re dejó caer hacia atrás.

Daylight hizo el trabajo del campamento de ambos, enganchó los perros, y cuando todo estuvo listo, envolvió al inválido indio en las mantas y le ató sobre la carga en el trineo.

El camino era fácil, se hallaban en la última etapa, y hostigó a los perros, cruzando veloces el Cañón de Dyea, enfilando el camino que conducía a la factoría de Dyea.

A toda velocidad, Kama gruñendo sobre la carga y Daylight empuñando la lanza de mando para evitar un vuelco, llegaron a Dyea, junto al mar.

Fiel a su promesa, Daylight no se detuvo.

En una hora cargó el trineo con el correo de vuelta y las provisiones, cambió de perros y contrató otro indio.

Kama , no pronunció palabra desde la llegada, hasta que, a punto de marchar, Daylight se acercó a él para despedirse, estrechando su mano.

-¡Hum!... Ese indio... lo matarás...-dijo Kama.-¿Sabes, Daylight?-. Lo matarás.

-Seguramente durará hasta Pelly-sonrió Daylight.

Kama meneó la cabeza dubitativamente, volviéndose de espaldas en señal de adiós.
Aquel mismo día Daylight volvió a cruzar el Chilcoot, descendiendo a oscuras y en medio de una nevada, unos ciento setenta metros hasta el lago Cráter, dónde acampó. Era un campamento frío, por encima de la línea de la vegetación, y no había cargado leña en el trineo. Por la noche les cubrieron tres pies de nieve, y en el negro amanecer, cuando se desenterraron, el indio intentó desertar- Tenía ya bastante; no quería hacer una jornada más con aquel hombre a quien creía loco.

Pero Daylight le persuadió, con palabras convincentes, a que se quedara, y ambos prosiguieron a través del lago Deep y del lago Long, alcanzando el nivel normal en el lago Linderman.

Era de regreso la misma velocidad de marcha agotadora que de ida, y el indio no lo soportó tan bien como Kama. Tampoco se quejaba ni intentó volver a desertar. Trabajaba en silencio, jurándose a el mismo no volver a tener contacto con Daylight, huir en cuanto lo viera.

Los días se sucedieron, alternando noches y crepúsculos; el frío dejó paso a nevadas, y después volvió a ser intenso y, entretanto, tras largas horas, las millas iban quedando atrás. Pero en Fifty Mile les ocurrió un accidente. Al cruzar un puente de hielo, los perros rompieron la capa helada, siendo arrastrados por la corriente.

Las tiras que conectaban la traílla con el perro de varas se rompieron y aquélla desapareció para siempre.

Les quedó solamente un perro, y Daylight se enganchó él mismo y al indio al trineo. Pero un hombre no puede ocupar el puesto de un perro en semejante faena, y en este caso dos hombres intentaban ejecutar el trabajo de los cinco perros desaparecidos.

Al cabo de una hora, Daylight aligeró. Comida de los perros, artículos de recambio y un hacha quedaron en el camino. Debido a la extraordinaria tensión, el perro se rompió un tendón al día siguiente, quedando inútil.

Daylight lo mató de un tiro, abandonando el trineo. Se echó a la espalda ciento sesenta libras de correspondencia y provisiones, dándole al indio ciento veinticinco- Despojóse de todo cuanto no era imprescindible. El indio se aterró al ver que conservaba hasta la última carta o periódico, y en cambio tiraba judías, hacha, equipo y ropas de recambio.

Conservaron una sola manta cada uno, un hacha, una sartén y una pequeña reserva de tocino y harina. El tocino que podía consumirse crudo, y la harina disuelta en agua caliente, les sostendría. Hasta el rifle y sus municiones quedaron en el camino.

De esta forma cubrieron las doscientas millas hasta Selkirk- Daylight caminaba hasta muy tarde, empleando en la jornada las horas que antes invertía en acampar. Por la noche se agazapaban junto a la hoguera, envueltos en la manta, bebiendo el caldo de harina y asando tocino enristrado en varitas; de madrugada, sin pronunciar palabra, se levantaban, cargaban sus bultos, ajus- taban sus correas y emprendían la marcha.

En las últimas millas antes de llegar a Selkirk, Daylight hacía marchar delante al indio para evitar que se rezagase, rendido por el cansancio o abandonase el correo.

En Selkirk recogió su traílla de perros, descansados y en excelente estado, y pudo alternar en la lanza de mando con el indio de Le Barge que se le ofreciera en el viaje de ida.

Llevaban dos días de retraso y la nieve y el estado del camino les obligó a conservar ese retraso en todo el trayecto hasta Forty Afile, donde el tiempo les favoreció- Las condiciones hacían esperar un violento descenso de temperatura y Daylight se lo jugó todo, reduciendo la carga de provisiones de hombres y perros.

Los hombres de Forty Mile lo vieron con pesimismo, preguntándole qué haría si seguía nevando.

-¡Vendrá el frío!-rió él y siguió la marcha.

Entre Forty Mile y Circle City, habían circulado varios trineos aquel invierno, por lo cual la pista estaba en buenas condiciones, bien apisonada. Vino el frío y Circle City estaba tan sólo a dos- tientas millas.

El indio de Le Barge era joven, ignoraba aun que había un límite a sus fuerzas y resistencia, y estaba poseído de orgullo. Aceptó el paso que marcaba Daylight, llegando hasta a soñar que llegaría a rendir al blanco.

En las primeras cien millas estuvo al acecho de algún signo de cansancio de parte de Daylight, maravillándose de no verlo. Durante el segundo centenar empezó anotarlo, pero fué en sí mismo, apretando los dientes y aguantando.

Y Daylight volaba, corriendo agarrado a la lanza de mando o descansando cuando le tocaba, sentado en el trineo.

El último día, más claro y más frío que nunca, les dió una pista perfecta, recorriendo setenta millas.

Serían las diez de la noche cuando enfilaron la calle principal de Circle City, y el joven indio, aunque le tocaba descansar, saltó a tierra y echó a correr tras el trineo.
Era una fanfarronada justificable, y a pesar de que había hecho sus últimos esfuerzos y luchaba desesperado contra la fatiga, corría valerosamente.

CAPÍTULO VI

Una muchedumbre llenaba el Tívoli; la misma que viera mar- char a Daylight dos meses antes, porque era la noche del sexagé. simo día, y había diversidad de opiniones acerca de si realizaría o no la hazaña.

A las diez aun se hacían apuestas.

En el fondo del alma, la Virgen creía que Daylight había fracasado; así y todo, hizo una apuesta con Bates, veinte onzas contra cuarenta, a que Daylight llegaría antes de la medianoche.

Ella fué la primera que oyó el ladrido de los perros:

-¡Escuchad!-gritó .-¡Es Daylight!

Hubo una carrera general hacia las dobles puertas, dobles a modo de protección contra las tormentas, y la gente retrocedió. Oyeron el alegre ladrido de los perros, el restallar del látigo y la voz de Daylight, animando a los extenuados animales y coronando su hazafía guiándolos a través de la entrada, deslizándose trineo y perros por el piso de madera.

Penetraron como una tromba, y con ellos entró el frío de la escarcha, un visible vapor blancuzco.

Seguíales Daylight, oculto hasta las rodillas por el vapor de la escarcha a través de la cual parecía vadear.

Era el mismo Daylight, más flaco y de aspecto fattigado; sus ojos negros brillaban más que nunca. Su parka de algodón cubríale como la capucha de un fraile, cayendo en líneas rectas hasta las rodillas. Chamuscada y sucia por el humo y el fuego de los campamentos, la prenda contaba la historia del viaje. Una barba de dos meses cubría sus mejillas; la barba, a su vez, estaba cubierta de hielo, producto de la respiración al congelarse.

Su entrada fue espectacular y melodramática; y él lo sabía. Era su vida y la estaba viviendo con toda intensidad. Estaba orgulloso de ello; era para el un gran momento el de su entrada, tras dos mil millas de recorrido, en la sala de la taberna, con sus perros, su indio, su trineo, su correspondencia... Había realizado una hazaña más, que ensalzaría su nombre por todo (Di Yukon... él, Burning Daylight, el rey de los viajeros y de los conductores de perros.

Una profunda emoción se apoderó de el ante el estruendoso recibimiento que le dispensaron, y cuando recorrió con la vista los familiares detalles del Tivoli: el largo bar con sus ringleras de botellas, las mesas de juego, la gigantesca estufa, el pesador con sus balanzas para el oro en polvo, los músicos, las hombres y las mujeres, la Virgen Celia, Nelly, Dan MacDonald, Bettles, Billy Rawlins, Olaf Henderson, Doc Watson, todos ellos.

Todo estaba como lo había dejado, hasta el extremo de que parecía ser el día de su partida. Los sesenta días de incesante marcha a través del blanco desierto se esfumaban,

pareciendo no haber existido. Eran un momento, un incidente, por el cual había pasado como por un muro de silencio, reapareciendo entre el gri, terío y la algazara del Tívoli.

Una ojeada al trineo con sus sacas de correspondencia fue nece- Baria para convencerse de la realidad de esos sesenta días y de la marcha de dos mil millas sobre el hielo.

Como en un sueño estrechó las magnos que le tendían. Sentía una grande exaltación- La vida era magnífica y digna da ser amada. Sentíase humano y cordial. Eran los suy^ los de su propia clase. Una inmensa ternura inundaba su corazón y le hubiera gustado poder estrechar las manos de todos a la vez, abra- zarlos a todos juntos, apretándolos contra su pecho en gigantesco abrazo.

Exhalando profundo suspiro, gritó:

-¡El ganador paga, y yo soy el ganador! ¡Adelante, mamelutes y siwashes, elegid vuestro veneno! ¡Ahí tenéis vuestro correo de Dyea, directo de Salt Water, sin trompetazos! ¡Desatad las sacas y distribuid las cartas!

Una docena de manos sacaban las sacas del trineo, cuando el joven indio de Le Barge se dispuso a ayudarles; pero súbita- mente se irguió, con aire de profunda sorpresa, mirando a su alre- dedo r con mirada extraviada, pues lo que le ocurría era cosa inusitada- Estaba profundamente asombrado de su incomprensible fatiga. Comenzó a temblar como preso de fiebre; cediéronle las rodillas y cayó al suelo sin sentido.

-Agotamiento-comentó Daylight.-Llevadlo a la cama uno de vosotros-. Es un buen indio.

-Daylight tiene razón -confirmó Doc Watson-Está rendido de cansancio.

Se repartió el correo, se llevaron a los perros y se les dió de comer, y Bettles entonó su sempiterna canción en tanto que todos se agolpaban ante la barra, pagando sus deudas, charlando y bebiendo.

Unos minutos después, Daylight danzaba entusiasmado con la Virgen. Había sustituido la parka por su gorro de piel y chaquetón de algodón, quitándose los mocasines y bailando en calcetines. Por la tarde se había mojado hasta las rodillas, no cam. biándose por no perder tiempo y estaban cubiertos de hielo que con el calor de la sala se empezaba a licuar o a separarse en trocitos que tintineaban al bailar, y de cuando en cuando, al caer al suelo, hacían resbalar a otras parejas.

Pero a Daylight se le perdonaba todo. El que había contribuido a establecer la Ley en la región, marcando con su conducta el bien y el mal, estaba por encima de la Ley. Era uno de esos raros mortales que no pueden errar- Lo que hacía estaba bien hecho, aunque no fuera permitible a los demás- Naturalmente, esa virtud pertenece a quienes por naturaleza proceden siempre bien.

Así, Daylight, héroe en tierra de héroes, era una criatura aparte, un superhombre.

Y no era extraño que la Virgen se entregase a él, baile tras baile, a pesar de saber que no la consideraba más que como una buena amiga y una excelente pareja, siéndole escaso consuelo el pensar que no había amado nunca a mujer alguna. Ella le adoraba, y en cambio él bailaba con ella como hubiera podido bailar con cualquier otra mujer o hasta con un hombre, si no había bastantes mujeres.

Con un hombre, en efecto, bailó Daylight aquella noche- Entre su clase considerábase prueba de resistencia el que un hombre rindiese a otro remolineando. Y cuando Ben Davis, el croupier del faraón, con el pañuelo anudado al brazo en señal de femini. dad, se cogió a Daylight en una danza, comenzó la algazara.

Las demás parejas dejaron de bailar, para contemplarles- Ambos hombres comenzaron a girar vertiginosamente por la sala, siempre en la misma dirección. Se corrió la voz al bar y a las salas de juego, que quedaron desiertas. Todos querían ver y se agruparon en la sala de baile- Los músicos tocaban sin interrupción y sin interrupción ambos hombres

giraban como una peonza- Davis era un experto en esta clase de hazañas; había tumbado a infinitos hombres en el Yukon, pero a los pocos minutos se hizo evidente que seria él y no Daylight quien cedería.

Siguieron girando y súbitamente Daylight se detuvo, soltando a su pareja y retrocediendo un, paso, tambaleándose y agitando las manos como queriendo apoyarse en el aire.

Pero Davis, sonriendo consternado, se tambaleó, intentó reto• brar el equilibrio y finalmente cayó de bruces al suelo.

Aun tambaleándose y agitando los brazos, Daylight cogió a la muchacha más próxima y comenzó un vals. ¡De nuevo había realizado otra hazaña! Después de dos mil millas de agotadora marcha y de haber recorrido setenta de ellas aquel mismo día, había tumbado a un hombre que no estaba cansado y ese hombre era Ben Davis.

Daylight era amante de las alturas, y aunque durante su vida había conocido pocas, era para él cuestión de amor propio ocupar los puestos más altos que se presentaran. El mundo ignoraba su nombre, pero en el vasto y silencioso Norte se conocía por doquier, por blancos e indios, desde el mar de Bering a los Pasos, desde las fuentes de los más remotos ríos hasta las orillas de la tundra en Point Barrow.

El afán de superioridad le dominaba ya fuera luchando contra los elementos o con hombres o con la suerte en el juego- Todo era un juego: la vida y sus azares. Y él era un jugador de nacimiento. El azar y el riesgo eran para él como el beber y el comer- Cierto que no jugaba a ciegas; aplicaba a ello su inteligencia y su habilidad; pero en el fondo, era la suerte quien a veces se volvía contra sus adeptos, arruinando al prudente mientras bendecía a los imbéciles. La suerte, tan buscada por todos, tan soñada.

La vida entonaba en su alma el canto de sirena de su propia majestad, siempre exigente, aconsejándole, inspirándole la idea de que podía hacer más y mejor que otros hombres, vencer donde otros fracasaban, triunfar donde otros perecían.

Era el impulso de una vida sana y fuerte, ignorante de la fragilidad y de la muerte, ebria de su propia sublime complacencia, encantada por su propio poderoso optimismo.
Y siempre, de una manera vaga, cual leve cuchicheo o bien cual sonoro toque de trompeta, sonaba en sus oídos el mensaje de que alguna vez, en alguna parte, vencería a la suerte, la dominaría, la encadenaría y la marcaría como propiedad de él. Cuando jugaba al poker, el mensaje, el cuchicheo en los oídos era: cuatro ases y flush real. Cuando exploraba terrenos el mensaje era: oro a ras de tierra, oro en las raíces de la hierba, oro en la roca, siempre oro. En los momentos más peligrosos de la marcha, en los azares de la pista, del río, del hambre, el mensaje era: otros hombres podrían morir, pero él saldría triunfante. Era la vieja mentira de la vida engañándose a sí mismo, creyéndose inmortal e indestructible, destinado a triunfar sobre otras vidas.

Daylight siguió bailando, hasta disipar su vértigo y abrió la marcha hacia la barra del bar.

Pero se elevó una protesta unánime. Su teoría de qué el ganador pagaba, empezó a rechazarse, no se podía tolerar ya más. Era contraria a la costumbre y al sentido común, y aunque demostrara compañerismo y amistad, precisamente en nombre del compañerismo y de la amistad debía cesar. La ronda correspondía a Ben Davis y él debía pagarla. Además, cuanto se bebiera en nombre de Daylight, corría por cuenta de la casa, porque era buen cliente y una juerga suya atraía enorme concurrencia.

Bettles fué quien expresó estos sentimientos, y su argumentación, concisa y formulada en lenguaje nativo y ofensivo, fué aplaudida unánimemente.

Daylight sonrió, se acercó a la mesa de ruleta y adquirió un montón de fichas amarillas- Diez minutos después, el pesador le pagaba dos mil dólares en polvo, llenando su

saquito y otro adicional. Suerte, una mera racha de. suerte, pero suya. Los motivos de júbilo se sucedían- Vivía, y la noche era suya.

Dirigiéndose a sus bien intencionados críticos, dijo:

-¡Ahora si que paga el ganador!

Daylight era irresistible cuando montaba a horcajadas sobre la vida, haciéndola galopar a su antojo.

A la una de la madrugada vió que Elijah Davis pilotaba hacia la puerta a Henry Finn y a Joe Hines, y se interpuso.

-¿A dónde vais?-preguntó, intentando atraerles hacia el mostrador.

-A la cama -contestó Elijah.

Era oriundo de Nueva Inglaterra, escuálido, gran masticador de tabaco, el único espíritu audaz de su familia, y que había oído y respondido a la llamada del Oeste, abandonando las tierras de cultivos y los bosques.

-No tenemos más remedio -añadió Joe Hines, en tono de excusa.-Marchamos por la mañana.

Daylight siguió entreteniéndolos.

-¿A dónde vais? ¿Qué ocurre?

-No ocurre nada-explicó Elijah.-Simplemente que vamos a seguir tu corazonada y explotar la Región Superior. ¿No quieres venir?

-¿Por qué nol-replicó Daylight.

Pero Elijah había formulado la pregunta en broma y no tomó en serio la respuesta de Daylight.

-Vamos a explorar el Stewart-prosiguió.-Al Mayo me dijo que había visto ciertos indicios cuando lo recorrió y vamos a explorarlo antes del deshielo. Escucha, Daylight, y fíjate en 10 que te digo: llegará un día en que la explotación invernal será un hecho. Llegarán otros hombres que se burlarán de nosotros y de nuestros laboreos de verano.

En aquella época, nadie en el Yukon ni siquiera soñaba en la explotación de invierno. La tierra se helaba, endureciéndose como granito, desafiando el ataque del pico y de la pala- En verano, los mineros excavaban siguiendo el deshielo, aprovechándolo para la extracción del mineral; en invierno, transportaban provisiones, cazaban antas, se preparaban para la próxima estación, haraganeando en campamentos como Circle City y Forty Mile.

-En efecto, pronto se explotará en invierno-asintió Daylight. -Esperad que comiencen los descubrimientos de yacimientos auríferos en la parte superior del río y veréis cambiar el sistema de explotación. ¿Qué hay que pueda impedir las grandes hogueras, la construcción de pozos y la perforación de la roca? No necesitaremos ni ensamblar ni enmaderar- El terreno se aguantará solo- En el futuro, se explotarán yacimientos a cuarenta metros de profundidad- ¡Qué duda cabe que voy con vosotros!

Elijah se echó a reír, reunió a sus dos socios e intentó dirigirse hacia la puerta.

-¡Espera !-exclamó Daylight- ¡Hablo en serio!

-Estás de broma -dijo Finn, el otro maderero, un individuo serio y sobrio, de Wisconsin.

-Ahí están mis perros y mi trineo-replicó Daylight.-Podemos formar dos tiros y repartir la carga, aunque al principio tendremos que marchar moderadamente, pues mis perros están cansados.

Los tres hombres estaban locos de alegría, pero aún incrédulos:

-Bueno, Daylight, hablemos claro -dijo Hines:-no nos tomes el pelo- Hablamos en serio: ¿vienes con nosotros?

Daylight tendió una mano que el otro estrechó.

-Entonces vete a dormir-aconsejó Elijah. -Partiremos a las seis, y cuatro horas de sueño no es ningún exceso.

-Podemos retrasar un día y dejarle descansar -sugirió Finn. El amor propio de Daylight protestó.

-¡En absoluto!-gritó.

-Partiremos a las seis. ¿A qué hora queréis que os llame? ¿A las cinco? Bien. Yo me encargo de ello.

-Descansa, Daylight-aconsejó Elijah, gravemente.

-No puedes aguantar indefinidamente.

Daylight estaba cansado, profundamente cansado. Su cuerpo férreo conocía, también, la fatiga- Sus músculos clamaban descanso, el relajamiento del lecho, rebelándose ante la idea de una nueva marcha- La protesta física subió a su cerebro en una oleada de rebeldía.
Pero, en el fondo, audaz y arogante, la Vida, el fuego esencial de la Vida, murmuraba que todos los amigos de Daylight le estaban mirando, que este era el momento de amontonar hazaña sobre Hazaña, ostentar su fuerza frente a la fuerza. Era meramente la Vida, cuchicheando sus viejas mentiras. Y aliado con ella el whisky le infundía su habitual audacia y vanagloria.

-¿Acaso creéis que aun no estoy destetado?-preguntó Daylight.-iPero si no he bebido, ni bailado, ni visto a un alma en dos meses! ¡Idos a la cama ¡ ¡Os llamaré a las cinco!

Y durante el resto de la noche bailó en calcetines. Y a las cinco de la mañana, aporreando estrepitosamente las puertas de las cabañas de sus nuevos compañeros, pudo oírsele entonando la canción que le había dado el nombre:

-¡Burning Daylight! (Ya es de día o Aurora radiante) ¡Arribal ¡Estáis desperdiciando la luz del díal ¡Arriba, vosotros los de la corazonada)

CAPITULO VII

Esta vez el camino era menos pesado. Estaba más apisonado, y no se trataba de transportar el correo a horario fijo- La jornada se había acortado e igualmente las horas de marcha. En su transporte del correo, Daylight había agotado a tres indios; pero sus actuales socios, que sabían que necesitaban de sus fuerzas para cuando llegasen al río Stewart, marcaron la marcha más lenta. Y en esta marcha más lenta, en tanto que ellos se cansaban, Daylight recuperaba sus fuerzas y descansaba.

En Forty Mile se detuvieron dos días por los perros y en Sixty Mile dejaron los de Daylight con el dueño del almacén- Al revés que su amo, los animales, después de la terrible marcha de Sol. kirk a Circle City, no habían podido rehacerse. Así los cuatro . hombres partieron de Sixty Mile con una traílla nueva en el trineo de Daylight.

La noche siguiente acamparon en el grupo de islitas de la embocadura del río Stewart. Daylight habló de emplazamientos de ciudades, y, a pesar de las risas de sus compañeros, demarcó y denunció la totalidad de las islas boscosas.

-Suponed que llega el gran descubrimiento de filones en el Stewart -dijo.-Tomaréis o no parte en él, pero yo con toda seguridad estaré dentro... Pensadlo bien y participad en ello conmigo.

Pero ellos seguían tercos.

-Eres peor que Harper y Joe Ladue -dijo Hines.-Se pasaron la vida haciendo eso-&Recuerdas la llanura situada en la parte inferior del Klondike y debajo de la montaña Moosehide? Según me decía el registrador de Forty Mile, la denunciaron hace un mes. ¡El emplazamiento de la ciudad de Harper y de Ladue! ¡Ja, ja, ja!

Elijah y Finn también se echaron a reír, pero el rostro de Daylight permaneció grave, impasible-

-¡Ahí está !-exclamó-¡ La corazonada va resultando! ¡Está en el aire! ¡Os lo aseguro! ¿Por qué denunciaron esa llanura, sino porque también tuvieron una corazonada? ¡Ojalá la hubiera denunciado yo!

El tono de pesar en su voz provocó nuevas carcajadas. -!Reíd! ¡Reíd! ¡Eso os perderá! ¡Creéis que no hay más que una manera de buscar oro! ¡Pero dejadme que os diga que cuando se descubran los grandes yacimientos, haréis algunas excavaciones, con muy pocos beneficios! Os reís de los procedimientos modernos y los creéis propios de los novatos; así perdéis la mitad del mineral y estropeáis otro tanto- Los que se harán ricos serán los que emplacen las ciudades, organicen las compañías comerciales, los que abran Bancos...

Las carcajadas ahogaron su voz. ¡Bancos en Alaska! La sola idea era para morirse de risa-

-Sí, y organizar la Bolsa.

De nuevo las risas convulsivas. Joe Hines rodaba por el suelo, envuelto en sus mantas, sujetándose los costados.

-Y luego !legarán los aventureros, los grandes tiburones, comprarán yacimientos enteros, valles enteros, donde vosotros habréis estado rascando como gallinas, e implantarán métodos nuevos, perforadoras hidráulicas en verano, desheladoras a vapor en invierno...
¡Desheladoras a vapor, en invierno! ¡Era el colmo! Daylight se superaba en sus bromas. ¡Deshelar al vapor! ¡Cuando el derretir el hielo superficial por medio de hogueras era un experimento que aun no había sido probado, que era un sueño!

-¡Reíd, malditos, reíd¡ ¡Si aun no habéis abierto los ojos! No sois más que unos críos sin destetar aún- Os repito que si los descubrimientos de los yacimientos auríferos llegan a ser una realidad en el Klondike, Harper y Ladue serán millonarios. Y si llegan al Stewart, veréis prosperar a Elam Harnish con su em. plazamiento en la nueva ciudad. Entonces torceréis el gesto.Daylight suspiró resignadamente y prosiguió:-En fin, probablemente tendré que daros una mano o una limosna, o algo por el estilo.

Daylight tenía el don de la profecía. Su alcance era limitado, pero lo que veía, lo veía en grande. Su cerebro era ordenado- metódico, su imaginación práctica y no soñaba por soñar. Al imaginarse una febril metrópoli en lo que era un desierto boscoso y cubierto de nieve, comenzaba suponiendo descubrimientos aurí. feros importantes, previendo muelles para los vaporcitos, ase- rraderos, almacenes, en un palabra, todas las necesidades de una gran población minera cn el lejano norte.

Eso era, a su vez, el simple marco para algo mayor, a saber- para el despliegue de su temperamento. Las oportunidades se presentaban en las calles, en los edificios y en las relaciones econó-micas y sociales de la ciudad de sus sueños- Era una mesa de juego mucho más grande. El límite sería el cielo, con las tierras del sur a un lado y la aurora boreal a otro- El juego sería grande, mayor de lo que jamás pudiera concebir un habitante del Yukon, y él, Burning Daylight, se cuidaría de ser uno de los jugadores.

Entretanto, no podía aducir más que la corazonada. Pero estaba en camino. De igual modo que habría arriesgado su última onza de oro en polvo en una jugada de póker, arriesgaría su vida y su esfuerzo en la corazonada de que el porvenir reservaba fantásticos descubrimientos en el río Superior.

Así él y sus tres compañeros, con perros, trineos y patinesraquetas, laboraban sobre el lecho helado del Stewart, a través del desierto blanco donde el profundo silencio nunca era interrum. pido por voces humanas, el ruido del hacha o el lejano estampido de un disparo de rifle.

Sólos, cruzaban la helada inmensidad, átomos humanos que se afanaban por avanzar milla tras milla, llenando hielo para procurarse agua potable, acampando sobre la nieve, junto a sus perros lobos acurrucados y sus ocho patines-raquetas clavados en el hielo, junto a los trineos.

No encontraron señales de otros aventureros, aunque una vez hallaron una tosca barca oculta bajo una plataforma en la ori. lla del río. Quien la ocultó no volvió por ella. Otra vez hallaron el emplazamiento de un poblado indio, cuyos moradores habían desaparecido, sin duda en dirección de la parte superior del Ste- wart, en busca de los rebaños de antas.

A doscientas millas sobre el Yukon, llegaron a un sitio que Elijah decidió era el descrito por Al Mayo. Montaron un campamento permanente, guardando la reserva de provisiones sobre alta plataforma para tenerla fuera del alcance de los perros, y comenzaron a trabajar en las orillas del río, abriéndose paso a través del hielo hasta llegar a la arena.

La vida que llevaban era ruda y sencilla. Terminado el desayuno, comenzaban a trabajar a la débil claridad del amanecer, y al cerrar la noche cocinaban y hacían las varias faenas del campamento, fumando y charlando un rato, luego envolvíanse en las mantas y dormían con la aurora boreal llameando sobre ellos y las estrellas titilando en la glacial atmósfera.

Su alimentación era monótona: pan sin levadura, tocino, judías y de cuando en cuando un plato de arroz cocido con un puñado de ciruelas secas. No pudieron obtener carne fresca por la inusitada ausencia de animales. A raros intervalos veían el rastro de algún conejo o armiño; en general, parecía como si todo ser vivientte hubiera huído de aquella tierra. Esto no les era extraño, pues estaban acostumbrados a ver regiones llenas de caza despoblarse totalmente en dos o tres años.

En las orillas del río encontraron oro, pero no en cantidad remuneradora. Elijah, durante una excursión en busca de antas, había cernido la arena superficial de una amplia caleta, encon, trando buena muestra- Engancharon los perros y fueron al lugar, donde, quizá por vez primera en la historia del Yukon, emplearon hogueras para abrir un pozo, por iniciativa de Daylight.Luego de limpiar el suelo de musgo y de hierba, encendieron un fuego de abeto. Seis horas de fogata derritieron ocho pulgadas de lodo, que sacaron con las palas.

Encendieron otro fuego y trabajaron febrilmente, alentados por el éxito del experimento. Seis , pies de lodo dieron paso a la arena, también helada, y en la que el progreso fué más lento.

Pero iban aprendiendo a manejar mejor el fuego, y pronto derritieron cinco y seis pulgadas con cada hoguera. En esta arena encontraron oro pulverizado y dos pies más abajo reapareció el lodo.

A los seis metros encontraron una veta de arena y en ella oro en grano, dando las gamellas de ensayos hasta seis y ocho dólares. Por desgracia, esta veta de arena no tenía más que una pulgada de espesor. Debajo había fango con árboles fosilizados y huesos, también fosilizados, de monstruos desconocidos.

Pero habían encontrado oro.

¿Qué más natural que suponer la existencia de un gran yacimiento en la roca?

Y hasta la roca viva llegarían, aunque tuvieran que buscarla a catorce metros de profundidad.

Se dividieron en dos turnos, trabajando día y noche en dos pozos, y el humo de sus hogueras se elevaba incesantemente.

Fué entonces cuando comenzaron a escasear las judías, y Elijah fué mandado al campamento-base a buscar provisiones. Elijah era un veterano en las marchas duras- El recorrido, ida y vnelta, suponía cien millas, pero prometió regresar al tercer día, calculando uno para el viaje de ida sin carga y dos para el de vuelta cargado. Pero regresó en la noche del segundo cuando acababan de acostarse.

-¿Qué diablos ocurre? -preguntó Finn al ver el trineo vacío y la cara seria y alargada de Elijah, más seria y alargada que de costumbre.

Joe Hines reavivó la hoguera, y los tres hombres, envueltos en sus pieles, se acurrucaron a su calor. La cara barbuda de Elijab estaba cuajada de hielo, como sus cejas, presentando una caricatura del Padre Noel.

-¿Recordáis el abeto que soportaba la plataforma por la parte del río? -comenzó.

El desastre fué breve de contar.

El árbol, al parecer sólido, había sufrido interior carcoma y sus raíces habíanse debilitado- El peso de la plataforma y de la nieve había desequilibrado su estabilidad, haciéndola caer, destrozando el depósito. Los lobos completaron la destrucción, estropeando irremediablemente lo que no se habían podido comer.

-Se han zampado todo el tocino, las ciruelas, el azúcar y la comida de los perros- informó Elijah.-Y... ¡malditos sean mis botones! han destripado los sacos de la harina y el arroz, sembrándolo por todas partes. He encontrado sacos a un cuarto de milla del lugar.

Todos callaron durante largo rato. Era nada menos que una catástrofe, en pleno invierno ártico y en región tan desierta, el perder las provisiones- No estaban aterrados, pero examinaban la situación con toda la seriedad requerida.

Joe Hines habló primero:

-Podemos cernir la nieve para recuperar algunas judías y algún arroz-.- aunque sólo habían unas ocho o diez libras de arroz.

-Y alguno de nosotros tendrá que ir a Sixty Mile -añadió Daylight-

-Yo iré -ofreció Finn. Meditaron otro rato.

-Pero, ¿cómo alimentaremos la otra traílla y tres hombres entretanto? -preguntó Hines.

-Sólo queda un remedio -repuso Elijah.

-Tendrás que coger esa traílla, Joe, y seguir el Stewart hasta encontrar indios. Entonces vuelves con carne. Puedes haberlo hecho mucho antes que Henry vuelva de Sixty Mile, y mientras estéis de viaje quedaremos Daylight y yo para consumir provisiones, y consumiremos poco y bien.

-Por la mañana iremos a ver qué nos queda del depósito de provisiones -dijo Daylight, tendiéndose en el suelo y envolviéndose en las mantas.

-Vale más dormir y madrugar. Dos de vosotros podéis llevar los perros, Elijah y yo nos separaremos un poco a ver si podemos cazar a alguna anta por el camino.

CAPITULO VIII

No perdieron tiempo. Hines y Finn, con sus perros y a media ración, tardaron dos días en llegar a su destino. Al mediodía del tercero, llegó Elijah, anunciando no haber encontrado rastro alguno de anta; por la noche se presentó Daylight con la misma noticia.

Tan pronto como llegaban los hombres, comenzaban a rebuscar en la nieve alrededor del depósito o plataforma. Era ardua ta- rea, porque encontraban judías hasta a cien metros de distancia.

Trabajaron todo un día para obtener un resultado lamentable, que demostró el carácter de los cuatro al dividirse las escasas libras de alimentos recuperadas. La mayor parte, exigua, quedó en poder de Daylight y Elijah. Los otros dos hombres encontra. rían pronto provisiones en su marcha por el Stewart, mientras los que se quedaban tendrían que sostenerse con lo recuperado, hasta el regreso de los primeros.

Además, los perros, recibiendo solamente unas onzas de judías como ración diaria, marcharían lentamente; y en caso de apuro, servirían de alimento a sus amos, lo cual no tendrían los hombres que se quedaron.

Por tales razones, Elijah y Daylight corrieron el mayor riesgo. No podían hacer menos, ni tampoco lo hubieran querido. Pasaron los días, el invierno se fué trocando imperceptible. mente en la primavera ártica, que llega con rapidez extraordinaria. Iba acercándose la primavera del año 1896. Cada día el sol salía más al sudeste, permanecía mayor tiempo sobre el horizonte y se ocultaba más hacia el oeste. Terminó marzo y comenzó abril, y Daylight y Elijah, escuálidos y hambrientos, se inquietaban por la suerte de sus dos camaradas.

Dando un margen de tiempo para todos los retrasos imagi. narios, había transcurrido más tiempo del necesario para su regreso. Habían sufrido algún desastre. Previendo esta posibilidad, decidieron hacer las dos expediciones en distinta dirección. Por este motivo, el que les hubiera ocurrido un desastre a los dos compañeros, era ya el golpe de gracia.

Haciendo de tripas corazón, Daylight y Elijah iban sosteniéndose. No había comenzado el deshielo, por lo cual podían recoger la nieve que había alrededor del desaparecido depósito, derritiéndola en potes y gamellas- Dejándola reposar, y decantándola des. pués, obtenían un leve residuo fangoso en el fondo de las vasijas. Era la harina desparramada por la nieve. En dicho residuo encontraban, a veces, una hoja de té o un grano de café- Pero cuan- to más se alejaban, menor era el residuo aprovechable.

Elijah, que era el de más edad, fué el primero en resentirse de las penalidades que pasaban, teniendo que pasarse gran parte del día en tierra envuelto en sus mantas.

Los dos hombres se sostenían gracias a las ardillas que de cuando en cuando solía cazar Daylight, muy penosamente por cierto.

Teniendo tan sólo treinta cargadores de munición, no se aventuraba a errar un tiro, y-siendo su rifle un 45,90, tenía que hacer blanco en la cabeza. Pasaban días enteros sin avizorar pieza alguna. Cuando la vela, tomaba toda clase de precauciones, siguiendo el rastro horas seguidas. Numerosas veces levantaba los brazos, temblorosos de debilidad, encañonando al animal, absteniéndose de disparar. Su inhibición era férrea. Era dueño absoluto de sí mismo- Hasta tener la certeza de hacer blanco no disparaba, por violentas que fueran las demandas de su estómago y el deseo de adquirir el codiciado bocado. No quería correr el albur de errar el tiro.

Jugador siempre, esto constituía una nueva modalidad de juego- Su vida estaba en la balanza y sus cartas eran cartuchos- Jugaba como solamente un veterano jugaría, con infinito cuidado, infinitas precauciones- El resultado era el tiro certero. Cada disparo proporcionaba una ardilla, y aunque transcurrían días entre un tiro y otro, no cambiaba su sistema.

De la ardilla todo se aprovechaba, incluso la piel, que, hervida, servía para hacer caldo, machacando los huesos hasta convertirlos en fragmentos que podían masticarse y tragarse.

Buscando entre la nieve, Daylight encontró algunas bayas mus. gosas. Este alimento era, en el mejor de los casos, agua y simien. te, contenidas en una envoltura coriácea. Las que encontró del año anterior, secas y agostadas, proporcionaban un mínimo de alimento; lo mismo ocurría con la corteza de los pinos jóvenes, hervida durante una hora y engullida tras prodigioso proceso masticatorio.

Abril tocaba a su término, y la primavera se dejaba sentir- Los días eran más largos, y, al calor del sol, la nieve comenzó a derre- tirse, formando diminutos riachuelos- Durante veinticuatro horas sopló el viento chinook-un viento seco y cálido;-y en ese tiempo el espesor de la nieve perdió unos treinta centímetros de profundidad. Por las tardes se congelaba de nuevo, endureciéndose la superficie hasta poder resistir el peso de un hombre.

Unos pajaritos blancos como la nieve aparecieron procedentes del sur, deteniéndose un día y continuando luego su vuelo hacia el norte. Una vez, volando a considerable altura, un escuadrón de ánades salvajes cruzó el espacio, también con rumbo al norte, en busca de

aguas libres- En las márgenes, un bosquecillo de sauces enanos comenzó a florecer. Sus brotes, hervidos, parecian proporcionar cierto alimento.

Elijah se reanimó, aunque volvió a perder la esperanza cuando Daylight anunció que no había encontrado otros sauces. Comenzaba a circular la savia en los árboles, y el rumor de los diminutos riachuelos aumentaba a medida que la tierra helada resucitaba. Pero el río segula prisionero de los hielos- El invierno, coa su ligadura de escarcha, lo tenía inmóvil, ligaduras que no i; habían de romperse en un día, ni siquiera por la fuerza de la primavera.

Llegó mayo, y mosquitos supervivientes del año anterior, gran- des ya pero inofensivos, comenzaron a salir de las hendiduras de las rocas y de los troncos podridos. Los grillos dejaron oír su chirrido y nuevas manadas de ánades y de gansos pasaron. Y el río seguía inmóvil.

El 10 de mayo el hielo del Stewart, con estrépito indecible, arrancándose de las orillas, se amontonó hasta una altura de unos noventa centímetros. Pero no descendió río abajo. El bajo Yu. kon, en la parte donde el Stewart desembocaba, debía deshelarse y ponerse en marcha. Hasta entonces el hielo del Stewart seguiría amontonándose y levantándose alto y más alto, por efecto de la presión de las aguas. (Cuándo se deshelaría el Yukon? Era problemático predecirlo- Desembocaba dos mil millas más lejos, en el mar de Bering, y las condiciones del hielo en éste determinarían cuándo el magno río podría desembarazarse de los millones de toneladas de hielo que lo obstruían.

El 12 de mayo, cargados con sus mantas, un cubo, un hacha y el precioso rifle, los dos hombres se aventuraron río abajo sobre el hielo.

Tenían el propósito de llegar al punto donde hallaron la barca para aprovechar el primer momento útil de ponerla a flote y dejarse ir a la deriva a favor de la corriente hasta Sixty Mile.

En el estado de debilidad de los dos hombres, sin alimentos, la marcha era penosa y lenta. Elijah caía con frecuencia; éralo imposible levantarse solo, y Daylight tenía que gastar sus ya escasas fuerzas para conseguir que el otro, tambaleándose, pudiera reanudar la marcha hasta caer de nuevo más lejos.

El día en que debieron llegar al punto donde estaba la barca, Elijah cayó desplomado. Cuando Daylight le levantó, cayó otra vez. Intentaron caminar juntos, ayudándose, sosteniéndose mutuamente, pero era tal la debilidad de los dos hombres, que cayeron ambos.

Arrastrando a Elijah hasta la orilla, Daylight montó el tosco campamento y partió en busca de ardillas. Por entonces él también empezó a caer. Poco antes de oscurecer encontró una ardilla, pero cerró la noche sin disparar. Con paciencia inagotable, esperó al día siguiente, y, al cabo de una hora, pudo cazarla, y fue suya.

Elijah consumió la mayor parte, reservándose Daylight los huesos y los trozos más duros. Pero la alquimia de la vida es tal, que el diminuto animal, el bocado de carne, transfirió a los que la habían comido su poder de moverse. Ya no saltaría la ardilla de rama en rama en los abetos centenarios, pero, en cambio, la misma energía que le permitiera hacerlo, pasaba a los músculos de aquellos hombres, haciéndoles moverse, hasta que, tambaleándose, recorrieron las varias millas que los separaban de la barca, junto a la cual cayeron extenuados en el suelo, donde quedaron inmóviles largo tiempo.

Aunque la tarea de sacar la barca de su plataforma y dejarla en tierra hubiera sido cosa fácil para un hombre robusto, costó horas de trabajo a Daylight. Y muchas horas más, día tras día, irla reparando, rellenando sus grietas con musgo.

Cuando terminó, el río aun aguantaba. El hielo amontonado alcanzaba muchos pies de altura, pero aun no había comenzado su curso descendente, río abajo. Aun quedaba la tarea de echar al agua la embarcación cuando el río estuviera en condiciones de recibirla.

En vano Daylight, tambaleándose, recorrió los alrededores buscando una ardilla que les suministrase, al menos por el momento, la energía necesaria para izar la barca por encima de la capa de hielo de la orilla y luego echarla a la corriente.

Hasta el 20 de mayo resistió el río el influjo del deshielo. El movimiento descendente comenzó a las cinco de la madrugada, y los días eran ya tan largos, que Daylight pudo contemplarlo- Elijah estaba demasiado débil para interesarse por el espectáculo. Aunque conservaba cierta lucidez, permanecía tendido, inmóvil, mientras el hielo rompía y se precipitaba río abajo, entrecho. cándose sus trozos contra las orillas, descuajando árboles y arrastrando cientos de toneladas de tierra.

Todo vibraba ante el tremendo choque de las masas de hielo. Al cabo de una hora se detuvo la marcha. En algún punto, un amontonamiento producía una obstrucción. Entonces el río comenzó a subir de nivel, levantando consigo el hielo hasta rebasar la orilla, y la corriente iba embalsando millones de toneladas que aumentaban la presión, hasta hacerla terrorífica. Bloques gigantescos se desmenuzaban como si fueran de arena; otros, deslizándose, saltaban en el aire como pepitas de melón comprimidas en- tre el índice y el pulgar de un niño. Al deshacerse el amontonamiento, el ruido de los bloques, al entrechocar, aumentó de inten. sidad.

Durante otra hora, la carrera de los bloques de hielo continuó, a los demás, igual qué la ardilla que le servía de alimento, igual que otros hombres a quienes había osito fracasar y morir, como Joe Hines y Henry Finn, que habían fracasado y seguramente muerto, como Elijah, en el fondo de la barca, indiferente a todo cuanto le rodeaba, con el rostro desollado.

Desde donde estaba, Daylight podía ver el río hasta el recodo, por el cual tarde o temprano aparecería el segundo deshielo- Y al mirar le parecía ver, a través del pasado, un tiempo en el que ni blancos ni indios poblaban aquella región, y también veía el Stewart, invierno tras invierno, cargado de aquel hielo, y prima- vera tras primavera rompiendo aquel hielo para luego correr sus aguas libremente. Y vió también un porvenir ilimitado, cuando las últimas generaciones de Alaska, y el río, inmutable, continuaba helándose y deshelándose eternamente.

La Vida era una embustera y una tramposa. A todos engañaba- Le había engañado a él, Burning Daylight, uno de sus más deci. didos y alegres exponentes. El no era nada. Un simple montón de nervios y de carne sensitiva, que se arrastraba por el lodo buscando oro, que soñaba y jugaba, y desaparecía.

Tan sólo las cosas sin vida tenían permanencia, las cosas sin carne, sin nervios, sin sensibilidad: la arena, el lodo, la gravilla. las planicies, las montañas, el río mismo. Bien mirado era un juego con cartas marcadas. Los que morían no ganaban y todos morían. ¿Quién ganaba? ¡Ni siquiera la Vida, el gancho, el gancho supremo del juego! ¡La Vida, el cementerio siempre floreciente, la eterna procesión fúnebre!

Por un instante, su mente volvió al momento actual, observando que el río seguía fluyendo libremente y que un pajarraco, desde la proa de la barca, lo miraba impertinentemente. Y lentamente, soíiadoramente, volvió a sus meditaciones.

No había medio de escapar del final del juego. El estaba con denado a quedarse fuera. ¿Y qué? Una y otra vez se formuló esta pregunta.

La religión convencional no había rozado a Daylight. Había vivido una especie de religión basada en la honradez y en la lealtad hacia el prójimo, sin permitirse vanas metafísicas sobre la otra vida. La muerte ponía fin a todo. Así lo había creído siempre, sin temor. Y actualmente, con la barca a cuatro metros y medio sobre el nivel del agua, y él mismo casi inconsciente por el hambre y la pérdida de fuerzas, seguía creyendo que la muerte terminaba con todo, y seguía no teniendo miedo- Sus opiniones eran excesivamente simples y estaban firmemente basadas para derrumbarse por el primer o último contratiempo doloroso de la Vida, temerosa de la muerte.

Había visto morir hombres y animales y su mente visualizó esas muertes, por veintenas. Los volvió a ver tal y como los viera en el momento de la muerte, y no le inmutaron- ¿Por qué? Estaban muertos desde hacía mucho tiempo, y no se preocupaban. No es-taban como él, tendidos boca abajo, de bruces sobre una barca esperando la muerte. Morir era fácil, más de lo que se imaginara; y ahora que la muerte estaba cerca, él se alegraba.

Una nueva visión apareció ante su mente. Vió la ciudad febril de sus sueños: la metrópoli del Norte, emplazada sobre el Yukon, en una alta meseta, extendiéndose por la llanura. Vió los vapo. res fluviales amarrados a sus muelles, en triple fila, y los aserraderos en plena producción, y las largas traíllas de perros con trineos dobles detrás, abasteciendo las explotaciones mineras. Y vió también las casas de juego, los Bancos, las Bolsas, con todas las oportunidades de jugar en una escala como jamás había podido soñar.

Era mala suerte, pensó, tener tal corazonada, a punto de realizarse el gran descubrimiento de los inagotables filones de oro, y quedarse fuera de ello. Al pensarlo, la Vida se estremeció, y una vez más comenzó a murmurar sus viejas mentiras.

Daylight se dejó caer fuera de la barca; apoyándose en ella, se sentó en el'hielo. Quería tomar parte en tal descubrimiento. ¿Por qué no había de ser así? En sus agotados músculos debía quedar aún fuerza suficiente para empujar la barca y ponerla a flote. Sin ton ni son se le ocurrió la idea de comprar a Harper y a Joe Ladue una participación en el emplazamiento de la ciudad de Klondike. Seguramente le venderían una tercera parte, barata. Así, si se descubrieran yacimientos auríferos en el Stewart, él estaría cubierto con su parte en el emplazamiento; y si se descubrieran en el Klondike, le tocaría algo.

Entretanto, haría acopio de fuerzas. Se tendió cuán largo era sobre el hielo, boca abajo, y durante media hora estuvo descansando. Después se levantó, se restregó los ojos para ver claro, y se agarró a la barca. Conocía su estado. Si el primer esfuerzo fracasaba, sería, inútil continuar haciendo más esfuerzos- Tenía, pues, que poner todas sus fuerzas en el primer esfuerzo, todas sus fuerzas en ese único y supremo esfuerzo, de modo que ya no le quedarían para otras tentativas.

Con toda su alma, entregándose todo en el esfuerzo, intentó le. vantar la barca. Esta se alzó. Creyó que iba a caer desmayado, pero siguió levantando la embarcación- Notó que ésta cedía y comenzaba a deslizarse hacia abajo.

Con el último resto de su energía, se precipitó en el interior y cayó como un fardo sobre las piernas de Elijah. No tenía fuerzas para incorporarse, pero se dió cuenta de que la embarcación tomaba agua.

Observando las copas de los árboles, vió que adquiría un movimiento de rotación- Una violenta sacudida y algunos fragmentos de hielo que saltaban, hiciéronle comprender que la barca había chocado contra una orilla- Una docena de veces la barca giró como una peonza y chocó contra la orilla, hasta que, por fin- flotó libremente.

Daylight volvió en sí y decidió que había estado durmiendo. El sol indicaba que habían transcurrido varias horas- Era poco después de mediodía- Se arrastró hasta la proa y se sentó. La embarcación estaba en medio de la corriente. Las orillas boscosas, con sus muros de hielo resplandeciente, iban pasando. Cerca de la barca flotaba un gigantesco pino, con las raíces al aire- Un capricho de la corriente la acercó al árbol.

Arrastrándose hacia adelante, amarró la boza a una de las raíces- El árbol, más hundido en el agua, avanzaba más veloz, y la boza se tensó cuando la barca fué a remolque. Luego, con una última y aturdida mirada en torno suyo, por la cual vid que las orillas se inclinaban y el sol oscilaba cual péndulo a través del cielo, Daylight se envolvió en sus mantas, se echó en el fondo de la barca y se quedó dormido-

Cuando se despertó, era de noche. Estaba echado de espaldas, y podía ver las estrellas- Oíase el murmullo de las aguas- Una brusca sacudida le dió a entender que el pino seguía remolcándole. Un bloque de hielo chocó contra el costado de la embarcación.

Perfectamente, el siguiente amontonamiento de hielos, la siguiente obstrucción, no le había detenido todavía, pensó mientras cerraba los ojos y se quedaba dormido de nuevo.

Era día claro y el sol estaba casi en su cenit cuando abrió los ojos. El aspecto de las orillas indicaba que estaba en el poderoso Yukon- Sixty Mile no debía hallarse lejos. Sentíase terriblemente débil. Sus movimientos eran lentos, penosos e inseguros, acom-pañados de vértigos y mareos. Sentóse, coa el rifle al lado, mirando largamente a Elijah, pero no pudo ver si respiraba o no; estaba lejos, demasiado lejos para comprobarlo.

De nuevo comenzó a soñar y a meditar con intervalos de inconsciencia en los cuales ni dormía ni estaba sin sentido, ni se daba cuenta de nada en absoluto. Parecíale más bien que el cerebro se le paralizaba. Intermitentemente revisó en situación. Aun estaba vivo y con toda probabilidad se salvaría, pero, ¿cómo era que estaba tendido muerto de bruces en el bote sobre una capa de hielo. Entonces recordó el inmenso esfuerzo que había hecho.

Pero, ¿para qué lo hizo? No fué por el temor a la muerte. Recordó la corazonada y el gran descubrimiento de yacimientos auríferos en que confiaba se realizaría pronto, y comprendió que eso había espoleado sus energías- De nuevo: ¿por qué? ¿Qué importaba si hacía un millón? Se moriría igual que los que tan sólo tenían un equipo y algunas provisiones- Entonces, de nuevo ¿por qué? Pero los intervalos de inconsciencia se hicieron más frecuentes y se rindió a la deliciosa laxitud que le invadía.

Despertó sobresaltado. Algo le había susurrado que debía despertar. De pronto vió el campamento de Sixty Mile a veinte metros de distancia. La corriente le había llevado hasta allí. Pero la misma corriente le arrastraba ahora más allá, río abajo, hacia el inmenso desierto- No se veía a nadie. El campamento parecía estar desierto, salvo por el humo que salía de una chimenea. Intentó llamar, pero se encontró sin voz- De su garganta sólo salía un fantástico silbido gutural.

Buscó el rifle, se lo echó a la cara y disparó. El retroceso le sacudió, causándole indecible dolor y obligándole a soltar el arma, que cayó sobre sus rodillas. De nuevo intentó levantar el rifle; le fué imposible. Comprendió que tenía que obrar con rapidez y oprimió el gatillo en la misma posición que estaba. El retroceso hizo que el arma cayera al agua.

Pero antes que de nuevo perdiera el sentido, vió una puerta abrirse y una mujer mirar en su dirección desde una cabaña que bailaba una monstruosa zarabanda entre los árboles.

CAPITULO IX

Dos días después, Harper y Joe Ladue llegaron a Sixty Mile, y Daylight, algo débil, pero bastante fuerte para obedecer los impulsos de su corazonada, negociaba con ellos un tercio de su parte en el emplazamiento sobre el río Stewart, por un tercio de la suya en el Klondike.

Tenían fe en la Región Superior, y Harper partió río abajo con una balsa cargada,de provisiones para establecer un puesto o factoría en la embocadura del Klondike.

-¿Por qué no exploras el río Iudian, Daylight? -aconsejó Harper al partir.-Hay infinidad de riacuelos que desaguan allí, y seguramente oró esperando a alguien que lo vaya a descubrir. Esa es mi corazonada. Se avecinan grandes descubrimientos y el río Indian no se quedará a un millón de millas de ellos.

-Además, es una región que está llena de antas-añadió Ladue.

-Bob Henderson anda por allá desde hace tres años y jura y perjura que se van a descubrir yacimientos fabulosos; se alimenta de antas y está explorando como un loco.

Daylight decidió ir al río Indian, pero no pudo convencer a Elijah a que le acompañase. El hambre había dejado una cicatriz en el alma de Elijah, que estaba obsesionado por el temor de que se repitiera su experiencia.

-No puedo alejarme de donde hay comida -explicó.

-Comprendo que es una tontería, pero simplemente no puedo remediarlo. Lo que más consigo es arrancarme de la mesa cuando sé que estoy a punto de reventar y no me cabe en el estómago ni un bocado más. Voy a regresar a Circle, junto a un depósito de provisiones, hasta que me parezca que estoy curado.

Daylight se quedó unos días más, recuperando fuerzas y completando su escaso equipo. Tenía el propósito de viajar ligero, llevando una carga de setenta y cinco libras y haciendo que sus perros porteasen también, a estilo indio, treinta libras cada uno. Fiándose de la información de Ladue, quiso seguir el ejemplo de Henderson, viviendo prácticamente de carne de anta.

Cuarenta millas río arriba, en lo que se le había descrito como Quartz Creek, encontró rastro del trabajo de exploración de Bob Henderson, y también en Australia Creek, treinta millas más lejos.

Pasaron varias semanas sin que Daylight diese con Bob Hen. derson. Sin embargo, encontró grandes rebaños de antas y sus perros engordaron con el régimen de carne. En una docena de bancos de arena encontró oro, pero en escasa cantidad y la misma difusión de oro en el lodo y en la grava de una veintena de caletas, le confirmó en la creencia de que había metal en grandes cantidades esperando el descubrimiento.

Con frecuencia volvía la vista hacla los montes, hacia el Norte, preguntándose si el oro vendría de allá. Al final ascendió a Dominion Creek, cruzó la divisoria y llegó a un tributario del Klondike, que posteriormente se conocería por el nombre de Hun. ker Creek.

En la divisoria, si se hubiera desviado hacia la derecha, habría llegado a Glold Bottom, así llamado por Bob Henderson, a quien hubiera encontrado extrayendo el primer oro minado en el Klondike. Pero continuó descendiendo por el Hunker hasta el campamento de pesca de verano de los indios en el Yukon.

Allí acampó con Carmack y su cuñado indio Skookum Jim, compró un lancha y con sus perros a bordo, bajó por el río hasta Forty Mile. El mes de agosto terminaba; los días se iban acortando y se acercaba el invierno. Pero con fe ciega en su corazonada, seguía en su idea de reunir un grupo de cinco o seis, y el esto era imposible, tomar por lo menos un socio y remontar el río antes ¡e la llegada de los hielos, para explorar durante el invierno.

Pero los hombres de Forty Mile no tenían su fe; se contentaban con las explotaciones del Oeste.

Por esa época llegaron en canoa a Forty Mile, Carmack, su cuñado Skookum Jim y Cultus Charlie, otro indio, se dirigieron seguidamente al Registro y denunciaron tres pertenencias y un descubrimiento en Bonanza Creek.

Por la noche, en el Sourdough Saloon (Taberna Sourdough), exhibieron oro nativo a la escéptica concurrencia, que sonreía sacudiendo la cabeza. Conocían ya lo que eran esos descubrimientos. Evidentemente se trataba de una treta de Harper y Ladue para atraer presuntos mineros a la proximidad del emplazamiento de su puesto comercial y futuro poblado.

¿Y quién era Carmack? Un blanco casado con una india. ¿Quién había oído decir jamás que un hombre casado con una india descubriera cosa alguna? ¿Y qué era Bonanza Creek? Una tierra de pastoreo de antas, un riachuelo que afluía en el Klondike, cono. cida de antiguo con el nombre de Rabbit Creek. Si Daylight o Henderson hubieran registrado pertenencias, se podría creer; pero ¡Carmack, el blanco casado con una india! ¡Y Skookum Jim y Cultus Chaxlie!... No, no. Era contar demasiado con la credulidad ajena.

Daylight también dudaba, a pesar de su fe en la Región Superior. ¿No había visto con sus propios ojos, pocos días antes, a Carmack ganduleando con sus indios, sin la menor idea de esplorart Pero a las once de aquella noche, sentado en el borde de su camastro desatándose los mocasines, se le ocurrió una idea.

Se puso de nuevo el gorro y el chaquetón y se dirigió al Sourdough Bar.

Camarck estaba aun alli fanfarroneando. Daylight se acercó, vaciando el oro de Carmack en una probeta.que examinó durante largo rato. Luego de su propio saco examinó en otra probeta varias onzas de oro de Circle City y de Forty Mile. Durante largo rato estuvo observando ambas probetas, comparándolas. Finalmente, devolvió a Carmack ¡su oro y se guardó el propio, levantó: la mano y pidió silencio.

-Muchachos, voy a deciros una cosa -comenzó.-¿Ha llegado? seguramente oró esperando a alguien que lo vaya a descubrir. Esa es mi corazonada. Se avecinan grandes descubrimientos y el río Indian no se quedará a un millón de millas de ellos.

-Además, es una región que está llena de antas añadió Ladue- -Bob Henderson anda por allá desde hace tres años y jura y perjura que se van a descubrir yacimientos fabulosos; se alimenta de antas y está explorando como un loco.

Daylight decidió ir al río Indian, pero no pudo convencer a Elijah a que le acompañase. El hambre había dejado una cicatriz en el alma de Elijah, que estaba obsesionado por el temor de que se repitiera su experiencia.

-No puedo alejarme de donde hay comida - explicó. - Comprendo que es una tontería, pero simplemente no puedo remediarlo. Lo que más consigo es arrancarme de la mesa cuando sé que estoy a punto de reventar y no me cabe en el estómago ni un bocado más- Voy a regresar a Circle, junto a un depósito de provisiones, hasta que me parezca que estoy curado.

Daylight se quedó unos días más, recuperando fuerzas y completando su escaso equipo. Tenia el propósito de viajar ligero, llevando una carga de setenta y cinco libras y haciendo que sus perros porteasen también, a estilo indio, treinta libras cada uno. Fiándose de la información de Ladue, quiso seguir el ejemplo de Henderson, viviendo prácticamente de carne de anta.

Cuarenta millas río arriba, en lo que se le había descrito como Quartz Creek, encontró rastro del trabajo de exploración de Bob Henderson, y también en Australia Creek, treinta millas más lejos.

Pasaron varias semanas sin que Daylight diese con Bob Henderson. Sin embargo, encontró grandes rebaflos de antas y sus perros engordaron con el régimen de carne. En una docena de bancos de arena encontró oro, pero en escasa cantidad y la misma difusión de oro en el lodo y en la grava de una veintena de caletas, le confirmó en la creencia de que había metal en grandes cantidades esperando el descubrimiento.

Con frecuencia volvía la vista hacia los montes, hacia el Norte, preguntándose si el oro vendría de allá- Al final ascendió a Dominion Creek, cruzó la divisoria y llegó a un tributario del Klondike, que posteriormente se conocería por el nombre de Hunker Creek.

En la divisoria, si se hubiera desviado hacia la derecha, habría llegado a Gold Bottom, así llamado por Bob Henderson, a quien hubiera encontrado extrayendo el primer oro minado en el Klondike. Pero continuó descendiendo por el Hunker hasta el campamento de pesca de verano de los indios en el Yukon.

Allí acampó con Carmack y su cuñado indio Skookum Jim, compró un lancha y con sus perros a bordo, bajó por el río hasta Forty Mile. El mes de agosto terminaba; los días se iban acor. tando y se acercaba el invierno- Pero con fe ciega en su corazo. nada, seguía en su idea de reunir un grupo de cinco o seis, y si esto era imposible, tomar por lo menos un socio y remontar el río antes de la llegada de los hielos, para explorar durante el invierno.

Pero los hombres de Forty Mile no tenían su fe; se contentaban con las explotaciones del Oeste.

Por esa época llegaron en canoa a Forty Mile, Carmack, su cuñado Skookum Jim y Cultus Charlie, otro indio, se dirigieron seguidamente al Registro y denunciaron tres pertenencias y un descubrimiento en Bonanza Creek.

Por la noche, en el Sourdough Saloon (Taberna Sourdough), exhibieron oro nativo a la escéptica concurrencia, que sonreía sacudiendo la cabeza. Conocían ya lo que eran esos descubri. mientos. Evidentemente se trataba de una treta de Harper y Ladue para atraer presuntos mineros a la proximidad del emplazamiento de su puesto comercial y futuro poblado.

¿Y quién era Carmack ? Un blanco casado con una india. ¿Quién había oído decir jamás que un hombre casado con una india descubriera cosa alguna? ¿Y qué era Bonanza Creek? Una tierra de pastoreo de antas, un riachuelo que afluía en el Klondike, conocida de antiguo con el nombre de Rabbit Creek- Si Daylight o Henderson hubieran registrado pertenencias, se podría creer; pero ¡Carmack, el blanco casado con una indial ¡Y Skookum Jim ! ¡Y Cultus Charlie ! ... No, no. Era contar demasiado con la credulidad ajena.

Daylight también dudaba, a pesar de su fe en la Región Superior. ¿No había visto con sus propios ojos, pocos días antes, a Carmack ganduleando con sus indios, sin la menor idea de explorarl Pero a las once de aquella noche, sentado en el borde de su camastro desatándose los mocasines, se le ocurrió una idea.

Se puso de nuevo el gorro y el chaquetón y se dirigió al Sourdough Bar-Camarck estaba aun allí fanfarroneando- Daylight se acercó, vaciando el oro de Carmack en una probeta que examinó durante largo rato. Luego de su propio saco examinó en otra probeta varias onzas de oro de Circle City y de Forty Mile- Durante largo rato estuvo observando ambas probetas, comparándolas- Finalmente, devolvió a Carmack su oro y se guardó el propio, levantó: la mano y pidió silencio.

-Muchachos, voy a deciros una cosa -comenzó.-¡Ha llegado! Os aseguro, claro y sin rodeos, que el gran descubrimiento de oro en la parte superior del río es un hecho. No he visto nunca oro como éste en la región- Es oro virgen. Tiene más aleación de plata. Todos podéis verlo por el color. Es seguro que Carmack ha hecho un gran descubrimiento. ¿Quién quiere venir conmigo?

No hubo voluntarios; en cambio, se oyeron risas y burlas.

-Quizá tú también tienes un emplazamiento para una ciudad allí sugirió alguien.

-Seguramente que sí-fue la réplica:-tengo una tercera parte del de Harper y Ladue. Y ya veo mis terrenos vendiéndose por más de lo que vosotros ganaréis en vuestra vida, escarbando como gallinas.

-Eso está muy bien, Daylight-interpuso un tal Curly Parsons, conciliatorio.-Tienes buena reputación y todos sabemos que eres honrado y leal. Pero estás expuesto como los demás a dejarte enredar de un lío como el que esos haraganes te han armado. Yo te pregunto: ¿cuándo exploró Carmack? Tú mismo dices que lo encontraste pescando salmón con sus parientes indios el otro día.

-Y Daylight dice la verdad-interrumpió Carmack, excitado,y yo también la digo- Yo no estaba explorando, ni tenia inten- ción de hacerlo- Pero el mismo día que Daylight se marchó, se me presentó Henderson, por el río, con una barca de provisiones, pro. cedente de Sixty Mile, con el plan de ir al río Indian y portear las provisiones por la divisoria entre Quartz Creek y Gold Bot- tom.. .

-¿Dónde diablos está Gold Bottom? -preguntó Curly Parsons- -Más allá de Bonanza, lo que era antes Rabbit Creek-continuó Carmack.-Es un afluente del río Klondike- Subí por ahí, pero regresé cruzando la divisoria, siguiendo la cresta durante varias millas hasta llegar a Bonanza. "Ven conmigo, Carmack, y estaca una pertenencia", me dijo Henderson. "He descubierto un yacimiento en Gold Bottom; ya he sacado cuarenta y cinco onzas". Y fui con él, y conmigo fueron Skookum Jim y Cultus Charlie, y todos estacamos en Gold Bottom. Regresé por Bonanza con la idea de encontrar antas y nos detuvimos a comer. Yo me dormí y a Skookum Jim se le ocurrió explorar, porque había visto a Henderson hacerlo- Se va derecho al pie de un abedul, llena la gamella y lava más de un dólar de oro nativo. Me despierta y yo

también ensayo, recogiendo dos y medio al primer lavado. Entonces llamé al paraje "Bonanza", estaqué la pertenencia y vinimos a registrarla.

Miró ansiosamente a su alrededor, buscando señales de que le creían, pero se encontró en un círculo de rostros incrédulos, menos el de Daylight, que le había observado atentamente mientras hablaba.

-¿Cuánto te dan Harper y Ladue por provocar una carrera hacia su emplazamiento?-inquirió alguien.

-Ellos no saben nada de eso-replicó Carmack.-Os repito que es el Evangelio. En una hora lavé tres onzas.

-Y ahí tenéis el oro -dijo Daylight.

-Muchachos, no se ha visto nunca aquí oro semejante. Mirad el color.

-Algo más oscuro-asintió Parsons.

-Probablemente Carmack llevaba un par de dólares de plata en la misma bolsa-Además, si todo eso es verdad, ¿por qué no viene Bob Henderson a registrar?

-Está en Gold Bottom -explicó Carmack.-Hicimos el descu. brimiento al regreso.

Una carcajada general acogió la respuesta.

-¿Quién quiere asociarse conmigo y marchar mañana a 'ése Bonanza? -preguntó Daylight.

No se ofreció nadie.

-Entonces, ¿quién quiere aceptar un empleo que yo ofrezco, pagándole por adelantado, para transportar mil libras de provi. siones?

Curly Parsons y otro, Pat Monahan, aceptaron y, con su habitual celeridad, Daylight les pagó lo convenido por anticipado, arreglando la compra de las provisiones.

Disponíase a salir de la taberna cuando de repente se volvió hacia el mostrador-

-¿Otra corazonada?-le preguntaron.

-¡Seguramente!-contestó él.

-La harina valdrá este invierno lo que se quiera pedir por ella en el Klondike. Me he quedado sin fondos-. ¿Quién me presta dinero?

Al instante una veintena de hombres que se habían negado a acompañarle en su expedición, le rodearon, tendiéndole sus bolsas de oro.

-¿Cuánta harina quieres?-le preguntó el empleado de la Compañía Comercial de Alaska.

-Unas dos toneladas.

Las bolsas conteniendo oro en polvo siguieron ofreciéndosele, por más que sus dueños lanzaron nuevas carcajadas burlonas.

-¿Qué vas a hacer con dos toneladas?-preguntó el empleado del puesto comercial.

-Hijito -replicó Daylight, -eres demasiado novato en la región para saber de qué va-Pienso poner una fábrica de coles y fabricar un medicamento para la caspa.

Tomó el dinero prestado a derecha e izquierda, contratando a seis hombres más para transportar ia harina. Se volvió a quedar sin dinero y entrampado hasta los ojos.

Curly Parsons se apoyó en ia barra, con gesto de desesperación- -Lo que no acierto a comprender-gimió,-es lo que va a hacer con todo eso.

-Te lo diré claro, como A, B, C y uno, dos y tres-contestó y Daylight y comenzó a contar con los dedos:-corazonada número unos grandes descubrimientos de filones de oro en perspectiva. Corazonada número dos: Carmack los ha realizado. Corazonada número tres no es ninguna corazonada. Es cosa segura. Si una y dos son exactas, el tres será la purísima verdad. La harina valdrá su peso en oro este invierno. Os repito, muchachos: cuando tengáis una corazonada, jugaos a ella los calcetines. ¿Para qué es l suerte, sino para aprovecharla? Y el ia aprovecháis, aprovechadla hasta el límite. Llevo años en esta región esperando esto, y ya ha llegado.Y voy a jugarme hasta la camisa, eso es todo. Buenas noches, muchachos.

CAPiTULO X

La incredulidad acerca del descubrimiento persistía. Cuando Daylight llegó con su cargamento de harina a ia embocadura dei Klondike, encontró la vasta planicie tan desolada como siempre.

unto ai río, el jefe Isaac y sus indios acampaban cerca de los secaderos de salmón. Varios veteranos estaban también acampa- dos allí, y habiendo terminado su trabajo de verano en Ten Mile Creek, habían bajado por el Yukon, con rumbo a Cirele City. Pero en Sixty Mile tuvieron noticias dei descubrimiento y se habían detenido a echar un vistazo ai terreno. Acababan de volver a su lancha cuando Daylight desembarcó su harina y el informe que estos veteranos dieron era pesimista.

Esta condenada tierra de antas-exclamó uno de ellos, Long Jim Tarney, soplando para enfriar su tazón de té.-No te dejes enredar, Daylight. Es una estafa- Un cuento.Harper y Ladue están fingiendo un descubrimiento y Carmack les sirve de gancho. ¡A quién se le ocurre trabajar una mina en lo que es media milla de pastos de antas entre una superficie rocosa y Dios sabe hasta dónde llega ia profundidad de ia roca viva?

aylight asintió, reflexionando.

¿Lavasteis algo? -preguntó al fin.

¡En absoluto! -fué la indignada respuesta.

¿Crees que nací ayer? Sólo un novato perdería el tiempo por esos pastos para llenar de lodo una gamella- No perderé yo el tiempo de esa manera. e bastó una ojeada- Mañana sigo hacia Circle City. Nunca he tenido fe en ia Región Superior.Me contento con el Tanana, y escúchame bien, cuando se descubran los grandes yacimientos, será río abajo. Aquí Johnny estacó a dos millas más abajo de Disvery, pero es que el pobre no sabe más.

Johnny pareció avergonzado.

-Lo hice en broma-explicó.

-Daría mi pertenencia por una libra de tabaco.

-¡Hecho!-dijo prontamente Daylight.-Pero luego no me vengas llorando, si saco veinte o treinta mil dólares de ella- Johnny sonrió alegremente.

-Venga el tabaco-dijo.

-¡Ojalá hubiera estacado yo también!-murmuró quejumbroso Long Jim.

-Aun estás a tiempo-replicó Daylight- ¡Son veinte millas de ida y vuelta!

-Yo lo estacaré por ti mañana-ofreció Daylight,-y luego haz lo mismo que Johnny. Tim Logan te dará lo necesario para los gastos. Logan tiene una taberna en Sourdougb y me lo prestará- Regístralo a tu nombre, luego haces una transferencia ai mío y entregas los documentos a Tim.

-Yo también-dijo el tercer veterano.

Y así, por tres libras de tabaco de masticar marca Star, Daylight compró ia propiedad de tres pertenencias de quinientos pies cuadrados cada una en Bonanza, pudiendo, de acuerdo con ia ley, estacar otra en nombre propio ya que las primeras eran transferencias.

Reconozco que eres derrochador en lo que a tabaco se refiere -sonrió Long Jim.-¡Tienes fábrica?

-No, pero tengo una corazonada-fué la respuesta,-y considero barato, tirado, adquirir tres pertenencias por tres libras de tabaco.

Una hora después Joe Ladue se presentó en el campamento, procedente de Bonanza Creek. Ai principio mostróse indiferente ante el descubrimiento de Carmack, vaciló luego, terminando por ofrecer a Daylight cien dólares por su parte en el emplazamiento de ia ciudad.

-¿Ai contado?-preguntó Daylight.

-Aquí los tienes.

Y uniendo la acción a la palabra, Ladue sacó su bolsa de oro.

Daylight la sopesó, al parecer distraídamente, la abrió volcando parte del oro en polvo en su mano. Era más oscuro que el usual a excepción del que había visto a Carmack. Devolvió el polvillo al saco, que entregó a Ladue.

-Lo necesitas más que yo-comentó Daylight.

-No lo creas-aseguró Ladue.

-Tengo mucho más.

-¿De dónde ha salido ese oro?

Daylight era todo inocencia al formular la pregunta, y Ladue la recibió con estolidez de indio.

Sin embargo, por un rápido instante, ambos hombres se miraron a los ojos y en ese instante, algo intangible pareció emanar de Ladue- Y Daylight, que había captado ese algo, presintió un algo secreto en los planes que ocultaban los ojos de Ladue.

-Conoces el emplazamiento mejor que yo-continuó Daylight- -Y si mi parte en los terrenos vale cien dólares para ti, con todo lo que sabes, vale cien dólares para mí, aunque no sé por qué.

-Te doy trescientos-ofreció Ladue desesperado.

-El argumento es el mismo- Sea lo que sea, vale para mí tanto cuanto tú quieras dar por ello.

Entonces fué cuando Ladue cedió. Se llevó a Daylight lejos del campamento y le dijo confidencialmente.

-Ha llegado-dijo en conclusión.-Todo lo que has visto, lo cogí ayer. Te aseguro que hasta las raíces de las hierbas tienen "color", y Dios sabe lo que hay al llegar a la roca viva. Pero es cosa grande.-. te digo, es grande- Cállate y denuncia cuanto puedas- Está esparcido en pequeñas zonas aquí y allá- Pero no me extrañaría que alguna pertenencia rindiera hasta cincuenta mil dólares. El único inconveniente consiste que se halla esparcido en espacios separados.

Pasó un mes y Bonanza Creek permaneció tranquila.

Unos cuantos hombres habían estacado, pero la mayoría, después de estacar, habían seguido hacia Forty Mile y Circle City. Los pocos que tenían suficiente fe, se quedaron erigiendo cabañas de troncos para protegerse deI invierno que se aproximaba. Carmack y sus indios construían un lavadero de troncos para el mineral y una represa de agua. La tarea era lenta porque tenían que aserrar la madera a mano.

Pero más abajo de Bonanza estaban cuatro hombres que procedían de la parte alta del río: Dan McGilvary, Dave McKay, Dave Edwerds y HarTy Waugh. Era una pandilla silenciosa y reservada, que no pedían ni ofrecían confidencias y vivían apartados de todo el mundo.

Pero Daylight, que había tanteado el borde de la pertenencia de Carmack, obteniendo oro en las raíces de las plantas, tenía curiosidad por saber qué habría al llegar a la roca- Había observado que los cuatro hombres habían abierto un pozo junto al río y había oído el zumbido de sus sierras al cortar la madera para los lavaderos.

Sin esperar a ser invitado, asistió al primer lavado que hicie. ron; cinco horas de pala rindieron trece onzas y media de oro. Oro en bruto de distintos tamaños, desde la cabeza de alfiler hasta la pepita de doce dólares, y procedía de la roca.

Aquel día fué el primero en que nevó y el invierno ártico se acercaba, pero Daylight no tenía ojos para la tristeza gris del corto y moribundo verano. Veía realizado su sueño y en la vasta planicie se alzaba la dorada ciudad de las nieves. Se había encontrado oro en la roca. Era lo esencial. El descubrimiento de Carmack estaba asegurado. Daylight estacó una pertenencia en su nombre, limítrofe a las que había comprado con el tabaco, lo que le daba un

terreno de su propiedad de seiscientos cincuenta metros de largo y extendiéndose en anchura de cresta a cresta.

Al regresar a su campamento, encontró a Kama, el indio que había dejado en Dyea. Kama viajaba en canoa, trayendo el último correo del año. Tenía unos doscientos dólares, que inmediatamente Daylight le pidió prestados, ofreciéndole en cambio estacar una pertenencia en su nombre, que podría registrar al pasar por Forty Mile. Cuando al día siguiente Kama continuó su viaje, llevaba varias cartas de Daylight dirigidas a los veteranos que se hallaban en la parte baja del río, en las cuales les invitaba a venir en seguida a estacar. También Kama llevó varias cartas conteniendo similares invitaciones dirigidas por los otros hombres que se hallaban en Bonanza.

-Será sin duda, la mayor carrera en busca del oro que jamás se ha visto-rió Daylight, al imaginarse a los excitados poblado. res de Forty Mile y Circle City, atropellándose en las barcas y volando para recorrer los centenares de millas Yukon arriba; sabía que aceptarían su palabra sin discusión.

Con la llegada de los primeros "corredores", Bonanza Creek despertó, iniciándose una contienda entre la mentira y la verdad, en la que por grande que fuera la mentira siempre la superaba la verdad.

Cuando individuos que habían puesto en duda los informes de Carmack de dos dólares y medio por gamella obtuvieron ellos mismos esos dos y medio, mintieron y declararon que habían obtenido una onza. Y antes de que esa mentira se extendiese estaban sacando cinco onzas- Entonces declararon diez, y cuando llenaban una gamella para probarlo, lavaban no diez sino doce, y así sucesivamente- Continuaron mintiendo valerosamente, pero la verdad les haba ganado.

Un día, en diciembre, Daylight llenó una gamella de mena procedente de la roca de su pertenencia, llevándola a su cabaña, en la que una fogata, continua le permitía tener agua sin congelar en un depósito de lona. Comenzó el lavado y con los dedos fué eliminando la grava hasta que, dando a la gamella un movimiento giratorio rápido, la vació. Quedó el fondo cubierto de una especie de mantequilla amarilla. Era oro, oro en polvo, oro nativo, pepitas.

Estaba solo. Dejó en el suelo la gamella, sumiéndose en sus pensamientos. Terminada la operación, pesó el resultado. Calcu. lando la onza a dieciséis dólares, la gamella había dado setecientos y pico de dólares- Era superior a cuando había podido soñar- Sus más alocados ensueños habían calculado un valor de veinte a treinta mil dólares a cada pertenencia, pero allí había algunas que rendirían más de medio millón, aunque estuviese esparcida en zonas separadas.

Al día siguiente no fué a trabajar a ninguno de los pozos. Provisto de un equipo ligero, emprendió una caminata por creeks y divisorias, explorando la región- Aunque tenía derecho a estacar una pertenencia en cada creek, eentíase reacio a renunciar a sus posibilidades. En Hunker estacó una. Encontró Bonanza Creek estacada de arriba abajo, como igualmente. sus tributarios y adyacentes por los que llegaron tarde a Bonanza.

La más popular de estas creeks era Adams y la menos favorecida Eldorado, que afluía en Bonanza por encima de la pertenencia de Carmack. Hasta Daylight la encontraba poco prometedora; pero fiel a su corazonada, adquirió una participación de la mitad de una pertenencia por un saco de harina.

Un mes después pagó ochocientos dólares por la pertenencia co- lindante- Tres meses después pagó cuarenta mil dólares por un trozo denunciado y aunque procuró ocultarlo, se supo más tarde que había pagado ciento cincuenta mil por una cuarta pertenencía en la caleta tan despreciada.

Entretanto y desde el día que obtuvo setecientos dólares de una gamella, no volvió a empuñar el pico ni la pala.

Por eso dijo a Joe Ladue en la noche del célebre lavado: -Joe, ya no volveré a trabajar- Ahora comenzaré a usar mis sesos. Voy a cultivar oro. El oro crece como una planta, si sabes hacerlo crecer y tienes simiente. Cuando vi esos setecientos dóla- res en el fondo de la gamella, comprendí que tenía la simiente.

-¿Dónde la plantarás ?-preguntóle Joe Ladue.

Daylight, con amplio gesto de la mano, indicó toda la región que abarcaba su vista:

-Ahí-dijo-y fíjate en lo que hago.Aquí hay millones para el hombre que sepa verlos. Y yo he visto todos esos millones esta tarde cuando esos setecientos dólares me miraron desde el fondo de la gamella y me cantaba: ¡Caramba, si es Burning Daylight que por fin ha llegado !

CAPÍTULO XI

Héroe del Yukon en los días anteriores al descubrimiento de Carmack, Burning Daylight terminó siendo el héroe de ese descubrimiento. La historia de su corazonada y de cómo la siguió fiel. mente, se difundió por toda la región, pues ni cinco de los más afortunados poseían, juntos, pertenencias de tanto valor como las suyas.

Los sabihondos meneaban la cabeza vaticinando que perdería todo cuanto había adquirido- El especulaba, decían, como si el territorio entero fuera de oro, y nadie podía ganar jugando a un terreno de aluvión.

Por otra parte, sus pertenencias en valoraban en millones y había quienes sostenían que constituía una locura aceptar una apuesta de Daylight. Tras su magnífica liberalidad y su apa- rente desprecio por el dinero, ocultábanse un frío y práctico dis, cernimiento, una imaginación alerta y la audacia del jugador nato. Preveía lo que sus propios ojos jamás habían visto, y juga- ba arriesgándolo todo para ganar mucho.

-Hay demasiado oro en Bonanza para proceder de un yacimiento natural en terreno que no presenta filones-argüía.-Seguramente existe un filón madre, y otras caletas lo dirán- No perdáis de vista el río Indian. Las caletas (creeks) que desaguan en ese lado del Klondike tienen tantas probabilidades de dar oro como las que desaguan en este otro.

Y apoyaba su opinión hasta el punto de equipar a media docena de partidas de exploradores a través de la gran divisoria en la región del río Indian.

Otros que habían fracasado en sus intentos de estacar parte- nencias en caletas afortunadas, encontraron empleo en las suyas de Bonanza. Les pagaba bien, dieciséis dólares diarios por ocho horas de trabajo y tenia tres equipos de hombres- Había almacenado suficientes provisiones y cuando, antes de la llegada de los hielos, arribó el "Bella", cargado de víveres, adquirió una parcela de terreno con Jack Kearna a cambio de provisiones bastantes para todo el invierno de 1896.

Y aquel invierno, cuando comenzó el hambre y la harina se vendió a dos dólares la libra, pudo mantener tres equipos de mineros en sus cuatro pozos de Bonanza. Otros pagaban quince dólares al día a sus hombres, pero él fué el primero en emplear a jornal la mano de obra y desde un principio pagó una onza diaria. El resultado fué que sus cuadrillas estaban formadas por hombres escogidos que ee ganaban su jornal.

Una de sus más fantásticas jugadas tuvo efecto a principios de' invierno, después de la llegada de los hielos. Centenares de bus. cadores de oro, tras estacar las caletas restantes, habíanse marchado descontentos hacia Forty Mile y Circle City. Daylight hipotecó uno de sus pozos a la Compaía Comercial de Alaska, recibiendo una carta de crédito. Enganchó sus perros y emprendió la marcha río abajo, a una velocidad que sólo él podía mantener. Cayó un indio, otro se volvió atrás y cuatro traíllas de perros fueron testimonio de la endemoniada marcha.

En Forty Mile y Circle City compró pertenencias por docenas. Muchas resultaron que no tenían ningún valor, pero otras fueron más productivas que las mejores de Bonanza. Compró a diestro y siniestro, pagando desde cincuenta a cinco mil dólares- La más cara la compró en la taberna Tívoli; fué un terreno en Eldorado y cuando hubo concertado el precio, Jacob Wilkins, un veterano recién llegado de explorar los terrenos de pastos de antas, se levantó y se dirigió hacia la puerta, diciendo:

-Daylight: te conozco desde hace siete años y siempre me has parecido sensato. Y ahora te estás dejando robar a ojos vistas- Sí, robar; ni más ni menos- ¡Cinco mil dólares por un terreno de pastos de antasl ¡No puedo ver que te exploten de ese modo!

-Wilkins-dijo Daylight: -repito que los descubrimientos de Carmack son tan grandes que no los sabemos apreciar. Es una lotería. Cada pertenencia que compro es un décimo. Y seguramente algunos saldrán premiados.

"Jacob Wilkins-continuó Daylight, -supón que supieras que iba a llover sopa. ¿Qué harías? Comprar cucharas, naturalmentePues bien, yo estoy comprando cucharas- Va a llover sopa en d Klondike, y los que tengan tenedores no la probarán.

Pero Wilkins, por toda respuesta, salió dando un portazo.

Daylight se interrumpió para terminar la compra de la pertenencia- De regreso en Dawson, aunque permaneció fiel a su palabra de no volver a tocar nunca ni el pico ni la pala, trabajó más que nunca en su vida. Tenía mil cosas entre manos y no se daba punto de reposo. Estaba obligado a recorrer personalmente todos sus terrenos denunciados, para decidir cuáles dejaría caducar y con cuáles se quedaria.

Antes de llegar a Alaska, había sido minero, y esto le hacía soñar con encontrar el filón madre. Sabía que una explotación mineral es siempre efímera y que el verdadero negocio era el cuarzo.Tenía siempre una veintena de hombres practicando sondeos y, ¡aunque nunca encontró lo que buscaba, años después calculó que la búsqueda le había costado más de cincuenta mil dólares.

Pero él jugaba fuerte.Por grandes que fueran sus gastos, los cubrían sus ganancias- Tomó opciones, compró participaciones, fué a medias en innumerables expediciones y personalmente estacó varias pertenencias.

Día y noche sus perros estaban dispuestos en forma que, al llegar la noticia de alguna nueva carrera hacia cualquier lugar que se dijera habían encontrado oro, él iba siempre a la cabeza estacando limítrofe al descubrimiento. De una u otra manera, sin mencio. nar las muchas caletas que no valían nada, adquirió pertenencias en las buenas caletas, tales como Sulphur, Dominion, Excelsis, Siwash, Alhambra y Doolittle.

Los miles que invertía le producían el décuplo- En Forty Mile se calculaba que su negocio harinero le había producido cerca de medio a un millón. Y se sabía sin ningún género de duda que su participación en Eldorado, comprada por un saco de harina, le valía quinientos mil dólares. Por otra parte, se decía que cuando Freda, la bailarina, llegó allí en canoa, procedente de los Pasos, ofreciendo mil dólares por diez sacos y no pudo encontrar quien se los vendiera, Daylight le envió la harina como regalo, sin haberla visto nunca. Del mismo modo fueron enviados diez sacos al solitario sacerdote católico que estaba organizando el primer hospital en aquellas regiones.

Su genererosidad era extremada- Había quien la calificaba de locura. Cuando, siguiendo su corazonada, recibía medio millón por un saco de harina, era una locura el regalar veinte sacos a una bailarina y a un sacerdote. Pero él era así: el dinero era una ficha. Lo que le interesaba era el juego. La posesión de millones le interesaba únicamente porque le permitía jugar más fuerte.

Habiendo sido siempre sobrio por temperamento y por necesidad, ahora que podía disponer a su capricho, era más sobrio que nunca.

El cambio más radical fué que, excepto cuando estaba en marcha, cuando estaba viajando, ya no cocinaba para si misma.Un mi. nero de salud quebrantada vivía con él y se cuidaba de los quehaceres domésticos, pero la comida era la misma: tocino, judías, harina, frutas secas y arroz. Vestía como antaño: un mono, calcetines gruesos de algodón, mocasines, camisa de franela, gorro de piel y chaquetón de tela de manta. No fumaba puros que costaban, los más baratos, de medio a un dólar cada uno; se contentaba con el mismo tabaco negro de siempre, liando sus propios cigarrillos. Era cierto que poseía mayor número de perros, por los cuales pagaba precios fabulosos; pero eso no constituía un lujo, sino unan necesidad que exigía el negocio. Necesitaba viajar rápidamente. Por este motivo contrató al cocinero. Estaba demasiado ocupado para cocinar para sí mismo. No era negocio perder tiempo haciendo fuego e hirviendo agua, cuando se juegan millones.

Dawson creció rápidamente en el invierno de 1896- Daylight re- cuudaba sumas enormes de la venta de sus parcelas urbanas y las invertía en otras aventuras. Jugaba el peligroso juego de las pirámides, y no hay más peligrosa pirámide_ que un depósito de aluvión. Pero jugaba con los ojos abiertos.

-Esperad a que las noticias de estos descubrimientos lleguen el exterior-decía a sus compañeros en la taberna El Cuerno de Anta.

-La noticia no les llegará hasta la primavera, y entonces habrá tres avalanchas- Una de hombres sin equipos de verano; otra, de hombres equipados en otoño, y otra en primavera, el año que viene, de cincuenta mil personas. Todos serán novatos, y en vista de esto, ¡qué pensáis hacert

-¿Qué piensas hacer tú?-preguntó un amigo.

-Nada-respondió Daylight.Ya he hecho todo cuanto tenía que hacer. Tengo una docena de cuadrillas en el Yukon, maderando; los veréis llegar cuando comience el deshielo. ¡Cabañasl Valdrán lo que se pida por ellas. Irán por las nubes. Tengo dos aserraderos en camino. Llegarán cuando se abran los lagos y si creéis necesitar madera, os ofrezco contratos ahora mismo, a trescientos dólares el millar, sin desbastar.

Parcelas bien situadas se vendieron aquel invierno a precios oscilantes entre diez mil y treinta mil dólares.

Daylight avisó que se trajesen balsas hechas de troncos y como resultado, el verano de 1897 vió sus aserraderos trabajando día y noche para preparar tablones para la construcción de cabañas- Estas cabañas, incluido el terreno, se vendieron al precio de mil a ocho mil dólares- Las cabañas de dos pisos, en la parte comercial de la ciudad, le valieron de cuarenta a cincuenta mil dólares cada una. Este aumento de capital fué invertido en otras aventuras- Seguía dando mil vueltas al oro, hasta que todo cuanto tocaba parecía convertirse en oro.

Este primer invierno del descubrimiento de Carmack enseñó a Daylight muchas cosas.

A pesar de su prodigalidad, era calculador. Observaba el estúpido derroche de los flamantes millonarios y le parecía absurdo. Era explicable el tirar una fortuna en una noche de juerga; él mismo lo hizo en la noche de la célebre partida de poker en Circle City, cuando perdió cincuenta mil dólares, es decir, todo cuanto poseía. Pero consideraba aquellos cincuenta mil dólares como el precio, como una simple apuesta. Mas cuando se trataba de millones, era muy diferente. Tal fortuna era una estacada, una pertenencia, que no debía ser sembrada en los suelos de las tabernas, literalmente sembrada, tirada, arrojada de los sacos de piel de anta por millonarios borrachos que habían perdido todo sentido de pro. porción.

Allí estaba McMann, que en una de esas tabernas había hecho gasto por valor de treinta y ocho mil dólares, y Jimmie Le Rough, que durante cuatro meses gastó cien mil dólares mensuales viviendo en continua orgía, acabando por caer borracho en la nieve una noche de marzo y perecer helado. Y Swiftwater Bill, quien, después de disipar tres valiosas pertenencias en extravagantes orgías, pidió prestado tres mil dólares para abandonar la región

y porque a la muchacha que le había dado calabazas le gustaban los huevos, compró las ciento diez docenas de huevos que había en el mercado de Dawson, pagando veinticuatro dólares por docena y se los dió a los perros.

El champaña se vendía de cuarenta a cincuenta dólares la botella y la lata de estofado de ostras a quince. Daylight no se permitía tales lujos. No le importaba invitar a toda la concurrencia de una taberna a tomar whisky, pagando medio dólar por copa, pero le parecía extravagante pagar quince dólares por una lata de conservas. Por otra parte, probablemente gastaba más en aliviar casos de penuria, que esos nuevos millonarios en orgías. El padre Judge, director del hospital, podría haber mencionado varios donativos de más importancia que los primeros diez sacos de harina. Y los veteranos, que acudían a Daylight en demanda de una ayuda, invaria. blemente encontraban lo que pedían. ¡Pero cincuenta dólares por una botella de champaña, era espantoso!

Sin embargo, de cuando en cuando corría aun alguna de sus antiguas juergas. Pero lo hacía por diversos motivos. Primero, porque eso se esperaba de él y segundo, porque podía hacerlo. Pero ya no le atraía gran cosa esa manera de divertirse. Sentía ansias de poder. Era el hombre más rico de Alaska y quería serlo aun mías. Jugaba fuerte y ello le gustaba más que cualquier otra cosa. Su obra era creadora. Hacía algo.

Le producía más satisfacción ver sus aserraderos trabajando a destajo que extraer millones de las entrañas de la tierra. El oro era una abstracción, representaba cosas y el poder de hacerlas. Pero los aserraderos eran esas cosas mismas, concretas y tangibles. Eran sueños realizados.

Cuando llegó la prevista avalancha del exterior, llegaron con ella periodistas y corresponsales de revistas y todos ellos se ocuparon de Daylight, en todas formas, hasta convertirle en la figura más popular de Alaska.

Después de algunos meses, el interés se concentró en la guerra con España y se olvidaron de él; pero en el Klondike continuó siendo la personalidad más preeminente.

No era tan sólo el hombre más rico de la región, era Burning Daylight, el pionero, el hombre que había cruzado el Chilcoot y el Yukon para reunirse con gigantes como Al Mayo y Jack McQuestion.

Era el Burning Daylight de las mil aventuras, el que llevó el correo de Circle a Salt Water y regresó en sesenta días, el que salvó a toda la tribu de los tananas de perecer en el invierno del 91... ; en resumen, el hombre que loe novatos consideraban como un héroe fabuloso y cuyo nombre pronunciaban con veneración.

Todo cuanto hacia era materia apta para anunciarse a todos los ámbitos. Cuanto hacía, por vulgar o espontáneo que fuese, impresionaba a las gentes como cosa extraordinaria. Su última hazaña estaba siempre en los labios de las gentes, ya que si fué el primero en llegar a la meta de la agotadora carrera hasta Danish Creek, donde se había descubierto oro o que batió el record en Sulphur Creek, o que ganó la carrera de canoas de una sola paleta, en el cumpleaños de la reina, después de verse obligado a participar en el último instante por no haber comparecido el representante de los veteranos.

Así, una noche en el Moosehorn, se celebró la partida de poker concertada con Jack Kearns, como desquite desde tiempo atrás. Los límites convenidos eran hasta el cielo y las ocho de la mañana, y al terminar la partida, Daylight había ganado doscientos treinta mil dólares. Para Jack, multimillonario, la pérdida no era de importancia, pero la comunidad entera se emocionó por la cuan-tía de las apuestas y cada uno de los doce corresponsales presentes enviaron al exterior un sensacional artículo.

CAPITULO XII

A pesar de sas múltiples fuentes de ingreso, el sistema de pirámide de Daylight le tuvo corto de fondos durante todo el primer invierno- La mena, derretida en la roca, se congelaba al llegar a la superficie, y sus montones de mineral conteniendo millones quedaban inaccesibles, hasta que el sol de primavera los deshelaba; licuando igualmente la nieve le permitía lavarlos y extraer el oro contenido.

Entonces se encontraba con un superávit que depositaba en los dos Bancos recién fundados, viéndose pronto acosado por individuos y grupos para que invirtiese su capital en todo género de empresas.

Pero él prefería su independencia, jugar la partida a su manera, y no entraba en ninguna combinación, a menos que fuera ofensiva o defensiva. Así, aunque pagaba los jornales más elevados, se afilió a la Asociación de Propietarios de Minas, dirigió la lucha y dominó la insubordinación de los jornaleros- Los tiempos habían cambiado y los antiguos sistemas habían desaparecido para siempre. Era una nueva época y Daylight, el rico propietario de minas, se mantenía fiel a sus afiliaciones de clase.

Cierto es que para salvar a los veteranos que trabajaban para él del poderío de los propietarios, los había hecho capataces de las cuadrillas de novatos; pero esto era cosa sentimental- No podía olvidar las tiempos pasados, a los veteranos que fueron compañeros; pero en el terreno financiero jugaba con los más modernos y prácticos métodos.

Aparte de estas combinaciones de propietarios, se negaba a comprometerse en empresas ajenas- Era un jugador solitario y necesitaba todo su dinero para sostener su juego.

La Bolsa recién fundada le interesaba profundamente.

No tenía idea de una institución semejante, pero inmediatamente se dio cuenta de sus virtudes y supo utilizarlas. En el fondo era jugar, y en ciertas ocasiones se permitió jugadas que no tenían más razón de ser que su capricho.

-¡Es mejor que el faraón!-fue su comentario un día que, tras haber tenido a los especuladores de Dawson una semana sobre ascuas, con sus jugadas alternas de alza y baja, descubrió su mano y se hizo con lo que para cualquier otro hubiera sido una fortuna- Otros mineros, después de enriquecerse, habían regresado a los

Estados Unidos, volviendo la espalda a la feroz batalla ártica. Pero cuando se le preguntaba si pensaba hacer lo propio, Daylight respondía con una sonrisa, que cuando hubiera terminado de jugar su mano, añadiendo que sería una imbecilidad abandonar una partida cuando empezaba a tener buenas cartas.

Entre millares de admiradores novatos se afirmaba que Daylight no conocía el miedo. Pero Bettles, Dan McDonald y otros vetera nos sacudían la cabeza riendo y pronunciando la palabra "mujeres" ". Y tenían razón- Siempre las había temido desde que, a los diecisiete años Queen Anne, de Juneau, le habían hecho el amor abierta y ridículamente. Además, no las conocía.

Nacido en campamento minero, en el que las mujeres eran seres misteriosos y raros, sin hermanas y habiendo perdido a su madre al nacer, nunca había tenido contacto con ellas. Cierto era que las había encontrado en el Yukon, las pioneras que cruzaron los Pasos en persecución de los hombres que habían practicado las primeras excavaciones. Pero jamás oveja alguna huyó del lobo con más terror que Daylight sentía por el llamado sexo débil. Alternaba con ellas porque su orgullo masculino lo exigía, pero constituían para él un libro cerrado, y prefería una partida de solo y hasta de siete y medio.

Y ahora, conocido por el nombre de Rey del Klondike, con varios otros títulos reales, tales como rey de Eldorado, rey de Bonanza, barón de los madereros y príncipe de los corredores en alud hacia los yacimientos, sin omitir el que más le enorgullecía: Padre de los Veteranos, temía más que nunca a las mujeres.

La región estaba invadida por ellas, y todas se le ofrecían; tanto si aceptaba una invitación a cenar en casa del Delegado del oro, como si pagaba las bebidas en una sala de baile, o si accedía a ser entrevistado por la corresponsal del "Sun " de Nueva York, todas ellas le tendían los brazos abiertos-

Había una excepción: Freda, la bailarina, a quien regalara los sacos de harina. Era la única mujer en cuya compañía se sentía tranquilo, porque era la única que no le solicitaba- Y, sin embargo, Freda estaba destinada a darle el susto más gordo. Ocurrió en el otoño de 1897. Regresaba Daylight de una de sus excursiones, luego de inspeccionar una caleta llamada " Henderson ", una caleta que penetraba en el Yukon, por debajo del río Stewart. -

El invierno había llegado súbitamente y tuvo que abrirse paso por el Yukon en una extensión de setenta millas en una frágil canoa entre los hielos. Rompiendo la capa que se había formado, enfiló el Yukon a tiempo justo de ver a un hombre que agitada mente señalaba hacia el agua. Después vio un cuerpo de mujer cubierto de pieles, yacente boca abajo, hundiéndose bajo las aguas entre los hielos. Aprovechando un paso abierto en el remolino de la corriente, fue cosa de segundos llegar hasta ella, agarrarla por un hombro y atraerla junto al costado de la canoa- Era Freda. Y todo hubiera ido bien, de no ser que, cuando recobró el sentido, los ojos azules relampaguearon de cólera al mismo tiempo que exclamaba

-¿Por qué intervino? ¡Oh!, ¿por qué intervino?

Esto preocupó a Daylight. En las noches siguientes, en vez de dormirse seguidamente como de costumbre, permanecía despierto, representándose el rostro y los ojos coléricos y repitiéndose sus palabras, que le parecían sinceras- El reproche era genuino- Ella habló en serio. Y Daylight seguía meditando-

Cuando se volvieron a encontrar, ella le volvió la espalda airadamente y con aire de desprecio. Pero después vino a presentarle sus excusas, insinuando la existencia de un hombre, en algún sitio, no dijo dónde, que le había hecho perder toda ilusión por la vida- Sus palabras sonaron francas, pero incoherentes, y Daylight dedujo que, de lo que se tratare, fuese lo que fuese, había ocurrido años atrás. También dedujo que ella había amado al hombre.

Eso era la cosa..- el amor- La causa de todos los males- Algo más temible que el hielo o el hambre. Las mujeres en sí, eran agradables- simpáticas; pero se presentaba esta cosa llamada amor, que las marcaba hasta el hueso mismo y las volvía tan irracionales que uno ya no podía adivinar qué harían a continuación. Esta Freda era una criatura espléndida, normal, inteligente, pero... pero se había presentado el amor agriándole la vida, arrastrándola al Klondike y al suicidio tan imperiosamente que hasta odiaba al hombre que le había salvado la vida.

En fin, hasta ahora, él había escapado al amor, como escapara a la viruela y mucho peor en su curso- Obligaba a los hombres y a las mujeres a hacer cosas terribles e irrazonables- Era como el delirium tremens, aunque peor- Y si él, Daylight, llegaba a atrapar tan contagiosa enfermedad, podría cogerla tan grave como los demás-.- Era una locura, una locura de remate y, por añadidura, contagiosa- Media docena de hombres estaban locos por Freda; todos querían casarse con ella. Sin embargo, ella estaba locamente enamorada del individuo que estaba Dios sabía dónde.

Pero fue la Virgen quien le dio el susto definitivo.

Una mañana la encontraron muerta en la cabaña, con un tiro en la cabeza, sin dejar mensaje ni explicación del hecho. Luego surgieron los comentarios- Un tipo ingenioso, portavoz de la opinión pública, lo denominó "un caso de demasiado Daylight".

Ella se había matado por él. Todo el mundo lo sabía y lo afirmaba- Los corresponsales de prensa se ocuparon del caso, y de nuevo Burning Daylight, el rey del Klondike, apareció sensacionalmente en las revistas ilustradas de los Estados Unidos.

La Virgen se había reformado, afirmaban. En Dawson City jamás se la vio en las salas de baile. Cuando llegó de Cirele City se ganaba la vida lavando ropa, luego adquirió una máquina de coser, confeccionando parkas, gorros de piel y guantes. Posterior. mente tuvo un empleo en el primer Banco del Yukon.

Todo esto salió a luz, y con ello el convencimiento de que Dar light había sido la causa de su muerte, aunque él estuviese en completa ignorancia de ello.

Lo peor del caso es que Daylight reconocía que era cierto. Siempre recordaría la última vez que la vio. Entonces no le dio importancia; pero al recordarlo se le representaba hasta en sus menores detalles cuanto había ocurrido.A la luz que arrojaba el trágico suceso, lo comprendía todo: su calma, una calma como si todas las vejaciones de la vida se hubieran dulcificado y desaparecido, cierta etérea dulzura en todo cuanto ella decía, cierta dulzura casi maternal. Recordaba cómo le miró, cómo rió al contarle una equivocación de Mickey Dolan al hacer una denuncia de un terreno en Skookum Gulch. Rió alegremente, aunque no con la franqueza de antaño. Y parecía estar contenta- Pero ella le engañó como a un chino, haciéndole creer que era feliz, y que hasta su amor por él había pasado; y él se había regocijado con tal creencia, previendo una amistad futura sin las complicaciones inherentes al amor, cosa tan perturbadora.

Y luego, cuando gorra en mano, estuvo ante su puerta despidiéndose, le chocó que al darle la mano ella se la besase- Se azoró y ahora se estremecía al recordarlo. Era una despedida eterna, y no lo había adivinado. En aquel momento, ella sabía qué pensaba hacer, ya estaba decidida a hacerlo. ¡Si él lo hubiera sabido! Aunque no estuviese contagiado de esa enfermedad llamada amor, se hubiese casado con ella, de haber sospechado lo que ella planeaba. Aunque sabía que ella no habría aceptado un casamiento basado en la filantropía. Realmente habría sido imposible salvarla- La enfermedad del amor había hecho presa en la muchacha, y estaba condenada desde un principio a morir de ella.

Su única salvación hubiera estribado en que él se contagiase también; pero no se había contagiado. De haberse dejado cazar por el amor, probablemente habría sido por Freda o cualquier otra mujer.

Allí estaba Dartworthy, el universitario que había estacado un terreno riquísimo en Bonanza, por encima de Discover. Todo el mundo sabía que la hija del viejo Doolittle, Berta, estaba locamente enamorado de él. Sin embargo, cuando contrajo la enfer. medad, fué, de entre todas las mujeres, con la esposa del coronel Walthstone, el gran experto minero de Guggenhammner. Resultado, tres casos de locura: Dartworthy vende su mina por una décima parte de su valor; la pobre mujer sacrifica su respetabilidad y agradable posición en la sociedad, para fugarse con él en un bote por el Yukon; y el coronel Walthstone, jurando vengarse, salió en persecución de los fugitivos en otra lancha- La tragedia inminente había bajado por el enfangado Yukon, pasado por Forty Mile y Circle y desaparecido en la vasta soledad.

Sí, ahí estaba el amor: destrozando las vidas de hombres y mujeres, empujándolos a la destrucción y a la muerte, convirtiendo en un caos todo cuanto era sensato y considerado, convirtiendo en suicidas a mujeres virtuosas y en granujas y asesinos a hombres leales y honrados.

Por vez primera en su vida, Daylight perdió la cabeza. Estaba francamente asustado- Las mujeres eran terribles criaturas, y el microbio del amor hacía estragos por doquier. Y ellas no se espantaban. No les había asustado lo ocurrido a la Virgen. Seguían persiguiéndole tan seductoramente como siempre.

Aun sin su fortuna, considerado simplemente como hombre de unos treinta años, fuerte, apuesto, de buen carácter, era excelente presa para cualquier mujer.

Y si a sus cualidades personales se añadían la aureola de su nombre y su fabulosa fortuna, prácticamente todas las mujeres libres y algunas que no lo estaban, le median con ojo calculador y deleitado.
Otros hombres se hubieran envanecido de ello, pero en Daylight el único efecto fué aumentar su pánico.

Y como consecuencia, rechazó la mayoría de las invitaciones.. casas donde podría encontrarse con mujeres y frecuentaba solamente reuniones de solteros y la taberna Moosehorn, que no tenía sala de baile.

CAPITULO XIII

Seis mil hombres pasaron en Dawson el invierno de 1S97. El trabajo en las caletas siguió su curso, y de los Pasos llegó la noti. cia de que cien mil hombres más esperaban el deshielo para cruzarlos.

Daylight tuvo una visión del porvenir, una tarde, hallándose en las mesetas situadas entre French Hill y Skookum Hill.

A seis pies extendíase la parte más rica de Eldorado Creek, pudiendo además recorrer con la vista millas enteras a un lado y otro de Bonanza- Era una escena de devastación.

Las colinas, despojadas de su arbolado, presentaban las huellas de los pozos y de las excavaciones que la nieve no llegaba a ocultar. Por doquier se veían las cabañas de los mineros- Un manto de humo llenaba los valles, convirtiendo el día gris en un crepúsculo melancólico. Humo procedente de mil agujeros en la nieve, de mil pozos en los que los hombres escarbaban las entrañas de la tierra, encendiendo hogueras para romper la presa del hielo.

Por todas partes se veían los residuos del lavado primaveral, secciones de conducción de agua, norias, todos los restos del paso del ejército de hombres enloquecidos por el oro.

-Esto es simplemnete hacer madrigueras como los geomis, como los topos-murmuró Daylight.

Miró las colinas peladas y advirtió los enormes destrozos y derroche de madera que se habían hecho.

Desde su puesto de observación, imaginó la monstruosa confu. sión de los trabajos. Era una gigantesca inepcia- Cada cual trar bajaba para sí, y el resultado era el caos.
En la más rica de las explotaciones costaba un dólar extraer dos, y por cada dólar que se sacaba de la tierra se desperdiciaba otro. Un año más, y la mayoría de las pertenencias se habrían agotado, dejando en ellas tanto como se había extraído.

Lo que se requería, pensó, era una organización- Y su imagina. ción visualizó Eldorado Creek en manos de una dirección competen- te. Hasta el deshielo a vapor, que aun no se había probado, pero que llegaría, no sería más que sacar el mejor partido posible de la situación. Habría que aplicar la ciencia hidráulica a los valles y mesetas, y luego, en el fondo de la caleta, usar dragas para el oro que había oído contar se empleaban en California.

Era el momento de dar un golpe audaz- Precisamente se había preguntado con sorpresa la razón de que los Guggenhammer y las Compañías inglesas enviasen técnicos- Ese era el plan de estas empresas capitalistas. Por eso le habían tanteado sobre la venta de sus pertenencias agotadas y sus residuos. No les importaba que los pequeños propietarios extrajesen lo que quisieran, porque aun encontrarían millones en lo restante.

Y contemplando el humeante infierno, resultado de primitivos esfuerzos, esbozó el nuevo juego que jugaría, un juego en el que los Guggenhammer y los demás tendrían que contar con él. Pero con el gozo de la nueva concepción, vino el cansancio. Estaba cansado de los largos años árticos y deseaba ver el exterior, el mundo de que oía hablar y que desconocía

en absoluto- Seguramente en él había otros juegos a qué jugar. Era mesa mayor, y no había razón para que él, con sus millones, no tomara asiento en ella y par. ticipara en el juego.

Y así fué cómo aquella tarde en Skookum Hill resolvió jugar su última y mejor carta en el Klondike, antes de abandonarlo para siempre.

Fué cosa de tiempo. Situó agentes de confianza que siguieran los pasos de los técnicos, y donde ellos compraban, compraba él- Donde intentaron adueñarse de caletas al parecer agotadas, lo en- contrarin a él atravesándose en su camino con pertenencias hábilmente dispersas que malograban sus planes.

-Juego contra todos ustedes abiertamente para ganar, ¿no les parece? -les dijo una vez, en una conferencia acalorada. Sucedieron guerras, treguas, compromisos, victorias y derrotas- En 1898 había en el Klondike sesenta mil hombres, cuyas fortumas estaban afectadas por las batallas libradas por Daylight y éste sentía cada vez con mayor fuerza el deseo de las grandes empresas, de las grandes jugadas. Estaba luchando a brazo partido con los Guggenhammer y ganando, ganando sin cesar. La lucha más violenta tuvo lugar acerca de Ofir, unos terrenos en los cuales las siete pertenencias en su centro dió a Daylight el dominio de la situación. Los técnicos de la parte contraria supieron que la empresa era demasiado grande para Daylight, y cuando le presentaron un ultimátum a este efecto, él recogió el guante y les compró todos los derechos.

El plan era suyo, pero envió a buscar a los Estados Unidos ingenieros competentes para desarrollarlo.

En la divisoria del Rinkabilly, a ochenta millas, emplazó su represa y construyó una conducción de madera para las aguas en toda la distancia hasta Ofir. Calculado un presupuesto de tres millones para pantano y acueducto, subió a cuatro. No se detuvo en eso- Instaló centrales eléctricas, utilizando la fuerza en todas sus explotaciones.

Otros veteranos, que se habían enriquecido como jamás se imaginaran en sus sueños, movieron la cabeza lúgubremente, advirtiéndole que se arruinaría y se negaron a invertir dinero en tan fantástica aventura.

Pero Daylight sonrió y vendió el resto de las parcelas que poseía en la ciudad.

Vendió en el momento oportuno, en pleno apogeo de los depósitos de aluvión.

Cuando profetizó a sus viejos camaradas, en la taberna de Moosehorn, que dentro de cinco años no podrían cederse las parcelas de terrenos de la ciudad de Dawson, mientras que las cabañas se destruirían para hacer leña, se le burlaron, asegurándole que antes de ese tiempo ya habrían dado con el filón madre.

El siguió adelante con su plan y una vez cubiertas sus necesidades de madera, vendió los aserraderos también.

Igualmente se desprendió de las pertenencias que poseía en varias caletas; sin auxilio de nadie, terminó la conducción del agua, construyó sus dragas, importó la maquinaria e hizo que el oro de Ofir fuese accesible.

Y él, que cinco años antes cruzara la divisoria desde el río Indian en pleno desierto con sus perros y su equipo a estilo indio, oía ahora el silbido de su sirena llamando al trabajo a sus centenares de obreros, contemplándoles trabajar a la luz de los arcos voltaicos.

Pero realizada la empresa, estaba deseando marcharse, y cuando lo insinuó, los Guggenhammer compitieron con las compañías inglesas y con una compañía francesa, recién fundada, en sus ofertas para adquirir Ofir y toda su instalación.

Los Guggenhammer ofrecieron más, y el precio que pagaron dejó a Daylight un millón de beneficio. Según rumores, su fortuna oscilaba entre veinte y treinta millones de dólares, pero sólo él hubiera podido decirlo exactamente y declarar que, todo liquidado, su corazonada le había valido algo más de once millones de dólares.

Su marcha fué un acontecimiento que pasó a la historia del Yukon, junto con sus otras hazañas.

La población entera del Yukon fué invitada, y Dawson fué el lugar de la fiesta. En aquella su última noche nadie pagaba más que él y la bebida no se cobraba. Todas las tabernas estaban abier. tas a todo el mundo, repartiéndose gratuitamente los licores. Un hombre que rehusó esta hospitalidad e insistió en pagar, tuvo que pelear una docena de veces- Hasta los más novatos se levantaron como un solo hombre para defender el nombre de Daylight de semejante insulto.

Y en medio de todo esto, Daylight, en mocasines, exuberante de camaradería y franqueza, se multiplicaba, lanzando sus célebres aullidos de lobo, realizando proezas de fuerza, congestionado por el alcohol.

Pero en esta ocasión no se trataba de una apuesta ni de una estacada, sino de una simple ficha en el juego que él, que tantas fichas poseía, no echaría de menos.

Como juerga, eclipsó tOdo cuanto se había vistO hasta entonces en Dawson- Era deseo de Daylight hacer memorable aquella noche y lo consiguió. Buena parte de los habitantes se embriagaron aquella noche. Era otoño y aunque el Yukon no se había helado aún, el termómetro marcaba 25 grados y estaba bajando, por lo cual fué preciso organizar patrullas de "salvavidas", que recorrían las calles recogiendO borrachos por todas partes, borrachos caídos sobre la nieve donde una hora de sueño hubiera sido fatal.

Daylight, que había tenido el capricho de emborracharlos por centenares y por millares, fué el iniciador de estas patrullas de "salvavidas".

Quería divertirse y que se divirtieran, pero cuidando con su habitual previsión de que no ocurrieran accidentes desagradables. Y como en Otras noches memorables, Ordenó que nO hubiera querellas ni luchas; de lo contrario, él, personalmente, castigaría a los infractores de la orden. No tuvo necesidad de hacerlo. Centenares de fervientes admiradores se cuidaron de que los pendencieros fueran revolcados en la nieve y mandados a sus casas a dormir.

En el gran mundo, cuando muere algún gran capitán de la industria, los engranajes se detienen un minuto- En el Klondike, fué tal el pesar por la partida de su capitán, que tOdo se paralizó durante veinticuatro horas, incluso en Ofir holgaron sus mil operarios.

A la mañana siguiente a la nOche de juerga, no.hubo nadie en estado de pOder trabajar.

Al día siguiente, al amanecer, DawsOn entero salió a despedirle. Los millares de hombres y mujeres que bordeaban el embarcadero llevaban guantes y las orejeras de sus gorros anudadas bajo la barbilla. Hacía treinta grados bajo cero- La capa de hielO iba engrosando y el Yukon arrastraba ya hielo blando.

Desde la cubierta del "Seattle", Daylight se despedía de todos- Al soltar amarras el barco, los que estaban cerca de él distinguie- ron cierto brillo húmedo en sus ojos. En cierto sentido, era para él abandonar la patria, la tierra natal, la única que había conocido. Se quitó el gorro y lo agitó en el aire.

-¡Adiós a todos!-gritó-¡Adiós a todos!

SEGUNDA PARTE

CAPITULO PRIMERO

La llegada de Daylight a San Francisco no causó la menor sensación. No solamente se habían olvidado de él, sino incluso del Klondike.

El mundo se interesaba por Otras cosas y Alaska, cOmo la guerra con España, pertenecían al pasado. Muchas cosas habían acaecido desde entonces- Cada día traía acontecimientos sensacionales y el espacio de que disponían los periódicos era limitado. Sin embargo, la idea de que no se fijaban en él, le fué grata- Demostraba quo por muy grande que él había sido en el Yukon, era muchO más grande este nuevo escenario, cuando un hombre poseedor de once millones de dólares como él pasaba inadvertido.

Se alojó en el Hotel San Francisco, fué entrevistado por los reporteros que solían hacer la información en él, y Obtuvo unas cuantas líneas de publicidad durante veinticuatro horas- Sonrió para su sayo y comenzó a mirar a su alrededor, para trabar conocimiento con el nuevo orden de personas y cosas- Sentíase torpe y descentrado, perO además del enorme sostén moral que suponen once millones, poseía una inmensa seguridad en sí mismo.

No le impresionaba nada, ni se dejaba influir por el espectáculo de cultura y poderío que le rodeaba. Era otra clase de desierto, eso era todo; y él debía aprender a conocer sus pistas y sus abrevaderos, los puntos en que se concentraba la caza y los parajes peligrosos que debían evitarse.

Como siempre, esquivó a las mujeres. Aun le duraba el pánico y no podía acercarse a las deslumbrantes y resplandecientes criaturas que sus millOnes hacían accesibles. Le miraban anhelantes, pero él Ocultaba su timidez bajo una capa de aparente audacia. Y no era sólo su fortuna lo que las atraía- Al fin y al cabo, era un extraordinario ejemplar de hombre, jOven, unos treinta y seis años, apuesto, fuerte, rebosante de virilidad, de movimientos sueltos, que no había aprendido en los pavimentos de las ciudades, y sus'ojos negros, insinuando los grandes espacios, no cansados por la asfixiante perspectiva de los habitantes de una ciudad, atraía mu. chas curiosas y vacilantes miradas femeninas. Sonriente se enfren. taba con ellas como si fuesen otros tantos peligros, con tal serenidad, que constituía un triunfo personal mayor que si ellas hubiesen sido la escasez, el hielo o las inundaciones.

Había ido a los Estados Unidos a jugar con hombres, no con mujeres; pero encontraba que los hombres no eran de su talla. Le parecian blandos, físicamente blandos, y adivinaba que eran duros en tratos, duros bajo una aparente molicie, con felina suavidad.

Se reunió con ellos en clubs, preguntándose interiormente qué habría de cierto en la camaradería de que hacían ostentación, cuánto tardarían en sacar las uñas para despedazar la fácil presa.

-Esa es la cuestión-se repetía:-&qué harán cuando llegue el momento de liquidar la partida?

Sin poderlo remediar, sentíase receloso, juzgándolos más ladinos que él.

Por otra parte, irradiaban un aire de virilidad y de lealtad. Podrían despedazarse en una lucha, pero lo harían según las reglas del juego. Esa fué su impresión a la que unió el inevitable comen, tario de que entre ellos había de fijo un cierto porcentaje de granujas.

Pasó varios meses en San Francisco, estudiando el juego y sus reglas antes de tomar parte en él. Incluso tomó lecciones de inglés, consiguiendo eliminar sus peores defectos de dicción, aunque en sus momentos de excitación volvía a su léxico primitivo. Aprendió a comer y a vestir y a comportarse como hombre civilizado, pero sin perder su personalidad, sin volverse indebidamente adulador o respetuoso, sin vacilar en pasar por encima de los

convencionalismos que se le atravesasen en el camino, si le estorbaban o la ocasión lo justificaba. Y al revés de lo que suele ocurrir en su caso, no cayó en el error de venerar falsos dioses. Había visto ídolos de barro en otros tiempos y conocía su justo valor.

Cansado de ser un simple espectador, fué a Nevada, donde se había iniciado una nueva era minera, sencillamente "a ver qué pasaba", según sus palabras. Operó en el mercado de valores de Tonopah, donde la fiebre de los descubrimientos auríferos llegaba a su apogeo, y sus métodos revolucionaron los cánones usuales. A los diez días, después de haber especulado con acciones de Floridel, se retiró con un beneficio limpio de medio millón de dólares, regresando a San Francisco encantado de sí mismo y de su triunfo, que no hizo más que agudizar su deseo de más.

De nuevo la prensa sensacionalista se ocupó de él, BURNING DAYLIGHT aparecía en grandes titulares. Los periodistas le ase. diaron. Se rebuscaron revistas y diarios atrasados, rehaciendo la historia de Elam Harnish, aventurero de los hielos, rey del Klondike, padre de los veteranos del ártico.

Antes de la época que él se había designado, se vió envuelto en el torbellino del juego. Financieros y promotores, la escoria de los especuladores, atacaron a sus once millones. En defensa propia vióse forzado a montar oficinas. Les había obligado a fijarse en él y ahora ellos le obligaban a seguir jugando. Perfectamente, jugaría, y ya verían quién era él, a pesar de las profecías de su pronto aniquilamiento, motivadas por su sencillez y su apariencia.

Al principio hizo jugadas pequeñas, para "ganar tiempo", según explicara a Holdsworthy, un amigo que había hecho en el Alta-Pacífico Club. E hizo bien en comenzar asi, pues pudo ver, asombrado, la enorme cantidad de tiburones que acudían a su alrededor, dispuestos a tragárselo, "Tiburones de tierra", los llamaba.

Pero vio pronto el juego de estos "financieros", maravillándose de que pudieran encontrar bastantes víctimas para justificar su existencia. Sus engaños eran tan transparentes que no acertaba a comprender cómo podían enredar a la gente.

Después observó que hay tiburones y tiburones...

Holdsworthy le trataba más como un hermano que como un amigo de club, aconsejándole, presentándole a los magnates del mundo financiero. La familia Holdsworthy vivía en un delicioso hotelito cerca de Menlo Park, donde Daylight pasó unos días viviendo una vida de refinamiento y amabilidad desconocidos para él.

Holdsworthy era un apasionado por las flores y la cría de aves de corral de raza, y estas chifladuras causaban gran regocijo a Daylight, quien conceptuaba a su amigo de próspero y afortunado hombre de negocios, sin desmedidas ambiciones, hombre satisfecho de lo que poseía y prudente en exceso para aventurarse a grandes empresas.

En una de estas visitas de "week-end ", Holdsworthy le propuso un magnífico negocio, una fábrica de ladrillos en Glen Ellen. Daylight escuchó atentamente las explicaciones de su amigo. Era una aventura razonable y la única objeción la de que, además de no entrar en sus planes, tenía escasa importancia.

Pero entró en ella por amistad, al añadir Holdsworthy que él mismo estaba interesado y qse el desarrollarla le supondría hacer sacrificios en otras direcciones. Daylight adelantó el capital, cin; cuenta mil dólares, y como explicaba después, riendo: ¿me cogieron de primo, pero no fué tanto Holdsworthy como sus gallinas y sus árboles frutales".

Lasfixiante perspectiva de los habitantes de una ciudad, atraía mu. chas curiosas y vacilantes miradas femeninas. Sonriente se enfrentaba con ellas como si fuesen otros tantos peligros, con tal serenidad, que constituía un triunfo personal mayor que si ellas hubiesen sido la: escasez, el hielo o las inundaciones.

Había ido a los Estados Unidos a jugar con hombres, no con mujeres; pero encontraba que los hombres no eran de su talla. Le parecian blandos, físicamente blandos, y adivinaba que eran duros en tratos, duros bajo una aparente molicie, con felina sua. vidad.
Se reunió con ellos en clubs, preguntándose interiormente qué habría de cierto en la camaradería de que hacían ostentación, cuúnto tardarían en sacar las uñas para despedazar la fácil presa.

-Esa es la cuestión-se repetía:-;qué harán cuando llegue el momento de liquidar la partida?

Sin poderlo remediar, sentíase receloso, juzgándolos más ladinos que él.

Por otra parte, irradiaban un aire de virilidad y de lealtad. Podrían despedazarse en una lucha, pero lo harían según las reglas del juego. Esa fué su impresión a la que unió el inevitable comentario de que entre ellos había de fijo un cierto porcentaje de granujas.

Pasó varios meses en San Francisco, estudiando el juego y sus reglas antes de tomar parte en él. Incluso tomó lecciones de inglés, consiguiendo eliminar sus peores defectos de dicción, aunque en sus momentos de excitación volvía a su léxico primitivo. Aprendió a comer y a vestir y a comportarse como hombre civilizado, pero sin perder su personalidad, sin volverse indebidamente adulador o respetuoso, sin vacilar en pasar por encima de los convencionalismos que se le atravesasen en el camino, si le estorbaban o la ocasión lo justificaba. Y al revés de lo que suele ocurrir en su caso, no cayó en el error de venerar falsos dioses. Había visto ídolos de barro en otros tiempos y conocía su justo valor.

Cansado de ser un simple espectador, fué a Nevada, donde se había iniciado una nueva era minera, sencillamente "a ver qué pasaba", según sus palabras. Operó en el mercado de valores de Tonopah, donde la fiebre de los descubrimientos auríferos llegaba a su apogeo, y sus métodos revolucionaron los cánones usuales. A los diez días, después de haber especulado con acciones de Floridel, se retiró con un beneficio limpio de medio millón de dólares, regresando a San Francisco encantado de sí mismo y de su triunfo, que no hizo más que agudizar su deseo de más.

De nuevo la prensa sensacionalista se ocupó de él.

DAYLIGHT aparecía en grandes titulares. Los periodistas le asediaron. Se rebuscaron revistas y diarios atrasados, rehaciendo la historia de Elam Harnish, aventurero de los hielos, rey del Klondike, padre de los veteranos del ártico.

Antes de la época. que él se había designado, se vió envuelto en el torbellino del juego. Financieros y promotores, la escoria de los especuladores, atacaron a sus once millones. En defensa propia vióse forzado a montar oficinas. Les había obligado a fijarse en él y ahora ellos le obligaban a seguir jugando. Perfectamente, jugaría,
y ya verían quién era él, a pesar de las profecías de su pronto aniquilamiento, motivadas por su sencillez y su apariencia.

Al principio hizo jugadas pequeñas, para "ganar tiempo", según explicara a Holdsworthy, un amigo que había hecho en el Alta-Pacifico Club. E hizo bien en comenzar así, pues pudo ver, asombrado, la enorme cantidad de tiburones que acudían a su alrededor, dispuestos a tragárselo. "Tiburones de tierra", los llamaba.

Pero vió pronto el juego de estos "financieros", maravillándose de que pudieran encontrar bastantes víctimas para justificar su existencia. Sus engaños eran tan transparentes que no acertaba a comprender cómo podían enredar a la gente.

Después observó que hay tiburones y tiburones...

Holdsworthy le trataba más como un hermano que como un amigo de club aconsejándole, presentándole a los magnates del mundo financuero. La familia Holdsworthy vivía en un delicioso hotelito cerca de Menlo Park, donde Daylight pasó unos días viviendo una vida de refinamiento y amabilidad desconocidos para él.

Librodot

Holdsworthy era un apasionado por las flores y la cría de aves de corral de raza, y estas chifladuras causaban gran regocijo a Daylight, quien conceptuaba a su amigo de próspero y afortunado hombre de negocios, sin desmedidas ambiciones, hombre satisfecho de lo que poseía y prudente en exceso para aventurarse a grandes empresas.

En una de estas visitas de `~ week-end ", Holdsworthy le propuso un magnifico negocio, una fábrica de ladrillos en Glen Ellen. Daylight escuchó atentamente las explicaciones de su amigo. Era una aventura razonable y la única objeción la de que, además de no entrar en sus planes, tenía escasa importancia.

Pero entró en ella por amistad, al añadir Holdsworthy que él mismo estaba interesado y q#e el desarrollarla le supondría hacer sacrificios en otras direcciones. Daylight adelantó el capital, cin cuenta mil dólares, y como explicaba después, riendo, "me cogí; ron de primo, pero no fué tanto Holdsworthy Como sus gallinas y sus árboles frutales". ,

La lección le enseñó á, nó poner fe en nadie en el mundo de los negocios, y que el hecho de compartir el pan y la sal, significaba poco ante una fábrica de ladrillos que no valía nada y cincuenta mil dólares al contado.

Pero dedujo que los tiburones, fuera cual fuera su categoría, sólo infestaban la superficie. Adivinaba que en el fondo del mar financiero estaban la integridad y la estabilidad. Los grandes capitanes de industria, los dictadores de las finanzas, eran los que convenía tratar. La naturaleza misma de sus empresas exigía que jugasen limpio, no dejando sitio al jugador de oficio o al fullero. Eran hombres consagrados al desarrollo del país, a la organización de sus ferrocarriles, la explotación de sus minas, haciendo accesibles sus riquezas naturales. Esos eran los compañeros de juego ideales. Tenían que jugar fuerte y seguro. "No pueden emplear tácticas de perra chica", fué su conclusión.

Así fué como resolvió abandonar a los financieros de poca monta, como los Holdsworthy; y aunque siguió su amistad con muchos de ellos, no intimó con ninguno. No le desagradaban los que calificaba como morralla, los miembros del Alta-Pacífico, pero no los quería como socios en el juego en gran escala que tenía el propósito de jugar.

Cuál sería ese juego en gran escala, ni siquiera lo sabía. Aguardaba a que se presentase. Entretanto, jugaba azares de poca monta, invirtiendo dinero en terrenos baldíos con proyectos de urbanización, estando alerta para la gran ocasión cuando se presentase-

Entonces conoció a John Dowset, el gran John Dowset. Trabó conocimiento de una manera fortuita. Eso es indudable; Daylight mismo lo reconocía. Estando en Los Angeles oyó decir que se habían visto bandadas fabulosas de atunes en torno a Santa Catalina y fué a la isla en vez de regresar directamente a San Francisco, tal y como pensaba. Alli encontró a John Dowset descansando de un viaje al Oeste.

Naturalmente, Dowset conocía de nombre al espectacular rey del]Klondike, y ciertamente mostró interés por el hombre al trabar amistad con él. En este período debió concebir la idea, pero no ha. bló de ella, prefiriendo madurarla cuidadosamente, por lo cual pro. curó hacerse agradable y captarse la confianza de Daylight.

Era el primer magnate de importancia que Daylight conocía, y estaba encantado. El hombre tenía cierta bondad, cierta cordial franqueza y sencillez, que hacía difícil para Daylight el comprender que era el John Dowset, presidente de innumerables Bancos, negociante en seguros, aliado de los lugartenientes de la Standard

Oil y declarado aliado de los Guggenhammer. Y su aspecto justificaba su reputación. Físicamente respondía a lo que Daylight sabía de él. A pesar de sus sesenta años y de su cabello níveo, su apretón de manos era firme y no daba señal alguna de decrepitud, andaba con paso resuelto y ligero, y todos sus movimientos eran seguros y definidos. Su cutis, de un sonrosado sano; y sus labios delgados sabían reír una broma. Tenía ojos azules, de mirada franca y aguda bajo tu. pidas cejas grises. Su cerebro, disciplinado y ordenado, funcionaba con la seguridad de una trampa de acero. Era un hombre que sabía y que no decoraba sus

conocimientos con innecesarios floreos. Veíase que estaba habituado a mandar, y sus más mínimos gestos demostraban ese hábito. Combinado con ello, su tacto y simpatía le hacían fácilmente distinguirse de entre hombres del calibre de los Hóldsworthy.

-Es todo un hombre-dijo Daylight hablando de él con un ami, go en el salón de fumar del Alta-Pacífico Club.-Aseguro a usted, Gallon, que tuve una verdadera sorpresa. Ya sabía yo que los grandes hombres tenían que ser así, pero tenía que verlo por mí mismo para saberlo de verdad. Es uno de los hombres que "hace cosas ". Se le ve a la legua. Es uno entre mil, un hombre a quien se puede seguir. Su juego no conoce límites, y puede usted apostar a que juega hasta el final. Apuesto a que es hombre capaz de perder o ganar una docena de millones sin pestañear.

Gallon siguió fumando su habano, y, al terminar el panegírico, miró con cierta curiosidad a Daylight.

Pero éste, ocupado en ordenar unos cocteles, no se dió cuenta de ello.

-Va usted a realizar alguna operación con él, supongo-observó Gallon.

-No hay la menor probabilidad. Simplemente explicaba a usted que acababa de comprender cómo operan estos grandes financieros. De tal modo me demostró que dominaba las finanzas, que me aver goncé de mí mismo. Sin 'embargo-añadió tras una pausa,--reo que podría darle ciento y raya cuando se tratara de conducir una traílla de perros. Y hasta me atrevo a creer que podría enseñarle algo al póker y sobre la explotación de un terreno que tenga un depósito de aluvión, y tal vez también en pilotear una canoa. Y a .caso más fácil me sería a mí aprender el juego que él lleva ju. gando toda la vida, que a él aprender el que yo he jugado en el Norte.

CAPÍTULO II

Poco después Daylight fué a Nueva York. Una carta de John Dowset fué la causa, una simple carta de pocas líneas, escrita a máquina.

Pero Daylight se emocionó al leerla.

Recordó su emoción cuando, teniendo quince años, en Tempas Butte, Tom Galsworthy, el jugador profesional, le dijo, a falta de un cuarto para hacer una partida de póker: "Ven, muchacho, y toma una mano".

Ahora sentía la misma emoción.

Las breves palabras escritas a máquina parecían exudar misterio: "Nuestro míster Howison le visitará en su hotel. Es hombre (le toda confianza. No es conveniente que nos vean juntos, por razones que usted comprenderá cuando nos veamos".

Daylight releyó una y otra vez las palabras. ¡Por fin! El gran juego había llegado y al parecer le iban a invitar a tomar parte en él. Seguramente que por otra razón nadie invitaría tan perentoriamente a otra persona a hacer un viaje como el de cruzar el continente.

Se reunieron-gracias a "nuestro" míster Howison-en la parte alta de! Hudson, en una magnífica casa de campo.

Daylight, de acuerdo con las instrucciones recibidas, llegó en un automóvil particular que habían puesto a sus órdenes. No sabía a quién pertenecía ni tampoco la casa, rodeada de magníficos jardines.

Dowset ya estaba allí, y con él otro caballero, a quien Daylight reconoció antes de efectuarse las presentaciones. Era nada menos que Nathaniel Letton.

Daylight había visto retratos suyos en los periódicos y en las revistas, y había leído informes relativos a su posición social y financiera y acerca del generoso donativo que había hecho a la Universidad de Daratona. Indudablemente era un hombre poderoso, y Daylight

extrañó que no se pareciera a Dowset. Excepto en rec. titud-una rectitud que parecía innata en él,-Nathaniel Letton era por completo diferente al otro.

Flaquísimo, parecía la llama fría de un hombre, un hombre del que irradiaba una especie de llama misteriosa, que, tras un exterior glacial, daba, no obstante, la impresión del calor abrasador de mil soles. Sus grandes ojos grises daban esta sensación,
llameaban febrilmente en una casi calavera, tan delgada era su , cara, de piel espantosamente pálida.

No contaría más de cincuenta años, tenía el pelo gris, pero daba la impresión de tener doble o triple edad que Dowset. Sin embargo, Nathaniel Letton ejercía pleno dominio sobre sí mismo, como Daylight podía verlo claramente. Era un asceta de rostro delgadísimo, que vivía en un estado de completa placidez: un planeta derretido bajo una sábana de hielo transcontinental.

Sin embargo, Daylight se impresionó por la tremenda y casi te. rrible pureza espiritual de Letton. No había impurezas o escorias en él. Tenía todo el aspecto de haber sido purificado por el fuego. Daylight tenía la. impresión de que un saludable juramento masculino sería una ofensa mortal para sus oídos, un sacrilegio, una blasfemia.

Bebieron, es decir, Nathaniel Letton tomó agua mineral, servida por un lacayo, que era un perfecto autómata, mientras Dowset tomó un whisky con soda y Daylight un coctel. Nadie pareció extrañar que se pidiera un Martini a medianoche, aunque Daylight lo esperaba, pues ya hacía tiempo que se había enterado de que los Martinis tenían sus horas fijas y apropiadas. Pero a él le gustaba un coctel Martini, y siendo un hombre natural, bebía cómo y cuando se le antojaba. Otros habían observado esta peculiar costumbre suya, pero no Dowset ni Letton. Y Daylight pensó para su capote "Seguramente no se hubieran inmutado, aunque yo hubiera pedido un vaso de sublimado corrosivo".

Tomaban las bebidas cuando llegó León Guggenhammer, quien pidió un whisky. Daylight le examinó atentamente. Era un miembro de la gran familia de los Guggenhammer; uno de los más jóvenes, pero era uno de los que batallaron contra él en el Norte. Y León Guggenhammer no dejó de mencionar aquel episodio. Cuplimentó a Daylight por su proeza: "Los ecos de Ofir llegaron hasta aquí, míster Daylight..., es decir, míster Harnish, y reconozco que usted nos venció en toda la línea en aquel asunto ".

¡Los ecos! Daylight se quedó pasmado de asombro al oír la frase... habían llegado hasta allí los ecos de la lucha en que puso toda en fuerza y la fuerza de sus millones del Klondike. ¡Los Guggenhammer debían ser tremendos jugadores cuando una lucha de tales dimensiones no era para ellos más que una escaramuza de la que se dignaban percibir los ecos!

-¡Aquí sí que juegan fuerte!-dedujo Daylight, exultante, al pensar que precisamente para jugar fuerte iban a invitarle.

Por un instante deploró que no fueran ciertos los rumores que+ le atribuían treinta millones en vez de los once que poseía'.

Bueno; les sería franco: les diría exactamente cuantos montoncitos de fichas podía comprar.

León Guggenhammer era joven y grueso y tendría treinta años. Su rostro, salvo por las bolsas que tenía debajo de los ojos, era liso y terso como el de un muchacho. Daba también la impresión de honradez, de hombre de bien. Lo mostraba en su magnífica sa. lud; su rostro limpio, afeitado, anunciaba su perfecto estado físico. Teniendo en cuenta su cutis perfecto, su gordura y rotundo vientre no podían ser más que una cosa normal. Era propenso a la gordura, eso era todo.

-Pronto se empezó a hablar de negocios, aunque antes Guggenhammer se ocupó de la próxima regata internacional de yates, y del suyo, el "Eleetra", cuyas máquinas recién montadas ya estaban anticuadas.

Dowset abordó el plan, ayudado por observaciones ocasionales de los otros dos, mientras Daylight formulaba algunas preguntas. Cualesquiera que fuera la proposición, iba a entrar en ella con los ojos bien abiertos. Y llenaron sus ojos con la visión práctica de lo que los tres financieros tenían en proyecto.

-No pueden ni soñar que está usted con nosotros-interpeló Guggenhammer, a punto de esbozar el asunto, brillantes de entusiasmo sus hermosos ojos israelitas.-Creerán que se trata de un raid personal de usted a estilo de bucanero.

-Naturalmente, míster Harnish, usted comprende la absoluta necesidad de que nuestra alianza no sea conocida-advirtió Nathaniel Letton gravemente.

Daylight asintió con la cabeza.

-Y también comprende-prosiguió Letton-que el resultado sólo puede producir ventajas. La cosa es legítima y legal, y los únicos que pueden resultar perjudicados son los especuladores de Bolsa. No es un intento de hundir el mercado. Como usted ve, su mición es elevar el precio de las acciones.

-Exacto-dijo Dowset.-La demanda de cobre aumenta continuamente. Ward Valley Copper y todo lo que representa-prácticamente una cuarta parte del cobre mundial extraído, como lo he demostrado -ea un negocio grande, tan grande que apenas lo podemos calcular. Nuestros arreglos ya están hechos. Tenemos mucho capital y necesitamos más. Por otra parte, hay en circulación demasiado papel... Así mataremos dos pájaros de un tiro... -Y yo seré el tiro-sonrió Daylight

-Exacto. No solamente hará subir de precio las acciones, sino que comprará todas cuantas pueda, lo cual será una ventaja para nosotros y desde luego un beneficio para usted. Como míster Letton ha dicho, es un negocio legal y honrado. El día dieciocho tenemos una reunión de directores, y, en vez del dividendo acostumbrado, declararemos un dividendo doble.

-¿Y quiénes jugarán a la baja?-exclamó Guggenhammer, con vehemencia.

-Los que juegen a la baja serán los especuladores-explicó Na. thaniel Letton.-Los especuladores, la bambolla de Wall Street. Los que hayan invertido de buena fe no saldrán perjudicados, a más do aprender a tener confianza en Ward Valley. Y con su confianza podremos llevar a cabo loe grandes proyectos que le hemos explicado a usted.

-Cuente que se correrán toda clase de rumores-advirtió Dowset a Daylight,-pero no se deje influir por ellos. Nosotros mismos lanzaremos algunos. Usted puede ver por qué y cómo claramente. Usted está en el secreto. Lo que usted ha de hacer es comprar, comprar y comprar, hasta que se declare el doble dividendo, porque después Ward Valley sufrirá un alza tal que imposibilitará la compra.

-Lo que queremos-dijo Letton,-haciendo una pausa significativa para tomar un sorbito de su agua mineral,-es retirar de la circulación gran parte del papel de Ward Valley que ahora está en manos del público. Nos sería fácil conseguirlo provocando una baja ficticia y asustando a los tenedores. Nos costaría mucho menos, pero somos los amos de la situación y preferimos comprar con el mercado en alza, no porque seamos filántropos, sino porque necesitamos más capital para desarrollar nuestros planes de ampliación de la empresa. Tampoco perdemos nada con la transacción. A! conocerse la decisión de los directores, el papel subirá por las nubes. Además, aparte del terreno legítimo de la operación, cogeremos una suma de importancia a los especuladores a la baja. Pero esto es incidental y, en cierto sentido, inevitable. Por otra parte, no desaprovecharemos tal cosa. Los jugadores a la baja serán los verdaderos especuladores profesionales, desde luego, y se lo tendrán bien merecido.

-Y otra cosa, míster Harnish-dijo Guggenhammer:-si excede usted sus fondos disponibles, o la cantidad que desee invertir en la operación, acuda inmediatamente a nosotros. Recuerde que naa tiene a su espalda.

-Sí, nosotros le apoyamos-repitió Dowset. Nathaniel Letton asintió igualmente.

-Y respecto a ese doble dividendo del día dieciocho-dijo Dowset, sacando un papel de su cartera y calándose las gafas,-le enseñaré las cifras. Aquí, ve usted...

Y se engolfó en una larga explicación técnica de los beneficios y dividendos de Ward Valley desde el día de su organización.

La conferencia no duró más de una hora, durante la cual Day liglit se sintió más exaltado que nunca. Aquellos eran verdaderos jugadores. Poderosos. Cierto que aún había quienes les superaban: los Morgan, loo Harriman. Pero estaban en contacto con, esos gigantes, y ellos mismos eran gigantes menores.

Le complacía la actitud que adoptaban hacia él; le trataban con deferencia, pero no con aire condescendiente. Era una conferencia en plano de igualdad, y Daylight no podía evitar la sutil adulación, porque estaba convencido de que, tanCo en experiencia como en capital, estaban muy por encima de él.

-Sembraremos el pánico entre los especuladores - proclamó Guggenhammer, jubiloso, cuando se levantaban.-Y usted es el hombre que lo hará, míster Harnish. Creerán que obra solo, individualmente, por su cuenta, y esos sujetos tienen siempre las tijeras prestas para trasquilar a los recién llegados como usted.

-Indudablemente caerán en la trampa-asintió Letton, brillando sus fantásticos ojos grises de entre los voluminosos pliegues de la enorme bufanda con que se envolvia el cuello hasta las orejas.Esas gentes son rutinarias. Lo inesperado, cualquier nueva combinación, cualquier factor extraño, cualquier variante nueva, trastorna sus cálculos estereotipados. Y usted será todo eso para ellos, míster Harnish. Y repito: son especuladores profesionales, jugadores profesionales, que merecen lo que les va a ocurrir. Esa gente entorpece todas las empresas legítimas. No tiene usted idea de los trastornos que nos ocasionan: a veces, por sus tácticas de especulación, desbaratan los planes mejor trazados, hasta el punto de derrumbar a las instituciones más estables.

Dowset y Guggenhammer marcharon juntos, y Letton, solo, en otro automóvil. Daylight, bailándole en la cabeza aún todo lo ocurrido durante la hora anterior, se impresionó profundamente por la escena del momento de la marcha. Los tres automóviles semejaban fantásticos monstruos nocturnos al pie enarenado de la amplia escalera, bajo la puerta cochera sumida en profundas tinieblas. Era una noche oscura y las luces de los coches rasgaban la negrura como cuchillos que cortarían una substancia sólida.

El obsequioso criado-el genio autómata de la casa que no pertenecía a ninguno de los tres hombres-semejaba una estatua luego de haberles ayudado a subir a los coches. Los chóferes vistiendo abrigo de pieles se destacaban borrosamente en sus asientos.

Uno tras otro, como espoleados corceles, los automóviles penetraron de un salto la negrura, tomaron la curva de la calzada y desaparecieron en la noche.

El coche de Dayliglit fué el último y, asomándose, divisó la casa sumida en la oscuridad, como una montaña.

¿De quién sería!, se preguntó. ¿Cómo la usarían para su secreta conferencia! ¿Hablaría el criado? ¿Y los chóferes? ¿Serían hombres de confianza como "nuestro" míster IIowisont ¿Un misterio? Todo el asunto era un misterio. Y cogido de la mano caminaba e! Poder.

Arrellanóse en su asiento e inhaló el humo de un cigarrillo. Grandes cosas estaban en preparación. Se habían barajado las cartas para una fuerte jugada, y él tomaba parte en la partida. Recordó sus partidas de póker con Jack Kearns y soltó una carcajada.

En aquellos tiempos había jugado miles a una carta; ahora jugaría millones.

Y el día 18, cuando se declarase el dividendo doble... pensó con regocijo en la confusión que inevitablemente sembraría entre los especuladores profesionales que, con las tijeras prestas, aguardaban para trasquilarle. . . ¡a él, a Burning Daylight!

CAPITULO III

De vuelta al hotel, y aunque eran ya cerca de las dos de la madrugada, encontró a varios reporteros esperándole para entrevistarle. Y a la mañana siguiente aumentó el número de ellos.

Así, entre trompetazos periodísticos, lo recibió Nueva York.

Una vez más, entre batir de tambores y fantásticas historias, su pintoresca figura apareció en la prensa: el rey del Klondike, el héroe del Artico, el de los treinta millones de dólares, multimillonario del Norte, había llegado a Nueva York.

¿A qué venía? ¿A desplumar a los neoyorquinos, como había desplumado a la pandilla de Tonopah, en Nevada?

Wall Street tendría que estar alerta, pues el hombre salvaje del Klondike había llegado. ¿0, quizá, Wall Street lo desplumaría a él? Wall Street había desplumado a muchos salvajes; ¿sería éste el destino de Burning Daylight.

Daylight sonrió para sí y concedió varias entrevistas, haciendo declaraciones ambiguas. Ayudaba a su juego, y volvió a ~reír al pensar que Wall Street tendría que sudar antes que lo desplumara a él.

Esperaban que jugase, y, cuando comenzaron las compras de Ward Valley, se lo atribuyeron a él. Los rumores financieros empezaron. De nuevo buscaba el cuero cabelludo de los Guggenhammer. Se repetía la historia de Ofir, relatada con tal sensacionalismo, que el mismo Daylight apenas la reconocía. Sin embargo, ello le ayudaba. Los especuladores de Bolsa estaban desorientados. Cada día Daylight aumentaba sus compras, y tan deseososestaban, los vendedores de desprenderse del papel, que Ward Valley subía muy lentamente.

-Esto deja chico al poker-se decía Daylight, alegremente, al observar la perturbación que provocaba.

Los diarios aventuraron suposiciones y conjeturas, y una multi. tud de periodistas asediaba día y noche a Daylight.

Sus entrevistas constituían un éxito. Descubriendo el deleite con que los reporteros reproducían sus modismos, exageraba la nota, explotando las frases que había oído a las gentes de la frontera ártica e inventando de cuando en cuando una frase propia.

La semana anterior al 18 fué para él de tremenda excitación. No solamente jugaba como jamás jugara, sino que lo hacía en la mayor mesa del mundo y con azares de tal magnitud, que hasta los veteranos de esa mesa se impresionaban.

A pesar de la ilimitada venta de papel, sus persistentes compras hicieron subir las acciones de Ward Valley. Y al acercarse el día 18, la situación se agudizó. Algo había de saltar.

¿Cuánto papel del Ward Valley pensaba comprar este aventurero del Klondike?

¿Cuánto más "podía" comprar! ¿Qué hacían entretanto los di• rectores de Ward Valley?

Daylight se regocijaba leyendo las entrevistas de los periodistas con ellos, entrevistas plácidas, sin comprometerse.

León Guggenhammer aventuraba la opinión de que posiblemente este Creso norteño se equivocaba. Pero a ellos les tenía sin cuidado, afirmaba John Dowset. Ni tampoco objetaban. Aunque desconocían las intenciones del audaz comprador, lo cierto era que estaba provocando un alza, lo cual no les era perjudicial. No importa lo que sucediese al audaz especulador y a sus operaciones espectaculares, Ward Valley era papel sólido y seguiría siéndolo. No, gracias, ellos no tenían ningún papel de Ward Valley que vender. Este estado

de cosas puramente ficticio pasaría y Ward Valley no modificaría su política por ninguna jugada de Bolsa.

-Es pura y simplemente una especulación al azar de principio a fin-fueron las palabras de Nathaniel Letton,-y nos negamos a mezclarnos en ella y mucho menos a hacer caso.

Entretanto, Daylight tuvo varias entrevistas secretas con sus asociados-una con León Guggenhammer, otra con John Dowset y dos con míster Howison.

Aparte de las felicitaciones, realmente carecieron de importancia; pues, le informaron, todo marchaba viento en popa.

Pero, el martes por la mañana, un desconcertante rumor llegó a oídos de Daylight, publicado también en el "Wall Street Journal", que afirmaba estar informado de buena fuente. Decía el rumor que el jueves día 18, al reunirse los directores de Ward Valley, en vez de declarar el acostumbrado dividendo, se impondría un tributo.

Fué el primer contratiempo recibido por Daylight, quien pensó que, de ser así, estaba arruinado. Se dio cuenta igualmente de que la colosal operación de compra se estaba haciendo con su prop?o dinero. Dowset, Guggenhammer y Letton no arriesgaban un céntimo. Fué un pánico breve, es cierto, pero lo bastante agudo para hacerle recordar a Holdsworthy y su fábrica de ladrillos, y para obligarle anular todas las órdenes de compra, en tanto que se precipitaba al teléfono.

-No hay nada de cierto en ello... Es un mero rumor-dijo la voz ronca de León Guggenhammer desde el otro extremo del hilo. -Como usted sabe-díjole Nathaniel Letton,-soy uno de los directores y estaría enterado de tal cosa, si fuera cierta.

Y John Dowset:

-Ya le previne contra esos rumores. Le doy mi palabra de honor que no hay una palabra de verdad en ellos.

Avergonzado de su pusilanimidad, Daylight reanudó su tarea. El cese de compras había convertido la Bolsa en un manicomio, y las acciones de muchas empresas estaban bajando. Ward Valley fué la primera en resentirse, iniciando el descenso.

Pero Daylight duplicó sus órdenes de compra tranquilamente. Y durante el martes, el miércoles y el jueves siguió comprando, consiguiendo que Ward Valley iniciase un %iza triunfante.

Seguían vendiendo y él comprando muy en exceso de su capacidad el día de entrega.

¿Qué importaba? Hoy se declararía el dividendo doble, los que sufrirían para entregar serían los jugadores a la baja. Efectuarían un arreglo con él.

Y entonces cayó el rayo.

Confirmando el rumor, Ward Valley impuso el tributo. Daylight se dio por vencido. Verificó el informe y abandonó. No sólo las acciones de Ward Valley sino todos los valores iban derrumbándose por los ataques de los triunfantes jugadores a la baja. En cuanto ál papel de Ward Valley, Daylight ni siquiera se molestó en averiguar si estaba bajando o si había bajado del todo.

Ni aturdido, ni siquiera desconcertado, mientras Wall Street enloquecía, Daylight se retiró de la liza, para recapacitar.

Tras una breve conferencia con sus corredores, marchó al hotel, comprando en el camino un diario de la tarde que anunciaba en grandes titulares:
"BURNING DAYLIGHT ARRUINADO. DAYLIGHT RECIBE SU MERECIDO. OTRO DEL OESTE QUE NO ENCUENTRA DINERO FÁCIL" ".

Al entrar en el hotel, una edición posterior anunciaba el suicidio de un joven, un crédulo, que había seguido la jugada de Daylight. -¿Por qué diablos hubo de matarse?-fué su comentario.

Subió a sus habitaciones, ordenó un coctel, un Martini, se descalzó y se sentó a pensar.

Al cabo de media hora salió de su ensimismamiento y se acordó del coctel; al difundirse por sus venas el fuego del alcohol, sonrió lenta y deliberadamente. Se burlaba de sí mismo.

-¡Me han estafado!-murmuró.

Dejó de sonreír y su rostro se puso serio. Aparte de sus intereses en varios proyectos de urbanización en el Oeste-que todavía eran una carga-estaba arruinado. Pero el golpe más duro lo recibió su orgullo. Había sido fácil de engañar. Lo habían engañado como a un chino, y no podía probarlo. El más estúpido de los gañanes hubiera exigido algunos documentos, y en cambio, él no tenía más que "una palabra de honor" ¡Un acuerdo entre caballeros) Dió un resoplido al pensar en lo de "palabra de honor ". La voz de John Dowset, tal como la oyera por el receptor, parecíale sonar en sus oídos, cuando le decía: "Bajo mi palabra de honor".
¡Ladrones y estafadores) Eso eran. Los periódicos tenían razón. Había venido a Nueva York a que lo desplumasen, y los señores Dowset, Letton y Guggenhammer lo habían hecho. El era morralla, y habían jugado con él durante diez días, tiempo suficiente para tragárselo, con sus once millones.

Desde luego, habían estado descargando sobre él todo el tiempo, y ahora compraban las acciones de Ward Valley, a la baja, por cuatro cuartos, antes de que el mercado se recuperase. Probablemente, de su parte del botín, Nathaniel Letton levantaría un par de pabellones para esa Universidad de que era protector.

León Guggenhammer compraría nuevas máquinas para su yate, o para toda una flotilla de yates.

Pero, qué demonios haría Dowset con su parte, no se lo podía imaginar... Tal vez otra cadena de Bancos.

Y Daylight fué consumiendo cocteles y pasó mentalmente revista a los años terribles de Alaska, a su lucha por conseguir los once millones. En su corazón sintió un arrebato, un ansia loca de matar, y su cerebro forjó planes para aniquilar a los que le habían traicionado. Era lo que debió hacer el joven que se había suicidado. Debería haber cogido un revólver y acribillarlos a balazos.

Y Daylight sacó de su maleta su pistola automática-un Colt calibre 44-y la cargó con sus ocho balas. Después hizo correr una a la recámara, la puso en el seguro y se guardó el arma en el bolsillo de la americana.

Pidió otro coctel, otro Martini, y vo vió a sentarse.

Siguió meditando, pero sin sonreír En su rostro aparecieron arrugas, y en esas arrugas los esfuerzos en el Norte, el mordisco)de la escarcha, todo cuanto había realizado y sufrido: las largas e interminables semanas sobre la vasta soledad helada, las costas inhóspitas de Point Barrow, la dura labor de romper los amontonamientos de hielos en el Yukon, las luchas con los animales y con los hombres, los días interminables de hambre, los largos meses de infierno entre los mosquitos del Koyokuk, el penoso trabajo de pico y pala, las cicatrices y marcas de las correas del equipo llevado a la espalda, el régimen estricto de carne compartido con los perros, y toda la larga procesión de veinte años de trabajo, sudor y esfuerzos.

A las diez se levantó del sillón y hojeó una guía de la ciudad. Se calzó de nuevo, tomó un coche y partió en la noche. Dos veces cam. bió de coche y finalmente fué a parar al despacho nocturno de una agencia de detectives.

El mismo dirigió los detalles de su plan, anticipando dinero en abundancia, eligiendo los seis hombres que necesitaba y dándoles instrucciones. Jamás se habían visto tan bien pagados por trabajo tan ligero, porque, además de la cuota ordinaria, entregó un billete de quinientos dólares, con la promesa de otro si él lograba su propósito. En algún momento del día siguiente -estaba seguro de ello-si no antes, sus tres asociados se reunirían. Cada uno de ellos tendría a los talones a dos detectives. El sitio y la hora era cuanto deseaba saber.

-No os detengáis ante nada, muchachos-fueron sus instruccio. nes finales.-Necesito esta información. Pase lo que pase, contad conmigo.

Volvió al hotel, cambiando de coches como antes, y subió a su habitación y, tras otro coctel, se acostó. Por la mañana se vistió, afeitó, pidió el desayuno y los periódicos y esperó. No bebió.

A las nueve su teléfono empezó a llamar y comenzaron a llegar los informes. Letton tomaba el tren en Tarrytown. John Dowset iba hacia el centro en el subterráneo. Guggenhammer no había dado señal de vida, pero seguramente aparecería:

De este modo, con un mapa de la ciudad extendido ante Daylight fué siguiendo los movimientos de los tres hombres a medida , que se acercaban unos a otros.

Nathaniel Letton estaba en sus oficinas en el edificio MutualSolander. Después llegó Guggenhammer. Dowset estaba aún en su despacho.

Pero a las once le llegó la noticia de que se había reunido con los otros, y minutos después, Daylight, en un auto de alquiler, corría hacia el edificio Mutual-Solander.

CAPITULO IV

Al abrirse la puerta, Nathaniel Letton estaba en uso de la pala. bra; calló y con sus dos compañeros miró con reprimida turbación a Burning Daylight, que entraba en la pieza:

-¡Salud, caballeros, salud!-exclamó éste sin parecer notar la exagerada calma de su recibimiento.

Saludó a los tres, estrechándoles las manos con tal energía que Letton no pudo reprimir un gesto de dolor, y se dejó caer en una silla, dejando negligentemente a su lado, en el suelo, el maletín que traía

-¡Válgame el cielo! ¡Cuanto he trabajado!-suspiró.-Pero los hemos desplumado de lo lindo. Y no me di cuenta de lo mejor hasta el final. Era simplemente lo que se llama robar dinero. ¡Con qué sorprendente facilidad cayeron en el lazo 1

La genialidad de sus palabras les tranquilizó.

Al fin y al cabo, no era tan formidable. A'pesar de haber podido ganar acceso hasta ellos, no obstante las órdenes dadas, no mostraba tendencia a hacer una escena o a emplear la violencia.

-Bien-prosiguió Daylight.-¡No tienen ustedes una buena pa. labra para su socio, o es que el éxito de la empresa les ha DEJADO mudos?

Letton murmuró palabras ininteligibles. Dowset, inmutable, esperó acontecimientos, mientras que Guggenhammer intentaba hablar. -¡Es indudable que ha hecho usted un enredo de todos los diablos!-dijo al fin.

Daylight le miró con ojos que relampagueaban de júbilo. -¿Verdad que sí?-proclamó.-¡Y cómo les engañamos! Me sor. prendió totalmente. No creí nunca que fuera tan fácil. Y ahora-prosiguió,-valdrá más que hagamos las cuentas. Esta tarde parto para el Oeste-añadió echando mano al maletín y abriéndolo;-pero no olvidéis, muchachos, que cuando me necesitéis para otro raid en Wall Street no tenéis más que silbarme.

Metió ambas manos en el maletín sacando del mismo un montón de matrices de talonarios y recibos de corredores y depositándolos sobre la mesa. Consultó una tira de papel y leyó en voz alta:

-Diez millones, veintisiete mil cuarenta y dos dólares con seten. ta y ocho centavos es a lo que, según mis cálculos, ascienden mis gastos. Naturalmente, esa suma se descuenta de los beneficios antes de repartir éstos. ¿Dónde están sus cálculos? Supongo que es un montón de dinero,.

Los tres hombres se miraron perplejos.

Al parecer, Daylight era más simple aún de lo que creían, o estaba representando un papel falso.

Nathaniel Letton fué el primero en hablar.

-Aun será cuestión de horas el terminar los cálculos, míster Harnish-dijo.-Míster Howison se ocupa en ello. Como usted ha dicho, se trata de un montón de dinero. Si le parece almorzaremos juntos, y entretanto, en el despacho terminarán la. liquidación con tiempo suficiente para que coja usted su tren.

Dowset y Guggenhammer dieron muestras de un alivio patente. La situación se aclaraba. Era desagradable en tales circunstancias verse encerrados en una habitación con un semisalvajo de músculos de acero al que habían expoliado.

Si Letton lograba sostener el bluff hasta escapar al mundo ea- terior, todo iría bien.

Daylight aparentaba dejarse conmover.

-Me alegro de oírlo -dijo.-No quisiera perder ese tren. ¡Estoy orgulloso, caballero, de que me hayan dejado participar en este ne. Gocio! No sé cómo expresarme, pero tengo infinita curiosidad por saber qué suponen ustedes hemos ganado. ¿No pueden darme una cifra aproximada...?

-Es... extremadamente difícil...-empezó León Guggenham mer.-Como usted sabe, Ward Valley ha tenido fluctuaciones y. .. -Y es imposible anticipar cálculo alguno -añadió Letton. -Anticipen, anticipen-aconsejó Daylight.-No importará un mi. llón más o menos. Ya se ajustará después. Pero tengo una curiosi. dad que no me deja vivir. ¿Qué dicen?

-¿A qué seguir jugando a los despropósitos?-interrumpió fría y secamente Dowset.-Aclararemos la cuestión ahora mismo, míster Harnish, al parecer, está bajo una impresión errónea... y ha de desengañarse. En este asunto...

Daylight le interrumpió.

Era demasiado buen jugador de póker para no saber apreciar el factor psicológico, y atajó a Dowset para llevar él la mano. -Hablando de asuntos -dijo,-me acuerdo de una partida de póker que presencié una vez en Reno, Nevada. No era lo que pu- diéramos llamar precisamente un juego limpio. Los jugadores eran todos ventajistas. Pero entre loe mirones había un tenderfoot, o sea un novato, un recién llegado. Estaba detrás del que daba las cartas, y vió que éste se daba a sí mismo cuatro ases, sacánlolos de debajo del paquete. El novato se sintió indignado, y levantándose, murmuró al oído del jugador opuesto:

"-¡Oiga! He visto al que da servirse cuatro ases. "-¡Bueno! ¿Y qué?-contestó el jugador.

"-Se lo digo porque creo que debe saberlo-añadió el novato.Se ha dado cuatro ases.

"-Oiga, joven-exclamó el jugador,-vale más que se marche. No entiende usted el juego. Le "tocaba" dar a él, ¿verdad? La historieta fué recibida con risas forzadas; pero Daylight pareció no notarlo.

-Supongo que el cuento tiene una segunda intención-dijo Dowset.

Daylight le miró cándidamente, sin contestar, volviéndose hacia Letton.

-¡Venga de ahí l-dijo.-Venga un anticipo de las ganancias. Como ya le dije, no le importe un millón más o menos.

La respuesta de Letton fué rápida y definida.

-Me temo que está usted equivocado, míster Harnish. No hay ganancia alguna que repartir con usted. No se altere, se lo ruego- Me basta tocar este timbre...

Lejos de alterarse, Daylight parecía más bien atontado.

Los tres hombres le miraban con la tensa actitud de gatos al acecho. Sabían que se preparaba un mal momento.

-¿Quiere usted hacer el favor de repetir eso?-dijo Daylight.Me parece que no he entendido bien.-. Dice que… -Se interrumpió, como esperando a que Letton continuara.

-Dije que está usted equivocado, míster Harnish; eso es todo. Ha jugado a la Bolsa y ha perdido. Pero ni Ward, ni mis asocia- dos creemos deberle nada.

Daylight señaló el montón de recibos y matrices sobre la mesa.

-Eso representa diez millones veintisiete mil dólares de dinero contante y sonante. ¿No tiene aquí valor alguno!

Letton sonrió, encogiéndose de hombros. Daylight miró a Dowset, murmurando:

-Bien mirado, mi cuento tenía un doble sentido. Eran ustedes los que “daban" las cartas, y se dieron los cuatro ases. En fin. . . no protesto. Estaban en su derecho al dejarme más pelado que un huevo.

Miró el papel amontonado sobre la mesa con aire estupefacto. -Y todo eso no vale ni el papel en que está escrito. Reconozco que saben arreglar las baraja cuando tienen ocasión. ¡Oh! No me quejo. Pero ahora que hemos jugado la mano, y las cartas están sobre la mesa, y ha terminado su juego. ..

Su mano, como por encanto, apareció empuñando la pistola automática.

-Como iba diciendo, ha terminado su juego. Ahora me toca "dar a mí", y voy a ver si puedo darme esos cuatro ases... í Arriba las manos, esqueleto ambulante -gritó con viveza.

Nathaniel Letton interrumpió su acción de pulsar discretamente el timbre.

-¡Cambio de trenl-ordenó Daylight.-Usted siéntese ahí, rufián maldito. ¡Pronto, si no quiere que le deje en forma que la gente crea que su padre fué un colador y su madre una espumadera!... ¡Usted, Guggenhammer, y usted, Dowset, no se muevan de donde están, mientras les explico las virtudes de esta pistolal Está cargada para caza mayor y da ocho veces la hora. Cuando se suelta, no sabe detenerse'...

"Terminadas estas advertencias preliminares, procedo a dar las cartas- Vosotros habéis hecho lo que habéis podido, y-.. ya estáis listos. Pero ahora soy mano yo, y me toca a mí hacer lo que pueda. En primer lugar, ya me conocéis: soy Burning Daylight, ¿entendido? No le temo ni a Dios, ni al diablo, ni a la muerte, ni a la destrucción. Esos son mis cuatro ases, y estoy seguro de que cubren vuestras apuestas.

"Mirad a ese esqueleto. Letton, tienes miedo de morir, tus huesos se entrechocan. Y mirad a ese judío rollizo Guggenhammer; está más amarillo que un limón. Dowset, eres más templado, no has pestañado siquiera, y eso es porque estás muy fuerte en aritmética. Estás ahí sentado juntado dos y dos y viendo que os tengo copados. Me conoces y sabes que no temo nada y vas sumando vuestros capitales y sabes que no morirás si está de tu mano el re- mediarlo.

-¡Antes le veré ahorcadol-fué la réplica.

-¡Ni lo pienses) Cuando empiece la broma, serás tú el primero a quien perforaré; quizá me ahorcarán, pero ya no estarás aquí para verlo- Vosotros moriréis, y ahora mismo en tanto que yo, si muero, será de acuerdo con la ley y sus demoras y estando muertos, con la hierba creciendo sobre vuestros esqueletos, no sabréis que me han ahorcado, mientras que yo tendré el placer de saber que me estáis esperando en el infierno.

Daylight hizo una pausa.

-¿Se atreverá usted a matarnos?-preguntó Letton con voz apagada.

Daylight negó con la cabeza.

-Cuesta demasiado caro y no lo valéis- Prefiero que me de, volváis el dinero, y creo que vosotros también preferiréis devolverlo a que os lleven al depósito judicial.

Siguió un largo silencio.

-Bien, ya he dado las cartas. Os toca a vosotros jugar. Pero mientras deliberáis, os prevengo que si se abre esa puerta o alguno de vosotros hace algo desusado, empezaré a hacer blanco- De esta habitación no saldrá ni una rata más que con los pies por delante-Siguió una conferencia de tres horas de duración.

El factor decisivo no fué tanto la pistola como la seguridad de que Daylight no vacilaría en usarla.

Y no solamente estaban convencidos de ellos los tres hombres, sino Daylight mismo. Hablase firmemente resuelto a matarlos si no le devolvían el dinero.

No era cosa fácil en tan corto tiempo realizar diez millones en dinero, y esto ocasionó demoras.

Míster Howison hubo de entrar una docena de veces en la pieza. En tales ocasiones, la pistola pasaba al regazo de Daylight cubierta con un periódico, mientras él liaba cigarrillos.

Por fin se llevó a cabo la operación.

Uno de los empleados trajo otro maletín, y éste y el de Daylight llenos de billetes. En la puerta se detuvo antes de salir, haciendo una postrer advertencia.

-Hay varias cosas que quiero decirles- Cuando pase esta puerta quedan ustedes en libertad de acción, pero prefiero avisarles. En primer lugar, nada de autos de procesamiento para mi detención, ¿entendido? El dinero es mío y no lo he robado. Si se llega a saber lo que ustedes hicieron conmigo y cómo tomé el desquite, serán el hazmerreír del mundo, y eso no les conviene.

Además, si intentan despojarme por segunda vez de lo que he recuperado, son ustedes hombres muertos. Hablo en serio. Y esos papeles de la mesa les pertenecen. Buenos días.

Al cerrarse tras él la puerta, Letton se abalanzó al teléfono, pero Dowset le detuvo.

-¿Qué va usted a hacer?-preguntó.

-¡La policía! ¡Es un robo! ¡No puedo tolerarlol ¡No puedo tolerarlo!

Dowset sonrió fríamente, empujando al otro hacia una silla. -Ya hablaremos de eso- dijo, y León Guggenhammer le secundó.

Y... no pasó nada. Quedó secreto entre los tres hombres. Daylight, por su parte, tampoco se fue de la lengua, aunque aquella tarde, sentado en su departamento del Twentieth Cen. tury Express, se permitió varias sonrisas retrospectivas. Nueva York permaneció por siempre intrigado con el asunto. Según todas las apariencias, Daylight debía estar arruinado, y sin embargo, se supo en seguida que reaparecía en San Francisco sin merma en su capital, a juzgar por los negocios en que se asoció, como por ejemplo, el del Panamá Nail, en el que consiguió a fuerza de dinero arrebatar el control a . Shefthly, vendiéndolo dos meses después a la combinación Harriman con un enorme beneficio.

CAPíTULO V

En San Francisco, Daylight fué acrecentando su reputación. En verdad que no era una reputación envidiable.

Empezó a ser temido, adquiriendo la fama de un malhechor despiadado y cruel.

Sus tácticas eran vertiginosas y nadie sabía por dónde saldría. En su juego, el elemento sorpresa dominaba.

Confiaba en lo inesperado, y no teniendo aun sofisticado el espíritu, su mente percibía soluciones inesperadas, y cuando conseguía una ventaja, la aprovechaba hasta el límite. "Tan inflexible como un judío ", se decía de él.

Por otra parte, se le tenía por "cabal". Su palabra era como una escritura, y a pesar de ello, él no aceptaba la palabra de nadie.

Se negaba a aceptar convenios que se basasen en "acuerdos entre caballeros", y quien aventurase su honor en su trato con Daylight, pasaba inevitablemente un mal rato.

Por lo que a él concernía, sólo daba su palabra cuando dominaba la situación.

En los planes de Daylight no entraba la inversión legítima que atacaba el capital y reducía el riesgo.

Lo que le fascinaba era el aspecto especulativo del negocio, y para jugar así necesitaba tener dinero siempre a mano.

Un cinco por ciento seguro no tenía para él atracción alguna, pero el arriesgar millones en una aventura rápida, expuesto a perderlo todo o a pagar un cincuenta o un cien por cien, era de un atractivo sin límites.

Se atenía a las reglas del juego, pero jugaba sin compunción. Cuando conseguía tener cogido a un individuo o a una corporación y pretendían ablandarle, los exprimía sin la menor piedad, sin contemplaciones de ninguna especie.

Obraba independientemente y no tenía asociaciones financieras amistosas.

Las alianzas que formaba accidentalmente eran una pura cuestión de expediente, considerando a sus aliados siempre dispuestos a explotarle si se les presentaba la ocasión, y a pesar de todo era leal para con ellos. Pero era leal mientras ellos lo eran: ni un momento más.

Los financieros y hombres de negocios de la Costa del Pacífico no olvidaron nunca la lección de Charles Kliukner y la California and Altamont Trust Co.

Klinkner era el presidente. Asociado a Daylight, hicieron un raid sobre el San José Interurban.

La poderosa Lake Power and Electric Lighting Corporation fué en su auxilio, y Klinkner, creyendo ver una oportunidad, se pasó al enemigo en lo más reñido de la batalla.

Daylight perdió tres millones antes de liquidar, pero cuando liquidó, la California and Altamont Trust Co. estaba en quiebra, y Klinkner se había suicidado en el presidio.

Los inteligentes aseguraban que si Daylight hubiera querido pactar podía haber salvado mucho de la quema, pero en cambio prefirió abandonarlo todo para encontrarse en la contienda con Klinkner diciendo: "Es una especie de seguro que hago para el porvenir. De aquí en adelante, los que negocien conmigo, lo pensarán mucho antes de intentar ganarme la mano".

La razón de esta actitud era que despreciaba a los que trataban con él. Estaba convencido de que no había entre ellos ni el uno por ciento que fuera cabal, y en cuanto a éstos, profetizaban que, negociando entre granujas, acabarían por dejar hasta el pellejo.

Su experiencia de Nueva York le había abierto los ojos.

La sociedad organizada era, según él, un juego de ventaja. Había en él los ineficaces hereditarios, es decir, los que no tenían energías más que para trabajos mentales.

Luego venían los tontos, los que tomaban el juego en serio, siendo fácil presa para los demás.

El trabajo era la fuente de toda riqueza, fuera ésta la que fuera, un saco de patatas, un piano de cola o un auto de lujo. Todo ello se conseguía por el trabajo.

La ventaja empezaba en la distribución de esas cosas después de creadas por el trabajo.

Un día, en un acceso de intimidad (causado por varios cocteles y un espléndido almuerzo), empezó una conversación con el encargado del ascensor. Jones era un individuo delgado de en. marañada pelambrera, aspecto truculento y con cierta tendencia a insultar a sus pasajeros.

Esto fué lo que atrajo la atención de Daylight, quien no tardó en darse cuenta de lo que ocurría a Jones.

Era un proletario que quería, ganarse la vida escribiendo. Al no conseguirlo y tener que atender a su subsistencia, emigró al valle de Petacha, a unas cien millas de Los Angeles, dónde, trabajando de día, planeaba escribir y estudiar de noche.

Pero las tarifas ferroviarias consumían todo el beneficio que podía obtener talando árboles y exportando la madera a Los Angeles. Intentó salvar la dificultad convirtiendo la madera en carbón y exportando éste, vendido a mayor precio.

Pero las compañías ferroviarias habían previsto también esa contingencia, y Jones se encontró con que su rendimiento neto era exactamente el mismo.

-Por lo tanto-terminó Jones, lo dejé correr, y después de un año de vagabundear, volví a los ferrocarriles. Una cerilla bien colocada causó un incendio que hizo treinta mil dólares de daño, con lo que considero liquidada mi cuenta con las compañías.

-¡Y no te da temor publicar esa información ? -preguntóle Daylight.

-¡Por qué? No puede probarlo nadie. Usted dirá que yo se lo he dicho, y yo diré que no es cierto, y... ¡de dónde sacará el jurado la verdad?

Meditabundo subió Daylight a su despacho. Lo que hacía posible el juego era que cada minuto nacía un tonto.

Si en vez de eso naciera un Jones por minuto, no duraría gran cosa la partida.

Pero había otras fases más amplias.

Todos y cada uno, cada cual en su esfera, procuraban sacar del
juego cuanto podían, explotando al obrero, y no contentos con esa explotación, se robaban mutuamente.

A eso se llamaba "alta finanza".

Se formaban combinaciones y se despojaban unos a otros de los beneficios acumulados. Eso explicaba la maniobra de Holds. worthy y de Letton y compañía con él.

Y cuando había hecho el raid del Panamá Nail, él había procedido exactamente del mismo modo. En fin, concluye, siempre era más leal robar al ladrón que al infeliz obrero.
Cuanto más se metía en el juego, más clara lo aparecía la situación.

A pesar de conocerse los ladrones entre sí, la banda estaba bien organizada.

Controlaba prácticamente la maquinaria política de la socie, dad, desde el cacique rural hasta el Senado de la nación. Dictaba leyes que les concedían el privilegio de seguir robando, y ponía en vigor esas leyes valiéndose de la policía, la milicia, el ejército regular y los tribunales.

Daylight era filosófico, pero no un filósofo.

No leía nunca. Era un hombre práctico, recto, y nada más lejos de su mente que leer libros.

Había vivido una vida simple, y ahora, la vida en complejo le parecía igualmente simple.

Veía a través de sus fraudes y de sus ficciones, y encontraba la vida tan elemental como en el Yukon. Las mismas pasiones y los mismos deseos.

Finanza era póker en mayor escala.

Jugaban los que podían jugar. La gigantesca futilidad de la humanidad organizada y alucinada por los bandidos no le impresionaba.

Era el orden natural. Prácticamente, todos los afanes humanos eran fútiles. Lo habían visto con demasiada frecuencia.

Sus camaradas habían muerto de hambre en el Stewart- Cientos de veteranos habíanse quedado sin poder estacar en Bonanza o en Eldorado, mientras que novatos habían llegado antes, estacando a ciegas y consiguiendo millones.

Era la vida, y la vida, en el mejor de los casos, es salvaje. Los hombres se robaban obedeciendo a sus instintos. Robaban como el gato araña, o el hambre aprieta, o el hielo quema. Así fué cómo Daylight se hizo financiero afortunado.

No se ocupó en robar al obrero, no sentía ni el deseo, ni la inclinación de hacerlo.

Para él, el deporte consistía en desvalijar a los bandidos y arrebatarles sus presas.

Como los piratas de antaño, robaba al rico para socorrer al pobre, pero lo hacía a su manera.

La gran masa de la miseria humana no le decía nada. No simpatizaba con la caridad organizada ni con las profesiones de la dádiva.

Pero tampoco repartía larguezas por un sentimiento de resti. tución. No debía nada a nadie y el restituir estaba fuera de lugar. Sus dones eran espontáneos y libres.

No contribuyó a la suscripción por las víctimas del terremoto del Japón, pero dió a Jones los medios suficientes para pasar un año con independencia y libertad para escribir su libro.

Cuando supo que la esposa de su camarero del hotel padecía de tuberculosis, la envió a Arizona, y más tarde, al declararse incurable su estado, envió al marido a que estuviera a su lado hasta el final.

El terrible Yukon no había endurecido el corazón de Daylight, pero la civilización lo consiguió.

En el feroz juego que ahora jugaba, su habitual genialidad fue difuminándose como su típica manera de hablar.

Sus procesos mentales se hicieron secos y tajantes como su palabra. Hasta sus facciones se alteraron.

Sus líneas se hicieron más severas, desapareció la sonrisa de sus labios y de sus ojos, que revelaban ahora destellos de crueldad. Su tremenda vitalidad siguió radiando por todo su ser, pero era una vitalidad de conquistador.

A veces tenía aun recrudescencias de genialidad, pero eran periódicas y forzadas y generalmente fruto de los cocteles.

En el Norte había bebido fuerte, pero a intervalos irregulares; ahora el beber era sistemático y disciplinado. Los cocteles servían de inhibición.

La tensión de los negocios requería interrupción, interrupción que encontró en la bebida sirviéndole de muro de piedra.

No bebía jamás por la mañana, pero en cuanto daba por ter. minado el día, disponíase a levantar ese muro de inhibición alco. hólica con todo conocimiento.

Naturalmente, esto tenía sus excepciones; pero era tal el rigor de su disciplina, que si tenía en proyecto una comida o una con. ferencia en la que hubiera de enfrentarse con aliados o enemigos comerciales, se abstenía de beber.

Pero en cuanto terminaba el asunto que las había motivado, pedía un Martini doble servido en una copa grande para evitar comentarios.

CAPITULO VI

Dede Mason entró en la vida de Daylight casi imperceptiblemente.

La había aceptado como los muebles del despacho, el botones Morrison, el empleado confidencial y único, y el resto de los accesorios inherentes al superhombre de negocios.

Le hubiera sido imposible decir, durante los primeros meses de tenerla a su servicio, de qué color era su cabello.

Vagamente habría dicho que era morena y delgada, pero tan sólo porque no la asociaba con noción alguna de robustez, y en cuanto a su modo de vestir, ni lo sabía ni le importaba.

Lo daba por descontado, y a falta de impresión en contra, su. ponía que vestía adecuadamente.

La conocía por "miss Mason", y esto era todo, aunque comprendía que como taquígrafa era rápida y exacta, pero aun estas impresiones eran vagas, porque no teniendo experiencia de otras taquígrafas, las suponía a todas igualmente rápidas y exactas.

Firmando la correspondencia, una mañana tuvo ocasión de notar una serie de giros y construcciones que le parecieron erróneas. Tocó el timbre y Dede Mason entró en el despacho.

-¿Dicté eso así, miss Mason?-preguntó señalando las frases. Una sombra de disgusto cruzó el rostro de la joven.

-Es culpa mía - dijo. - Lo lamento- Pero no es un errorañadió.

-¿Qué quiere usted decir?-preguntó Daylight. -Que gramaticalmente los giros son correctos. -Entonces, ¿quien está equivocado soy yo?

-Sí-reconoció ella audazmente, saliendo del despacho.

Daylight estuvo todo el día preocupado con la nimia cuestión, llegando incluso a consultar el caso gramatical con algunos amigos del club.

Al regresar por la tarde al despacho compró una gramática, y durante más de una hora se abismó en su estudio.

-¡Que me maten si al fin y al cabo no resulta que la chica tenía razón!-confesó al fin.

Por vez primera se le ocurrió que una mecanógrafa podía ser algo más que una máquina. Miss Mason se le presentó como un individuo, no como un accesorio.

Durante la tarde la observó discretamente, pudiendo ver que tenía bonita figura y que su modo de vestir era satisfactorio. -¡Es un buen ejemplar¡-fué su manera de reconocer su existencia.

A día siguiente, mientras dictaba, llegó a la conclusión de que le gustaba su peinado, aunque no hubiera sabido describirlo. Notó que su cabello era bronceado y que un rayo de sol, al posarse sobre él, le daba tonalidades agradables. Se asombró de no haberlo notado antes.

En pleno dictado llegó a una frase cuya construcción era similar a la de la que había motivado la discusión el día antes. Recordando su encuentro con la gramática, la corrigió en consonancia. Miss Mason levantó la vista de su block, movimiento puramente involuntario motivado por la sorpresa. Bajó en seguida los ojos esperando el final de la frase, y en el instante mismo Daylight notó que eran grises.

Llegaría un día en el que notaría que podía cambiar de tonalidad.

-Tenia usted razón-reconoció él con una sonrisa que sentaba mal a sus adustas facciones.

Una mirada le recompensó de su admisión.

-Pero, así y todo, no suena tan bien como la del otro díainsistió.

Ella se echó a reír.

-Excúseme-dijo refiriéndose a su risa. Pero en seguida estropeó la excusa al añadir:-¡Me hace usted mucha gracia¡ -No pretendo ser gracioso.

-Por eso la tiene.

-Está bien-suspiró. -¿Tomó usted la última frase?

En poco tiempo llegó a descubrir que, en sus ratos de ocio, miss Mason leía revistas o libros, o hacía alguna labor.

Un día vió sobre su mesa un volumen de poemas de Kipling, y cogiéndolo empezó a hojearlo, intrigado.

-¿Le gusta leer, miss Mason? -Mucho-fué la respuesta.

En otra ocasión halló un libro de Wells: The wheels of Chance. (Las Ruedas de la Fortuna).

-¿De qué trata?-preguntó Daylight.

-Oh, simplemente es una novela, una historia de amor.

Se interrumpió, pero ante la actitud expectante de Daylight, prosiguió:

-Es la historia de un dependiente de comercio londinense que invierte sus vacaciones en una excursión en bicicleta, enamorándose de una joven de un nivel social superior al suyo. Hay situaciones muy curiosas, tristes y trágicas.

-(Consigue a la joven?

-No; ese es el punto esencial. No era...

-¡No la consigue y ha tenido usted que leer centenares de páginas para averiguarlo¡- murmuró estupefacto Daylight. Miss Mason no vaciló en su respuesta:

-¿ No lee usted las noticias financieras y mineras cada día?

-Eso es distinto- Son negocios- De esa lectura saco algo práctico. Valen dinero. De esos libros, ¿qué saca usted? -Puntos de vista, ideas nuevas, situaciones en la vida...

-Nada de eso vale un centavo.

-Pero la vida vale más de un centavo.

-En fin-dijo con masculina tolerancia,-si eso la distrae... Sobre gustos no hay nada escrito...

A pesar de su punto de vista superior, tuvo el convencimiento de que miss Mason era instruida y se sintió como bárbaro ante tanta cultura.

Para Daylight, la cultura era una cosa sin valor. No obstante, se sintió vagamente perturbado pensando que quizá hubiera más de lo que él creí?, en la educación.

En otra ocasión descubrió sobre la mesa otro libro que le era familiar.

No lo hojeó porque reconoció la cubierta.

Era una obra de un periodista acerca del Klondike, y sabía que su retrato figuraba en ella como asimismo un capítulo relativo al suicidio de una mujer.

Después de esto ya no volvió a hablar más de libros con ella. Supuso las deducciones erróneas que habría sacado de la lec. tura de aquel capítulo, y le dolían más por lo injustificadas. ¡Tener una reputación de Tenorio barato él, Daylight, y ser causa de la muerte de una mujer!

Se sintió perfectamente desgraciado, lamentando que entre tantos millares de libros, hubiera ido precisamente aquél a caer en manos de miss Mason.

Durante algunos días después mostró ante ella cierto aire de culpabilidad.

Sondeó hábilmente a Morrison, su empleado confidencial, quien, antes de contar lo que sabía de la joven miss Mason, tuvo, naturalmente, que desahogar su resentimiento personal.

-Es oriunda de Siskyon. Es agradable como compañera, aunque bastante prendada de sí misma.

-¿Cómo lo sabe usted?

-Porque se cree demasiado superior para asociarse con los que trabajamos con ella. No quiere tener relaciones con nosotros. Repetidas veces la he invitado al teatro o a cosa parecida, pero-.. en balde. Dice que necesita dormir mucho y no puede trasnochar porque vive muy lejos, en Berkeley.

Esta frase del informe proporcionó a Daylight verdadera satisfacción.

Indudablemente estaba por encima de lo vulgar, pero las palabras siguientes de Morrison le hirieron.

-Todo eso son tonterías- Lo que pasa es que se junta con los muchachos de la Universidad. Necesita dormir mucho y no puede ir conmigo, pero sí puede bailar con ellos hasta Dios sabe qué horas. Sé de buena tinta que no pierde una fiesta y tiene un caballo. Monta a estilo hombre por los alrededores. Un domingo la encontré yo mismo- Lo que me admira es cómo puede permitirse ese lujo. Sesenta y cinco dólares al mes no dan mucho de si, sobre todo con un hermano enfermo.

-¿Vive con su familia?

-No, ni tiene a nadie. Al parecer, eran gente de buena posición, porque ese hermano de que le hablo estudió en la Universidad de California. Su padre tenía un gran rancho de ganado, pero se metió en minas o algo así y se arruinó antes de morir. La madre había muerto mucho antes. El hermano debe costarle un montón de dinero. De joven era un mocetón, jugaba al fútbol, cazaba y cosas así; pero tuvo un accidente domando potros y después le sobrevino el reuma- Tiene una pierna más corta que la otra y como atrofiada, y ha de usar

muletas- Lo he visto con ella una vez en el transbordador. Hace años que los médicos estudian su caso, y ahora está en el Hospital Francés, según tengo entendido.

Todos estos detalles aumentaron el interés de Daylight por miss Mason, pero aun deseándolo mucho, no consiguió establecer una relación amistosa con ella.

Pensó invitarla a almorzar, pero no llegó a hacerlo.

Su rectitud le hacia pensar que no cumplía a un hombre cabal invitar a su mecanógrafa a comer con él.

Sabía que era cosa corriente el invitar a una mecanógrafa, pero no formaba un buen concepto de quienes así procedían. Pensaba que una persona tiene sobre aquellas que están a su servicio menos derecho que nadie, y creía por tanto, que invitar a
almorzar a miss Mason era como imponerle la obligación de aceptar.

Le parecía presuntuoso, por el hecho de pagar ciertas horas del tiempo de su empleada, el disponer del resto de su tiempo. Era a su entender una tiranía.

Juzgaba desleal abusar del hecho de que la joven dependiese de él para ganarse la vida.

Este hecho podría influir en las decisiones de miss Mason, aceptando su oferta por temor a disgustarle y perder su empleo. En su caso personal, el asunto +e revelaba más delicado, por cuanto ella había leído aquel malhadado libro sobre el Klondike. ¡Qué debía pensar de él! Y, en el fondo, Daylight era tímido- Las mujeres le habían espantado toda su vida, y no podía vencer esa timidez ni aun en el caso presente en que dejaban sentir sus vagos deseos.

El espectro de la sujeción a las faldas le perseguía y le ayudaba á encontrar excusas para no ganar terreno con mis Mason.

CAPITULO VII

Al no tener oportunidad de trabar amistar con miss Mason, el interés de Daylight por la joven fué decreciendo.

Era natural, porque estaba sumido en arriesgadas operacíones; la magnitud y la fascinación del juego requerían toda la energía que su magnífico organismo podía desarrollar-

Era tal su absorción, que imperceptible y lentamente se fuá desvaneciendo la imagen de la linda estenógrafa.

Así, el primer impulso de su deseo cedió apenas iniciado, quedando reducido, en lo que a Dede Mason se refería, a la satisfacción de saber que tenía una secretaria de agradable aspecto.

Acabó por completo con las ideas que pudiera haber concebido la intensa y espectacular lucha en que se había trabado con las Coastwise Steam Navigation Co. y la Hawaiian, Nicaraguan and Pacific Mexican Steamship Co.

Promovió una revolución mayor de la que había anticipado, y él mismo se asombró de las extensas ramificaciones de la contienda y de los inesperados intereses que a ella se ligaban.

La prensa entera de San Francisco se volvió contra él. Cierto que uno o dos de ellos habían manifestado en un principio su aquiescencia a recibir subsidios, pero a juicio de Daylight la si. tuación no justificaba el gasto.

Hasta entonces, la prensa había demostrado una tolerancia benévola y sensacional hacia él, pero ahora podía apreciar de lo que era capaz una prensa antagónica.

Resucitaron hasta el menor episodio de su vida, haciéndolo ser- vir de base para maliciosas historias.

Daylight veía con sorpresa la diferente forma en que podían interpretarse hechos conocidos. De un héroe de Alaska pase a ser un maten, embustero, y en general un "mal

hombre". No con- tentos con esto, sobre su cabeza acumularon falsedades y mentiras sin cuento.

El no replicó jamás, aunque en una ocasión se permitió desahogarse con media docena de reporteros.

-¡Haced lo que queráisl-les dijo.-Burning Daylight ha po. dido con cosas de más monta que vuestros papeluchos indecentes y embusteros. No os censuro, muchachos, es decir... no os censuro del todo. No podéis remediarlo, de algún modo tenéis que vivir. Hay en el mundo un sinnúmero de mujeres que se ganan la vida como vosotros, porque no pueden hacerlo de otra manera. Siempre habrá quien se prostituya... ¿por que no habréis de ser vosotros? Para eso os pagan, y además... no tenéis agallas para buscaros la vida más decentemente.

La prensa socialista explotó hasta la saciedad este exabrupto, extendiéndolo por San Francisco en millares de prospectos, y los periodistas se vengaron con la única arma que tenían a mano... sus periódicos.

El ataque se hizo más violento que nunca, cayendo en un foso de rencor y salvajismo.

La infeliz mujer que se había suicidado volvió a ser exhumada, presentándola como una mártir y una víctima de la feroz brutalidad de Daylight.

Se publicaron sesudas estadísticas para demostrar que había iniciado su carrera explotando a los pobres mineros, robándoles sus denuncias, y que la piedra angular de su fortuna había sido una violación de la confianza depositada en el por los Guggenhammer en el asunto de Ofir.

Se le llamaba enemigo de la sociedad, hombre de las cavernas, perturbador del orden social, destructor de la prosperidad comercial de la ciudad y anarquista peligroso, llegando hasta a aconsejar seriamente que se le ahorcase para lección de escarmiento de sus semejantes, y terminando por desear férvidamente que un día tuviera un accidente de auto en el que encontrase justo castigo.

Daylight apretó los dientes y devolvió los golpes.

Empezando por un raid en las dos compañías navieras acabó por una batalla campal con una ciudad, un Estado y una línea costera continental.

¿Querían la guerra? Guerra tendrían. Aliado suyo con un sueldo esplén dido, Larry Hegan unió su suerte a la suya. Hegan tenía una imaginación céltica y una audacia propia de quien tiene aún su carrera, por hacer.

Su mente era napoleónica en sus concepciones, pero necesitaba del equilibrio que Daylight aportaba a la asociación. Por sí sólo, el irlandés estaba condenado al fracaso; pero guiado por Daylight, emprendía camino seguro hacia la fortuna y el triunfo.

Fue Hegan quien guió a Daylight por entre la complicación de la política moderna, las organizaciones laboristas y las leyes comerciales corporativas; fue Hegan, prolífico de recursos y de ideas, quien le abrió los ojos a las posibilidades de la guerra, y fue Daylight quien, aceptando, rechazando y elaborando planeaba las campañas y las proseguía.

Las dos grandes compañías parecieron ganar la partida de momento, haciendo pensar que Daylight iba cediendo terreno, cuando, súbitamente, desencadene su ofensiva contra las compañías San Francisco y toda la costa del Pacífico.

Al principio pareció poca cosa.

Durante una reunión celebrada en San Francisco, la Unión de Maquinistas Ferroviarios número 927 tuvo una alharaca en la que hubo algunos heridos y varios detenidos. Nadie supo que tras aquella insignificante perturbación estaban Hegan y Daylight-

Parecía fácil. Pero la Unión de Transportes hizo suya la cuestión apoyada por la Federación entera de trabajadores del Muelle. Paso a paso, la huelga se fue complicando.

La negativa de cocineros y camareros de servir a los carreteros esquiroles o a sus amos llevó aparejada la huelga de aquéllos, siguiéndoles los carniceros, y matarifes, negándose a traba- jar para restaurantes disidentes.

Las Asociaciones Patronales combinadas formaron un frente único, encontrando frente a ellos a los cuarenta mil trabajadores organizados de San Francisco.

Los panaderos y conductores de reparto de pan se declararon en huelga, seguidos de los lecheros, repartidores y abastecedores de volatería.

El ramo de construcción declaró su posición en términos netos, y San Francisco entero se vio en desorden.

Pero... era sólo en San Francisco-

Las intrigas maestras de Hegan y la campaña de Daylight fueron desarrollándose. La poderosa organización conocida bajo el nombre de Unión de Marineros del Pacífico se negó a trabajar en buques que descargasen esquiroles de sus ramos.

La Unión presentó un ultimátum y declaró la huelga. Ese había sido el verdadero objetivo de Daylight.

Al llegar un buque lo visitaban los agentes de la Unión, haciendo desembarcar a su tripulación, y con los marineros desembarcaron los fogoneros, maquinistas, cocineros y camareros. El número de navíos amarrados aumentaba por días.

Era imposible formar tripulaciones de esquiroles, porque los de la Unión eran hombres aguerridos y el faltar a sus mandatos equivalía a la muerte.

Esta fase de la huelga se extendió por toda la costa del Pacifico, hasta que los puertos se llenaron de barcos y el transporte marítimo se suspendió del todo.

Las dos compañías navieras objeto de los ataques de Daylight se vieron atadas de pies y manos.

El costo de combatir la huelga era enorme y no tenían ingreso alguno, mientras que la situación iba de mal en peor, hasta que el grito de ¡paz a cualquier preciol fué el predominante.

Pero Daylight no quiso la paz, y él y los suyos siguieron jugando su mano hasta juzgar suficiente la ganancia, permitiendo entonces a un continente reanudar su vida comercial.

En lo sucesivo se notó que varios líderes obreros se edificaron casas propias y otras para alquiler, haciendo viajes al extranjero, mientras otros líderes ganaban consideración política y el control del gobierno y de los fondos municipales. En verdad, la preponderancia del caciquismo en San Francisco fué debida en su mayor parte a los manejos de Daylight.

La parte que tomó en la contienda y sus detalles fueron pronto del dominio público, haciéndole más odiado y execrado que nunca. Ni él mismo había podido suponer adónde le llevaría su raid contra las dos compañías.

Pero había conseguido lo que perseguía, había hecho morder el polvo a dos compañías, empresas poderosas, robando despiadadamente a sus accionistas por procedimientos perfectamente legales.

Sus aliados, a más de las vastas sumas que de él recibían, se aprovecharon de las circunstancias para especular por cuenta propia. Su alianza con los forajidos había tenido como resultado un saqueo en toda la regla, pero la conciencia no le remordía. ¡Había ganadol Entre hombres eran azares del juego, los "primos" no con taban, perdían siempre. San Francisco había querido la guerra, y guerra había tenido.

Todos los grandes capitales de industria hacían lo propio y hasta cosas peores.

-No me hable usted de moralidad y de noción del deber público-dijo a un persistente reportero.-Si dejase usted el empleo que tiene y mañana entrase en otro diario, escribiría como le mandasen escribir. Ahora habla de moralidad y del deber, mañana apoyaría a una empresa fraudulenta... Su precio son treinta dólares por semana. Se vende usted por esa suma.

Su periódico se vende por algo más, y si valiera la pena, abandonaría las ideas que defiende hoy para defender las que le pagasen a mejor precio- Y todo porque cada cinco minutos nace un tonto; mientras el pueblo lo tolere y lo aguante, le robarán a diestro y siniestro. Es muy cómodo gritar : ° 1 al ladrón 1 " cuando es uno el robado; pero $por qué no se grita lo mismo cuando es uno el que roba? Los accionistas de esas dos compañías que ahora se lamentan, serían capaces de robarle los céntimos a un ciego, y se lamentarían si el ciego protestaba... Son todos iguales, gran. des y pequeños; todos están marcados por el mismo sello: la ambición.

CAPÍTULO VIII

La civilización no había modificado la manera de ser de Daylight. Vestía mejor, tenía mejores modales y hablaba un inglés más correcto.

Había desarrollado una notable eficiencia como hombre de negocios y su modo de vida era más elevado, pero todo ello a costa de su genialidad.

Ignoraba los refinamientos esenciales de la civilización. No sa. bía que existían- Se había vuelto cínico, amargado y brutal. El poder tuvo en él el mismo efecto que en los demás hombres.

Receloso de los grandes explotadores, despreciativo para con los simples de espíritu, sólo tenía fe en sí mismo, y eso le llevó a una anormal exaltación de su yo, destruyendo toda consideración ajena, incluso el respeto, hasta no dejarle altar alguno en el que adorar, salvo el de su propia persona.

Físicamente no era ya el hombre de hierro de los tiempos del Yukón; no hacía ejercicio, comía más de lo conveniente y bebía con exceso. Sus músculos iban perdiendo fuerza, y su sastre le llamó la atención acerca del aumento de su talle. Daylight empezaba a desarrollar francamente panza.

El deterioro físico se hacía patente en sus facciones. El rostro de asceta sufría el cambio de la vida urbana, perdía la pureza de las líneas típicas de sus primeros tiempos, aumentaba el espesor del cuello y aparecían los primeros síntomas de una doble barbilla.

Eran facciones que revelaban el estigma de la viva que vivía, anunciando su brutalidad y sus abusos.

Obrando siempre solo, despreciando a los que intervenían en sus negocios, no sintiendo por ellos ni simpatía ni comprensión, ne tenía nada en común con quienes alternaban con él en sociedad, en el Alta-Pacífico, por ejemplo, hasta el punto duque, cuando las luchas con las compañías navieras estaban en su apogeo, le indicaron la conveniencia de darse de baja en el club.

Lejos de negarse a ello aceptó la invitación, haciéndose socio de otros clubs, como el Riverside, organizados y sostenidos por los caciques de la ciudad, y halló que prefería esa clase de hombres a la otra.

Eran más primitivos, más sencillos y no se daban postín. Eran forajidos honrados, metidos en negocios por lo que buenamente pudieran sacar, más rudos superficialmente, pero sin hipócritas fingimientos.

En Alta-Pacífico, al pedirle que se diera de baja dió a entender que sería un asunto privado, pero después ellos mismos comuni. caron la noticia a la prensa, la cual había sacado todo el partido posible de ella.

Daylight sonrió fríamente, siguiendo su camino sin replicar, aunque tomando nota de la conducta de más de un miembro del club, que luego había de sentir todo el ,eso del ¿dio del ex rey del Klondike.

Siendo el blanco de los ataques periodísticos durante varios meses, Daylight acabó por perder por completo su reputación. No quedó hecho alguno en su historia que no saliera a la luz, dislocado y presentado en la forma que más perjudicial pudiera parecer.

Este afán de presentarle como un monstruo dió al traste con las esperanzas que podía abrigar de intimar con Dede Mason. Comp.endía que era imposible para una joven como ella mirar con benevolencia a un hombre de su calaña, y después de subirle el sueldo a setenta y cinco dólares, la fué dando al olvido.

Supo ella este aumento por conducto de Morrison, dió las gracias al jefe, y... asunto concluido.

Un fin de semana, sintiéndose deprimido y hastiado de los ne- gocios y de la ciudad, obedeció a impulso de un capricho que había de tener extraordinaria repercusión en su vida.

La causa original fué su deseo de respirar aire puro y cambiar de escena, pero lo encubrió con la excusa de ir a Glen Ellen, en visita de inspección a la fábrica de ladrillos que Holdsworthy le había cargado en las costillas.

Pasó la noche en un hotel pueblerino, y el domingo por la ma. ñana, a caballo en un penco alquilado al carnicero local, empren. dió el camino.

La fábrica estaba cerca, en la planicie, junto a Sonoma Creek- Se veían los hornos entre los árboles y más allá un macizo de bosque en las laderas de la montaña Sonoma, que parecía in- vitarle.

El aire fresco y seco de verano era delicioso. Inconscientemente aspiraba a pleno pulmón.

La perspectiva de la fábrica le agradaba. Estaba harto de negocios y el bosque le atraía.

Resolvió distraerse primero y dejar para más tarde la visita. Se apartó de la carretera atravesando los campos de heno, cuyo aroma oliscaba con deleite.

Tomó una carretera lateral, cuya apariencia le dió a entender que se utilizaba para el transporte de primeras materias de los hornos; acallando su conciencia con la idea de que al fin y al cabo entraba en la visita de inspección, continuó hasta dar con la cantera principal de marga, que aparecía como una herida sangrienta en la ladera.

Siguió adelante, a través de los inmensos bosques, cruzando pla. centeras cañadas, hasta llegar a un manantial.

Se tendió en el suelo, bebiendo de bruces el agua cristalina y admirando por vez primera, a su alrededor, las bellezas del mundo. Fué como un descubrimiento. No lo había realizado nunca. Era imposible, pensó, ocuparse en la alta finanza y en la Naturaleza- Sentado junto al límpido arroyuelo, sentía la misma sensación que un jugador de póker, tras una noche de partida, al salir al aire libre.

Volvió a montar a caballo y reanudó la marcha.

Junto a otro manantial halló un lirio de California: flor magnífica que crecía bajo la bóveda de árboles gigantescos. Daylight no había visto jamás cosa parecida.

Alta y esbelta, la flor se erguía en su tallo verde y limpio de hojas, hasta romper en una orgía de capullos blancos acampanados.

Lentamente fué mirando a su alrededor quitándose el sombrero en una especie de involuntaria veneración. Era como una iglesia. El ambiente reflejaba la calma absoluta.

En tal lugar, él hombre se sentía capaz de cosas nobles y elevadas. Daylight lo sentía, como otras mil sensaciones que no podía explicar.

En la ladera, junto al manantial, crecían helechos de todas clases; grandes troncos de árboles caídos, cubiertos de musgo, ya. clan aquí y acullá, mezclándose con los detritus de la selva.

Una ardilla gris cruzó su camino y, a lo lejos, se oía el típico repiqueteo del pájaro carpintero, pero era un ruido que armoni- caba con el lugar.

El murmullo del arroyo y los canto de los pájaros venían a ser como medidas de comparación del si lencio y del reposo imponderables.

-Parece que estoy a un millón de millas de todas parles - murmuró Daylight.

Ató el caballo a un árbol y siguió a pie entre los oteros coronados de abetos centenarios y con las laderas pobladas de robles, madroños y hiedra.

Llevando el bruto de la brida, fué sorteando los obstáculos, trepando por la ladera alfombrada de helechos y sintiéndose embargado por el goce de vivir.

En la cresta dio con un estupendo macizo de madroños jóvenes, pasado el cual salió a un raso que conducía a un diminuto valle. Tuvo que detenerse a recobrar aliento, porque jadeaba del esfuerzo, cansado, y sus músculos se resentían del trabajo impuesto. La ladera estaba cubierta de lirios, nemófilas y jacintos silvestres, por entre los que el caballo se abría paso cautelosamente. Cruzando un arroyo, Daylight siguió una vereda, y al atravesar un bosque de manzanillos, un conejo saltó bajo sus pies, desapareciendo en la espesura.

El gozo de Daylight no tenía límites; le parecía que nunca había sido tan feliz. Su antigua educación campestre se despertó de nuevo, interesándose en la más nimia cosa, en los musgos, los árboles, los nidos de los pájaros, los berros que crecían en los remansos del arroyo.

Encontró leves indicios de algún antiguo camino, probablemente utilizado cuando se maderó el bosque. El caballo levantó al paso una nidada de codornices que llenaron el aire con sus pitidos agudos.

-Vale cien veces más que Menlo Park-comentó en voz alta;-si alguna vez siento el dé o de vivir en el campo volveré a vivir aquí.

El viejo camino le llevó a un raso en el que la vid crecía en un terreno rojizo.

Junto a un selvático cañón divisó una alquería con corrales y dependencias resguardadas en el regazo de la ladera.

Olvidó por completo la fábrica de ladrillos.

En la alquería no encontró a nadie, y recorrió el terreno, comiendo peras, inspeccionando los edificios y fumando mientras contemplaba varias polladas protegidas por las ansiosas madres.

Una vereda parecía llevar al cañón, y la siguió, viendo paralela a ella una conducción de agua que dedujo debía venir del fondo del creek.

Las laderas del cañón tenían varios centenares de pies de elevación de fondo a cima, cubiertas de árboles magníficos que mantenían el terreno en perpetua sombra.

A ojo calculó que tendrían unos cinco o seis pies de diámetro. La vereda conducía a una pequeña represa, de la que nacía la conducción de agua. Por doquier, helechos y laureles cubrían el suelo.

Excepto por la represa, era una escena de salvaje virginidad. La segur no había empezado su obra destructora, y los árboles morían de viejos a causa de los temporales- Los troncos yacían en todas direcciones, algunos de ellos ya casi desintegrados por la acción del tiempo, otros formando puente sobre el arroyo.

De regreso a la alquería, Daylight montó a caballo. Necesitaba satisfacer su ansia de libertad subiendo la montaña Sonoma, y en su cresta, tres horas después, rendido, destrozados sus vestidos, arañadas las manos, pero triunfante, respiró con la satisfacción del anhelo cumplido.

Sentía la ilícita alegría del colegial que hace novillos.

San Francisco y sus afanes parecían muy lejos. No cabía en el ambiente la sordidez, la mezquindad, el vicio que imperaba en la vida urbana-

Sin analizarlas, notaba que sus sensaciones eran de purificación y de elevación espiritual. Si le hubieran preguntado lo que sentía, habría dicho simplemente que disfrutaba,

porque no podía darse cuenta del encanto potente de la naturaleza que iba atrave- sando a través de la capa de la civilización que la urbe le había impuesto.

En la cumbre de la montaña Sonoma, no había cosa alguna, y solo, bajo el cielo azul de California, se detuvo en el borde Sur de le Cresta.

Vió los grandes campos de pasto, cortados por cañones umbríos, bajando ondulantes hasta Petaluma Valley, llano como una mesa de billar, formando una especie de tablero de distintos colores y geométrica regularidad.

Más allá, hacia el Oeste, se elevaban montañas y más montañas coronadas por la bruma que ascendía de la llanura-

-¡No había visto tanta extensión de terreno desde Dios sabe cuandol-dijo en voz alta-

Le pesaba tener que marchar, y tardó una hora en decidirse a emprender el camino de bajada.

Tomó otra vereda para cambiar de panorama, y empezaba el crepúsculo cuando llegó de nuevo a los oteros.

En la cima de uno de ellos percibió una mancha de tono verdoso, distinto de todo lo que había visto durante la excursión. Estudiándola un rato dedujo que formaba un grupo de cipreses, y pensó que solamente la mano del hombre podía haberlos puesto allí. Impelido por la curiosidad, decidió investigarlo. Hubo de desmontar, abriéndose paso, a veces gateando por entre los terrales. Llegó a los cipreses, encontrándolos rodeados de una vieja cerca, cuyas estacas pudo notar estaban afiladas y cortadas por el hombre.

Entre los árboles halló las tumbas de dos niños; dos cruces de madera, pulidas a mano, narraban su historia: "El pequeño David, nació en 1855, murió en 1859", y "La pequeña Lily, nacida en 1853, murió en 1860".

-¡Pobres criaturas! -murmuró Daylight.

Las tumbas presentaban señales de haber sido cuidadas recientemente. Sobre ellas yacían ramos de flores agostadas y las letras de las cruces estaban recién pintadas.

Guiado por tales indicios, Daylight buscó un sendero, encon- trándolo en el lado opuesto al que había seguido a su llegada. Tomando el caballo volvió a la alquería, de cuya chimenea salía humo.

Pronto entabló conversación con un joven delgado y nervioso que le dijo era simplemente un arrendatario de la finca ¿Qué área tenía! Unos ciento ochenta acres. Parecía mayor, por lo irregular de su forma. Incluida la cantera de arcilla y todos los oteros.

-Era tan abrupto el terreno-dijo el joven,-que cuando empezaron a laborear la región los agricultores compraron todo lo mejor- Por eso sus lindes son tan quebradas.

-¡Ah, si! Su mujer y él conseguían ganarse la vida sin matarse a trabajar. No pagaban gran cosa de arrendamiento. El amo, Hillard, derivaba su mayor ingreso de la cantera- Hillard era rico y poseía ranchos y viñas en la llanura. En el resto del rancho el terreno era bueno a trozos, como la viña y el huerto, pero lo demás era demasiado escabroso.

-¿Usted no es agricultor?-dijo Daylight.

-No, soy telegrafista. Pero mi mujer y yo decidimos tomarnos dos años de licencia, y... aquí estamos. Ahora se nos acaba. En otoño volveré al trabajo, después de la vendimia.
Sí; la viña tenía unos once acres. Generalmente se pagaba bien la cosecha, producían casi todo lo que consumían. Si la, finca fuese suya, desbrozaría el terreno de viña plantando un huerto. Era buena tierra.

Por todo el rancho había buenos pastos, en los que crecía el mejor heno de la comarca- La tonelada se vendía de tres a cinco dólares más que el del valle.

Daylight le escuchaba sintiendo súbita envidia de aquel hombre que vivía rodeado de cuanto había visto en su excursión. -¿Por qué diablos vuelve usted a su trabajo?-preguntó.

El joven sonrió.

-Porque aquí no adelantamos nada...-vaciló un momento,y porque se nos vienen encima otros gastos. El alquiler, aunque módico, sube algo, y además, no soy lo bastante robusto para laborear solo. Si fuera mía o si fuese fuerte como usted, no pediría nada más, ni mi mujer tampoco. Ambos somos hijos de campesinos, y después de varios años de ciudad, sentimos la nostalgia del campo. Hemos decidido ahorrar lo posible, a ver si pode- mos comprar una finca y establecernos.

¿Las tumbas de los niños? Sí, las había arreglado él. Era una costumbre. Quienquiera que viviese en el rancho se cuidaba de hacerlo. Según se decía, los padres habían vuelto cada verano a visitarlas, pero desde hacía algún tiempo no habían venido, y el señor Hillard inició la costumbre.

¿Un atajo en el calle? ¡Ah, sil Era una antigua mina abandonada, porque no había pagado gastos nunca. Se había explotado varias veces, pues los indicios eran buenos, aunque siempre lo dejaban sin terminar.

Una muchacha de apariencia frágil y delicada salió a llamar s1 joven para cenar. La primera impresión de Daylight fué que la vida urbana no le había probado bien y que probablemente le convenía más el campo-

Daylight declinó la invitación y se encaminó hacia Glen Ellen, al paso, canturreando semiolvidadas canciones, mientras observa- ba la vida de la selva, analizando sus ruidos y recreándose en los mil detalles que le rodeaban.

Daylight no podía resignarse a seguir los caminos trillados, y un atajo lo llevó a un cañón, que le cerró el paso de tal suerte que se vió forzado a desviarse por un sendero, hasta encontrarse anta una pequeña cabaña de troncos.

Puerta y ventanas estaban abiertas y una gata cuidaba de su camada en el umbral.

Siguió la senda, que evidentemente cruzaba el cañón, y a medio camino halló a un anciano portador de un cubo de leche espumosa- Su rostro, encuadrado por nívea barba, reflejaba la paz y el contento del día.

Daylight pensó que jamás había visto facciones que denotasen tanta placidez-

-¿Qué edad tiene usted, abuelo?-preguntó.

-Ochenta y cuatro-fué la respuesta.

-Ochenta y cuatro y más fuerte que muchos.

-¡Debe usted haberse cuidado bienl

-No sé, nunca he hecho el vago. Atravesó las llanuras con una yunta de bueyes y peleé contra los indios en el cincuenta y uno. Entonces tenía siete hijos. Debía tener su edad de usted. -¿No se siente solo?

El viejo cambió el cubo de mano.

-Según-dijo oráculamente.-Excepto cuando se murió mi vieja, no me he sentido nunca solo. Hay quien se siente solo en medio de la gente. Yo soy así. Cuando voy a San Francisco me encuentro más solo. Pero... ya no voy. Estoy en el valle desde el cincuenta y cuatro. Uno de los primeros colonos después de los españoles.

Daylight reanudó su marcha diciendo

-Buenas noches, abuelo. Siga usted tan firme. Tiene más nervio que muchos jóvenes, y seguramente ha visto enterrar montones de ellos.

El viejo rió, y Daylight siguió su camino en paz consigo mismo y con el mundo.

Le parecía haber recobrado la calma espiritual de los tiempos de pista y campamento del Yukon.

No podía apartar de su mente la figura del abuelo aureolado por el sol poniente.

La idea de seguir su ejemplo vino a su espíritu, pero la atracción de San Francisco puso el veto al proyecto.

-¡En fin!-dijo.-Cuando me haga viejo y deje el juego, me instalaré en un lugar parecido, ¡y que vaya la ciudad al cuernol

CAPITULO IX

En vez de regresar a la ciudad el lunes, Daylight conservó el caballo un día más, y siguiendo el fondo del valle, se dirigió ha cia los montes con ánimo de examinar la mina de que le había hablado el joven telegrafista.

Era un terreno más árido y roquizo que el de su excursión anterior, y las laderas estaban principalmente pobladas de chapa rrales espesos y casi imposible de pasar a caballo.

En los cañones había agua en abundancia y una vegetación forestal y exuberante. La mina estaba en completo abandono, pe- ro Daylight disfrutó examinando los alrededores.

Tenía experiencia minera anterior a su estancia en Alaska, y le complacía el ver renacer su experiencia en tales asuntos.

La historia de la mina se le presentaba clara: buena indicación de mineral había justificado el empezar a excavar galerías en la ladera; después, meses de trabajo y escasez de fondos; suspensión de las obras y dispersión de los mineros a otras labores más productivas; otra tentativa con el filón siempre dando señales de existencia, pero siempre evadiendo el ser hallado... hasta que, perdida la esperanza, el abandono completo...

Probablemente ya ni existía ninguno de los quo la explotaron, pensó Daylight-

Como el día anterior, fué siguiendo senderos por pura distrae ción, sin saber dónde iba, pero siempre tendiendo hacia las crestas. Dió con un camino carretero y lo siguió varias millas, emergiendo en un valle rodeado de montañas, en el que media docena de colonos cultivaban vid en las laderas. El camino ascendía hacia las cimas.

Denso chaparral cubría las laderas, y en los repliegues del cañón crecían abetos y flores selváticas.

Media hora más tarde, bajo la sombra de las cimas llegó a un lugar raso, donde, aprovechando los trozos de terreno favorable, habían plantado viñas.

Daylight pudo apreciar que fué precisa una ruda lucha con la Naturaleza y que ésta parecía ir ganando ventaja.

Él chaparral había invadido el terreno raso, viéndose en algu• nos puntos las vides sin podar, abandonadas y rodeadas de cizaña y toda clase de hierbajos.

El camino terminaba frente a una diminuta alquería que se hallaba rodeada de graneros, cobertizos y pajares. Más allá el chaparral cerraba el paso-

Se encontró con una mujer ya entrada en años que apilaba estiércol en el corral.

-¡Hola, abuela! -dijole por todo saludo,-¡no hay hombres por aquí para ayudarla?

La vieja se apoyó en la horquilla, atusóse el cabello y le dirigió una mirada sonriente. Sus manos eran hombrunas, endurecidas por la labor, sarmentosas y huesudas. Sus pies, sin medias, calzaban zapatos de hombre.

-¡Ni tampoco tengo miedo!-contestó.-¡De dónde viene usted1 ¿Desea descansar y beber un trago de vino?

Acto seguido le conducía al mayor de los edificios, en el que Daylight percibió una prensa de uva y todo el material necesario para la vinificación. Según explicó, estaba demasiado lejos de las bodegas del valle, y tenían que hacérselo todo ellas mismas-

Las mujeres a que se refería eran su hija y ella. Antes de morir el nieto, la vida les había sido más fácil; pero fué a pelear contra los salvajes en Filipinas y había muerto en un combate.

Daylight bebió dos vasos de excelente Riesling y charló con la vieja un rato. Sí; a lo más, conseguían no morir de hambre. Su marido y ella habían arrendado la propiedad al gobierno en 1857, desmontando el terreno y cultivándolo hasta la muerte de él. No pagaba el trabajo, pero ¿qué iba a hacer? Tenían que luchar con el trust vinatero, y los precios eran muy bajos. En cuanto al Riesling, lo entregaban al pie de ferrocarril, en el valle, a veintidós

centavos el galón (unos cuatro litros), !y estaba tan lejos? Se necesitaba un día entero para el viaje de ida y vuelta. Su 'ja había salido a llevar una partida.

Daylight no ignoraba que en los hoteles hacían pagar, por un Riesling de inferior calidad, de dólar y medio a dos dólares la botella. ¡Y ella sólo recibía veintidós centavos por cuatro litros!

Lo de siempre- Formaban parte del grupo de los tontos, como sus antepasados antes que ella, quienes habían hecho todo el trabajo desmontando el suelo virgen, sobre el que sudaron horas " sin cuento, pagando innumerables tributos y gabelas y enviando a sus hijos y nietos a defender y morir por una bandera que les protegía tanto como para vender su vino a veintidós centavos, el mismo vino que él pagaba a ocho dólares en San Francisco.

Entre el de la vieja y el del hotel de San Francisco había una diferencia de siete dólares y setenta y ocho centavos que se repartía una pandilla de ventajistas de diversas categorías: compa, para qué citar más? El hecho era que, en realidad, quien producía el género percibía veintidós centavos-.. En fin, pensó, cada finco minutos nace un tonto.... nadie tiene la culpa. Era un nego en el que ganaban los menos y perdían los más.

-¿Qué edad tiene usted? -Setenta y nueve, en enero-.

-Pues sí que ha trabajado usted.

-Desde los siete años. Viví en Michigan hasta que me casé, entonces trabajé más que nunca-

-¿Cuándo piensa descansar?

Ella le miró, como si le hubiese hecho gracia la pregunta, lo contestó.

-¿Cree usted en Dios?

La vieja asintió moviendo la cabeza.

-Entonces El le pagará-aseguróle Daylight; pero en su interior se permitió meditar en ese Dios que toleraba que explotasen al tonto y le robasen desde la cuna al sepulcro.

-¿Cuánto Riesling le queda?

Recorrió con la vista los toneles calculando. -Unos ochocientos galones.

Se preguntó qué haría con tal cantidad y a quién podría retalársela.

-¿Qué haría si le pagaran un dólar por galón? -Morirme de repente.

-No; hablo en serio.

-Comprarme una dentadura postiza, retejar la casa y adquirir un carro.

-¿Y qué más?

-Comprarme un féretro.

-Pues suyos son, féretro inclusive. Ella le miró, incrédulala.

-De veras. Ahí van cincuenta dólares para cerrar el trato. No se preocupe del recibo.

Aquí tiene mis señas. Entréguelo al pie de estación, y dígame ahora por dónde puedo llegar a la cresta. Siguió senderos apenas perceptibles entre el chaparral, hasta que, hacia el crepúsculo, encontró una vereda a lo largo de un árido cañón- Había oído momentos antes el ladrido de un perro, y de repente, en la ladera -frente a él, distinguió un ciervo que huía perseguido.

Daylight se detuvo para contemplar la caza hasta perderse de vista, y en su corazón sintió despertar su antiguo instinto de cazador y el recuerdo de los tiempos anteriores a su vida urbana. Poco después, trotando por el sendero del cañón, llegó a un camino que parecía ser más frecuentado, y en él, saliendo de entre la maleza como un conejo, encontró a un hombrecillo pobremente vestido, la cabeza al aire, que le hizo signos de que se detuviera-

-Si va usted hacia el pueblo, le agradeceré me eche esto al correo-dijo tendiéndole una carta.

-Con mucho gusto-respondió Daylight aceptando y guardándose la carta en el bolsillo.-¿Vive usted por aquí?

El hombrecillo no respondió. Miraba al otro con sorpresa. -Le conozco-dijo al fin.- Usted es Elam Harnish... Burning Daylight, como le llaman los periódicos. ¿No es verdad? Daylight movió la cabeza en señal de asentimiento.

-¿Qué diantres hace usted por el chaparral? Daylight sonrió antes de contestar.

-Al parecer, reemplazando al cartero.

-Me alegro de haber escrito hoy la carta-dijo el otro,-asi he podido conocerle. He visto su retrato muchas veces en los dia- rios, y como tengo buena memoria le reconocí en seguida. Yo me llamo Ferguson.

-¿Vive usted por aquí?-inquirió Daylight.

-Sí; tengo una choza en el bosque, un manantial y algunos árboles frutales. Venga a verlo, no ha probado usted nunca agua semejante.

Daylight desmontó, y llevando el caballo de la brida siguió al hombrecillo por entre los árboles hasta llegar a un raso, si así podía llamarse a un sitio en el que la Naturaleza y el hombre se entremezclaban íntimamente. Era un nido en la montaña, protegido por las paredes del cañón. Enormes robles denotaban un suelo fructífero, y entre ellos la cabaña, con su pórtico amplio lleno de sillas y hamacas, revelaba un dormitorio al aire libre.

Daylight no perdió detalle- El raso era irregular y seguía los accidentes del terreno, y cada árbol frutal tenía su conducción de agua propia- Los diminutos canales de riego iban por doquier.

Ferguson le miró ansiando descubrir en su rostro signos de aprobación.

-¿Qué le parece?

-Sólo falta que manicure sus árboles-dijo riendo Daylight; pero la satisfacción de su mirada complació al hombrecillo.

-Los conozco como si fueran hijos míos; yo los planté, yo los he criado. Venga a ver el manantial.

Después de elogiar entusiásticamente el agua, volvieron a la cabaña.

Su interior era tina sorpresa. Formaba una sola habitación, en cuyo centro aparecía una gran mesa cubierta de libros y revistas. Todo el espacio libre de pared estaba ocupado por librerías, y pieles de ciervo, de gato montés y de costi, alfombraban el suelo.

-Cazados y curtidos por mí-indicó orgullosametne Ferguson. Lo más notable de la pieza era una monumental chimenea de piedra tosca.

-Es obra mía-proclamó Ferguson,- ¡y tiene un tiro! No se escapa ni un hilo de humo más que por el conducto natural. Daylight estaba encantado y sentía cierta curiosidad por el hombrecillo. ¿Qué hacía oculto en el chaparral con tanto libro? Se veía que no era un hombre ordinario.

Daylight aceptó la invitación a cenar, casi inclinado a creer que su recién hallado amigo sería un fanático del vegetarianismo o de cualquier secta parecida; pero ya a la mesa, ante un guiso de conejo cazado por el anfitrión, se convenció de lo contrario. Ferguson comía lo que le gustaba, limitándose a eludir lo que no le convenía.

Intrigado, Daylight pensó que acaso el motivo de la reclusión voluntaria fuese religioso, pero a pesar de cuanto hizo llevando la conversación a terrenos adecuados, no pudo descubrir tendencia anormal alguna. Desorientado, Fíe decidió, después de la cena, a abordar francamente la cuestión:

-Oiga, Ferguson, desde que nos encontramos estoy cavilando qué puede haber motivado su aislamiento aquí. ¿Qué demonios hace usted? ¿Por qué ha venido? ¿Qué hacía antes de enterrarse vivo? No mea huraño y dígame la verdad.

Ferguson pareció complacido de su interés.

-Primero-empezó,-los médicos me dieron por perdido, concediéndome a lo sumo algunos meses de vida, y eso después de sanatorios y un sinfín de viajes. Lo intentaron todo y me arruinaron con sus facturas, además de hacerme ir de mal en peor. Mi caso presentaba dos

aspectos: había nacido débil y vivía con demasiada intensidad. Era editor del Times Tribune...

Daylight reprimió un gesto de sorpresa- El Times Tribune era el diario más importante de San Francisco y cl de mayor in. fluencia.

- ..y no podía resistir el esfuerzo; como es natural, mi cuerpo cedió, y mi espíritu también. Tenía que sostenerme a fuerza de whisky. Ese era mi mal. El vivir al revés. Cuando los médicos se decidieron a darme por perdido, arreglé mis asuntos y los mandé a paseo. De eso hace quince años. Conocía esta comarca por haber venido de caza, y sentí el deseo imperioso de volverla a ver. Abandoné todo, absolutamente todo, y vine al valle de la Luna (es el nombre indio de Sonoma). El primer año viví en una tienda de campaña, después construí esta casuca, y ahora... le reto a que diga que parezco tener los cuarenta y siete años que tengo

-No representa los cuarenta-confesó Daylight-

-Pues cuando vine representaba sesenta.

Siguieron charlando, y Daylight tuvo ocasión de ver al mundo desde ángulos nuevos al discurrir con un hombre que no era ni un amargado, ni un cínico, y que, sin embargo, se reía de la vida urbana, llamando locos a los que la vivían. Un hombre al que no interesaba el dinero, ni la ambición, ni el poder, y en cuanto a la amistad, Ferguson no se mordía la lengua.

-¿Qué hicieron los amigos del club, los que fueron mis íntimos durante años? No hubo ni uno capaz de escribirme dos líneas, cuando vine aquí, para enterarse de cómo estaba. Durante algún tiempo quizá se preguntaron: "¿Qué habrá sido de Ferguson?"... Pero después-.- fui un recuerdo, y sin embargo, todos sabían que yo no tenía más que mi sueldo y que siempre había vivido por cima de él.

-¿Y cómo se las compone ahora?-preguntó Daylight.-Debe usted necesitar ropas y libros...

-Siempre encuentro algo que hacer, arando en invierno o vendimiando en otoño por cuenta de los cultivadores vecinos. Tengo pocas necesidades y no necesito gran cosa. Podría escribir para las revistas, pero prefiero lo mío, y es natural, estoy fuerte como un roble y me gusta trabajar. Usted no sabe lo que es llegar e casa después de un día de vendimia y sentirse cansado, pero no físicamente agotado. Cuando hice esa chimenea era un anémico, un alcohólico degenerado. Algunas de las piedras me hicieron llorar, pero perseveré y utilicé mi cuerpo tal y como la naturaleza ordena, no como un pozo de whisky, y... aquí estoy yo y ah! está mi obra... Y ahora cuénteme usted cosas del Klondike, de San Francisco de sus actividades por allá. ¿Por qué no se quedó en el Yukon? ¿Por qué no vive una vida racional como yo? Tam bién sé hacer preguntas; hable usted y déjeme escuchar un rato. Daylight se separó de Ferguson pasadas las diez.

Trotando hacia al pueblo, le vino la idea de comprar el rancho del otro lado del valle, aunque sin la determinación de vivir en él. Su sitio estaba en San Francisco; pero le gustaba el rancho, y se propuso entablar negociaciones con Hillard en cuanto regresase a la ciudad. Además, la finca incluía la cantera de marga, y eso le daría supremacía sobre Holdsworthy para el caso de que éste intentase jugarle una mala pasada.

CAPITULO X

Pasó e! tiempo y Daylight continuó jugando su juego, pero éste había entrado en una nueva fase. El ansia de poder obtenido en el juego y sus ganancias se transformaba en ansia de poder vindicativo. Había muchos hombres en San Francisco contra quienes tenía cuentas pendientes, y de vez en cuando, mediante alguno de sus fugaces golpes, liquidaba parte de aquellas cuentas.

No daba ni pedía cuartel. Se le temía y se le odiaba. Nadie sentía afecto por él, a excepción de su abogado Larry Hegan, quien se hubiera dejado matar por Daylight, y era también la única persona con quien éste intimaba, aunque estaba en términos de amistosa camaradería con casi todos los directores del Riverside Club.

La actitud de San Francisco hacia Daylight había también sufrido un cambio. Aunque por sus métodos constituía una amenaza para los cánones financieros establecidos, era tal su poder que más valía no meterse con él. Les había enseñado la virtud de no buscarle tres pies al gato. Muchos de los que se sabían en peligro de ser atacados por sus zarpazos procuraban propiciarle buscando su amistad. El Alta-Pacífico Club indirectamente le propuso su readmisión, que él rechazó en seco.

Incluso los periódicos, con dos o tres excepciones, optaron por no insultarle más, tratándole respetuosamente. No se habían echado al olvido sus campañas contra las compañías nacieras y su intervención en la huelga originada por los marineros del Pacífico... y lo ocurrido a Charles glinkner y a la California and Altamont Trust Co. fuá un aviso para los demás, si bien lo reputaban como casos aislados, creyendo no se atrevería a luchar con número superior. Pronto habían de ver su equivocación.

Daylight seguía especulando arriesgadamente, como por ejemplo, cuando en los principios de la guerra ruso-japonesa consiguió, frente a la experiencia y el poder de los financieros navieros, acaparar prácticamente el monopolio de las cartas de flete disponibles. No había apenas vapor en los Siete Mares que no fuera suyo en esa forma.

Como siempre, su posición era la de llevar la voz cantante, obligando a quienes necesitaban de medios de transporte a pagar el precio que él fijaba Todos sus manejos, todas sus combinaciones tendían a un fin que había confiado a Hegan. Cuando hubiera acumulado el capita! necesario, volvería a Nueva York a entablar batallas con Dowset, Letton y Gaggenhammer.

Quería enseñarles e! error que habían cometido pretendiendo tornarle por cabeza de turco. Pero con todo, no perdía nunca la serenidad y sabia que no era aún lo bastante fuerte para luchar con aquellos colosos de la finanza.

Dede Mason continuaba en el despacho. Entre ellos no se había vuelo a cruzar palabra, salvo en casos en que lo exigieron los asuntos comerciales. Ella no le despertaba interés alguno, considerándola como algo a lo que no podía aspirar. A pesar de todo, no perdía el menor detalle de su indumentaria o de sus movimientos. Le aumentó el sueldo en varias ocasiones, hasta que llegó a cobrar noventa dólares al mes. No se atrevió a más, aunque solventó e! problema aligerándole el trabajo mediante la conservación del sustituto que había empleado durante las vacaciones de la joven.

Cuanto más la veía y más pensaba conocerla, más lejana y aislada se le aparecía. Pero como sus seseos no eran acercársele el hecho no le preocupaba. Le era grato tenerla en su despacho, y éso era todo.

Los años no le ofrecieron mejora aiguna. La vida no le era beneficiosa ni agradable. Engordaba y sus músculos perdían la elasticidad de antaño.

Cuantos más cocteles bebía, más necesitaba beber para conseguir el resultado que buscaba: aquel grado de exaltación mental necesaria a sus operaciones financieras, y con los licores mezclaba el vino en las comidas y los cocteles en el club. Sufría además de la falta de ejercicio y, moralmente, de la falta de asociaciones humanas decentes.

Incapaz por naturaleza de proceder a hurtadillas, algunas de sus escapatorias, al hacerse públicas, eran el regocijo de la prensa, la cual se creía en el deber de narrarlas.

Nada podía salvarle: era por completo agnóstico. La humanidad no le interesaba y para él la vida no era más que un juego. Dios era un objeto quimérico, abstracto que él llamaba Suerte, y que variaba según se naciera tonto o listo. La Suerte distruibuía las cartas y era inútil protestar. Debía aceptarse las que correspondían a uno y jugarlas lo mejor posible

en la mesa del mundo apostándose la fortuna, el lujo, los automóviles o la gloria personal. Y al terminar la partida, afortunado o no, uno se moría y estaba muerto para siempre.

En el fondo no había justicia para quienes no lograban obtener buenas cartas, pues morían igual que los demás; sin poder gozar lo mismo que ellos. Era una lucha salvaje y primitiva. Los fuertes aplastaban a los débiles, aunque no por fuertes fuesen los mejores. El reparto era injusto; no se consultaba a los interesados al nacer si querían o no tomar parte en el juego. La Suerte loe traía al mundo, y quieras que no, tenían que luchar para vi- vir. Y cada cual hacía lo que podía... A unos la lucha los llevaba a los yates de recreo y a los palacios, a otros al hospital o al asilo. Unos jugaban siempre el mismo sistema, de bruces, para tener como suprema aspiración una dentadura postiza y un féretro.

En cuanto a él, había tenido la fortuna de recibir una buena mano, aunque le fuera imposible ver todas sus cartas. Tal vez perdería. En un mes, dadas algunas circunstancias desgraciadas, los cuervos podían despedazar su cadáver financiero. También había que pensar en la enfermedad. Mañana, pasado, tal vez hoy mismo, algún microbio podía hacer presa en él y destruirle. Re- cordaba al doctor Bacom, con quien había estado hablando eh plena salud, joven, un verdadero hércules... y en tres días, muerto. . . pulmonía, reumatismo cardíaco... ¡Dios sabe qué l ¡Era terrible¡ ¿Cuándo le llegaría el turno a él? No lo sabía, pero hasta que llegase, no le quedaba más recurso que jugar las cartas que tenía en la mano, y que eran iluchal, ¡venganzal y cocteles. Y la suerte esperaba sonriendo.

CAPITULO XI

Un domingo por la tarde, Daylight se encontró al otro lado de la bahía, en las colinas de Piedmont, detrás de Oakland. Como de costumbre, iba en un potente auto, aunque no propio, invitado por Swiftwater Bill, el niño mimado de la suerte, quien había venido de Alaska a derrochar la séptima fortuna conseguida entre los hielos. Malgastador empedernido, su último capital seguía el camino de sus antecesores. El era quien, cuando Dawson empezó a ser algo, había creado un océano de champaña, a cincuenta dólares la botella, y el mismo que con sus últimos recursos había acaparado la existencia de los huevos de la ciudad para vengarse de una Kama que le había despreciado, y ahora reaparecía dilapidando su dinero con la misma colosal indiferencia de siempre.

Era una pandilla alegre. Habían pasado un gran día y por tres veces les habían arrestado por haber viajado con exceso de ve- locidad, y la tercera vez habían raptado al oficial de tránsito que les había detenido. Temiendo que hubieran telegrafiado el hecho, habían retrocedido por las colinas siguiendo carreteras poco con, curridas y discutían ruidosamente sobre lo que harían con el policía.

-Dentro de diez minutos llegaremos a Blair Park-dijo uno de ellos.-Mira, Swiftwater, podemos echar por los atajos hasta Berkeley, retroceder a Oakland, cruzar por el transbordador enviar el coche con el chofer.

Pero Swiftwater no veía la razón para no ir por Blair Park, y prevaleció su criterio.
Al doblar una curva para dejar de lado el camino propuesto por el amigo, vieron a una joven a caballo.

Daylight creyó reconocer algo familiar en su aspecto, y al levantar ella la cabeza para ver pasar la alegre comitiva, la identificó: era Dede Mason. Recordó lo que Morrison le había dicho y lamentó que le hubiera visto en tal compañía. Swiftwater se disponía a lanzar uno de los silbidos que le habían hecho famoso para llamar su atención, cuando Daylight le echo una zancadilla haciéndole caer en el asiento del que se había levantado.

-¿La conoces ? -tartamudeó Bill.

-Sí; cállate.

-Te felicito por tu buen gusto. Es un ángel y monta como San Miguel.

Un macizo de árboles la oculto a su vista, y Bill reanudo la discusión del polizonte, mientras Daylight, cerrando los ojos, seguía in mente el galope de miss Mason. Bill tenía razón: era una excelente amazona, y montaba a horcajadas. Era un punto en favor de la joven el atreverse a desafiar convencionalismos montando de la única forma racional y sensata.

Cuando el lunes entro Dede en su despacho a tomar sus cartas, la miro con creciente aunque disimulado interés, y el domingo siguiente, él mismo, a caballo, fue a recorrer los lugares donde ocho días antes la encontrara. Pasó el día sin tener la satisfacción de dar con ella a pesar de haber seguido varias veredas conducentes a las casas de campo.

Según Morrison, la joven debía vivir por aquellos parajes, pero no pudo conseguir un nuevo encuentro.

Fuá un día perdido, aunque no del todo, porque disfruto del aire puro y de la grata sensación de ir a caballo, hasta el punto de que ordeno a varios tratantes a que le buscasen el mejor alazán castaño que pudiera comprarse con dinero.

Le presentaron varios, pero no quedó sastisfecho hasta que el sábado vio a "Bob". En seguida comprendió que era lo que deseaba.

Era un caballo de mucha alzada, aunque no excesiva para un hombre de su estatura- Era dulce de carácter, y su apariencia de lo mejor que podía pedirse en cuanto a raza y pureza.

-¡Es una joya¡-declaró Daylight.

Pero el tratante no sentía el mismo entusiasmo- Vendía el caballo a comisión, y el propietario había insistido en que diera detalles del carácter del noble bruto.

-No es un animal resabiado ni de malas intenciones, pero es peligroso y le matará si puede- Personalmente, no lo montaría ni aunque me pagasen. No tiene ni una tara. Está acostumbrado a todo, al llano y a la montaña, y tiene las patas tan seguras como las de una cabra. No se espanta, aunque a veces se encabrita. Hay que usar Kamarra. Tiene el vicio de girar sobre sí mismo aun sin razón ni motivo. Un día se dejará llevar como un cordero, y al siguiente no habrá quien pueda montarlo. En general, lo encuentro demasiado vivo. Su amo lo llama "Judas Iscariote" y no quiere venderlo sin antes dar a conocer sus defectos- Eso es todo. Pero fíjese en la crin y en la cola; ¿ha visto nada parecido? Un pelo fino como el de una criatura.

Tenía razón. Daylight lo reconoció, como también que el pelaje era distinto de lo corriente.

-Ensíllelo y lo probaré-dijo al tratante.-¿Está acostumbrado a las espuelas? No me ponga silla inglesa, sino mejicana y serreta, ya que se encabrita.

Daylight ajustó la cincha y puso los estribos a su medida. Montó, y durante una hora sometió el caballo a prueba, quedando tan complacido que cerró el trato inmediatamente, y "Bob" fué enviado a la Oakland Riding Academy en calidad de pensionista, al otro lado de la bahía.

Al día siguiente, domingo, Daylight marchó temprano utilizando el transbordador y llevando consigo a "Wolf", el único perro que había seleccionado de entre los que tenía en Alaska. Por más que recorrió en todas direcciones las colinas de Piedmont, no logró dar con Dede Mason; no por ello le faltó distracción. "Bob" era difícil de manejar, y consiguió cansar a su jinete casi tanto como a sí mismo.

Daylight hubo de echar mano a todos sus conocimientos de equitación para hacer frente a las infinitas jugarretas del caballo. Descubriendo "Bob" que la Kamarra iba más floja que de ordinario, procedió a empinarse pretendiendo andar sobre sus patas traseras.

Daylight apretó la -correa y "Bob" respondió con una angé- lica bondad, consiguiendo engañar al jinete, quien se permitió aflojar la vigilancia, lo que aprovechó el bruto para girar súbitamente sobre su cuarto trasero, faltando poco para que desmontase a Daylight.

Llevado de la misma teoría que había desarrollado en su vida comercial, Daylight comprendió que la única forma de conseguir que el caballo dejase de poner en práctica sus malas artes era darle una lección que no olvidase nunca. Ciñendo las rodillas y empleando el látigo y las espuelas, procedió a una verdadera doma del animal, el cual intentó defenderse empleando todos los recursos que su temperamento le sugería.

Por fortuna para Daylight, era un jinete excelente y aunque en ciertos momentos tuvo que abrazarse al cuello para no perder el equilibrio, consiguió mantenerse en la silla- La lucha entre el hombre y el bruto continuó con alternativas varias, ora fingiendo el segundo una mansedumbre que engañaba al primero dándole una sensación falsa de superioridad, ora exagerando ° `Bob" su terror ante la más insignificante medida o cosa, asustándose de los árboles, de "Wolf" y hasta de su propia sombra.

Así pasó el día; pero Daylight no se arrepintió de su compra comprendiendo que "Bob" no era mala bestia ni traidor. La razón de su conducta era exceso de vitalidad y posiblemente el estar dotado de mayor inteligencia qne la corriente entre sus congéneres. Lo indispensable era dominarlo con vigor y templanza a la vez.

-O tú o yo, "Bob"-díjole Daylight duramente más de una vez en el curso del día.

Y al mozo de cuadra por la noche:

-¡Es el mejor animal que he montado en mi vida--. y no son pocos los que he montado!

Despidiéndose de "Bob" con una caricia, agregó:

-Adiós, diablejo; el domingo que viene nos veremos. Ve preparando tretas.

CAPITULO XII

Durante la semana, el interés de Daylight fué casi el mismo por Dede Mason que por "Bob", y no teniendo de momento entre manos negocio alguno de importancia, probablemente pensaba más en aquellos que en sus propios negocios. El vicio de "Bob " de girar sobre su cuarto trasero le preocupaba porque no daba con el medio de corregirlo. Si llegaba a encontrar a Ella le dirigió una rápida ojeada que abarcó jinete, caballo y posición.

-Pero no es esta la primera vez que monta-dijo.

-Desde hace años; sí. Antes me creía ser alguien a caballo, allá en Oregón, montando cuando se presentaba la ocasión y domando potros.

Con gran alivio suyo se engolfaron en un tópico de interés mutuo. El explicó las mañas de "Bob", su vicio de voltear y su plan para corregirlo, y ella reconoció la necesidad de tratar a los caballos con cierta severidad por mucho que uno los estimase. -¿Ha montado usted a menudo?-preguntó Daylight.

-Casi no recuerdo cuando he dejado de montar. Nací en un rancho y no podía alejarme de los caballos. A los seis años tuve mi primer pony, y a los ocho sabía lo que era pasar todo un día a caballo siguiendo a mi padre. Sin caballo me sentía desamparada. Detesto el estar encerrada, y sin "Mab ", supongo que ya :; estaría en el otro mundo.

-¿Le gusta el campo?

-Tanto como odio la ciudad-repuso;-pero una mujer no puede ganarse la vida en el campo. Por eso hago lo que puedo, gracias a "Mab ".

Ella siguió hablándole de su vida en el campo antes de per. der a su padre. Daylight estaba encantado. ¡Se iban haciendo amigos! Durante la media hora que llevaban juntos, la conversa. ción no había languidecido ni un instante.

-Somos casi de la misma comarca-dijo éL -Yo me crié en Oregón, que no está lejos de Siskiyou.

AI instante se hubiese mordido la lengua, porque la rápida pregunta de la joven fue:

-¿Cómo sabe usted que soy de Siskiyoul Yo no se lo he dicho.

-No lo sé-dijo desconcertado.-Lo he oído-.. no sé dónde. "Wolf ", acercándose entonces, espantó ligeramente a "Mab
y el incidente pasó sin más consecuencias, pues hablaron de los perros, volviendo después al tema de los caballos.

Mientras ella hablaba, Daylight seguía sus pensamientos sin dejar de prestarle atención. Juzgaba que la joven daba muestras de audacia montando a horcajadas, y no acababa de saber si le gustaba o no. Sus ideas acerca de las mujeres eran más bien anticuadas, pero tenía que confesar que, por mucho que le extrañase, el espectáculo no le era desagradable.

Otras dos cosas llamaron su atención. Primero, los destellos dorados de sus ojos. ¡Extraño que no lo hubiera notado antes ! Después, su naturalidad. Había dado por descontado que sería muy difícil entablar amistad con ella y ahora veía que era la cosa más sencilla del mundo. En su trato no había orgullo alguno, ni vanidad; pero encantado de lo bien que iba todo y habiendo encontrado asuntos de que hablar, interesantes para ambos, notaba que en el fondo no estaba del todo satisfecho. Al fin y al cabo, no había habido más que palabras. El era hombre de acción, deseaba a Dede Mason, a la mujer, soñaba amarla y ser amado, y quería que todo sucediese en seguida. Habituado a precipitar loa acontecimientos, a forzar la mano a los demás y obligar a las cosas a doblegarse ante su voluntad, sentía ahora el mismo impulso dominador. Quería decirle que la amaba, y que no había otra solución que casarse con él. Pero resistió la tentación.

Las mujeres eran criaturas especiales, y quizá mostrar supe- rioridad fuera un error. Recordó toda su paciencia de cazador, las infinitas artimañas de que se había valido para conseguir su presa, su astucia en tiempos de escasez para no espantar la pieza cuya posesión era cuestión de vida o muerte.

Claro que Dede no suponía tanto como eso para él, pero... cuanto más la miraba, a su lado, tan hermosa, tan elegante, tan esencialmente femenina, sonriendo con la alegría del sol y el calor de la brisa veraniega en sus ojos, más creía que había llegado el momento más interesante de su vida.

CAPITULO XIII

Llegó el otro domingo, y hombre, caballo y perro volvieron a las colinas de Piedmont, y de nuevo Daylight y Dede cabalgaron juntos.

La primera sorpresa de la joven al encontrarse se trocó en recelo; el primer encuentro podía haber sido fortuito, pero su presencia por segunda vez en su familiar paseo parecía ser algo más que casualidad.

Daylight notó que ella sospechaba, y recordando haber visto una cantera cerca de Blair Park, anunció con marcada indiferencia su intención de comprarla.

Su aventura en el ladrillal le había dado la idea, idea que halló oportuna para pedir a la joven que le acompañase en su proyectada visita de inspección.

Así pudo pasar varias horas con ella, encontrándola, como la primera vez, natural, sencilla, alegre y buena compañera. Hablando entusiasmada de caballos, trabando amistad con el austero "Beb" y manifestando su deseo de montarlo.

Dailight se opuso. "Bob" estaba lleno de artimañas y no da dejaría montar más que a su peor enemigo.

-Cree usted, porque soy mujer, que no entiendo a los caballos- dijo ella, pero no es así. He tenido varias ocasiones de aprender que es peligroso un exceso de confianza, y no soy

alocada. No me atrevería a montar un caballo que corcova, y usted asegura que es lo único que no hace " Bob ".

-Sí; pero no lo ha visto usted nunca sacar a relucir sus defectos-contestó Daylight.

-Recuerde que no es el primer caballo que veo. Acostumbré a "Mab" a los tranvías, y al tren, y a los autos. Cuando la adquirí era una potranca sin domar. Esté seguro de que no mataré a su "Bob".

En contra de los dictados de la razón, Daylight cedió, y en un paraje solitario cambiaron de arreos y sillas.

-¡No olvide que es un verdadero rayo l-previnole él al ayudarla a montar.

Ella asintió con un gesto. "Bob ", al darse cuenta del cambio de jinete, no perdió tiempo en aprovecharlo para girar y salir disparando, lo cual obligó a la muchacha a agarrarse a su cuello para no caer.

Daylight la seguía a caballo en "Mab", sin quitarle los ojos. Vió que contuvo al animal, y luego, usando decisivamente la espuela, le obligó a retroceder por donde había venido.

-Prepárese a darle con la fusta en el morro-gritó Daylight. Pero antes de que pudiera hacerlo. "Bob" giró como una peonza, la joven logró, gracias a un violento esfuerzo, conservar su ' silla, obligándole a marchar al trote y haciéndole dar media vuelta mediante el empleo de da espuela.

No había nada femenino en su manera de resolver la situación. Daylight pudo apreciarlo observando la firmeza de su mano, la determinación de su mirada y la resolución con que manejaba la brida. Y "Bob" tampoco tardó en darse cuenta, pues apenas quiso iniciar un tercer giro, recibió en pleno morro un violento fustazo que le dejó temblando de asombro y confusión.

-¡Bravo!-aplaudió Daylight.

-Un par de veces más, y no lo repetirá en su vida. ¡Es demasiado listo para no comprender cuando ha perdido!

"Bob" lo intentó de nuevo; había apenas levantado las patas delanteras, cuando da fusta le obligó a bajarlas, y entonces, sin usar ni brida ni espuela, aireo la simple amenaza del látigo, le obligó a ponerse en posición normal.

Dede miró triunfalmente a Daylight.

Daylight asintió con la cabeza, y la joven partió a galope, carretera delante. La contempló hasta que dobló la curva y siguió contemplándola al reaparecer. ¡Sabía dominar un caballo¡ ¡Era indudablemente la mujer para éll ¡Y pensar que pasaba la vida tecleando una máquina de escribir l No era labor para ella. Estaba destinada a vivir rodeada de lujo, con sedas y brillantes-su idea de lo que correspondía a una mujer, -y perros y caballos y cosas parecidas. "Ya veremos, míster Burning Daylight-se dijo a sí mismo,-ya veremos si lo conseguimos"; y añadió en voz alta:

-¡Bravo, miss Mason! ¡Bravol Merece usted lo mejor que existe en caballería. No, no desmonte. Sigamos así hasta la cantera. ¿Oyó usted a '`Bob" gemir la última vez que recibió lo que merecía? Ya sabe para siempre que cada vez que intente una pirueta le pasará lo mismo.

Cuando se separaron aquella tarde en la carretera que iba hacia Berkeley, él se apartó a un lugar desde el cual podía seguir viéndola sin ser visto.

Después, al regresar a Oakland, se dijo sonriendo: "¡Ahora no tengo más remedio que comprar la cantera l Es lo menos que puedo hacer para justificar mi presencia aquí'.

Pero la cantera estaba destinada a salirse de sus planes de momento, y el domingo siguiente lo pasó solo. Ni aquel día, ni ocho después, vió a Dedo Mason. Daylight se consumía de impaciencia, aunque en el despacho lo disimulaba hábilmente.

Se irritaba contra un estado de cosas que no permitía que un hombre se comportase con su secretaria como con cualquier otra mujer-

-¿Para qué sirven los millones?-se preguntaba.

Al acercarse la tercer semana, y ante la perspectiva de un tercer domingo solitario, se decidió a hablar. De acuerdo con su mo- do de ser/:l hizo con claridad y sin ambajes mientras ella recogía sus para retirarse.

-Escuche, miss Mason... Espero que no le molestará mi franqueza. Usted sabe que en los años que lleva aquí me he conducido siempre con lealtad. Precisamente por tenerla a mi servicio he procurado ser más cuidadoso de lo que indicarían las apariencias, mas eso no me hace ser menos humano. Soy un hombre que vive muy solo... no es que busque simpatía, pero quiero que comprenda lo que han sido para mí esos días en que hemos salido juntos; y ahora me permitirá que le pregunte por qué no ha dado su acostumbrado paseo los domingos últimos.

Calló, esperando oír su respuesta.

Ella no contestó en seguida.

-He paseado-dijo-en otras direcciones.

-Pero, ¿por qué?...-no terminó la pregunta.

-Sea usted franca conmigo, como yo lo soy con usted. &Por qué no ha vuelto a las colinas de Piedmont? La he buscado por todas partes.

-Esa es precisamente la razón-dijo sonriendo;-seguramente se hace usted cargo, míster Harnish.

El movió la cabeza, pensativo.

-Si y no. Aun no estoy del todo acostumbrado a las cosas de la ciudad. Al parecer, hay cosas que no deben hacerse. No me importa mientras no tenga interés en hacerlas.

-¿Y cuándo lo tiene?

-Entonces las hago. Es decir, generalmente. Lo que me choca es la serie de cosas que no deben hacerse y que no son censurables ni pueden molestar a nadie... esos paseos, por ejemplo.

-Esos paseos-repitió ella,-no son exactamente prudentes. Piénselo bien; usted conoce el mundo. Usted es míster Harnish, el millonario...

-Jugador. -.-interrumpió él.

Ella asintió aceptando el vocablo y prosiguió:

-Yo soy su secretaria...

-Vale usted mil veces más que yo.

-No se trata de eso. Lo que hay que considerar es la situar ción tal y como es. Trabajo para usted a sueldo- No se trata, pues, de lo que usted o yo podamos pensar, sino de lo que piensan los demás. Usted lo sabe.

La joven parecía muy dueña de si, pero Daylight advinió que hacia un esfuerzo para aparentarlo. Lo demostraban el arrebol de sus mejillas, su acelerada respiración y su mirada brillante.

-Lamento haberla ahuyentado de sus lugares favoritos-dijo. -No me ha ahuyentado-respondió ella con cierta viveza.

-No soy una colegiala. He sabido guardarme a mí misma hace tiempo. Estuvimos juntos dos domingos, y ni usted ni "Bob" me asustaron. No es eso. No me preocupa ello, pero es que el mundo insiste en preocuparse también de mi persona. Eso es lo peor; lo que el mundo diría de mi jefe y de mí si nos viera por las colinas de Piedmont con regularidad. Es risible, pero es así. Podría hacerlo con cualquiera de sus empleados sin suscitar el menor comentario, mas con usted... no es posible.

-Pero el mundo no lo sabe, ni necesita saberlo.

-Sería peor ocultarse no teniendo nada que ocultar, con la sensación de hacer algo reprensible. Valdría más abierta y francamente. . .

-Aceptar una invitación mía para almorzar - completó Daylight.

Ella asintió moviendo la cabeza.

-No quería decir eso, pero viene a ser lo mismo. Preferiría hacer las cosas a la luz del día y que todo el mundo supiera que las hago, a proceder furtivamente y ser descubierta... No quiero decir con ello que solicite una invitación a almorzar-añadió sonriendo,-pero así comprenderá mejor mi posición.

-Entonces, ¿por qué no seguir paseando conmigo?

La joven sacudió la cabeza con un gesto de vago sentimiento.

-Escuche, miss Mason. Ya sé que no le gusta discutir estas cosas en el despacho. A mi tampoco. ¿Quiere usted que nos veamos el próximo domingo para acabar de discutir esta cuestión? Supongo que me conoce ya lo bastante para saber que soy leal... que la respeto... y que...-empezaba a balbuciar y se detuvo para recobrar el dominio de sí mismo.

-Lo deseo más que todo lo del mundo. No puedo explicarle ahora por qué, pero es así. ¿Quiero usted aceptar? ¿El domingo próximo? ¿Mañana?

Jamás hubiese podido imaginar que el asentimiento de la joven fué debido más que nada al temblor de sus manos y a su evidente emoción que él creía tan bien disimulada.

CAPITULO XIV

-Es claro, no se puede saber siempre lo que uno piensa por lo que dice-murmuró Daylight acariciando con el látigo el cuello de "Bob".-O dicho en otros términos: usted ha manifestado que no desea que nos volvamos a ver y me da sus razones; pero ¿cómo puedo yo saber que esas razones están bien fundadas? Es posible que no quiera usted tener trato conmigo y rehuse decirlo por no ofenderme. Bien sabe usted que soy incapaz de meterme donde no me llaman, y si me convenciera de que no le interesa verme o dejarme de ver, me retiraría por el foro a paso redoblado.

Dede sonrió como asintiendo a sus palabras, y prosiguieron la marcha en silencio.

Esa sonrisa, pensó él, era la cosa más bella del mundo. Era diferente a cuantas sonrisas le habían dispensado hasta entonces. Le parecía la sonrisa de quien empezaba a conocerle. En seguida se contradijo a sí mismo... Es una sonrisa natural entre dos personas que se hablan. Seguramente habría hecho lo propio en presencia de cualquier otro.

Habían pasado un día feliz. Daylight se encontró con ella en las afueras de Berkeley y hacia horas que estaban juntos. Cuando terminaba la excursión, al aproximarse de nuevo a Berkeley, fuá cuando se decidió a abordar la importante cuestión.

La joven replicaba a su argumento.

-Supongamos que las razones que le he dado son las únicas y que no hay otro motivo para no desear su trato.

-Entonces insistiría sin cesar-repuso él en seguida,-porque he notado que insistiendo siempre se consigue por lo menos que le escuchen a uno. Pero si tuviera usted otras razones, si no quisiera conservar mi amistad, si creyera que me ofendería por el hecho de su dependencia...-perdió el hilo de su razonamiento ante el temor de que pudiera ser realmente así.-En fin, lo que precisa es que usted manifieste claramente sus intenciones. Si es necesario me alejaré sin rencor. Será... mala suerte. Por lo tanto, le ruego que sea franca y me diga si es esa la razón... No sé por qué, creo que sí.

Ella le miró con los ojos ligeramente velados por la emoción o quizá por algún amago de cólera.

-¡No es justo !-exclamó.-Me da usted a elegir entre mentir y ofenderle para librarme de usted o confesar la verdad, en cuyo caso, según ha dicho, insistirá.

La joven estaba arrebolada, y tenia trémulos los labios; no por ello apartó los ojos de él.

Daylight sonrió satisfecho.

-Me alegro de haberle oído pronunciar esas palabras, miss Mason.

-No pueden ser útiles-prosiguió ella.-No debe usted basarse en ellas. Esta es nuestra última excursión y... aquí está la verja.

La muchacha se inclinó, descorrió el pestillo, abrió la verja. y entró en la especie de prado.

Daylight mostró intención de seguirla adentro-.

-No, se lo ruego-suplicó ella.

Humildemente, Daylight refrenó a "Bob" y la verja se cenó, quedando como una valla entre ellos. Pero tenían algo más que decirse y ella detuvo su caballo.

-Escuche, miss Mason-dijo Daylight con voz vibrante de sinceridad.

-Quiero asegurarle una cosa. Me gusta usted, la deseo; en mi vida jamás he hablado con más seriedad. En mis intenciones no hay nada bajo ni censurable. Lo que propongo es completamente honesto...

La expresión de las facciones de la muchacha le hizo interrumpir. Estaba enfadada, y sin embargo, reía.

-¡No le faltaba más que decir eso! -exclamó.-Parece... una agencia matrimonial. ¡Intenciones honestas! Finalidad: matrimonio. Me está bien empleado. Supongo que a eso llama usted insistir.

La tez morena de Daylight, curtida por el sol y el aire, había desaparecido desde que empezó a vivir bajo los techos de la ciudad, y la joven pudo apreciar el sonrojo que sus palabras le causaron.

El, por su parte, no pudo concebir que precisamente en aquel momento Dede le miraba con más simpatía que nunca.

La muchacha no había jamás visto a hombres ruborizarse como colegiales y ya se arrepentía de sus palabras.

-Escuche, miss Mason-empezó a decir lentamente, pero acelerando su expresión hasta la incoherencia.

-Soy un hombre rudo, lo sé, y poco habituado a estas cosas. Nunca tuve ocasión de educarme. Jamás hice la corte a ninguna mujer, ni he estado enamorado, ni sé cómo se procede en tales casos. Pase por alto mis palabras y no vea más que mi intención. Sé lo que quiero decir, pero... reconozco que no sé decirlo.

Dedo Mason se sintió arrepentida al instante.

-Perdone que me haya reído-dijo;-no era burla. Era que... cogió usted desprevenida... y acaso me lastimó un poco... o estoy.- La joven se interrumpió temerosa de terminar la frase que su arrepentimiento le había dictado.

-Quiere usted decir que no está acostumbrada a esta clase de declaraciones-continuó él, a esa especie de. "Me alegro de conocerla; `quiere usted casarse conmig?"

Ella asintió con la cabeza soltando una carcajada que disipó la tensión, animándole a añadir más serenamente:

-¿Ye usted? Me da la razón; tiene usted experiencia. Seguramente se le han declarado a docenas. Yo no. Estoy como un pez fuera del agua. Comprendo que no es corriente que un hombre proponga el matrimonio para conseguir la amistad de una mujer, y eso es lo que me confunde. Primero: no puedo estar con usted en el despacho en un plan de intimidad. Segundo: dice usted que no quiere verme fuera del despacho- Tercero: su motivo es el qué dirán, siendo empleada mía. Cuarto: me he propuesto conseguir su amistad y demostrarle que

no tengo malas intenciones. Quinto: aquí estamos a punto de separarnos y yo con el deseo de decirle algo que le haga cambiar de opinión. Y sexto: ¡por Dios, cambie usted de opinión!
El amor de un hombre fuerte es siempre un gran atractivo para una mujer. Dede Mason le oía expresarse con la sencillez de la sinceridad, y sin darse cuenta se abismaba en sus propios pensamientos. No era que soñara en casarse con él, pues había infinitos motivos en contra; pero ¿por qué no cultivar su amistad? Ciertamente, no le era repulsivo; por el contrario, le gustaba y la había gustado desde el primer día. Era un espléndido tipo de hombre, al que, además, le rodeaba cierta aureola de novela, de hombre de acción y de fortuna que había venido del Artico a luchar contra los hombres del Sur.

Salvaje como un piel roja, jugador y libertino, hombre sin moralidad, cuyo instinto de venganza era terrible... todo lo sabia, pero no le temía. En él había algo más, como también lo había en ella: sensaciones de cansancio y de soledad, sentimientos indecisos y vagos, impulsos que ella misma no sabía interpretar. Aquel hombre constituía una gran tentación, aunque estaba convencida de que su modo de vivir sería siempre distinto al de Daylight. Y si estaba cierta de que sabría guardarse y protegerse a sí misma... ¿por qué n? Después de todo, ¡era tan poco lo que pedíal Pasear juntos por las colinas...

La vida que llevaba era monótona: comer, trabajar, dormir, y vuelta a empezar: Seis días de la semana haciendo siempre lo mismo, a las mismas horas, disponiendo únicamente del escaso tiempo que sobaba al descanso para sus recreos favoritos: el piano, el canto, las labores usuales de la casa, y dos veces por semana las inocentes diversiones que se permitía.
El domingo era su único día de solaz, con “ Mab”, allá en las colinas, pero aquel era un recreo también muy solitario. Ninguna de sus amistades montaba a caballo. Había intentado persuadir a varias de sus ex compañeras de la Universidad, pero tras un par de domingos sobre el lomo de caballos alquilados, habían desistido. Después de tanto tiempo una llegaba a cansarse de la soledad.

¡Era tan infantil este hombretón millonario a quien temían los ricachos de San Francisco! No había imaginado nunca semejante aspecto de la naturaleza.

-¿Cómo se casan las gentes?-decía Daylight.

-Primero se conocen, después llegan a gustarse mutuamente, luego se hacen amigos y, finalmente, se casan o no según el grado de cariño que se tengan. Pero ¿cómo diablos vamos a saber si nos gustamos lo bastante para casarnos si no nos conocemos? Yo iría a visitarla, pero sé que vive en una pensión y no estaría bien.

Súbitamente, cambiando de actitud, Dede advirtió lo absurdo de la situación; sentía deseos de reír, no por ira o histeria, sino buenamente, por lo feliz que se sentía. ¡Era tan cómico! Ella..: una mecanógrafa, él un millonario notorio y poderoso discutiendo cómo se casaba la gente. La situación era absurda e imposible y no podía prolongarse. Aquel programa de verse a escondidas tendría que cesar, y si al cesar intentaba él proseguir su cortejo en el despacho, tendría que resignarse a perder un empleo exce. lente, y todo habría acabado.

No le agradaba la perspectiva, porque conocía el mundo de hombres de negocios. En los años de trabajo había perdido mu- Chas de sus ilusiones.

-No haremos las cosas a hurtadillas-decía Daylight.

-Nos exhibiremos a la faz del mundo, y si nos ven, que nos vean, y si hablan, que hablen. mientras no nos remuerda la conciencia. Diga usted que sí, y "Bob" llevará al hombre más feliz de California.

Sacudió la cabeza, mirando de manera significativa el cielo, que empezaba a cubrirse de sombras.

-Se hace tarde-insistid Daylight,-v no hemos resuelto nada. Un domingo más... y dejaremos todo arreglado.

-Hemos tenido todo el día.

-Pero empezamos tarde a hablar de nuestro asunto. La próxima vez empezaremos en seguida. Le aseguro que para mí es una cosa muy seria. ¿El domingo próximo?

-¡Qué pocos son los hombres equitativos! Sabe usted demasiado que al decir el °'domingo próximo", quiere significar muchos domingos.

-¡Pues que así sea!-gritó él.-¡Dígalo usted! Él domingo que viene, en la cantera.-.

Ella recogió las riendas en ademán de emprender la marcha.

-Buenas noches-dijo,-y...

-¡Sí?-murmuró él con leve tono de autoridad. -¡Sí! -contestó ella en voz baja, pero clara.

Y al momento ponía la yegua al galope sin volver la cabeza, preocupada con sus propios sentimientos. Su mente había querido decir: "no", y sus labios habían dicho todo lo contrario.

Pero ¿habían sido los labios? Si no había tenido intención de acceder, #por qué había accedido? Su sorpresa ante la impremeditación del acto se trocó en consternación al considerar las consecuencias.

Sabía que Daylight no era hombre con quien se pudiese jugar impunemente, que bajo su apariencia de sencillez se ocultaba un temperamento imperioso, y que se había comprometido a un por inevitable violencia- Y se preguntaba de nuevo por qué había accedido cuando más lelos estaba.

CAPITULO XV

En el despacho, las cosas ocurrieron como siempre- Ni las palabras, ni las acciones dieron a entender que la situación había variado.

Cada domingo concertaban una excursión para el siguiente, pero en el despacho jamás hacían la menor referencia a ellas. Daylight era exageradamente puntilloso en ello. No quería que ella abandonase el empleo. La presencia de la joven mientras trabajaba le era grata, aunque no abusaba de ella alargando indebidamente sus dictados o ideando trabajos especiales para retenerla, pues sobre todo predominaba su amor a la lealtad- Le parecía indecoroso aprovecharse de las ventajas de la situación. Quería interesarle por si mismo sin recurrir a ninguna clase de estratagemas.

Fue la mejor línea de conducta que pudo escoger- Amante de su libertad como un pájaro, sabía ella apreciar la delicadeza de su actitud, y aunque la apreciaba conscientemente, sus efectos eran más profundos de lo que ella misma suponía.

La tela de araña de la personalidad de Daylight la iba apresando insensiblemente. Filamento a filamento, se iban estableciendo lazos secretos e ignorados.

Si en una ocasión había cedido cuando pretendía negar, ¿no podría ocurrir que más tarde procediera en algún otro caso contra los dictados de su criterio!

Entre las ventajas derivadas de su creciente amistad con Dedo existía para Daylight la de no beber tanto como antes- Había disimulado su avidez por el alcohol en forma que hasta él mismo había notado- Pensar en ella equivalía a cierto número de cocteles- Para aliviar la tensión a que le sometía su modo de vivir, había necesitado crearse un muro de defensa cuyos cimientos eran el alcohol. Dedo venía ahora a suplir en parte aquella defensa- Su personalidad, su risa, el dorado reflejo de sus ojos, sus gustos, todo ello reproducido una y mil veces in mente, constituía un magnífico sustituto del alcohol, de los cocteles y whiskies.

A pesar de su resolución, había en sus encuentros una tendencia al secreto. En realidad, eran reuniones vedadas- No se presentaban a la faz del mundo. A1 contrario, procuraban en contrarse

sin ser observados, utilizando caminos apartados y prefiriendo cruzar las colinas y pasar a regiones cuyos habitantes no reconocieran a Daylight por las fotografías publicadas en la prensa.
Dedo era una amazona extraordinaria. No sólo montaba, bien sino que poseía una resistencia desconcertante. Había días en que cubrían sesenta y setenta millas sin encontrar la excursión Kama- siado larga-
Aquellos paseos les permitieron conocer cosas nuevas- No hablaban más que de sí mismos, y en tanto que ella se instruía acerca de la vida en el Artico y en las cuencas mineras, el se iba formando un retrato completo de la joven, de su vida en el rancho durante su niñez, hasta seguir paso a paso el proceso de su crecimiento y madurez- Supo también de su hermano, de la larga y dura lucha para curarle, de sus esperanzas cada día más tenues-
Su eterno temor a las mujeres se había basado en su incomprensión, la cual le había impedido comprenderlas.
Dedo a caballo, Dedo cogiendo flores en una ladera, Dedo escribiendo al dictado una carta, eran aspectos para el comprensibles, pero no llegaba a comprender sus cambios bruscos de opinión, la Dedo que Be negaba a salir con el y luego accedía.-. En esos misterios veía las profundidades del sexo, reconocía su seducción, y las aceptaba como incomprensibles-
Ofrecía la joven otro aspecto para el incomprensible. Leía libros- Poseía ese algo imponente y misterioso que se llama cultura, y le sorprendía que esa cultura no saliera a relucir contiuuamente en el curso de sus relaciones. No hablaba de arte, ni de libros, ni de cosas parecidas. Le gustaban la vida al aire libre, los caballos y las colinas, el sol y las flores. Para el era un deleite apreciar su instinto campero-
Un día, como prueba, se desafiaron a ver quien descubría más nidos, y a él, que se enorgullecía de su facultad de observación, costóle gran trabajo salir airoso de la prueba- Al terminar el día ella llevaba tres nidos de ventaja. El la felicitó atribuyendo su éxito a que ella era un verdadero pájaro, dotada de la misma agudeza de visión.
Gracias a la joven, Daylight aprendió a apreciar mejor la Naturaleza- La muchacha le enseñó coloridos del paisaje que el no hubiera descubierto jamás por sí solo- Los conocimientos de Daylight se reducían a los colores primarios, no a la combinación de los matices, los matices difuminados, los efectos producidos por la luz, la distancia, la altura.
Pero entre todo esto corría el hilo dorado del amor.
Al principio se había contentado con salir con Dede en plan de camarada, pero cada día la necesitaba y deseaba más. Cuanto más la conocía, más la estimaba. Si hubiera sido altanera y reservada con él, hubiese sido otra cosa. Pero le asombraba su sencillez, le sorprendía su fondo de compañerismo.
Jamás hubiese creído que pudiera considerarse a la mujer así. La mujer juguete, la mujer arpía, la mujer esposa y madre, nece. saria para la continuación de la especie... así comprendía él a la mujer.
Pero la mujer camarada, compañera de juegos, de alegría, era lo que le sorprendía en Dede, y cuantos más méritos descubría en ella, más ardientemente se reflejaba el amor en inconscientes acentos de ternura y en no menos inconscientes llamaradas de luego en sus miradas.
Ella no dejaba de advertirlo, pero como otras tantas mujeres antes que ella, creía poder jugar con el fuego y no quemarse. -Pronto llegará el invierno-dijo ella con acento triste, y provocativamente, un día, -y se acabarán los paseos a caballo. -Pero yo tengo que verla igualmente en invierno-exclamó él precipitadamente.
Ella sacudió negativamente la cabeza.
-Hemos pasado ratos muy agradables-dijo, mirándole con fijeza.-Y recuerdo sus fantásticas razones para que nos conociéramos. Pero no conducirán a nada. Es imposible. Me conozco muy bien para poder equivocarme.

El rostro de la muchacha estaba serio. So veía su solicitud, su deseo de no herir susceptibilidades. Sus ojos miraban con fijeza, pero había en ellos algo... brillaba... el abismo del sexo, en el que ya Daylight no tenía miedo de mirar.
-En efecto-dijo Daylight,-han sido muy agradables, y reconocerá usted que he sido buen chico, a pesar de haberme costado trabajo... Sí, créame. No he hablado ni una sola vez de amor. Claro es que mi deseo de casarme con usted... pero ¿he dicho jamás alguna palabra acerca de ello? Nunca. Estoy seguro de que usted es la mujer ideal para mí. Pero, íy yo? ¿Me conoce usted lo bastante para saber si sería feliz conmigo... ? -añadió encogiéndose de hombros.-Lo ignoro, y no quiero correr albures innecesarios. Es preciso que esté usted completamente convencida de que puede ser o no feliz conmigo. Por este motivo obro con prudencia. No quiero exponerme a perderlo todo...
Era una forma de cortejar distinta de todo cuanto conocía Dede. Extrañaba su falta de ardor, pero recordaba lo que en cierta oca.
sión él le había dicho: "No sabe usted lo que es tener paciencia", al relatarle el incidente de las ardillas cuando él y Elijah se morían de hambre en el Stewart-
-Por eso-prosiguió, para que sea justo, tiene usted que seguir viéndome este invierno-Probablemente aun no se ha decidido y. ..
-Sí que me he decidido-interrumpió la joven.-No quiero permitirme el interesarme por usted, míster Harnish; no creo que mi felicidad estribe en ello-
-Porque no le gusta mi género de vida-repuso él, pensando en las campañas periodísticas-
Con gran sorpresa suya, ella replicó: -No, no me gusta-
-Ya sé que los periódicos me han acusado de toda clase de crímenes y que me ha asociado con gente que--.
-No me refiero a eso-interrumpió la joven,-aunque también lo sé y no me agrada- Es--. su vida en general, son sus negocios- Hay en el mundo mujeres que se unirían a un hombre como usted y llegarían a ser felices--- Yo no podría--- Sería un error el intentarlo, tanto para el hombre como para mí, aunque para él fuera más soportable porque le quedarían siempre sus negocios--.
-1 Negocios !-protestó Daylight.-'Qué hay de censurable en mis negocios? En mis tratos soy siempre leal y recto- No hay en ellos más que los subterfugios usuales en todo negocio grande o pequeño- Observo las reglas del juego, y no miento, ni engaño, ni falto a la palabra empeñada-
Dede acogió con placer el cambio de conversación, que le daba oportunidad para expresar sus pensamientos-
-En la antigua Grecia-comenzó a decir con cierta pedantería -se tenía por buen ciudadano al que edificaba casas y plantaba árboles...-Pero no terminó la frase, llegando a la conclusión con rapidez.-¡Cuántas casas ha edificado usted? ¿Cuántos árboles ha plantad?
Sacudiendo la cabeza vagamente por no haber cogido el hilo de su argumentación, prosiguió
-Hace dos inviernos acaparó usted el carbón---
-Locamente, nada más—corrigió él sonriendo, y aproveché la escasez de vagones y la huelga de British Columbia.
-Pero aquel carbón no había sido extraído personalmente por usted, y, sin embargo, elevó el precio cuatro dólares por tonelada, obteniendo un gran beneficio- Hizo pagar a los pobres que nece- sitaban carbón- Obró legalmente, pero metiendo las manos en los bolsillos ajenos. Lo sé- En Berkeley tengo una chimenea en mi
gabinete, y en vez de once dólares hube de pagar quince por tonelada. Me robó usted cuatro dólares. Es verdad que yo podía pagarlos, pero hubo millares de personas que no estuvieron en el mismo caso-
Daylight no se sentía turbado- No oía nada de nuevo- Recordó a la vieja de las montañas de Sonoma y el vino a veintidós centavos-

-Reconozco, miss Mason, que en parte tiene razón. Pero ya hace tiempo que está conmigo o, y ha podido comprobar que no es mi costumbre exprimir al obre. Persigo caza mayor- Eso del carbón fue un simple incidente- No iba contra los pobres, sino contra los ricos, y les di una lección- Los pobres, desgraciadamente, se encontraban en mi camino y salieron perjudicados- Eso es todo- ¿No ve usted que todo ello es una aventura? Se juega siempre, sea como sea- El agricultor juega contra el tiempo y el mercado; las grandes corporaciones, contra otras menos poderosas. Un número infinito de hombres tienen por único negocio lo que en realidad significa robar al pobre. Y usted sabe que precisamente mi afán ha sido siempre ir contra el ladrón-

-Tal vez no supe explicarme- Espere un momento-

Cabalgaron en silencio, hasta que Dedo reanudó su interrumpido argumento-

-Lo veo más claro de lo que puedo explicar, pero viene a ser esto- Hay trabajo lícito y trabajo que.-- no es exactamente licito. El agricultor trabaja la tierra y produce grano- Hace algo útil para la humanidad, crea algo-

-Y las compañías ferroviarias y los especuladores le roban lo que ha creado-interrumpió Daylight-

Ella hizo un ademán reclamando silencio.

-Espere. El que le roben no quiere decir nada- Lo que ha creado perdura, existe- En cambio, usted no ha creado nada, no dejará nada nuevo cuando abandone los negocios- En cuanto a lo del carbón, usted no lo extrajo de la tierra, no lo llevó al mercado, no lo entregó al consumidor- Eso es lo que yo quería decir.

-No suponía que había en el mundo una mujer capaz de hablar de negocios como usted-exclamó él, admirado,-pero también mi punto de vista tiene justificación- Escúcheme- Voy a exponer tres premisas- Primera: en el mejor de los casos la vida es breve y un juego de azar- Hay quien nace afortunado y hay quien no- Todos y cada uno intentan robarse mutuamente. Tengo dos caminos: o irme con los que no tienen suerte o con los afortunados- Si con los primeros, no gano nada, trabajaré toda mi vida y moriré tan pobre como he nacido- si con los segundos, mi ganancia es

segura, consigo los automóviles, los palacios, todo lo que hace la vida agradable. Segunda premisa: hay muy poca diferencia entre ser ladrón a medias, como la compañía ferroviaria, o ladrón del todo y robar a los ladrones, como hago yo. El ser ladrón a medias es más lento para mi gusto.

-¿Pero para qué quiere usted ganar?-preguntó Dede.-Ya tiene millones y millones. No puede ir más que en un auto a la vez, ni dormir en más de una cama.

-Eso queda contestado con la premisa número tres: el hombre y las cosas están constituídos de tal forma, que tienen gustos distintos..

A un conejo le gusta comer hierba; a un lince carne. Los patos nadan, las gallinas tienen miedo al agua. Un hombre colecciona sellos de correos; otros, mariposas. Este prefiere cuadros,

aquel la caza. No pueden evitarse las inclinaciones. A mí me gusta el juego. Me gusta jugar fuerte y de prisa. Soy así, y por

lo tanto juego. - -¿Y por qué no puede hacer bien con su dinero?

Daylight se echó a reír.

-¡hacer bien con mi dinero! Sería tanto como querer dar una lección a Dios demostrándole que no sabe regir el mundo. Además, ¿no sería risible ir repartiendo estacazos para despojar al ladrón de su dinero, y cuando tenga éste en mi mano abandonar la estaca e ir vendando las mismas cabezas que rompí? Usted dirá: eso es lo que hizo Carnegie. Repartió estacazos a diestro - _

y siniestro hasta acumular unos cuantos cientos de millones, ahora los va repartiendo gota a gota. ¿No le parece eso cómico? Lié un cigarrillo mirándola entre curioso y divertido. Ella volvió a su primera posición.

-No puedo argüir con usted, y usted lo sabe. Por mucha razón que asista a la mujer, el hombre vence siempre con más facilidad. Pero hay una cosa, que es el gozo de crear. Me parece más satisfactorio el "hacer" algo que jugar a los dados. El sentir la satisfacción de haber creado, de haber hecho una obra duradera, aunque nos la arrebaten de las manos, es algo muy grato. ¿No ha creado usted nunca nada? Una -cabaña en el Yukon, o una :anos, o una balsa. Y si lo ha hecho, ¿no recuerda la satisfacción que sintió mientras ejecutaba su obra y aun después?

Mientras hablaba, Daylight recordaba el pasado. Vió la meseta desierta junto a la orilla del Klondike, las cabañas de troncos, tos almacenes, las serrerías que había levantado.

-Tiene usted razón, misa Mason. En parte es cierto. He levantado centenares de viviendas allá, y recuerdo con cuánto orgullo las contemplaba. Y a Ofir, el lugar más desolado del mundo, lo

convertí en lo que hoy es. Llevé agua desde el Rinkabilly, a ochenta millas de distancia. Todos creían que no podría hacerlo, y sin embargo lo hice. La represa y la conducción de aguas me costaron cuatro millones, pero !era cosa digna de ser vista l Ahora comprendo lo que usted quiere decir. ¡Ofir! ... Me siento hoy tan orgulloso como el día en que lo fundé.

-Y consiguió usted algo más que dinero-dijo ella.-¿Sabe lo que haría si tuviera fortuna? Compraría todas las laderas de esas colinas y las plantaría de eucaliptos por el gusto de hacerlo. Pero si necesitase el incentivo del lucro, haría valer los árboles, y cuantos cruzasen en los transbordadores admirarían estas colinas arboladas y disfrutarían con el panorama. En cambio, ¿quién disfrutó con el carbón que se vendió a cuatro dólares más por tonelada?

A Daylight le correspondió guardar silencie.

-¿Preferiría usted que yo hiciera cosas así?-inquirió al fin. -Serían más ventajosas para el mundo y mejores para usted -contestó con tono desapasionado.

CAPíTULO XVI

Durante aquella semana, todo el mundo, en el despacho, se lió cuenta de que algo nuevo y grande acaparaba la mente de Daylight. Hacía meses que, aparte de algunos asuntos sin importancia, no se había interesado en nada especial. Pero ahora parecía perpetuamente preocupado, efectuaba inesperados viajes a través de la bahía, a Oakland, o pasaba horas enteras inmóvil y abstraído en su despacho.

A veces individuos desconocidos y de aspecto distinto al de sus asociados le visitaban, celebrando largas conferencias.

Un domingo Dede supo de qué se trataba.

-He pensado mucho en nuestra conversación-comenzó a decir, -y tengo idea de ponerla en práctica. He formado un proyecto que va a ponerle los pelos de punta. Es lícito y, a la vez, la más azarosa de las jugadas. ¿Qué le parece a usted la idea de plantar minutos en gran escala y hacer que crezcan dos minutos donde ahora crece un? Y, además, plantar algunos árboles... varios millones. ¿Recuerda usted la cantera que pensaba comprar? Pues voy a comprarla, como asimismo las colinas que existen desde aquí hasta Berkeley, y por el otro lado hasta San Leandro. Ya poseo muchas de ellas, pero no diga una palabra a nadie. Iré comprando poco a poco, a fin de que no se den cuenta y no corra yo el riesgo de que me suban el precio. ¿Ve usted ese cerro que se extiende por el Piedmont hasta Oakland? Todo es mío. Y eso no es nada comparado con lo que pienso adquirir.

Se calló un momento, triunfante-

-¿Y todo eso para que crezcan dos minutos donde ahora crece uno?-preguntó Dede sonriendo ante la afectación del misterio.

-Sí; el sistema de transbordadores entre Oakland y San Francisco es el peor de América. Usted misma lo usa seis días por semana, veinticinco al mes, o trescientos al año. ¿Cuánto tiempo invierte en el viaje? Cuarenta minutos cuando todo va normalmente o la suerte le es propicia- Si eso no es hacer crecer dos minutos en vez de uno, usted dirá. Le ahorraré veinte minutos en cada viaje, o sean cuarenta minutos diarios, que suponen al año doscientas horas- Supongamos que logre ahorrar doscientas horas a millares de personas. ¿No es esto un gran proyecto?

Dede sólo contestó con un ademán. Se le había contagiado su entusiasmo, aunque no sabía aún cómo se realizaría el milagro.

-Venga-le dijo.-Vayamos a aquella colina, y cuando estemos en la cima, desde la que podrá ver el terreno, hablaré con más claridad.

Siguieron una vereda accidentada, cubierta de maleza y que serpenteaba por entre matorrales y espinos, en los que se enzarsaban sus vestidos, dificultando su ascenso.

Por fin llegaron a la cúspide, desde la que podían contemplar el panorama que se extendía a sus pies. En la llanura, bordeando la bahía, estaba Oakland, y al lado opuesto, San Francisco. Entre las dos ciudades velanse los vaporcitos que iban de una a otra.

A su derecha se encontraba Berkeley, y a su izquierda se divisaban los pueblecillos dispersos entre Oakland y San Leandro. Directamente entre ellos aparecía Piedmont, con sus escasos edificios y sus tierras de laboreo, y desde alli el terreno iba ondulando hasta Oakland.

-¡Mire!-exclamó Daylight.-Cien mil habitantes, y sin razón para que no haya medio millón- Existe la oportunidad de hacer crecer cinco personas donde ahora sólo crece una. En una palabra, mi plan es este: ¿Por qué no vive más gente en Oakland? Porque no hay buenas comunicaciones con San Francisco y porque Oakland ea un pueblo muerto, a pesar de ser mejor que aquél para residís. Ahora, suponga que compro todos los tranvías de Oakland, Berkeley, Alameda, San Leandro y el resto, amalgamándolos bajo una dirección competente. Suponga que reduzco el tiempo de viaje a San Francisco a la mitad, construyendo un muelle hasta Goat Island y estableciendo un sistema de transbordadores con vagones posea modernos. Es seguro que entonces la gente preferirla vivir en este lado. Por eso empiezo por comprar el terreno, que ahora es barato por estar en el campo sin medios de comunicación; yo pongo los medios haciendo caminos. Esto hará subir el precio de los terrenos- Entonces vendo a medida que vaya habiendo deman. da, como consecuencia de las facilidades de transporte y el mejoramiento de lar existentes. Doy valor a la tierra al hacer los caminos. Vendo esa tierra recuperando la inversión, y luego me quedan los tranvías, los cuales producirán desde el primer momento. Es imposible perder. Procuraré echar mano a la zona mar!. tima y a los terrenos que están sujetos a las mareas y situados entre el muelle actual y el que pienso construir.

"Podré organizar un sistema de muelles que acomode centenares de buques- En San Francisco ya no caben, y tan pronto como empiecen a venir a este lado a efectuar sus operaciones de carga y descarga, surgirán las fábricas y factorías en este sitio en vez de atravesar a San Francisco- Fábricas y factorías suponen obreros y sus familias, y eso supone más casas y más terrenos, e incluso más pasajeros para mis tranvías. ¿Qué le parece a usted mi idea?

Sin dejarla contestar, reanudó su conversación dándole detalles y exponiendo los datos en que se había fundado para sus cálculos y proyectos. Preveía el inmenso desarrollo que su idea llevaría a la comarca, y se vela ya como árbitro único de los destinos de centenares de habitantes que dependerían de él para su establecimiento.

-¿Pero cómo hará usted todo eso?-preguntó Dede.

-Usted no tiene capital suficiente para la obra que ha planeado.

-Tengo treinta millones, y e! necesito más dinero, puedo obte- nerlo sobre les terrenos y otros valores. El interés de las hipotecas no será nada comparado con el aumento del valor de la tierra, que venderé dentro de poco.

En las semanas siguientes, Daylight no tuvo ni un momento libre. Pasaba la mayor parte del tiempo en Oakland, yendo a su despacho muy ralamente.

Pensó trasladarlo, pero, como confesó a Dede, lo esencial era llevar en secreto las transacciones.

Domingo tras domingo ascendían a las colinas, donde estudiaban el terreno y demarcaban las nuevas adquisiciones, hasta un momento en que casi cuanto divisaban era propiedad de Daylight.

Era un trabajo enorme, efectuado con extraordinaria rapidez, y así Oakland y su comarca no tardaron en notar las ininterrum- pidas adquisiciones que se llevaban a cabo. Pero Daylight disponía constantemente de dinero y procedía siempre con rapidez nunca igualada. Antes de que pudieran darse cuenta de lo que ocurría, ya había realizado infinidad de operaciones. Sus agentes adquirian parcelas y solares en el centro del barrio de negocios, mientras él se apoderaba de las dos compañías de suministro de agua y los ocho o nueve tranvías independientes, haciendo lo propio con Oakland Creek y los terrenos de la bahía, para asegurarse

la construcción de los muelles que había planeado.

Cuando Oakland despertaba a tanta actividad, sin acabar de comprender su objeto, Daylight compraba en secreto los periódicos republicanos y demócratas, estableciéndose ya abiertamente en sus nuevas oficinas, que por necesidad eran ya vastas, ocupando cuatro pisos en el único edificio moderno de la ciudad. Tenía centenares de empleados porque, como decía a Dede:

-Tengo más Compañías de las que puedo recordar. Necesito apuntarlas en un cuaderno para saber sus nombres... Empezando con la cantera, todas las demás han venido posteriormente, y aun falta poner nombre a la compañía de vapores. En vista de que lo primero que se necesitaba era disponer de vapores, he tenido que construirlos por mi cuenta. Estarán listos poco más o menos cuando lo esté el muelle, ¡y lo que me he divertido embistiendo contra las cuadrillas do ladronesl Hay algunas que aun se quejan. -¿Por qué los odia tanto!

-Porque son unos cobardes malandrines.

-Hacen lo mismo que usted.

-Sí, pero de manera diferente. Pretenden ser jugadores audaces, y no hay uno entre ciento que tenga el valor suficiente para correr un albur. Son ventajistas, conejillos de India que pretenden ser lobos feroces. Son los testaferros de los grandes financieros. Tan aprisa como ellos roban al infeliz, les roban a ellos mismos o los utilizan para robarse mutuamente. Así desapareció la Chattanooga Coal and Iron Company en el último pánico. El trust organizó el pánico para aniquilar a media docena de Bancos y a otros tantos capitalistas, y lo consiguió espantando a los conejillos. No los odio, pero... no siento consideración alguna

Los gastos durante los primeros meses fueron enormes, sin poder contar con ingreso alguno. Aparte de un aumento de valor de los terrenos, Oakland no acusó otro signo de su irrupción en la escena financiera. La ciudad esperaba a ver su obra, y él no perdía tiempo, procurándose los cerebros más reputados para el des. arrollo de las distintas ramas de sus empresas. No toleraba errores, estaba decidido a empezar acertadamente, como lo demostró trayendo a Wilkinson con doble sueldo del que tenía asignado en Chicago, para encargarse de la organización de los tranvías. Día y noche cuadrillas de obreros trabajaban en las calles, y noche y día las potentes máquinas hundían millares de pilotes en el fango de la bahía de San Francisco.

El muelle había de tener tres millas de largo, y los cerros de Berkeley se vieron despojados de sus eucaliptos para suministrar aquellos pilotes.

Simultáneamente se extendían sus ferrocarriles eléctricos por los alrededores, los campos de cultivo se parcelaban para solares de construcción, con grandes bulevares y parques intercalados. Se tendieron calles amplias con arreglo a los métodos más modernos, con sus drenajes perfectos, sus servicios de aguas y alumbrado y sus aceras de cemento procedentes de sus propias canteras.

La mejora de comunicaciones surtió inmediato efecto, y antes de que el servicio de vapores estuviera en operación, centenares de nuevas residencias empezaron a surgir por todas partes. En un día su iniciativa había transformado una comarca agrícola en uno de los mejores barrios residenciales de la ciudad.

Pero el dinero que recaudaba por un lado lo invertia inmediatamente en otras aventuras.

Montó talleres para construir sus tranvías y motores, y a pesar del alza, siguió comprando terrenos y edificaciones.

Aconsejado por Wilkinson, rehizo prácticamente toda la red de tranvías, adquiriendo solares de esquina y regalándolos al municipio a condición de que se convirtieran en parques y pudiera emplear ¿as curvas de sus lineas y por tanto aumentar la velocidad de los tranvías.

De los mismos métodos se sirvió para su servicio hidráulico. Para que su arriesgada empresa fuera un éxito, era indispensable que todos los servicios públicos fueran inmejorables; Oakland tenía que convertirse en una ciudad digna de mención, y a ese fin tendían todos sus esfuerzos.

A más de los grandes hoteles, creó parques de recreo para el pueblo, galerías de arte y clubs rurales para los más exigentes. Y antes de que se notase el aumento de la población, empezó a notarse el del tránsito. En sus cálculos no había entrado la. fantasía. Era una inversión de capital sólidamente fundada.

-Lo que Oakland necesita es un teatro de primera clase-dijo.

Y después de intentar en vano interesar capital local, empezó a edificar por su cuenta, por ser el único que preveía los doscientos mil habitantes que pronto se establecerían en la ciudad.

Pero por importantes que fuesen sus ocupaciones, los domingos los reservaba para las excursiones a caballo, las cuales terminaron por una causa imprevista.

Un sábado por la tarde, Dede le anunció que no contase con ella para el día siguiente, y al serle pedida una explicación, dijo: -He vendido a "Mab ".

Daylight se quedó atónito. Era una acción que para él signi. ficaba tanto que no sabía cómo calificarla. La consideraba casi como una traición. Acaso la joven afrontaba algún desastre económico, tal vez era un modo indirecto de significarle que estaba cansada de él. ..

-Pero ¿por qué?-preguntó al fin.

-No podía sostenerla con el heno a cuarenta y cinco dólares la tonelada-respondió ella.

-¿Es solamente por eso?-inquirió Deylight, recordando que Dede le había contado sus apuros para conservar la yegua un invierno en que el heno le costaba a sesenta dólares la tonelada.

-No; los gastos de mi hermano han sumentado, y tuve que reconocer que no pudiendo soportar ambas cosas a la vez, era pre. ferible sacrificar la yegua.

Daylight sintió una inexplicable tristeza y una sensación de vacío indefinible. ¿Qué seria un domingo sin Dede? t ¡Y no sólo uno, sino todos los domingosl Perplejo, repiqueteaba con los dedos en la mesa.

-¿Quién la ha comprado?-preguntó.

La mirada de Dede relampagueó de un modo que le era familiar cuando estaba encolerizada.

-¡No quiero que usted la vuelva a comprar !-gritó.-¡Y no niegue que lo está proyectando)

-No lo niego; pero no lo habría intentado sin antes consultarla, y en vista de lo que dice... no hablemos más de ello. Es lástima haber perdido la yegua que tanto quería. Lo siento y siento aún más que no pueda acompañarme mañana. Me sentiré perdido. No sabré qué hacer conmigo mismo.

-Yo tampoco-confesó Dede.

-Me pondré al corriente de mi costura.

-¡Pero yo no tengo ni qué coser !-exclamó Daylight con cómica desesperación.

En el fondo estaba satisfecho de haber oído su confesión de soledad. Eso sólo valía la pérdida de la yegua.

-Piénselo bien, miss Mason-dijo,-no sólo por "Mab", sino por mí. El dinero es lo de menos. Para mí, el comprar esa yegua viene a ser lo que para otros comprar una caja de bombones, y... el caso es que no le he comprado nunca bombones.

El observó la intención de rehusar de la joven, y prosiguió sin darle tiempo a desplegar los labios.

-Hagamos una cosa. Supongamos que compro “Mab" para mí, pero se la presto cada vez que desee dar un paseo. No hay nada que se oponga a ello. Infinitos hombres invitan a sus amistades a excursiones parecidas en coche, y en tal caso, el hombre es quien ofrece el coche; ¿qué diferencia hay en que yo la invite y traiga el coche?

Ella movió la cabeza de un lado para otro sin contestar mirando hacia la puerta, como dando a entender su deseo de terminar una conversación tan poco semejante a una transacción comercial; El hizo un último esfuerzo.

-¿No sabe usted, miss Mason, que no tengo en el mundo más amistad que la suya? Hablo de un amigo verdadero, de la persona a cuyo lado se siente uno feliz. Hegan es quien más se acerca a ello, pero está a mil leguas de aquí. Fuera de los negocios no nos entendemos. Tiene una biblioteca y emplea todo su tiempo libre en leer cosas en francés y en alemán y en otros idiomas extranjeros. No me siento a gusto con nadie más que con usted, y bien sabe lo poco que nos vemos... una vez por semana si no llueve el domingo. Me he acostumbrado en confiar en usted... es para mí como una...

-Como una especie de costumbre-repuso ella sonriendo.

-Si usted quiere. El caso es que de mi paseo favorito faltan usted y “Mab”. . , no sé si valdría la pena de efectuarlo: Déjeme comprarla.

-¡No, no; le repito que no !-exclamó Dede impaciente, aunque con los ojos llenos de lágrimas recordaba a la yegua.-¡No la vuelva a nombrar) Si cree que no me costó gran trabajo separarme de ella, se equivoca, pero... ya está hecho y quiero olvidarla.

Daylight no contestó, y la joven salió del despacho.

Media hora después Daylight conferenciaba con Jones, el ex encargado del ascensor y proletario a quien aquél había dado los medios de seguir su afición literaria. La resultante novela había sido un fracaso; ni editores ni agentes habían querido aceptarla, y Daylight utilizaba los servicios del desilusionado autor en una organización policíaca secreta que se había visto forzado a instituir. Jones, que ya no se sorprendía por nada, aceptó como la cosa más natural el encargo de averiguar quién era el comprador de cierta yegua alazana.

-¿Cuánto puedo ofrecer ?-preguntó.

-Lo que pidan. Tienes que hacerte con ella. Regatea para no suscitar sospechas, pero consíguela y, cuando la tengas, llévala a esta dirección en Sonoma. El individuo es administrador de un rancho mío. Encárgale que la cuide como cosa suya; después olvídate de todo. No quiero saber a quién es la has comprado, lo único que me interesa saber es que la tenemos.

Pocos días después Daylight notó el relampagueo en la mirada de Dede, precursor de la tormenta.

-¡Le ocurre algo, Dedeo-preguntó audazmente. "Mab"-dijo;-ha sido vendida por quien me la compró. Si supiera que usted ha intervenido en ello...

-Ni siquiera sabia que la habían vuelto a comprar. Y es más, no me interesa. Era su yegua, y no tengo por qué meterme en las razones que le han obligado a venderla. Y ya que estamos en te, rreno sentimental, le dirá algo que he pensado; pero le ruego que no se enfade, porque tampoco es cosa suya... Me refiero a su hermano. Necesita algo más de lo que usted puede darle. El haber vendido la yegua no le permitirá mandarlo a Alemania, que es lo que los médicos aconsejan, para ver a esa eminencia de especialista que hace verdaderos milagros con las gentes. Deseo que vaya por mi cuenta.

-¡Si fuera posible!-dijo ella anhelante.

-!Pero no lo es! No puedo aceptar dinero de usted:

-¡Alto!-interrumpió él.-Si estuviera usted muerta de sed, ¿no aceptaría un vaso de agua aunque fuera de los doce Apóstoles? No, es que también dudaría de sus intenciones o de lo que pudiera decir la gente?

-Eso es distinto.

-Escuche, miss Mason. Timé usted que desterrar muchas ideas falsas de la cabeza. Esa actitud es de lo más absurdo que he visto. Si estuviera a punto de caer al fondo de un precipicio yo creo que aceptaría mi mano para sostenerse. ¿Por qué, pues, no aceptar otra clase de apoyo? Supóngase que yo utilizase esa fortaleza de mi brazo en manejar una pala para ganar un par de dólares y ofrecérselos, ¿por qué no aceptarlos si acepta mi mano? Es la misma fuerza en otra expresión. Además, no ofrezco a usted nada, ni siquiera un préstamo. Es. .. ofrecer a su hermano, que está al borde de un precipicio, la mano a la que ha de agarrarse. Y no veo lo que puede haber de elogioso en su conducta exclamando: "1 No! " y dejando que su hermano se estrelle en el fondo del abismo. ¡Ojalá viera usted mi casal En ella vería centenares de bridas de crin. No me sirven absolutamente para nada y me costaron Dios sabe cuánto; pero... hay por América un montón de presidiarios que las trenzan... y sigo comprándolas. Y sobre todo, no olvide que no es cosa que le incumbe personalmente. Si su hermano quiere considerarlo como un préstamo, no tengo nada que objetar. Es cosa suya, y usted no tiene por qué intervenir en ello.

Dede insistió en su negativa y Daylight en sus argumentos. -Me hace pensar que usted se opone en la creencia de que se trata de un argumento mío para ganar su simpatía. Se equivoca. Aun no le he pedido que se case conmigo, pero cuando lo haga no será con la intención de comprar su asentimiento. Le aseguro que no emplearé jamás métodos semejantes.

Dede se indignó.

-Si supiera lo ridículo que es hablar así, callaría -exclamó.Tiene usted la virtud de disgustarme en forma inaudita. Ha dicho varias veces que no me ha ofrecido el matrimonio, como si yo estuviera esperando que lo haga, cuando bien sabe que desde un principio le advertí que no había la menor posibilidad de ello y, sin embargo, me está anunciando sin cesar que algún día lo hará. ¿Por qué no lo hace ahora, para recibir mi respuesta y terminar de una vez?

El la contempló un momento, visiblemente asombrado.

-Miss Mason, la deseo tanto que no me atrevo a seguir su consejo-dijo con tan pintoresca franqueza que hizo soltar a la joven una carcajada.-Además, como le he dicho, no soy práctico en esas cosas. No he hecho nunca el amor y no quiero empezar equivocándome...

-Y sin embargo, se está equivocando de continuo-repuso ella impulsivamente.-No se corteja a una mujer amenazándola constantemente con una declaración.

-No lo haré más-dijo él humildemente.-Nos hemos apartado de la cuestión. Insisto en lo que he dicho. Está usted oponiéndose a la salvación de su hermano. Sean cuales fueren sus ideas, no tiene usted derecho a perjudicarle. ¿Quiere autorizarme a que vaya a verle y se lo proponga? Lo condensaré en una proposición comer. cial. Será un préstamo y le cargaré el interés en cuenta.

Ella vaciló visiblemente.

-Y no se olvide de una cosa, miss Mason: se trata de "&u pier na ", y no de la de usted.

Ella parecía no querer contestar, por lo que Daylight reforzó su argumento

-Otra cosa. Quiero ver a su hermano a solas. Es un hombre, y nos entenderemos mejor sin que intervengan mujeres. Iré a verle mañana por la tarde.

CAPITULO XVIII

Daylight había dicho la verdad al asegurar a Dedo Mason que no tenía amigoa verdaderos- Tenía infinito número de conocidos, algunos camaradas, pero prácticamente era un solitario- No había encontrado ni hombre ni grupo con quien intimar. Las ciudades no se prestaban como las pistas de Alaska para desarrollar amis- tades. Además, el tipo de hombre era diferente- Ahora, sus asociados eran gente poco escrupulosas- En su nueva vida, una escritura valía más que una palabra; con todo, había que tener cuidado con la escritura- En el Yukon había sido distinto. Un hombre decía una cosa y se aceptaba su palabra en todo su valor.

Larry Hegan, que tenía pocas ilusiones y menos hipocresía, huhiera podido ser el amigo de Daylight a no ser por su temperamento. Prodigioso genio en asuntos legales, con enorme poder de visualización, no tenía nada de común con Daylight fuera de sus relaciones comerciales- Vivía rodeado de libros, lo cual Daylight no podía resistir. Se consagraba a escribir obras teatrales, que no salían jamás de su despacho, y no concebía la vida al aire libre, ni el deporte en forma alguna. Abstemio, como un fraile, odiaba todo exceso físico, fuera cual fuese.

En cambio, las amistades de Daylight eran individuos a quienes gustaba la bebida y las juergas. Al cesar las excursiones con Dede, volvió a esa clase de diversiones. El coctel volvió a ocupar el lugar preferente. El auto rojo de enorme potencia hizo más frecuentes apariciones, en tanto que para ejercitar a "Bob" alquilaba un nuevo mozo de cuadra- En sus primeros tiempos en San Francisco, había tenido intervalos de descanso entre las diversas empresas que acometía, pero actualmente la que tenía entre manos era de tal magnitud, que no le permitía ni un momento de reposo.

No era cosa de un mes, ni de dos; era tan compleja que continuamente surgían ramificaciones inesperadas y complicaciones que desentrañar. Cada día traía un nuevo problema, y cuando lo había resuelto tomaba el auto, suspirando satisfecho, pensando en el Martini doble.

Rara vez se embriagaba. Su naturaleza era demasiado fuerte para ello, pero esa misma virtud le conventía en bebedor peligroso y deliberado que consumía una cantidad de alcohol mayor que el bebedor irregular y violento.

En seis semanas, salvo en el despacho, no había visto ni una sola vez a Dede, habiéndose propuesto no hacer nada por verla; pero al séptimo domingo su ansia le venció.
Era un día tormentoso. Soplaba un violento huracán dbl Sudeste, y las turbonadas caían sobre OaMann sin esperanza de cesar. No podía apartar a la joven de su mente, a la que se imaginaba cosiendo junto a su ventana.

Cuando llegó la hora de su primer coctel, no lo tomó; en cambio pidió el número del teléfono de la joven.

De momento le contestó la hija de la patrona, pero en seguida oyó la voz que tanto ansiaba oír.

-Quería decirle que voy a verla dentro de unos instantes-la dijo,-y no me parecía bien presentarme sin previo aviso.

-¿Pasa algo?

-Se lo diré ahí.

Dejó el coche dos manzanas antes de llegar a la pensión, dirigiéndose a pie a la linda morada de Berkeley. Vaciló un instante, pero rehaciéndose tocó el timbre.

Sabía que procedía en contra de los deseos de la joven y que le imponía una difícil tarea al tener que recibir como visita dominguera al notorio multimillonario, Elam Harnish, de fama dudosa... Por otra parte, no creía que ella mostrase lo que calificaba de "remilgos femeninos", y no se equivocaba.

Ella misma abrió la puerta, estrechándole la mano.

El dejó su gorra y su impermeable en el hall y esperó a que Dedo hablara-

-Están muy atareados-dijo ésta indicando el gabinete, del que salían voces juveniles.- Tendrá que venir a mis habitaciones. Ella le guió hasta ellas, y una vez dentro, Daylight se detuvo, mirando a su alrededor, fingiendo no mirar… Tan azorado estaba que no oyó su invitación a que se sentara- ¡Aquel era su domicilio! Le trastornaba la intimidad de la recepción y, sobre todo, una naturalidad que no esperaba.

Eran dos habitaciones: una, aquella en que estaban, evidentemente el-gabinete, y la otra, que entreveía, el dormitorio. Aparte de un tocador de roble con sus ordenados útiles, cepillos, peines y pequeñas nimiedades femeninas, no veía señal alguna propia de un dormitorio. El amplio diván, cubierto de almohadones, supuso sería la cama, aunque no concordaba con sus nociones preconcebidas.

Su impresión general fué de confort y belleza.

No había alfombras, y en el entarimado observó varias pieles de lobo; pero lo que más llamó su atención fué una Venus yacente colocada sobre un piano, ante un fondo de piel de león en la pared. Y hasta Dede le sorprendió, por parecerle más mujer que nunca, más femenina con su ."negligé" casera, formando parte de la at- mósfera de quietud y belleza.

-¿Quiere usted tomar asiento?-repitió.

Daylight sentárse como un animal privado de alimento-

Su ansia por ella creció súbitamente rompiendo los diques de su reserva y de su diplomacia.

-Escúcheme-dijo con voz vibrante de pasión. Una sola cosa hay que no quiero hacer, y es declararle mi amor eu el despacho. Por eso he venido. Dedo Mason, la quiero. No puedo decir otra cosa: la quiero.

Y al decir estas palabras avanzaba hacia ella, chispeantes los ojos, arrebatadas las mejillas-

Tan violenta fué su acción que la joven apenas tuvo tiempo para manifestar su alarma involuntaria cogiéndole de la mano mientras intentaba abrazarla.

En contraste con él, la joven estaba lívida, y la mano con que le apartaba temblaba violentamente- Quería decir algo, hacer algo que disipara lo violento de la situación; pero a su mente no acudía idea alguna. Su único impulso, en parte histérico y humorístico, fué reír- Por sorprendente que fuera la situación, presentaba un aspecto ridículo- Sentía la misma sensación de quien, esperando el ataque de un salteador cuyos pasos oye, se encuentra con un inocente transeúnte que le pregunta la hora.

Daylight fué el primero en rehacerse-

-¡Oh! Ya me hago cargo de que soy un idiota-explicó.-Yo... Me parece que me voy a sentar. No tenga miedo, miss Mason, no soy peligroso.

-No tengo miedo-contestó la joven sentándose a su vez,-aun- que, la.verdad, por el momento me sobresaltó usted...

-¡Es curioso?-dijo Daylight suspirando.-Aquí me tiene usted, lo bastante fuerte para doblegar hombres y bestias a mi voluntad, sentado en esta silla, más débil y desvalido que un cordero-. ¡Puede usted decir que me trastorna!

Dede se estrujaban vano el cerebro buscando palabras. Lo que más le impresionaba era la tremenda seguridad del hombre que in- terrumpía su violenta declaración para hacer observaciones extemporáneas. Estaba tan cierto de conseguirla que podía permitirse generalizar sobre el amor y sus efectos.

Ella vió su mano buscando instintivamente el bolsillo donde guardaba su petaca.

- Si quiere fumar, puede hacerlo.

Daylight sacó la mano del boLsillo tan violentamente como si 1e hubiera picado una víbora.

-No, no pensaba en fumar. Pensaba en usted. ¿Qué más puede hacer un hombre que desea a una mujer que pedirla en matrimonio? Eso es lo que estoy haciendo. No sé conducirme de acuerdo con los cánones, pero sé hablar claro, y eso basta- Está usted continuamente en mis pensamientos, miss Mason.-. Y lo que quiero saber es lo siguiente: ¿Me acepta usted por marido?

-¿Y?..

- ¡Ojalá no lo hubiera preguntado !-murmuró ella en voz baja.

-Acaso sea preferible que le diga algunas cosas antes de contestar-prosiguió él pasando por alto el hecho de que ya le había contestado.

- A pesar de cuanto se ha dicho en contrario, no he perseguido en mi vida a mujer alguna. Cuanto ha podido leer sobre mí en diarios y revistas, es falso. No hay en todo ello ni una palabra de verdad. He hecho más de lo que debía en lo que se refiere al whisky y al juego, pero nunca con las mujeres. Una mujer se suicidó, pero jamás supe que era por mi causa. De haberlo sabido, me hubiera casado con ella, no por amor, sino para impedir su muerte- Le digo todo esto porque sé que lo ha leído, y quiero que conozca la verdad. ¡Yo un Tenorio?-exclamó.

-No me importa decir que toda mi vida he huido de las mujeres. Es usted la primera que no me ha espantado, quizá por ser diferente de cuantas he conocido. Desde un principio sentí simpatía por usted, pero no pensé casarme hasta mucho después, y ahora.-- no puedo dormir, pensando siempre en lo mismo.

Calló, esperando. Dede había tomado una labor del cestillo y, acaso para aplacar sus nervios, cosía.

El la observaba, fijándose en sus hábiles manos, capaces de manejar la aguja con la misma eficiencia que la máquina de escribir o un caballo como "Bob", y, sobre todo, fijándose en sus zapatillas. No hubiera creído que tuviera el pie tan pequeño.

Alguien llamó a la puerta, y la joven contestó- Daylight no pudo evitar el oír la conversación-

-Dígale que vuelva a llamar dentro de_ diez minutos-la oyó decir-

Ella volvió a sentarse, sonriendo, y reanudando su labor. -Los diez minutos pasarán volando-insinuó él- -No puedo casarme con usted-

-¿No me ama?

Ella movió la cabeza negativamente.

-¿No le gusto... ni siquiera un poquito?

Esta vez asintió, sonriendo. La parte humorística de la situación la divertía.

-Ya es algo-anunció él.-Hay que empezar para haber empetado. Al principio me pasaba lo mismo con usted, y vea dónde me ha llevado. Recuerde que me dijo que no le gustaba mi género de vida- Lo he cambiado- Ya no juego como antes. He aprendido lo que usted llama negocios lícitos, haciendo crecer dos minutos donde antes crecía uno, trescientas mil personas donde había cien mil. ¿No le gusto algo mas que un poquito?

Ella levantó la vista de su labor, mirándole al contestar:

-Le aprecio mucho, pero…

El esperó que terminase la frase, y al no hacerlo continuó:

-No tengo una exagerada opinión de mí mismo, pero afirmo que haré un buen marido- No soy exigente, y me hago cargo de lo que supone para usted su independencia; siendo mi mujer, seguiría siendo independiente- Nada la ligaría contra su voluntad. Yo le daría cuanto pudiera desear…

-Excepto usted mismo-interrumpió la joven bruscamente. El asombro de Daylight fué momentáneo.

-No lo sé. Obraría lealmente, sin doblez; viviría rectamente. No concibo los afectos repartidos.

-No quiero decir eso-repuso ella.-En vez de darse a su mujer, usted se daría a esos trescientos mil habitantes de Oakland, a sus tranvías, a las colinas, a cuanto, en una palabra, los negocios suponen.

-Procuraría que así no fuese-declaró él convencido.-Estaría a sus órdenes.-.

-Eso es lo que usted cree ahora, pero sería diferente -declaró ella acentuándose súbitamente su nervosidad.

-Cesemos esta conversación. Diríase que intentamos la conclusión de un trato- "¡Cuánto da usted? " "Doy tanto ". “Quisiera más".

- Le aprecio, pero no lo bastante para casarme con usted, ni llegaré nunca a apreciarle tanto.

-¿Cómo lo sabe?

-Porque cada vez le aprecio menos.

Daylight quedó confundido. En su rostro se veía claramente la herida recibida.

-¡Oh! ¡No comprende usted! -exclamó ella fuera de sí, empezando a perder la serenidad.

-No entiende mi idea. Le aprecio; cuanto más le conozco, más le aprecio- Pero cuanto más le conozco, menos deseo ser su esposa.

Esta enigmática explicación acabó por confundir a Daylight.

-¿No lo ve?-prosiguió ella.-Hubiera podido aceptar o Elam Harnish recién llegado del Klondike, más fácilmente que a usted, sentado ahora ante mí.

El movió lentamente la cabeza.

-No lo entiendo- Cuando más conoce y aprecia a un hombre, menos lo desea para marido- La familiaridad crea desprecio. Eso es lo que usted quiere decir-

-¡No, no !-interrumpió la joven; pero antes de que pudiera proseguir llamaron de nuevo a la puerta.

-Han pasado los diez minutos-dijo Daylight.

Con ojo rápido escrutó la habitación durante su ausencia- De la Venus yacente, sus ojos pasaron a una mesita de té con frágiles accesorios y su tetera de refulgente cobre- En las paredes algún cuadro a la acuarela le hizo pensar que tal vez fuera obra suya- Había fotografías de caballos y de cuadros célebres, y entre ellos el Entierro de Cristo le interesó un instante, pero su mirada volvía a la Venus, extrañándose, dentro de su sencillez, que una joven tuviera tal objeto preeminentemente colocado. Se reconcilió con el pensamiento de que, siendo Dede quien lo hacía, estaba bien hecho; sin duda eran pruebas de cultura- Larry Hegan tenia objetos similares en su casa, pero Hegan era distinto, y, sin embargo, si una mujer tan

normal y tan sana de espíritu como ella lo aceptaba, ° tenía que estar bien. Además, ¿quién era él para censurar aquellas cosas?

Volvió de su conferencia la joven, y Daylight admiró su porte al cruzar la habitación.

-Quisiera preguntarle varias cosas -dijo él en seguida-.¿Piensa usted casarse con alguien?

Ella se echó a reír, negándolo-

-¿Hay alguien a quien aprecia más que a mí? ¿Esa persona, por ejemplo, que acaba de telefonear?

-No hay nadie-.No conozco a nadie con quien me casaría. Es más, creo que no soy mujer casadera- El trabajo de oficina debe ser perjudicial en ese sentido.

Daylight la miró moviendo la cabeza escépticamente.

-Pues yo creo que usted es la mujer más casadera del mundo. Y ahora, otra pregunta. ¿Aprecia usted a alguien más, tanto como a mí?

Dede era dueña de sí.

-Eso no es noble -dijo.-Recordará que dijo que no insistiría. Me niego a contestar a más preguntas.Hablemos de otra cosa. ¿Qué hace "Bob"?

Media hora después, yendo velozmente en su auto a Oakland, Daylight repasaba en su mente cuanto había ocurrido.

No todo era desagradable, aunque había muchas cosas descon. certantes. Pero el hecho de haber sido rechazado era significati. vo. Al rechazarlo había rechazado la joven treinta millones. Era ciertamente un gesto audaz de una joven que ganaba noventa dólares y demostraba que no le deslumbraba la fortuna. Había doblado su capita! desde que la conocía, y, degún decía, cuanto más le trataba menos le apreciaba...

-¡Diablo l-murmuró.

-¡Si llego a reunir cien millones no querrá ni dirigirme la palabra!

Pero no era cosa de tomarlo a broma.

Le desconcertaba su aseveración de que mejor se hubiera casado con Elam Harnish, recién llegado de Klondike, que con el presente Elam Harnish. Bien. Entonces la solución era procurar parecerse lo más posible al Daylight de antaño. Y eso era imposible. No podía detenerse el curso del tiempo.

Otra satisfacción le había procurado la entrevista. Había oído hablar de mecanógrafas que, encontrándose en casos similares, habían renunciado a sus empleos. Pero Dede ni lo había insinuado. Fuera como fuese, tenía sentido común. En lo referente a su hermano, cuando le hizo ver el verdadero aspecto de las cosas, no opuso ningunas objeciones más al viaje a Alemania.

-¡Bah!-concluyó al llegar a su hotel.-De haberlo sabido, me hubiera declarado el día en que la conocí. De acuerdo con lo que dice, hubiera sido el momento oportuno. Me aprecia más y más, y cuanto más me aprecia menos me quiere por marido. ¡Qué diablo de lógica l ¡Debía tomarme el pelo!

CAPITULO XIX

Semanas después, un domingo lluvioso, Daylight volvió a de, clararse a Dede. Como la primera vez, fue desistiendo hasta que su amor por ella le avasalló, impulsándole a ir a Berkeley.

Procedió en la mima forma que en su primera visita, dejando el coche a cierta distancia y recorriendo el camino a pie.

Dede, según le dijo la hija de la patrona, había dirigido sus pasos hacia las colinas. Amablemente, la joven le indicó la probable dirección del paseo.

Daylight, siguiendo sus instrucciones, dejó pronto atrás las ca sas, empezando el ascenso de las laderas. El viento estaba cargado de la humedad de la tormenta que se acercaba y cuya inminencia anunciaba el creciente viento. En toda la extensión de campo que abarcaba su mirada, no veía señales de la presencia de Dede. A su derecha, un macizo de eucaliptos crujía y se balanceaba a influjo del vendaval, entrechocándose las ramas de los esbeltos árboles. Conociendo a Dede, supuso que, de estar por los alrededores, daría
con ella, y, en efecto, la encontró al fin en la cresta de la vertiente opuesta, donde el temporal batía con toda su fuerza.

La forma de declararse de Daylight era monótona, aunque no tediosa. Inocente en artificios diplomáticos o subterfugios, era tan directo como el vendaval. No perdió tiempo en saludar ni en dis. culparse.

-Lo de siempre-dijo.-La deseo y he venido a buscarla. Es preciso que me acepte, Dede, porque cuanto más lo pienso más me convenzo de que en el fondo siente usted algo de afecto por mí, y no se atreverá a negarlo.

Mientras hablaba, había estrechado su mano y seguía teniéndola entre las suyas. Al no contestarle, la joven sintió una suave pero firme presión, como si quisiera atraerla hacia si. Involuntariamente sedió a medias, pero de pronto se rehizo, echándose atrás, aunque permitiendo que su mano continuase aprisionada.

-¿No le asusto?-preguntó él, compungido.

-No-sonrió ella. -Usted no. Me asusto de mí misma.

-Conteste a mi pregunta.

-¡Por favor ! -suplicó.-No lo discutamos. No pienso aceptar. Por primera vez Daylight tuvo una sospecha que le aterró. -Supongo que no se habrá dejado comprometer contrayendo uno de esos matrimonios secretos.. .

La consternación de su aspecto y de su voz pudieron más que su seriedad, y la joven prorrumpió en alegre carcajada.

Daylight, disgustado de sí mismo, pensó que la acción valía más que las palabras.

Cambiando de posición, se interpuso entre el viento y ella, resguardándola y contemplando su rostro, su cabello azotado por la tormenta, sus ojos chispeantes. La proximidad de su cuerpo, contribuyendo a la realización de cuanto suponía para el, le estremecía, hasta el punto de que ella notase el temblor de la mano que aun sujetaba la suya.
Súbitamente avanzó hacia él, inclinando la cabeza, hasta apoyarla ligeramente sobre su pecho, y así permanecieron, envueltos por el torbellino de hojas secas que la turbonada arrastraba. Con la misma rapidez se irguió, mirándole:

-¿Sabe que anoche recé por usted, suplicando a Dios que le hiciera fracasar, que perdiera cuanto tiene?

Daylight manifestó su asombro ante la frase.

-Es más fuerte que yo. Siempre me he sentido inferior ante las mujeres, pero con usted estoy perdido. ¿Por que quiere que pierda lo que tengo, si me aprecia?...

-No he dicho nunca eso.

-¡Atrévase a negarlo! Como iba diciendo, el me aprecia no en. tiendo por qué desea mi ruina. Es inexplicable. Tendrá que hacérmelo entender.

Daylight la tenía apretada contra su pecho sin que ella Hiciera la menor resistencia. No podía verle el rostro, pero sospechaba que estaba llorando. Ya conocía la virtud del silencio, y esperó a que ella manifestara su voluntad. Las cosas habían llegado a un punto en que tenía que pasar algo. Estaba seguro de ello.

-No soy romántica-empezó a explicar Dede.-¡Ojalá lo fuera! Así podría perder la cabeza y hacerme desgraciada para toda la vida. Pero mi abominable sentido común me lo impide. Y eso..- tampoco me hace exactamente feliz...

-Sigo sin entenderla-confesó Daylight.-Su sentido común pido que me arruine. Mujercita adorable, cada día la quiero más. Tiene usted que ser mía. Eso es claro, franco y comprensible. ¿Quiere usted casarse conmigo¡

Ella movió lentamente la cabeza, y al hablar, su voz acusaba su cólera, una cólera triste, que Daylight comprendió motivaba él. -Déjeme, pues, explicarle - dijo. - Usted es sincero y leal. ¿Quiere que yo también lo sea? ¿Quiere que le diga cosas que le herirán? ¿Que le haga confesiones que debieran avergonzarme? ¿Que me comporte de forma que muchos hombres calificarían impropia de una mujer?

El brazo que la rodeaba la ciñó aún más, como tratando de animarla.

-Aceptaría gustosa su oferta, pero tengo miedo. Me siento orgullosa y humillada a la vez de que un hombre como usted sienta amor por mí. Pero... es usted demasiado rico. Si nos casáramos os. . . usted no sería nunca ' ° mi hombre ", mi amante y mi marido. Sería el hombre de su dinero. Sé que acaso soy ridícula, pero quiero que mi marido sea para mí. Usted no tendría libertad para serlo. Su dinero le domina, ocupa todo su tiempo, todos sus pensamientos, todas sus energías, ¿no lo comprende? Me siento capaz de amar mucho, de dar mucho, de darlo todo... y quiero también recibir, si no todo, al menos mucho... desde luego mucho más de lo que su fortuna le permitiría darme.

"Y esa fortuna le destruye, le hace cada día menos tratable. No me avergüenzo de reconocer que le amo, porque no me casaré jamás con usted. Ya le amaba cuando aun no le conocía, cuando vino de Alaska. Usted era mi héroe; era el Burning Daylight de las minas de oro, el audaz viajero y explorador, y lo parecía. No me explico que, al verle, hubiera mujer alguna que no le amase.

Ahora... ya es usted otro hombre... Perdóneme, no es mi inten. ción ofenderle; quería que hablase claro, y claro estoy hablando. "Durante estos últimos años ha vivido usted de manera anor. mal. Hombre habituado a los grandes espacios, ha intentado encerrarse entre las cuatro paredes de un despacho, y se está convirtiendo en otra persona, menos grata, menos sana. Su dinero y su género de vida tienen la culpa. Y usted lo sabe. Se ha hecho cruel y violento. Esa crueldad no es de corazón y pensamientos, sino que se refleja hasta en su rostro. Se está usted brutalizando y degradando, y el proceso continuará hasta la inevitable destrucción total.

Daylight intentó interrumpirla, pero ella le detuvo, prosiguiendo con voz trémula:

-Déjeme decirlo todo. Hace meses que no hago más que pensar, pensar, pensar... desde que empezaron nuestros paseos a caballo... y ya que he comenzado mi confesión, debo desahogarme. Le amo, pero no puedo casarme y destruir mi amor. Se está usted convirtiendo en algo que acabaría por despreciar. No puedo evitarlo. Por mucho que me ame, ama aun más el juego de los negocios, el cual le reclama por entero. A veces llego a pensar que preferiría verle con otra mujer a tener que compartirle con los negocios. En tal caso, al menos le tendría a medias, pero los negocios le absorben no un cincuenta, sino un noventa por ciento de su persona... Recuerde que para mí el matrimonio no significa más dinero que gastar. Quiero al hombre por entero. Supóngase que yo le ofreciese la centésima parte de mí misma. ¿Quedaría usted satisfecho? Y eso es lo que usted me ofrece... ¿Le extraña que no pueda aceptarlo?... ¿Que no quiera...?

Daylight creyó que había terminado, pero ella prosiguió: -No es que sea egoísta. Después de todo, el amor estriba en dar, no en recibir. Pero veo claramente que cuanto diera sería estéril. Es usted un enfermo. No negocia como los demás hombres. Usted pone en ello su cerebro y su espíritu, todo su ser. A pesar de sus buenas intenciones y de cuanto se propusiera, su mujer sería una breve diversión. Sería como un "Bob"... perpetuamente en su

cuadra. Me edificaría un palacio magnífico y me dejaría en él, deplorando y llorando mi falta de habilidad en retenerle cerca de mí. El microbio de los negocios seguiría apoderándose de usted como se ha apoderado cuanto ha emprendido. Seguiría siempre los mismos hábitos adquiridos en Alaska, no permitiendo a nadie viajar con tanta rapidez ni trabajar tan duramente ni con tanta constancia. No sabe usted contenerse, ni limitar nada.

-¡Atrévase a negarlo! Como iba diciendo, si me aprecia no en. tiendo por qué desea mi ruina. Es inexplicable. Tendrá que hacérmelo entender.

Daylight la tenía apretada contra su pecho sin que ella hiciera la menor resistencia. No podía verle el rostro, pero sospechaba que estaba llorando. Ya conocía la virtud del silencio, y esperó a que ella manifestara su voluntad. Las cosas habían llegado a un punto en que tenía que pasar algo. Estaba seguro de ello.

-No soy romántica-empezó a explicar Dede.-i Ojalá lo fuera! Así podría perder la cabeza y hacerme desgraciada para toda la vida. Pero mi abominable sentido común me lo impide. Y eso... tampoco me hace exactamente feliz...

-Sigo sin entenderla-confesó Daylight.-Su sentido común pide que me arruine. Mujercita adorable, cada día la quiero más. Tiene usted que ser mía. Eso es claro, franco y comprensible. ¿Quiere usted casarse conmigo?

Ella movió lentamente la cabeza, y al hablar, su voz acusaba su cólera, una cólera triste, que Daylight comprendió motivaba él. -Déjeme, pues, explicarle - dijo. - Usted es sincero y leal. ¿Quiere que yo también lo sea? ¿Quiere que le diga cosas que le herirán? ¿Que le haga confesiones que debieran avergonzarme? ¿Que me comporte de forma que muchos hombres calificarían impropia de una mujer?

El brazo que la rodeaba la ciñó aún más, como tratando de animarla.

-Aceptaría gustosa su oferta, pero tengo miedo. Me siento orgullosa y humillada a la vez de que un hombre como usted sienta amor por mí. Pero... es usted demasiado rico. Si nos casáramos os... usted no sería nunca "mi hombre", mi amante y mi marido. Sería el hombre de su dinero. Sé que acaso soy ridícula, pero quiero que mi marido sea para mí. Usted no tendría libertad para serlo. Su dinero le domina, ocupa todo su tiempo, todos sus pensamientos, todas sus energías, ¿no lo comprende? Me siento capaz de amar mucho, de dar mucho, de darlo todo... y quiero también recibir, si no todo, al menos mucho... desde luego mucho más de lo que su fortuna le permitiría darme.

"Y esa fortuna le destruye, le hace cada día menos tratable. No me avergüenzo de reconocer que le amo, porque no me casaré jamás con usted. Ya le amaba cuando aun no le conocía, cuando vino de Alaska. Usted era mi héroe; era el Burning Daylight de las minas de oro, el audaz viajero y explorador, y lo parecía. No me explico que, al verle, hubiera mujer alguna que no le amase.

Ahora... ya es usted otro hombre... Perdóneme, no es mi intención ofenderle; quería que hablase claro, y claro estoy hablando. "Durante estos últimos años ha vivido usted de manera anormal. Hombre habituado a los grandes espacios, ha intentado encerrarse entre las cuatro paredes de un despacho, y se está convirtiendo en otra persona, menos grata, menos sana. Su dinero y su género de vida tienen la culpa. Y usted lo sabe. Se ha hecho cruel y violento. Esa crueldad no es de corazón y pensamientos, sino que se refleja hasta en su rostro. Se está usted brutalizando y degradando, y el proceso continuará hasta la inevitable destrucción total.

Daylight intentó interrumpirla, pero ella le detuvo, prosiguiendo con voz trémula:

-Déjeme decirlo todo. Hace meses que no hago más que pensar, pensar, pensar... desde que empezaron nuestros paseos a caballo... y ya que he comenzado mi confesión, debo desahogarme. Le amo, pero no puedo casarme y destruir mi amor. Se está usted convirtiendo en algo que acabaría por despreciar. No puedo evitarlo. Por mucho que me ame, ama aun más el juego de los negocios, el cual le reclama por entero. A veces llego a pensar que preferiría

verle con otra mujer a tener que compartirle con los negocios. En tal caso, al menos le tendría a medias, pero los negocios le absorben no un cincuenta, sino un noventa por ciento de su persona... Recuerde que para mí el matrimonio no significa más dinero que gastar. Quiero al hombre por entero. Supóngase que yo le ofreciese la centésima parte de mí misma. ¿Quedaría usted satisfecho? Y eso es lo que usted me ofrece... ¿Le extraña que no pueda aceptarlo?... ¿Que no quiera...?

Daylight creyó que había terminado, pero ella prosiguió:

-No es que sea egoísta. Después de todo, el amor estriba en dar, no en recibir. Pero veo claramente que cuanto diera sería estéril. Es usted un enfermo. No negocia como los demás hombres. Usted pone en ello su cerebro y su espíritu, todo su ser. A pesar de sus buenas intenciones y de cuanto se propusiera, su mujer sería una breve diversión. Sería como un "Bob". . perpetuamente en su cuadra. Me edificaría un palacio magnífico y me dejaría en él, deplorando y llorando mi falta de habilidad en reteverle cerca de mí. El microbio de los negocios seguiría apoderándose de usted como se ha apoderado cuanto ha emprendido. Seguiría siempre los mismos hábitos adquiridos en Alaska, no permitiendo a nadie viajar con tanta rapidez ni trabajar tan duramente ni con tanta constancia. No sabe usted contenerse, ni limitar nada.

-El límite está en el cielo-afirmó él con triste acento.

-¡Si supiera o quisiera hacer lo mismo con su amor...! Le faltó la voz y se detuvo, ruborizándose.¡ -Y ya no tengo nada más que decir-agregó ella.-He sermoneado bastante.

Descansó, franca y confiadamente, en el resguardo de los brazos de Daylight, pasando inadvertida para ambos la creciente intensidad del temporal. Aun no había descargado la lluvia, pero las turbonadas se hacían más frecuentes. Cuando empezó a hablar Daylight estaba turbado.

-Me he hecho un verdadero lío. Estoy absolutamente estupefacto, miss Mason, o mejor dicho, Dede, porque reconozco que hay un gran fondo de verdad en lo que dice.

"Al parecer, la conclusión es que se casaría conmigo si yo no hubiera engordado tanto y no poseyera un céntimo. No. No. Hablo en serio. Si viviera una vida ordenada y fuera pobre, con todo el día libre para comportarme como un marido... usted se casaría conmigo... La cosa está clara como el agua, y confieso que usted ha logrado abrirme los ojos. Pero ¿qué puedo hacer yo Y Estoy atado de pies y manos y mis negocios me dominan. Me encuentro en la misma situación del hombre que tenía cogido al oso por el rabo... no puedo soltarlo. Y por otra parte, amo a usted y quisiera soltarlo para conseguirla... No sé qué hacer, pero presiento que algo ha de ocurrir. No puedo resignarme a perderla. Ni lo puedo, ni lo quiero. ¡Cómo he de quererlo, si ha conseguido usted lo que no consiguieron nunca mis negocios l ¡Tenerme despierto por las noches! Me ha dejado usted sin argumentos. Sé que no soy el hombre que era cuando llegué de Alaska. Hoy no podría seguir la pista con mis perros. Mis músculos se han reblandecido y se ha endurecido mi cerebro. Antes respetaba a mis semejantes, hoy los desprecio. Soy tan amante de la vida al aire libre que, a pesar de todo, poseo el rancho más hermoso que existe: Glen Ellen. Sin duda se acuerda usted de la correspondencia. Vi la finca una sola vez, y fué tanto lo que me encantó que la compré en el acto. La vida urbana no me seduce. Tiene usted razón. Pero ¿y si sus plegarías fueran oídas y me arruinase, teniendo que trabajar a sueldo para ganar mi sustento ?

Dede no contestó, pero su actitud parecía indicar asentimiento. -Suponga que no me quedase más que ese rancho y me contentase con criar, algunas gallinas y ganarme la vida como fuera... ¿Se casaría etonces conmigo, Dede?

-¡Estaríamos juntos todo el día¡

-Tendría que separarme de usted para arrear o para ir al pueblo en busca de provisiones.

-Sí, pero no habría oficina, ni gente con quien conferenciar, y todo eso es imposible... y sí queremos evitar una buena moja dura, tendremos que emprender la marcha...

Era el momento en que, al comenzar el regreso, Daylight hu. hiera podido besarla; pero estaba tan preocupado con los nuevos pensamientos que le embargaban, que no se le ocurrió aprovechar la situación.

Se limitó a cogerla del brazo, ayudándola a sortear los obstáculos del camino.

-Es una comarca estupenda Glen Ellen-dijo- ¡Cuánto me gustaría que la viera!

En los límites del arbolado sugirió la conveniencia de separarse. -Es su vecindario- explicó-y podría dar que hablar a la gente. Pero ella insistió en que la acompañase hasta su casa.

-No puedo decirle que entre...-musitó tendiéndole la mano. El viento soplaba con violencia, pero la lluvia no se había desencadenado aún.

-A pesar de todo-dijo Daylight,-ha sido el día más feliz de mi vida, y estoy agradecido a Dios o a quien sea por haberla traído al mundo... porque usted me quiere y he tenido la dicha de oírselo decir esta tarde. Es.-se interrumpió, y reasumiendo su familiar expresión, murmuró:-Dede, Dede, tenemos que casarnos. Es la única solución, y debemos confiar en que salga bien.

Las lágrimas asomaban a los ojos de la joven cuando movió la cabeza negativamente, se volvió y comenzó a subir los escalones.

CAPITULO XX

Cuando se inauguró el sistema de transbordadores y el tiempo de la travesía entre Oakland y San Francisco quedó reducido a la mitad, el inmenso desembolso de Daylight empezó a compensarse, aunque fué simplemente para invertir los ingresos en nuevas empresas. Se vendieron miles de parcelas de sus solares, empezándose la edificación en un sinnúmero de casas. También se vendieron terrenos para fábricas y edificios comerciales, lo cual aumentó el valor de las tenencias de Daylight. Pero, como antaño, tenía una corazonada y la seguía sin cesar. Los magníficos beneficios obtenidos en la venta de terrenos se convirtieron en capital para adquirir aún más terrenos, y en vez de liquidar sus préstamos con los Bancos, solicitaba otros. Del mismo modo que había procedido en Dawson, procedía en Oakland, pero en la oca. sión presente sabía que era una empresa sólida, no un arriesgado auge de la explotación minera de un terreno de aluvión.

Otros, en pequeña escala, seguían sus pasos comprando y ven. diendo terrenos, aprovechándose de la diferencia que sus mejoras suponían. Era de esperar que así ocurriese, y las fortunas hechas en parte a sus expensas no le irritaban, salvo en una excepción.

Un tal Simón Dolliver, con dinero suficiente para operar y audacia para arriesgarlo, parecía estar en camino de hacerse varias veces millonario a costa de Daylight. Más de una vez éste le encontró en su camino, como él mismo se había atravesado en el da los Guggenhammer cuando el asunto del Ofir.

El trabajo planeado por Daylight seguía su curso. No contento con producir la electricidad para sus tranvías, organizó la Sierra and Salvador Power Company, con la que suministraba flúido a las varias poblaciones por las cuales pasaba la línea, desde las montafias hasta San Joaquín Valley.

Y así fué procediendo. Había mil pozos abiertos en los que incesantemente echaba su dinero, pero todos eran negocios lícitos y sólidos, y Daylight, jugador de nacimiento, no

podía contentarse con jugar conservando un margen de seguridad. Era una ocasión excepcional, y la única manera para él de aprovecharla sería forzándola hasta el límite.

Y su consejero Hegan no le incitaría a tener prudencia; por el contrario, había de ser Daylight quien frenara las descabelladas iniciativas del abogado.

No solamente hubo de recurrir a préstamos bancarios, sino que algunas de sus empresas tuvieron que emitir papel. Lo hizo a disgusto, conservando las mayoría de las obligaciones en cada caso. bien solo, bien con Hegan.

La situación con Dede languidecía en apariencia solamente. Aunque difería de afrontar el problema que le presentaba, su deseo por ella seguía en aumento. En su fraseología de jugador, la suerte le había deparado la mejor carta de la baraja, y no se había percatado de ello. Esa carta era el amor. Era el quinto as en el póker, era la carta entre las cartas, y la jugaría hasta el máximo cuando llegara el momento. Tendría que terminar la presente partida antes, de una manera u otra.

De nuevo, un domingo, telefoneó anunciando su visita a Berkeley. Y como siempre, desde que el hombre es hombre y el mundo es mundo, opuso la fuerza ciega de la masculina compulsión a la secreta tendencia de la mujer a ceder. No fué una escena afortunada en resultados, por cuanto Dede, desesperada por su propia flaqueza y aguijoneada por su deseo, acabó por exclamar: -¡Me quiere obligar a casarme con usted y confiar a la suerte el que salga bien o mal, y, según dice, la vida es un azar! Muy bien. Coja una moneda y tírela al aire. Si cae de cara me casaré con usted, y si cae de cruz se comprometerá a no hablar más dol asunto.

A los ojos de Daylight asomó una salvaje llamarada de amor y de pasión por el juego.

Involuntariameute se llevó la mano al bolsillo, pero se detuvo.

-¡Hágalo !-insistió ella.-No pierda el tiempo y dé lugar a que me arrepienta.

-Mujercita - dijo sonriendo, - mujercita, jugaría desde la Creación hasta el día del Juicio, jugaría un arpa de oro contra la aureola de un santo, pondría una ruleta en Jerusalén y una partida de faraón en las puertas del cielo, pero Dios me condene si juego con el amor. Es algo demasiado grande para que yo lo deje al azar. Ha de ser algo sólido, y entre usted y yo lo será. Aunque tuviera cien probabilidades contra una de ganar, no echaría al aire la moneda...
En la primavera-de aquel año sobrevino el Gran Pánico.

La primera noticia la dieron los Bancos al empezar a reclamar sus préstamos.

Daylight pagó en el acto los primeros pagarés que le fueron presentados, adivinando que tales demandas indicaban lo que tenía que ocurrir y que se preparaba una de aquellas terribles tormentas financieras de que había oído hablar. Pero no podía suponer todo lo terrible que sería. Tomó todas las precauciones posibles confiando poder capear el temporal.

El dinero se hizo escaso. Empezando por la bancarrota de al gunas firmas bancarias del Este, se fué acentuando la escasez, hasta que todos los Bancos de la región empezaron a pedir la liquidación de sus créditos. Daylight se vió cogido, y cogido porque por vez primera había jugado lícitamente. Antaño, en un pánico semejante hubiera hecho espléndida cosecha. Hogaño no le quedaba más remedio que aguantar y resistir.

Veía la situación claramente. Si los Bancos le pedían que pagase sus deudas, era que necesitaban dinero.

Pero más lo necesitaba él, y sabía que los Bancos no estaban
interesados en quedarse con su garantía de que ya disponían, porque no les serviría de nada.

Tal momento de baja de valores no era el más propicio para vender. Su garantía era sólida y valiosa, pero inútil en el período en que la demanda era dinero, dinero y más dinero.

Al ver que se resistía, los Bancos exigieron más colateral, y al aumentar la escasez de dinero pidieron. dos y tres veces más garantía que la que aceptaban en principio.

Daylight accedió a veces a tales exigencias, pero siempre luchando ferozmente.

Luchó como quien quiere contener con arcilla una pared que se desmorona. Todas sus empresas estaban resentidas, y constantemente reforzaba las más débiles aplicándoles arcilla. Esta arcilla era dinero, y lo aplicaba acá y acullá tan pronto como era preciso. La solidez de su posición estribaba en la Hierbabuena Ferry Co., los Consolidated Street Railways y la United Water Co. Si la gente no compraba terrenos, seguía obligada a ir en sus tranvías y vapores y a consumir su agua. Mientras el mundo financiero clamaba por dinero y moría por su falta, el día primero de cada mes entraban en sus cajas millares de dólares por consumo de agua, y diariamente diez mil dólares procedentes de sus tranvías y transbordadores.

Si hubiera podido disponer de todo aquel río de dinero tan seguro para él, a buen seguro todo habría ido bien. Pero en aquellas circunstancias tenía que luchar para obtener tan sólo una parte. Cesó todo trabajo de mejoras, limitándose a lo estrictamente preciso para la conservación. Su más fiera lucha la libraba en la reducción de los gastos de explotación, lucha que no cesaba nunca. Cuando sus capataces y jefes de sección conseguían realizar prodigios de reducción, les felicitaba y les pedía más. Si manifestaban su desesperación, les enseñaba la forma en que habían de proceder.

-Está usted cobrando ocho mil dólares al año-dijo a Matthewson.-Es más de lo que ha ganado en su vida. Su suerte va ligada a la mía, por lo cual hemos de correr los mismos riesgos. Usted tiene crédito personal en la ciudad. Sírvase de él para con su carnicero y su panadero. Viene usted a cobrar seiscientos sesenta dólares al mes y necesito ese dinero. De aquí en adelante no pague a nadie y cobre únicamente cien dólares. Le pagaré los intereses sobre el resto cuando la situación se aclare.

Dos semanas después, con la hoja de salarios ante sí, volvió a la carga;

-Matthewson, ¿quién es ese tenedor de libros llamado Rogers?

¿Su sobrinol Me lo figuraba. Cobra ochenta y cinco dólares al mes. De hoy en adelante cobrará treinta y cinco. Los restantes van a los intereses.

-¡Imposible!-gritó Matthewson.-Ya no puede vivir con lo que ahora tiene, y su mujer y dos chicos...

Daylight soltó una imprecación.

-¡Imposible l ¡No se puede! ¿Qué cree usted que es este negocio? ¿Un asilo para los débiles de espíritu? Tenemos diez mil hombres parados en Oakland y sesenta mil en San Francisco. Su sobrino, como los demás de la hoja, hacen lo que yo digo o se marchan. Si tienen dificultades, garantíceles usted crédito con los proveedores. He estado sosteniendo un montón de gente que ahora tendrán que sostenerse solos.

Y en todos los departamentos procedía de igual manera. A Wilkinson le obligó a reducir el servicio nocturno de tranvías suprimiendo aquellos en los que por lo avanzado de la hora sólo iban tres o cuatro trasnochadores. Si alguno de sus subordinados amenazaba con marcharse, aceptaba al instante la sugestión.

-¿Dice usted que se verá obligado a dimitir? ¿Por qué n? Hasta ahora no he encontrado a hombre alguno del que no pudiera prescindir, y cuando uno cree que me es necesario, es precisamente cuando le enseño el camino más corto para tomar la puerta.

Así luchaba, abriéndose paso a través de las enormes dificultades. Su despacho se veía invadido de gentes de toda condición desde la mañana hasta la noche. Era una labor incesante en la que nadie podía sustituirle o reemplazarle. Y asi, día tras día, mientras el mundo entero de los negocios se tambaleaba y firma tras firma se venía al suelo.

-!Todo va bien !--decía a Hegan cada mañana.

Y esa era la frase para con todos, excepto cuando estaba en plena lucha para imponer su voluntad a personas o cosas.

A las diez de la mañana tomaba el auto para recorrer los Bancos, llevando generalmente consigo los diez mil y pico de dólares ingresados el día antes por los tranvías y vapores para destinarlos al punto más débil de su dique financiero.

Y en cada Banco la entrevista con los directores era la misma, procurando levantar su ánimo, convencerles de que la situación mejoraba, de que pronto cesaría la tensión, de que, a pesar del pánico, seguían afluyendo a Oakland más y más gentes ansiosas de establecerse allí.

Y no era todo palabrería, sino un ferviente deseo de que los Bancos respondiesen. A veces tenía que suplicar y rogar; otras, tomarlo por la tremenda.

Si pedía un favor y se lo negaban, se convertía en un ser exi- gente, y cuando llegaban a prescindir de ficciones y entraban en el terreno de la lucha franca y descarada, Daylight sabía dejarles boquiabiertos-

Pero sabía también cuándo era preciso ceder- Si veía su pared desmoronarse irremediablemente en algún punto determinado, lo apuntalaba con dinero contante y sonante. Si los Bancos caían, caería él también- Era cuestión de obligarlos a aguantar- Si quebraban y todo el colateral que tenían en garantía caía sobre un mercado ya caótico, sería el final. Y. así fué cómo, andando el tiempo, el auto rojo llevó, además de la recaudación del día anterior, los valores más sólidos que poseía, a saber: la Ferry Co-, United Water y Consolidated Railways.

Daylight fué quien en tal período de anarquía económica se hizo cargo de los asuntos de Simón Dolliver, contribuyendo con su ayuda a llevar a su rival a una completa ruina. La Golden Gato National era la piedra angular del edificio financiero de Dolliver, y al presidente de dicha institución, Daylight dijo:

-Les he estado ayudando hasta ahora y están ustedes en las últimas, y Dolliver nos ha explotado a ambos a la vez. Eso no puede ser. Hoy Dolliver no podría encontrar once dólares para ustedes. Suéltenle, y en cambio vean lo que yo haré. Les daré la recaudación de cuatro días de los tranvías, o sean cuarenta mil dólares en metálico, y el seis del mes próximo pueden contar con veinte mil dólares más procedentes de las aguas- Es a tomar o a dejar- añadió encogiéndose de hombros.-Mis condiciones son esas.

Y Simón Dolliver corrió la suerte de los infortunados, a quienes el Gran Pánico cogió con mucho papel y poco dinero.

Los recursos y ardides de Daylight eran asombrosos. Nada escapaba a su observación. La tensión bajo la cual trabajaba era terrorífica. Los días eran demasiado cortos, y al final de los mismos se encontraban exhausto, buscando más descanso en la inhibición alcohólica. Se hacía conducir al hotel, y subiendo a sus habitaciones le preparaban el primero de una serie de dobles Martini- A la hora de cenar, su cerebro había olvidado el pánico y a la de acostarse, ayudado por el whisky, se encontraba, no ebrio, sino como bajo la influencia de un plácido y agradable anestésico.

Al día siguiente despertaba con la boca seca y una sensación de pesadez en la cabeza, que se disipaba pronto. A las ocho estaba ya en su despacho, dispuesto a luchar, y a las diez empezaba su ronda a los Bancos, siguiendo ya sin reposo hasta la noche, des
entreñando los complicados problemas que diariamente se le presentaban. Y por la noche, otra vez al hotel, a los Marini y al whisky- Este era su programa día tras día y semana tras semana.

CAPITULO XXI

Aunque Daylight aparecía ante sus amistades inagotable de vita. lidad, genial, irresistible, no por eso dejaba de sentirse profundamente cansado, y a veces, bajo la influencia del licor tenía mo- mentos de lucidez en los que meditaba las frases de Dede. "No puede usted dormir más que en una cama".

Sentado al borde de la suya, con un zapato en la mano, contemplaba las bridas de crin que adornaban las paredes de la habitación, y solamente decía hablando con el zapato:

-La mujercita tiene razón. Una cama para un hombre. Una brida para un caballo... Treinta millones y cien millones o ningún millón en puestas, y…¿de qué me sirven? Hay un montón de cosas que no 'se compran con dinero. No puedo comprarla a ella- ¿De qué me sirven treinta millones si no puedo beber más de un litro de cocteles diario? Soy más rico que cualquiera de los que me rodean, y todo lo que consigo son dos comidas diarias que no tienen gusto, una cama, un litro de Martini y ciento cuarenta bridas colgadas de la pared. Señor zapato - prosiguió después de echar una mirada desconsolada a su alrededor, -estoy lucido. Buenas noches.

Contra lo que suponía, la reacción económica no se dejaba sentir. El dinero seguía escaseando y aunque en público Daylight era francamente optimista, en el santuario de su despacho se desarrollaban escenas desesperadas, y las reuniones de los Consejos de administración hubieran desmentido, de conocerse, los editoriales de sus propios diarios, como por ejemplo, cuando se dirigió a Jos accionistas de la Sierra and Salvador Power Company, la United Water y otras.

-Tienen que sacrificarse para conservar lo que han adquirido- Es inútil entrar en detalles para demostrar que los tiempos son malos, eso ya lo sabemos. Lo que ahora conviene es señalar una tributación- Decidirán eso, o tendrán que aceptar la quiebra. Poseo la mayoría de las acciones y puedo obligarlos- Si nos unimos todos, evitaremos el naufragio; pero si empiezan a actuar a la desbandada, se ahogarán antes de llegar a la orilla.

La multitud de abastecedores, proveedores y todos los que necesitaban cobrar facturas le asediaban- Entonces los reunía en su despacho y les exponía similares argumentos para demostrarles que, precisamente, si querían salvar algo de la ruina general, el único procedimiento era continuar sus suministros.

La lucha más tenaz hubo de sostenerla con los accionistas de la United Water Company, porque pretendía apoderarse de la casi totalidad de los ingresos para reforzar su frente de batalla. Sin embargo, no abusaba nunca de sus poderes arbitrarios. Si obligaba a los demás a ciertos sacrificios, él era el primero en acudir en ayuda de quien entre ellos necesitase socorro en un caso apurado.

Por fin, al empezar el verano, pareció que las cosas mejoraban de aspecto- Llegó un día en que Daylight hizo algo extraordinario. Marchó de la oficina una hora antes de lo acostumbrado, por la sencilla razón de que, por vez primera desde el pánico, no tenía nada que hacer.

Fué al despacho de Hegan antes de marchar para charlar un rato-

-Hegan-díjole, todo se arregla. Vamos saliendo de este embrollo financiero mejor de lo que creía, y acabaremos por salir sin dejar nada en prenda. Ha pasado lo peor. Un par de semanas más de estricta sujeción, y podremos descansar tranquilos.

Por una vez alteró su programa. En lugar de ir directamente al hotel, empezó una ronda de bares y cafés, tomando aquí y acullá un coctel, menos cuando encontraba a algún conocido, en cuyo caso tomaba dos o tres.

Al cabo de una hora entró en el “Partenón” para un último trago antes de cenar. En un rincón del bar varios jóvenes se distraían con el antiguo recreo de probar quién era el vencedor por presión de la mano. Uno de ellos, gigante y de ancha espalda, parecía tener el codo fijo en el bar, doblegando el brazo a cuantos contrincantes se le presentaban.

-Es Slosson -le dijo el barman.

-Es campeón de lanzamiento de pesos de la Universidad.

Daylight se le acercó situándose en posición ante él.

-Si no se opone, me gustaría intentarlo, muchacho-díjole. El joven se echó a reír encajando su mano con la de Daylight. Con infinita sorpresa, éste vióse compelido a doblegar el brazo- -¡Alto!-exclamó.-Una vez más, no estaba preparado. Repitieron la suerte. El ataque

ofensivo de Daylight se convirtió en seguida en resistencia defensiva, y de nuevo su antebrazo tocó el mostrador del bar.

Estaba atónito. No era un truco. Era cuestión de fuerza. Pidió una ronda para todos, y aún sin salir de su sorpresa, se miró mano y brazo como si pertenecieran a un extraño. No loe conocía. Ciertamente no eran los mismos que había usado hasta entonces- ¿Su brazo? Hubiera sido juego de niños el obligar a aquel muchacho a ceder- Y siguió mirándose la mano con aire tan perplejo que provocó la risa de los jóvenes.

Las carcajadas le volvieron a la realidad. Empezó a reír, pero serenándose se dirigió al campeón:

-Muchacho, déjame que te diga un secreto- Márchate de aquí- Deja de beber antes de empezar.

El joven enrojeció de cólera, pero Daylight prosiguió:

-Escúchame. Puedo ser tu padre y sé bien lo que digo. Hace algunos años, el doblegarte el brazo hubiera sido para mí como romper un palillo. No me gusta predicar. Es la primera vez que lo hago, y tú tienes la culpa- Déjame que te diga que valgo y tengo no sé cuantos millones y que los daría todos, ahora mismo, por poder tenderte el brazo sobre el bar. Lo que significa que daría cuanto poseo por volver a ser lo que era cuando dormía al raso antes de venir a meterme entre cuatro paredes a beber cocteles. Créeme, muchacho, no vale la pena. Piénsalo bien y ¡buenas noches!

Salió titubeante del salón, perdiendo valor sus palabras a causa de estar completamente ebrio al pronunciarlas..

Aun aturdido, se dirigió a su hotel, cenó y se dispuso. a acostarse- -¡Maldito chiquillo)-murmuró.-Me hizo quedar como un principiante... ¡a mí, a mi mano…!

Extendió el ofensivo miembro mirándolo con estúpida sorpresa- ¡La mano invencible! ¡La mano que había derrotado a los gigantes de Circle City! ¡Dede tenía razón) No era el mismo hombre. La situación requería mayor consideración de la que había prestado. Pero-.- no ahora- Mañana, después de haber dormido, le prestaría toda su atención.

CAPITULO XXII

Despertó con la boca y la garganta secas, como de costumbre. Del jarro de agua próximo a su cama se sirvió un vaso, que bebió de un trago, reanudando los pensamientos de la noche anterior.

Pasó revista a la situación económica. Las cosas iban tomando mejor cariz- Aunque no sin dificultades, podían sortearse los escollos del camino. Aun existían complicaciones y enredos pero no la gravedad de los días pasados. Había recibido un rudo golpe, pero conseguía salir de la refriega con los miembros intactos, que ya era más de lo que Dolliver y otros tantos podían decir. Ninguno de sus amigos estaba arruinado. Les obligó a aguantar firme para salvarse él, y había conseguido que se salvasen todos.

Su mente revertió al incidente del "Parthenon". El acontecimiento ya no le sorprendía, pero le había llegado al alma; le dolía la derrota como tan sólo puede dolerle al atleta en decadencia. Sabía la causa. No era la edad. Eran las libertades que se había tomado consigo mismo. Consideró su fuerza como algo permanente, cuando lo cierto era que fué perdiéndola sin darse cuenta. No hacía ejercicio y había disuelto sus músculos en alcohol.

¿Valía la pena? ¿Qué significaba su fortuna, al fin y al cabo? Dede tenía razón: no era libre. Aunque lo desease, no podia abandonar su despacho y sus asuntos. Dentro de breves momentos, la sirena de sus fábricas le llamaría al trabajo.

El sol entraba por las ventanas anunciando un día espléndido de libertad con "Bob" por las colinas, con Dede a su lado, montada en "Mab". Sin embargo, sus millones no podían procurárselo.

¿De qué servían treinta millones si no podía pagarse un paseo con la mujer amada?

¡Treinta millones, y no podía conquistar a una muchacha que ganaba noventa dólares al mea l

Se levantó colocándose frente al espejo. Realmente no era una belleza. Su figura había perdido la esbeltez de antaño, sus facciones eran mudo testimonio de su vida. Los músculos de hierro del pecho, hombros y abdomen se habían convertido en rollos de carne adiposa.

Se sentó en la cama recordando su juventud, las penalidades y privaciones que había sufrido con otros compañeros, los indios y los perros que había logrado vencer en la pista, los prodigios de resistencia que le habían hecho rey en un pueblo de gigantes. ¡Era la edad 1
Por su mente pasó el recuerdo del anciano encontrado en Glen Ellen, con sus cubos de leche espumosa y la aureola del sol poniente en el cabello. También aquella era la edad. Pero ¡qué distinta! ¡Tanto como el caso de la abuela del chaparral) Y Ferguson, el ex editor de un gran diario, que se contentaba con seguir viviendo en su cabaña, junto a un manantial. Ferguson había resuelto el problema. Alcohólico y enfermo, había escapado a la urbe y a los médicos, absorbiendo salud en las montañas como una esponja absorbe agua

"Si un hombre así-pensaba,-puede transformarse en lo que ahora es, ¿qué no podría hacer yo mismo?"

Tuvo la visión de su renacida juventud, y pensó en Dede, sobresaltado ante la magnitud do la idea que ¡se le acababa de ocurrir.

No estuvo quieto mucho tiempo. Su cerebro, trabajando con su habitual rapidez, estudió la idea en todos sus aspectos. Era gran. de, mayor de lo que había supuesto. Su sencillez le encantaba. Tomando una decisión, empezó a vestirse. A medio vestir, cogió el teléfono. Dede fué la primera persona a quien llamó.

-No vaya al despacho esta mañana-le dijo.-Iré a verla a su casa dentro de unos instantes.

Rabió con varias personas más. Pidió su coche y dió instrucciones a Jones para enviar a "Bob" y a "Wolf" a Glen Ellen. Hegan quedó sorprendido al recibir la orden de que estudiase la escritura de Glen Ellen y la transfiriese a nombre de Dede Mason.

-¿A quién? -preguntó Hegan.

-A Dede Mason-repitió imperturbablemente.

Media hora después volaba hacia Berkeley. Y por vez primera se detuvo ante la misma puerta de la joven. Dede quiso recibirle en el gabinete, pero él prefirió sus habitaciones.

-Es el único sitio posible-dijo.

Al cerrar la puerta, la abrazó, mirándole fijamente.

-Dede, si le digo que me voy a vivir a Gleu Ellen, que no llevaré ni un centavo conmigo, que trabajaré hasta ganarme el último pedazo de pan y que no volverá a tocar una carta del juego de los negocios, ¿querrá usted venir conmigo!

Sobresaltada, la joven lanzó un grito apoyándose aún más en su pecho. Pero en seguida volvió a apartarse.

-No... no comprendo-dijo.

-No me ha contestado, aunque no creo necesaria la respuesta. Vamos a casarnos sin más demora. "114" y "Wolf" están ya en camino. ¿Cuándo estará usted lista?

Dede no pudo evitar una sonrisa.

-¡Qué huracán de hombre! ¡Si aun no me ha explicado de qué se trata!

Daylight sonrió también.

-Dede, se han acabado los remilgos y las llamadas telefónicas y el perder el tiempo. Vamos a hablar claro, pronto y a punto. Conteste usted a algunas preguntas mías, y después haré yo lo propio con las suyas. Iríamos a vivir en el rancho y del ranchoañadió después de una pausa.-¿Me quiere usted lo bastante para casarse conmigo!

-Pero...

-Nada de peros-interrumpió él bruscamente.-Conteste sí o no. El la miró un instante, bajando ella los ojos. Todo su ser parecía darle una respuesta afirmativa

-Entonces, vamos allá. El auto nos espera. No nos detiene más
que su sombrero-continuó él besándola.-Supongo que me está permitido-terminó.

Fué un abrazo largo. Ella rompió el silencio.

-Aun no he recibido respuesta a mis preguntas. ¿Cómo es posible? ¿Cómo dejar los negocios? ¿Ha ocurrido algo?

-No, todavía no, aunque ocurrirá pronto. Tu sermón ha surtido efecto. Eres mi único Dios. Lo demás... puede irse al cuerno. He sido un esclavo de mi dinero, y no pudiendo servir a dos amos, dejo que el dinero se las arregle... Y algo más. He bebido mi último coctel. Ahora soy un tonel de whisky, pero tu marido no lo será. Será otro hombre tan pronto y tan radicalmente, que creerás, cuanto estemos en Glen Ellen, que vives con un desconocido y me dirás: " Yo soy la señora Harnish; ¿quién es usted? " Y yo diré: "Soy el hermano menor de Elam Harnish. Vengo a sus funerales ". "¿Qué funerales?", preguntarás tú. Y yo te contestare: "Los de ese jugador, bebedor, Burning Daylight, el hombre que murió a consecuencia de ocuparse exclusivamente de sus negocios; y si usted me lo permite, señora, ahora voy a ordeñar la vaca para preparar el desayuno ".

La cogió de la mano arrastrándola hacia la puerta, y cuando se resistió la besó repetidamente.

-¡Cómo te deseo, mujercita!--dijo.-¡Qué son a tu lado treinta millones?

-¡Por favor! ¡Un poco de sentido común!-suplicó ella.

Pero Daylight estaba decidido a salirse con la suya y quiso atraerla hacia sí.

-¡Aun no se ha contestado a mis preguntas!-replicó ella. -¿Qué quieres saber?

-Primero, ¿cómo será posible? ¿Cómo dejar los negocios en este momento? ¿Qué es lo que va a ocurrir?

-Vamos, ante todo, a casarnos-dijo él humorísticamente. Y al ver el gesto que ella hizo prosiguió, más seriamente:-La situación es esta: desde que se inició el pánico he venido trabajando como cuarenta caballos, y entretanto, esas idean iban germinando en mi espíritu, y esta mañana han florecido. De repente, al disponerme a ir al despacho, vi cómo el sol brillaba en el cielo... y sentí el deseo de ir a las colinas contigo unos treinta millones de veces más de lo que deseaba ir al despacho y... la cosa era imposible precisamente a causa de ese despacho. El dinero se interponía cerrándome el paso. Entonces me decidí. Tenía dos caminos: el uno conducía al despacho, el otro a Berkeley. Y tomé el segundo con la firme intencíón de no volver a poner más los pies en el despacho. Se ha acabado para siempre.

-Pero... ¿quiere decir...?

-Exactamente. Lo dejo todo. Cuando esos treinta millones se levantaron entre tú y yo, vi que había llegado el momento de tomar una seria decisión, y la tomo. Te tengo a ti y tengo el rancho y mis brazos para trabajar, y "Bob" y "Wolf" y ciento cuarenta bridas de crin. Lo demás... ¡al cuerno!

Pero Dede insistió.

-Entonces, lesa tremenda pérdida es innecesaria!...

-Es necesaria, por cuanto se interpone el dinero entre nosotros. -No, no-interrumpió Dede.-Lo que quiero decir es si desde el punto de vista comercial es necesaria esa pérdida.

-No, eso es lo importante. No me voy porque esté acorralado por el pánico; me voy después de haber vencido ese pánico y haberlo dominado por completo. Eso te prueba lo poco que me importa. No importa nada más que tú, mujercita.

Ella se apartó de su brazo.

-¡Estás loco, Elam! ¡No sabes lo que estás haciendo!...

-Sí. Lo sé-asegur6 él.-Estoy consiguiendo lo que más he deseado en mi vida. Tu dedo meñique vale más que. ..

-¡Ten sentido común...!

-En mi vida tuve tanto. Sé lo que quiero y voy a conseguirlo. Te quiero a ti, quiero mi rancho en la montaña, quiero ordeñar mis vacas, y aserrar madera, y cuidar de los caballos, y arar la tierra... Estoy harto de todo lo demás, y seré el hombre más feliz del mundo porque tendré lo que no se obtiene con dinero: te tendré a ti. ..

Un repiqueteo en la puerta le interrumpió, y quedó solo admi-. rando la Venus mientras Dede contestaba a una llamada telefónica. -Es míster Hegan-dijo al regresar.-Dice que es muy importante.

-Di a míster Hegan que no me moleste. No tengo nada que ver con el despacho.

Un minuto después volvía a insistir.

-Quiere hablarte. En lo oficina esperan varias personas que quieren verte. Hegan dice que Grimshaw y Hodkins están en mala situación. Parece que van a la quiebra.

La noticia era inquietante. Ambos hombres representaban empresas de importancia; si quebraban arrastrarían en su caída a otras firmas y se reproduciría quizá el pánico.

Pero Daylight sonrió y, con el tono que habitualmente empleaba en el despacho, dijo:

-Miss Mason, haga el favor de decir a míster Hegan que no hay nada que hacer y que no se moleste en llamar.

-Pero... no puedes hacer eso. -Ya lo verás.

-¡Elam!

-¡Repítelo-gritó,-repítelo, y diez docenas de Grimshaw pusden irse al diablo!

Volvió a cogerla de la mano atrayéndola.

-No te preocupes de Hegan. No podemos perder ni un minuto en un día como hoy. El sólo piensa en libros y cosas por el estilo, y yo... tengo entre mis brazos a una mujer que cuanto más lo niega más me quiere.

CAPITULO XXIII

-Pero yo sé lo que te ha costado resolver el pánico-repuso Dede.-Si ahora lo dejas, todo tu trabajo habrá sido inútil, todo se irá a la ruina. No tienes derecho, no puedes hacerlo.
Daylight seguía obstinado. Movió la cabeza maliciosamente. -No se arruinará nadie, Dede. No entiendes el juego. Se hace todo en papel. ¿Dónde está el oro que saqué del Klondike? Convertido en relojes, en monedas, en sortijas. Pase lo que pase, todo eso queda. Lo mismo ocurre ahora Mi personalidad representa pa- pel. Tengo papel que cubre millares de acres de terreno. Si quemo ese papel, la tierra quedará en su sitio. Mi presencia o mi ausencia no alterarán ni pizca las condiciones existentes. No se perderá nada. Los tranvías seguirán circulando, los vapores cruzando la ba• hía. Oakland está en su período de engrandecimiento. Pase lo que pase conmigo, se venderán terrenos, se edificarán casas, se establecerán nuevos negocios.

En aquel momento Hegan llegaba en su automóvil acompañado de Unwim y Harrison, dos grandes capitalistas.

-Veré a Hegan-dijo Daylight.-A los otros, no. Que esperen abajo.

-¿Está borracho?-preguntó el abogado al entrar. Ella movió la cabeza negativamente.

-Buenos días, Larry - saludó Daylight. - Siéntate y descansa. Pareces preocupado.

-Lo estoy-replicó el irlandés.-Si no me haces caso, pronto Grimushaw y Hodkins se van al cielo. ¿Por qué no vas al despacho? ¿Qué intentas hacer?

-Nada-repuso lentamente Daylight.-Excepto rogar por ellos cuando se hayan ido al cielo.

-Pero. . .

-No tengo nada que ver con Grimshaw ni con Hodkins. No les debo nada. Ademús, el primero que se va al cielo soy yo, Larry. Me conoces bastante para saber que cuando me propongo una cosa no cambio de opinión fácilmente- Pues bien: estoy resuelto a terminar lo antes posible, y la manera más rápida de conseguirlo es ésta.

Hegan le miró estupefacto, mirando después a Dede, quien hizo un ademán de simpatía

-Por lo tanto, suelta amarras, Larry. Procura salvarte tú y salvar a tus amigos; escúchame y te diré lo que has de hacer. Las co. sas están en forma que puede solucionarse todo sin que nadie su. fra. Cuantos me secundaron y apoyaron deben salir recompensados. Los fondos que retiré de los tranvías y de las aguas deben restituirse a sus cajas respectivas...

-¡Estás loco, Daylight?-rugió el abogado.-¡Sí, es una locura patente! ¿Qué te ocurre! ¿Has tomado alguna droga? -Efectivamente-replicó Daylight sonriendo. -Estaba intoxicado y me estoy curando. Esoy harto de la ciudad y de los negocios. Me voy al campo, al sol y a los árboles. Y Dede viene conmigo; de manera que tienes excelente ocasión de ser el primero en felicitarme.

-¡Que te felicite el diablos-tartajeó Hegan.-¡No puedo tolerar tamaño desatino!

-Sí, sí puedes. Si no lo toleras, la catástrofe será mayor y habrá muchos lastimados. Tú vales personalmente un millón. Si me escuchas podrás escapar sin daño. Por el contrario, yo quiero perjudicarme hasta el límite, y no hay quien pueda ponerse en mi camino. ¿Entendido, Hegan. . . ?

-¿Qué ha hecho usted con él?...-apostrofó Hegan, indignado dirigiéndose a Dede.

-¡Alto, Larry? -Por primera vez Daylight habló con su antigua autoridad.-Miss Mason va a ser mi mujer, y si bien no me opongo a que le digas lo que quieras, emplea otro tono si no quieres ir al hospital; y, además, te advierto que ella opina como tú. También dice que estoy loco... Naturalmente, por el momento la situación será complicada, pero no durará mucho. Has de procurar salvaguardar, como te digo, a cuantos nos ayudaron, a los acreedores y a las empresas...

Dede, que escuchaba visiblemente conmovida, pareció decidirse, e interrumpió, pálida, pero resuelta:

-Espera-dijo,-quiero decirte una cosa Si haces semejante disparate, no me casaré contigo. Me niego rotundamente. -Correré ese albur -dijo Daylight.

-Espera -prosiguió. -Si no haces lo que has dicho, acepto casarme ahora mismo.

-Deja que me haga cargo de esto-repuso Daylight hablando con exasperante lentitud y deliberación.-Si no entiendo mal, prometes casarte conmigo a condición de que continúe en los negocios, es decir, si continúo trabajando como un desesperado y bebiendo cocteles... .
Tras cada pregunta hacía una pausa y ella asentía con la cabeza. -¿Y te casarás en seguida!

-¿Hoy? ¿Ahora mismo?

-Sí

Reflexionó un instante.

-Mujercita: no puede ser, es imposible y tú lo sabes- Si continúo en los negocios, tú no serás mía, ni yo seré tuyo. En el rancho estaremos seguros los dos, el uno del otro- Puedes decir lo que harás y lo que no harás, pero te casarás conmigo de igual modo. Larry, empieza tu tarea- Como no volveré al despacho, tráeme al hotel los documentos que quieras que firme.

Se puso en pie esperando que Hegan aceptase la indicación. -¡Absolutamente loco?-murmuró el abogado.

Daylight le puso la mano en el hombro.

-¡Valor, Larry! Siempre estás hablando de las maravillas de la naturaleza humana, y ahora que te doy un ejemplo palpable no lo aprecias. Soy más soñador que tú. Voy a conseguir la realización del sueño más hermoso de mi vida, -¡Perdiendo cuanto tienes!

-Sí; perdiendo cuanto tengo y no quiero. Pero conservo las ciento cuarenta bridas. En fin en el hotel me encontrarás cuando me necesites.

Al abandonar Hegan la habitación, Daylight se acercó a Dede.

-Y ahora, mujercita, ya no tienes empleo. Estás despedida- Entretanto, descansa, medita lo que quieres llevarte al rancho porque al principio tendremos que usar lo que tú lleves, al menos en cuanto a mobiliario decente.

-Pero, Elam, ¡no quiero, no quiero l ¡Si haces esa locura, no me casaré contigo!

-¿Quieres ser leal? ¿Qué prefieres, el dinero y yo, o el rancho y yo?

-Pero-..

-Sin peros-.. ¿Yo y el dinero? Ella no contestó.

-¡Yo y el rancho?

Siguió en silencio.

-¿Lo ves? Sin contestar, contestas, y ya no hay más que ha- blar- Enviaré un par de hombres para que embalen lo que decidas llevarte. Será el último trabajo que hagan para nosotros. En el rancho nos las arreglaremos solos.

-¡Si supiera que sirve de algo, lloraría !-amenazó ella-

-En cuyo caso tendría que cogerte en brazos y consolarte. Y ahora me voy- ¡Lástima que vendieras a "Mab"! Podrías haberla enviado al rancho. Pero mucha sería nuestra mala suerte si no encontráramos algo que puedas montar.

Cuando estaba a punto de marcharse, ya en la calle, ella le dijo: -Es inútil que vengan esos hombres- No me casaré contigo- -¡Qué le vamos a hacer?-repuso él alejándose-

CAPÍTULO XXIV

Tres días después, Daylight fué a Berkeley en su coche rojo por última vez.

Al día siguiente, el potente automóvil pasaba a manos de su nuevo poseedor.

Los tres días habían sido de ímprobo trabajo, porque su retirada de los negocios era el acontecimiento de mayor importancia que el pánico había traído consigo.

Los diarios habían relatado su asunto extensamente, y los mismos individuos que más tarde se encontraron protegidos por su previsión fueron los primeros en protestar.

Corrió el rumor de que Daylight se había vuelto loco.

Entre los hombres de negocios era inconcebible su proceder si se estaba en su sano juicio.

No habiéndose hecho público su próximo enlace con Dede, la única conclusión verosímil era que el financiero de Alaska estaba loco de remate. Y él sonreía, confirmando la versión.

Detuvo el auto ante la puerta de Dede, acogiéndola con su ha- bitual táctica, abrazándola antes de pronunciar palabra- Ya sentados, anunció:

-Está hecho. Supongo que has leído la prensa. Estoy liquidado y he venido a ver cuándo estarás en disposición de marchar a Glen Ellen. Ha de ser pronto, porque la vida en Oakland resulta cara. Tengo el hotel pagado hasta fin de semana y no podré continuar en él por más tiempo. Desde mañana me veré obligado a ir en tranvía, y cuesta no poco dinero.

Hizo una pausa, mirándola. Parecía indecisa y perturbada, pero la sonrisa que Daylight tan bien conocía no tardó en asomar a sus labios, terminando por soltar una franca carcajada.

-¿Cuando vienen esos hombres a embalar mis trastos?

Y rió de nuevo, pretendiendo en vano escapar de entre los brazos de Daylight-

-¡ Querido Elam, querido Elam l-murmuró besándole por vea primera.

-Tus ojos parecen de oro en este momento-dijole él acarician- dole el cabello suavemente, - y puedo ver en ellos lo que me quieres.

-Hace tiempo que son de oro para ti, Elam, y en el rancho lo serán siempre.

-El otro día, cuando no querías casarte conmigo, también refulgían así.

-No podía ser cómplice de tus locuras. Ese dinero era tuyo, no mío. Pero ya te amaba, y amaba la calma con que te desprendías de tus treinta millones, como si fueran un juguete del que te hubieras cansado- Y mientras decía que no, sabía que acabaría diciendo que sí- Mi único temor era que no consiguieses desprenderte de toda tu fortuna, porque me hubiera casado contigo de todos modos, y lo que ansiaba era el rancho, y "Bob" y " Wolf ". Te digo un secreto? En cuanto marchaste, lo primero que hice fuá telefonear al comprador de "Mab".- A pesar de cuanto dije, mi corazón estaba dispuesto a seguirte, Elam- Intenté saber qué había sido de "Mab ", pero el que me la compró no sabía a qué manos había ido a parar. Hubiera querido entrar en Glen Ellen sobre el lomo de "Mab", contigo y con "Bob" y "Wolf".

Daylight estuvo a punto de revelarle el paradero de la yegua, pero supo contenerse.

-Te prometo un animal que te gustará tanto como "Mab ".Dede sacudió la cabeza mostrando su incredulidad.

-Tengo una idea-prosiguió Daylight, ansioso de cambiar de conversación. -Si lo que pretendemos es escapar de la ciudad, no parece natural que nos casemos en ella. 6i no te opones, iré a Glen Ellen a prepararlo todo y a despachar al encargado. Tú seguirás dentro de un par de días. Tendré al pastor a punto. Tráete el traje de montar, y en cuanto termine la ceremonia podrás ir al hotel a cambiar de ropa. Daremos una vuelta por las colinas a fin de que te hagas cargo de lo bonito que es el rancho. De manera que te esperaré en el primer tren pasado mañana.

Dede se ruborizó al contestar.

-Eres un huracán, no un hombre.

-Señora-dijo en tofo de broma.-En efecto, me horripila per. der el tiempo. Y usted y yo hemos estado perdiéndolo desde hace mucho. Hemos sido escandalosamente extravagantes. Hace años que deberíamos estar casados.

Dos días después, Burning Daylight esperaba a la puerta del pequeño hotel de Glen Ellen.

La ceremonia había terminado y Dede se cambiaba de traje mientras él fué a buscar los caballos. Tenía ambas bridas en la mano, la de "Bob" y la de "Mab", y a la sombra de un árbol, "Wolf" esperaba.

Vió salir a Dede, látigo en mano, con el traje que solía ponerse para los paseos domingueros. Le saludó con una sonrisa, y su mirada pasó a los caballos. Vió a "Mab" y se volvió hacia Daylight.

-¡Oh, Elam !-exclamó.

Era una plegaria que decía mil cosas distintas.

El intentó disimular, pero su corazón latía aceleradamente. En la sola mención de su nombre había visto reproche, gratitud, amor y goce de la vida.

Llegó el momento solemne para ambos. La joven tomó la brida y él le ofreció el apoyo necesario para montar. Un instante después estaba a caballo a su lado, con "Wolf" trotando con su típico paso de lobo. Salieron del pueblo, hacia las colinas, dos enamorados en plena luna de miel.

Daylight se sentía ebrio de alegría y felicidad. Había llegado al pináculo de sus aspiraciones. Era un día entre los días, su día de amor coronado por la virginal posesión de una compañera que había sabido poner en la sola mención de su nombre toda su alma.

Llegados a la cresta de la colina, contempló la dicha que se reflejaba en el rostro de la joven al contemplar el panorama, y le señaló el grupo de oteros cubiertos de árboles entre las ondulaciones del terreno de labor.

-Son nuestros-le dijo.-Y sólo representan una muestra de lo que es lo demás. Espera a ver el gran cañón. En cuanto a la caza, esa montaña está plagada de ciervos y martas... Hasta encontraremos algún coatí casi con toda seguridad. Y hay una pradera... bueno, es preferible no decir nada más. Espera y verás por ti misma. Al dejar tras sí los campos de heno, anunció:

-Estamos ahora en terreno nuestro. Cruza en sentido diagonal hasta llegar a lo más abrupto.

Como en el primer día de su visita, dejaron la cantera de marga a un lado y siguieron por el bosque.

Dede estaba en perpetuo éxtasis. Junto al manantial crecía un lirio salvaje y el suelo era una verdadera alfombra de campánulas de todas clases. No desmontaron, continuaron hasta el cañón en el que el arroyo se había abierto paso entre los oteros. Pasaron bajo los fornidos árboles encontrando luego un enmarañado bosque de robles y madroños, hasta desembocar en un raso de varios acres de extensión en el que la mies llegaba ya a la cintura.

-¡Nuestro! -exclamó Daylight.

Ella se inclinó en la silla, y cortando una espiga se la llevó a la boca mordiscando el tallo.

-¡Heno del monte! -exclamó.-El que gusta a "Mab ". Continuaron el camino, y a cada paso crecía el deleite de Dede, quien no cesaba en sus exclamaciones de admiración y contento. A veces detenía a la yegua para mejor disfrutar del panorama. -Diríase que somos nadadores -dijo, saliendo a la superficie de un gran lago tranquilo. Allá arriba tenemos el cielo y el sol, pero este es un lago y estamos a mil brazas de fondo. -Realmente, es más interesante que los muebles del despachosugirió Daylight.

-Sin la menor duda-asintió ella sonriendo.

Cruzaron un arroyo y tomando un camino a través del matorral de manzanilla, salieron al valle con su pradera bordeada por el curso del agua.

-Mucho me extrañaría no levantar alguna codorniz - dijo Daylight.

Y como si sus palabras las hubieran conjurado, elevaron el vuelo por entre las patas del asombrado "Wolf" innumerables codornices, en tanto que las más jóvenes se escabullían por la maleza.

Pasaron entre las vides que crecían en un terreno volcánico de color rojizo, y, siguiendo una vereda que serpenteaba entre el boscaje, llegaron a la ladera junto a la cual se resguardaba el rancho, aunque no lo distinguieron sino después de encontrarse a varios pasos del mismo.

Dede se quedó en el amplio pórtico que ocupaba todo el largo del edificio mientras Daylight ataba los caballos.

Para Dede todo estaba quieto y silencioso. Era un mediodía de California, cálido y plácido. El mundo entero parecía dormitar. De algún lugar cercano llegaba hasta ella el arrullo de palomas. Con un profundo suspiro de satisfacción, "Wolf" se tendió a la sombra. Ella oyó los pasos de Daylight y esperó conteniendo el aliento.

El la cogió de la mano y, al girar el pomo de la puerta, notó que la joven vacilaba. Con un brazo le ciñó la cintura, abrió y entraron en la casa juntos.

CAPITULO XXV

Son muchos los que, nacidos y criados en la ciudad, han huido al campo y han encontrado en la vida rural la felicidad que de- seaban, aunque la consiguieron a costa de un proceso de salvaje desilusión.

En el caso de Dede y Daylight, el proceso fué distinto porque ambos eran hijos de la tierra y conocían su sencillez y su crudeza. Eran como dos seres que, tras remotos viajes, regresan al terruño.

Lo que parecía sórdido y feo para el educado en la urbe, era para ellos saludable y natural. Cometian menos errores y recordar lo que habían olvidado era para ellos un deleite. Vieron que era más fácil contentarse con un pedazo de pan, después de haber conocido los lujos urbanos, que no sabiendo en qué consistían éstos.

No es que llevaran una vida mísera, sino que encontraban satisfacción en las cosas pequeñas y humildes.

Daylight, por su parte, advirtió que, al fin y al cabo, aquello era también un juego. Había obstáculos que vencer, fuerzas a las que oponerse o someter, trabajo que realizar. Cuando, en pequeña escala, hizo un experimento en la cría de palomos para el mercado, tuvo la misma satisfacción al calcular las crías que cuando calculaba millones.

El gato doméstico, que se había vuelto salvaje y amenazaba a sus palomos, le pareció una amenaza menor que la de un Charles Klinkner, en el mundo financiero, tratando de arrebatar unos millones.

Los halcones, las comadrejas y los coatís eran otros tantos Guggenhammer, Dowset y Letton, que le atacaban secretamente.

La exuberante vegetación que pugnaba por invadir sus campos era también un enemigo serio que había que vencer. Cuando trabajaba en la rica huerta y resolvía sus problemas técnicos, eliminando los obstáculos, sentía la emoción de la obra realizada.

Por ejemplo, en la cuestión de las cañerías del agua, pudo adquirir las que necesitaba gracias a la afortunada venta de algunas de sus bridas de crin. El mismo hizo la instalación, aunque más de una vez tuvo que recurrir a Dede para que le sujetase la llave inglesa. Por fin, cuando el baño y los lavabos estuvieron a punto de funcionar, contempló fascinado la obra salida de sus manos.

La primera noche, echándole de menos, Dede, buscándole, le halló, lámpara en mano, contemplando con infantil alborozo el baño y los lavabos.

Estas aventuras de artesanía doméstica tuvieron por consecuencia la construcción de un pequeño taller, donde poco a poco fué reuniendo una colección de herramientas. Y él, que antaño habría podido adquirir con sus millones todo cuanto su caprichosa fantasía le hubiera sugerido, halló una nueva alegría en la adquisición de cada herramienta, fruto de una rígida y estricta economía.

Tuvo que esperar tres meses antes de permitirse el lujo de adquirir un destornillador mecánico, y su gozo en la posesión de la herramienta de trabajo fué tal, que Dede concibió una gran idea.

Durante seis meses la joven fué ahorrando de la asignación que tenía para sus gastos domésticos, y al final le sorprendió con el regalo de un torno de carpintero, de múltiples y variadas aplicaciones. Su alegría ante la nueva herramienta fué sólo comparable a la que ambos tuvieron con el nacimiento de la primera cría de "Mab", que fué propiedad exclusiva de Dede.

En el segundo verano, Daylight construyó una chimenea que rivalizaba con la de Ferguson, el solitario del otro lado del valle. Estas cosas requerían tiempo y Dede y Daylight no tenían prisa.

Necesitaban poca cosa en cuanto a comestibles, y no tenían que pagar alquiler alguno. Por ello procedían lentamente, sin ambición ni precipitaciones, reservándose el uno para el otro, y rece. giendo muchas enseñanzas de la experiencia de Ferguson.

Algunas veces éste les acompañaba en sus cacerías de ciervos, aunque por lo general Dede y Daylight preferían ir solos. Exploraron toda la comarca y su alrededor y acabaron por conocer el terreno palmo a palmo. Pero lo que más les deleitaba eran los caminos abruptos,

los utilizados por los ciervos, donde tenían que avanzar agachados, agazapados o arrastrándose por entre matorrales, con "Bob" y "Mab" siguiéndoles con dificultad.

Al regreso de sus paseos a caballo traían semillas y bulbos de flores silvestres para plantarlos en rincones apropiados del rancho. A lo largo del camino que seguía la conducción de agua, empezaron su plantación de helechos. No era cosa de pretensiones, pues simplemente deseaban introducir nuevas variedades sin dejar de cuidar las que ya. existían. Lo mismo hicieron con la lila silvestre que Daylight obtuvo de Mendocino County. Entró a formar parte de la vegetación del rancho y, después de ayudarla a arraigar en el primer año, la dejaron aclimatarse sola.

Solían recoger simientes de amapolas, sembrándola a voleo por el terreno, de manera que las flores de color anaranjado brillante esmaltaban los campos de heno y medraban en forma de zonas llameantes en los ángulos de las vallas y por las orillas de los claros.

Dede, que sentía gran inclinación por las espadañas, sembró una franja de ellas a lo largo del arroyuelo del prado, dejándulas que se las arreglasen entre los berros, y cuando éstos se vieron amenazados de extinción, Daylight convirtió uno de los manantiales en jardín de berros, conminando a las espadañas con su inmediata destrucción si aparecían por aquel lugar.

Aquellas tareas no suponían trabajo ni en realidad eran tam- poco tareas. Simplemente, al pasar, tendían la mano a la Naturaleza, ayudándola. Las flores y los arbustos crecían por sí solos, y su presencia no era una violación del ambiente que les rodeaba- Ni él ni ella intentaban jamás introducir planta alguna que uo perteneciese por derecho propio al terreno, como tampoco la protegía contra sus enemigos. Los caballos y sus crías, las vacas y las ter, neras pacían entre ellas- Por otra parte, aunque Daylight hubiera podido obtener buen beneficio consintiendo que caballos ajenos pastasen en sus terrenos, se negaba por la devastación que ello hu- biera supuesto.

Ferguson tomó parte en la fiesta celebrada al terminarse la erección do la gran chimenea- Dayligh había ido más de una vez a conferenciar con él durante el curso de la construcción, y fué el único presente al sagrado ceremonial de su primer fuego.

Desalojando un tabique medianero, Daylight había construído una sola habitación en las dos principales, y en ella se habían colocado los tesoros de Dede: sus libros, sus fotografías, el piano, la Venus yacente, la mesa de té y sus accesorios deslumbradores.
A más de las pieles que ella poseía, se había añadido a la colección la de un león de montaña cazado por Daylight y las de ciervos cazados por ambos- El mismo las había curtido, lenta y laboriosamente, a usanza fronteriza.

La ceremonia iba a empezar. Daylight temió a Dede las cerillas, y ella encendió una, acercándola a la leña seca- Las ramas prendieron con un chisporroteo alegre y sus llamaradas envolvieron pronto los troncos de pino. Los tres se apartaron en un momento de solemne expectación.

Ferguson pronunció la frase con la sonrisa en los labios y la mano tendida.

-¡Qué bien tira, muchacho, qué bien tira! -exclamó con sana alegría.

Estrechó la mano a Daylight, y éste, inclinándose, besó a Dede en los labios- Estaban más orgullosos del éxito de su primera labor que un gran capitán en su primera victoria-

En los ojos de Ferguson se adivinaba una humedad sospechosa, en tanto que la joven se apretaba más y más contra el hombre cuya obra celebraban.

Y él la cogió en brazos llevándola al piano y gritando

-¡Dede! ¡El Glorial ¡El Gloria!

Y mientras las llamas subían triunfantes por la chimenea que tiraba bien, las notas magníficas de la "Duodécima Misa" glori. ficaron la obra-

CAPITULO XXVI

Desde que decidió abandonar los negocios, Daylight no había vuelto a probar licor alguno, aunque sin hacer voto de abstinencia completa- Pronto se sintió lo bastante fuerte para beber un coctel y un whisky sin la imprescindible necesidad de beber un segundo, y con el cambio de vida sobrevenido había desaparecido aquella necesidad. No deseaba beber, ni recordaba que la bebida existiera. Pero se negaba a dejarse dominar por el miedo a beber, y si so le ofrecía algún licor, aceptaba.

Según había profetizado a Dede, Burning Daylight, el financiero urbano, había muerto en el rancho, sustituyéndole su hermano menor, el Daylight de los tiempos de Alaska-

La amenazadora invasión de tejidos adiposos se había detenido y volvía h ser el hombre esbelto y muscular de sus buenas épocas Llegó a ser el "hombre fuerte" de Sonoma, el que podía levantar mayores pesos entre una raza de fornidos agricultores.

Una vez al año celebraba su aniversario desafiando a quien quisiera luchar a la grecorromana. Buena parte de la juventud del valle aceptaba el desafío, llegando acompañados de sus familias y tomándose un día de asueto.

Siguiendo el ejemplo de Ferguson, cuando al principio necesitaba dinero contante, se empleaba para un día de faena, pero no tardó en gravitar hacia una clase de trabajo que le era más grato y satisfactorio.

Habiendo aceptado, medio en broma, el reto del herrero del pueblo, de que no sería capaz de domar un potro de incorregible reputación, tuvo tanto éxito que le ganó fama de experto en aquella clase de asuntos- Y de pronto se vió en condiciones de poder ganar cuanto necesitara con un trabajo que era para él una distracción.

Un potentado, cuya granja se hallaba a unas tres millas, le mandó a buscar, y no pasó mucho tiempo sin que le ofreciera la dirección de sus cuadras. Pero Daylight no solamente declinó la propuesta, sino que se negó a encargarse de la doma de todos los animales que se le propusieran, porque, como dijo a Dede, no quería fallecer por exceso de trabajo, limitándose a domar los que eran estricta, mente necesarios para asegurarse la cantidad de dinero indispensa. ble- Algún tiempo después rodeó de una valla parte de una pradera para tener a pupilo unos cuantos incorregibles.

-Tenemos el rancho y nos tenemos el uno al otro -dijo a su esposa.-Prefiero cincuenta veces una excursión contigo por Hood Mountain a cincuenta dólares- Con cincuenta dólares no puedo comprar ni una mujer amada ni una puesta de sol, ni el día que per- dería si no presenciase esa puesta de sol con la mujer amada.

Su vida era saludable y natural. Se acostaba temprano, dormía como un niño y se levantaba al amanecer. Siempre tenía algo que hacer, cosas menudas que, sin embargo, requerían trabajo, aunque no se excedía.

Algunos días, tanto él como Dede, reconocían francamente su cansancio al volver de una cabalgata de sesenta u ochenta millas- Cuando tenían reunido algún dinero cogían los caballos con sus alforjas en las sillas y salían de su valle, dirigiéndose a alguno de los próximos- Al caer la noche se detenían en la primera granja o poblado, y al otro día seguían sus excursiones sin plan definido, hasta que se les acababan los fondos y se veían obligados a regresar. Solían estar ausentes de ocho a diez días, aunque en cierta ocasión consiguieron hacer durar su capital tres semanas, y entre sus proyectos más ambiciosos figuraba el de visitar algún día el pueblo natal de Daylight, en Oregón, regresando por el de Dede, en Siskiyou.

Un día, deteniéndose a recoger el correo en Glen Ellen, el herrero les llamó, diciendo:

-Escuche, Daylight; un joven llamado Slosson le envía sus mejores saludos. Ha pasado en auto camino de Santa Rosa- Quería saber si usted vivía por aquí, pero los que le acompañaban tenían mucha, prisa y no pudo detenerse por más tiempo. Pero me encargó que

le saludase en su nombre y, especialmnte, le dijera que habÍa seguido su consejo y continuaba batiendo su propio record.

Daylight había contado a Dede el incidente.

-¡Slosson!-dijo meditando.-Debe ser el que me doblegó el brazo por dos veces.-Y dirigiéndose a su esposa añadió:

-De aquí a Santa Rosa sólo hay doce millas, y los caballos están frescos-.. Ella adivinó su pensamiento y sonrió, asintiendo.

-Podemos atravesar por Bennett Valley. El camino es más corto -añadió él.

En Santa Rosa fue fácil tarea encontrar a Slosson. El y los que le acompañaban estaban en el hotel Oberlin, y Daylight encontró al joven campeón en persona.

-Muchacho-le dijo en cuanto lo vi(>, -he venido a repetir nuestro encuentro.

Slosson aceptó, y ambos hombres se pusieron frente a frente, con los codos apoyados en el mostrador y las manos encajadas- La de Slosson no tardó en doblegarse, tocando la madera.

-Es la primera vez que me ocurre-dijo.-Probemos otra vez- -Por qué no-contestó Daylight.-Y no olvides que también fuiste tú quien hizo lo propio conmigo- Por eso he venido en busca tuya.

Repitieron la suerte, y por segunda vez Slosson se vió dominado. Era un joven gigante, fornido, ancho de espaldas y de más estatura que Daylight. No ocultó su disgusto, confesando con fran- queza su derrota y proponiendo una tercera prueba- Esta vez hizo un esfuerzo supremo, y por un momento el resultado pareció dudoso- Con la cara congestionada por el esfuerzo y rechinando los dientes, soportó la fuerza de su contrincante hasta que al fin le fallaron los músculos.

-Es usted mucho más fuerte que yo-dijo.-Supongo que no so le ocurrirá hacerme la competencia en el lanzamiento del martillo. Daylight se echó a reír moviendo la cabeza-

-Podemos hacer un convenio y cada cual se atendrá a lo suyo- Tú te dedicarás a lanzar martillos y yo a doblar brazos.

Pero Slosson se negaba a aceptar la derrota definitiva.

-Escuche-dijo en tanto que Dede y Daylight se disponían a emprender el regreso, -¿quiere que nos volvamos a ver el año que viene.

-Cuando quieras. Pero te prevengo que tendrás que entrenarte de veras, pues me estoy dedicando estos días a arar y cortar leña- Durante el camino de regreso, Dede oyó a Daylight murmurar por lo bajo, felicitándose de su éxito. Cuando detuvieron los cabaPos en la cresta de la vertiente de Bennett Valley para contemplar la puesta de sol, Daylight se acercó a su esposa, ciñéndola por la cintura.

-Mujercita-dijo, tú eres la responsable de todo ello- Tú dirás si no vale todo el dinero del mundo un brazo como éste, sobre todo cuando puede servir para enlazar a una mujercita como tú.

De todos los encantos de su nueva vida, Dede era el mayor. Como mil veces le había dicho, el amor le había asustado siempre, y reconocía ahora que era lo mejor del mundo.

No sólo parecían haber nacido el uno para el otro, sino que, al decidir pasar su vida en el rancho, habían escogido al propio tiempo el terreno más propicio para su amor.

A pesar de sus libros y de su música, era Dede una mujer sen. cilla, amante del campo y de la Naturaleza, al paso que Daylight era esencialmente hombre amante de los grandes espacios, hombre cuyo ser vibraba con la armonía de la Naturaleza.

Una de las cosas que para Daylight constituían una de las maravillas en Dede, era la eficiencia de las manos de su esposa, las manos que al principio había visto tomar, veloces, sus dictados en taquigrafía para transcribirlas a máquina con igual velocidad; aquellas. manos sutiles y, sin embargo, lo suficientemente firmes para plegar a su voluntad un noble bruto como "Bob"; manos quo volaban maravillosamente sobre el teclado del piano, que acometían

sin descanso las faenas domésticas y parecían un milagro de dul. zura cuando le acariciaban el cabello.

Pero Daylight no daba nunca la sensación de esclavitud ante su mujer. Vivía su vida de hombre del mismo modo que ella vivía su vida de mujer.

Había una sabia distribución en las labores que a cada uno co rrespondían, y el conjunto asemejábase a un dechado perfecto de interés y consideración mutuos.

A él le interesaban tan profundamente su música y su cocina como a ella los ensayos agrícolas que él emprendía en los diferentes jardines del rancho- Y él, que resueltamente se negaba a morir de exceso de trabajo, procuraba con todo cuidado evitar a su mujer tan terrible riesgo.

Por tales razones, usando de sus prerrogativas de hombre, no permitió que la presencia de huéspedes constituyera un aumento de trabajo a cargo de su mujer- Porque, efectivamente, eran muchos los que les visitaban durante los largos y calurosos días de verano, por lo común amigos que habitaban en la ciudad, a los que instalaba en tiendas de campaña dándoles absoluta libertad para que, cual verdaderos veraneantes, se cuidasen de su propia comida.

Tal vez en California, donde todo el mundo conoce la vida cam. pestre, hubiese sido posible programa semejante- Pero Daylight no quería que su mujer asumiese las tareas propias de una cocinera, de una camarera o una doncella, por la sencilla razón de que ellos carecieran de tales servicios. Para el que sólo pasaba con ellos una noche, la cosa era diferente. También era dife- rente en lo que se refería al hermano de su esposa, que había regresado de Alemania, donde logró curarse, pudiendo ya montar a caballo. Durante sus vacaciones representaba el número tres de la familia, y a él se le asignaron los trabajos de la casa, tales como encender el fuego, barrer y lavar los platos.

Daylight se consagró personalmente al aligeramiento de la labor de Dede, y fué el hermano de ésta quien le incitó a utilizar la magnífica fuerza hidráulica del rancho, que hasta entonces se desperdiciaba. Para ello hubo de recurrir Daylight a la doma de más caballos salvajes para obtener el dinero suficiente con que comprar los materiales que la empresa requeria, al paso que su cuidado se dedicó durante tres meses de vacaciones a prestarle sólida ayuda, logrando instalar juntos la turbina- Además de servirle para aserrar madera y mover el torno y la piedra de afilar, la turbina fué conectada a la mantequera, pero su gran triunfo lo obtuvo cuando un día ciñó a Dedo por la cintura y la condujo a que observara la máquina de lavar, movida también por la turbina, con tanto éxito que en realidad trabajaba maravillosamente y lavaba toda la ropa sin ningún género de dudas.

Dede y Ferguson, después de una lucha paciente y tenaz, hicieron conocer a Daylight las delicias de la poesía, de suerte que al final podía verse a éste sentado tranquilamente en su silla, bajando por las veredas de las montañas entre bosques soleados, y cantando poemas de Kipling o Henley, la "Canción de la Espada", entre el ruido de la piedra de amolar, mientras afilaba el hacha.

No es que llegara a adquirir los conocimientos literarios de sus dos maestros- Después de ° ` Fra Lippo Lippi" y ' " Caliban and Stebos" no encontró nada substancial en Browning, siendo para él una verdadera desesperación los poemas de Meredith.

Fué, sin embargo, de su propia iniciativa la adquisición de un violín, el cual practicó tan asiduamente que después de cierto tiempo él y Dede pasaban muchas horas felices tocando juntos a la caída de la noche-

Así, todo fué bien con la feliz pareja. El tiempo no se les hacía nunca largo. Al final del día contaban siempre con el maravilloso crepúsculo y nuevas y variadas bellezas reclamaban su atención constante. Más que nunca, Daylight había llegado a comprender la relatividad de las cosas- En el nuevo juego encontró en los pequeños detalles el gozo que

encontrara en las magnas empresas cuando era una potencia y conmovía a medio continente por la sola imposición de su voluntad.

Arriesgar su vida o al menos algún miembro, domar y vencer un potro salvaje para ponerlo al servicio del hombre, no era para él una obra menos importante. Y esta nueva mesa en la que jugaba su juego estaba limpia- En ella no había mentira, ni engaso, ni hipocresía-

El otro juego estaba hecho para la decadencia y la muerte, mien tras que este otro garantizaba la fuerza pura y la vida.

Y así era feliz, con Dede h su lado, observando la marcha de los días y las estaciones desde su casita de campo colgada como un nido al borde del cañón; cabalgando en una mañana intensamente fría o bajo los ardientes rayos del sol de estío, albergándose en el gran aposento donde ardían los troncos colocados en la chimenea construida con sus propias manos, mientras afuera el mundo se estremecía y luchaba en la tormenta movida por un huracán.

Una sola vez le preguntó Dede si añoraba los tiempos pasados, y su única respuesta fué estrecharla entre sus brazos y sellarle los labios con un beso- Un momento después daba expresión a sus sentimientos-

-Mujercita, aunque me costaste treinta millones, eres la compra más económica que hice en mi vida.-.Y luego afiadió:-Sí, una sola cosa añoro, una cosa terriblemente grande: el no poder volver a cortejarte- Me gustaría poder volver a buscarte por las colinas de Piedmont, introducirme por vez primera en tus habitaciones de Berkeley. Y otra cosa lamento: el no poder abrazarte como aquel día en que te apoyaste en mí para resguardarte de la tormenta-

CAPITULO XXVIII

Un día, a principios de abril, Dede ¡se hallaba sentada en una mecedora, en el pórtico, cosiendo ciertas prendas de ropa diminutas, mientras Daylight leía a su lado en voz alta.

Era por la tarde, y un sol claro y brillante caía sobre un mundo de vegetación. Por los acueductos corría un torrente de agua regando los huertos, y de tiempo en tiempo Daylight interrumpía su lectura para alejarse corriendo a cambiar el curso del riego o demostrar un interés humorístico en la labor de su esposa, quien, radiante de felicidad, sonreía o se sonrojaba, confusa, cuando la broma era algo pesada.

Desde el asiento, ambos podían contemplar el mundo.

Semejante a la curva de una cimitarra, el valle de la Luna se extendía ante ellos, salpicado de granjas, campos de heno y viñedos. A lo lejos se elevaba la ladera del valle, cuyos múltiples accidentes conocían tan bien, y en un punto donde el sol batía de plano, el cúmulo de residuos blancuzcos de la mina abandonada lucía como un diamante. En el primer plano, en el prado y junto al pajar, "Mab", llena de ansiedades, vigilaba a su primer retofio, arrimado a ella, sobre sus patas vacilantes.

El aire ardía; era un día en que todo parecía tostarse bajo loo rayos del sol:

Se oía el grito de las codornices llamando a sus crías, detrás de la casa, y el dulce arrullo de las palomas, y de la espesura del cañón ascendía un rumor de gorjeos.

De repente la llamada en coro de las gallinas que comían el gra- no y un revoloteo de alarma, semejante a una nube negra, lanzó su sombra fugitiva sobre el terreno, rompiendo la paz del ambiente-

Aquello fué tal vez lo que despertó en " Wolf" sus dormidos instintos cinegéticos. , Al menos Dede y Daylight notaron cierta agitación en el prado, viendo reproducirse, aunque de modo que no era para causar alarma, la terrible y vieja tragedia del mundo inferior

Alerta, ágil y silencioso como un fantasma, ora deslizándose, ora arrastrándose, el perro, que era sencillamente un lobo domesticado, acechaba la presa palpitante, que para él representaba la potranca traída al mundo por "Mab". Y la yegua, despiertos también sus instintos salvajes, se interpuso, temblando de indignación, entre su potrillo y la bestia que amenazaba sus tiernos días, sabedora del terror que éste y sus hermanos lobos habían inspirado a los de su propio linaje.

Hubo un momento en que la yegua giró sobre sí misma tratando de dar una coz al perro, pero su defensa favorita consistió en golpearlo con las patas delanteras o lanzarse sobre él con las orejas gachas y la boca abierta, intentando romperle el espinazo; y el perro lobo, con las orejas también bajas, se agachaba y se escurría ágilmente, para volver a atacar al potrillo por otro lado, dando así a la yegua nuevos motivos de alarma.

Pero Daylight, a instancia de su esposa, llamó a 'Wolf" con voz de amenaza, y el perro, con el rabo entre las patas, temblando y arrastrándose, testimonió su humildad y sumisión al hombre, escondiéndose tras el pajar y renunciando a su presa. ,

Minutos después de este pequeño incidente, Daylight, suspendiendo la lectura para efectuar el cambio en el riego, descubrió que el agua no corría más. Cogió un pico y una pala, se puso al hombro un martillo y una llave inglesa, y se acercó a Dede, que seguía sea. tada en el pórtico.

-Me parece que es cuestión de bajar y desenterrar la cañeríale dijo.-Debe ser el desprendimiento de tierra que ha estado aranazando todo el invierno.

"No te quedes leyendo ahí-prevínole al pasar por delante de la casa para tomar la vereda que conducía a la ladera del cañón. A medio camino encontró el desprendimiento. Era asunto de poca importancia. Unas cuantas toneladas de tierra y trozos de roca, pero que, arrancando desde unos cincuenta pies de altura, habían caído sobre la cañería con fuerza suficiente para romperla en el empalme.

Antes de empezar a trabajar examinó con mirada de minero experto el sitio de donde procedía el desprendimiento, y al momento vió algo que le sobresaltó al extremo de optar por aplazar el trabajo para más tarde.

-¡Hola !-dijo.-¿ Qué veo aquí?

Con minucioso cuidado escudriñó la superficie rocosa y empinada, desde el pie hasta la cima y de izquierda a derecha. Aquí y allá, en diversos lugares, pequeñas manzanillas se agarraban difícilmente al terreno, pero en general, y haciendo caso omiso de algunas raíces y hierbas, aquella superficie del cañón aparecía pelada, mostrando trazas de haber recogido el depósito de las tierras arrastradas por las lluvias desde la parte superior.

-¡Un filón, o no sé lo que me digo !-proclamó en suave tono. Y del mismo modo que en el perro se habían despertado los viejos instintos de caza, en él vibraron entonces recrudecidos sus dormidos deseos de buscador de oro.

Arrojando hl suelo martillo y llave, pero sin deshacerse de la pala y el pico, trepó por las tierras desprendidas hasta llegar a un lugar desde donde podía distinguirse una línea vaga de rocas salientes, en su mayoría cubiertas de tierra. Apenas se notaba lo que era, pero su ojo experto no tardó en descubrir la formación oculta que aquello significaba.

Aquí y allá, a lo largo de aquella vena deleznable, atacó la roca con el pico, y con la pala parte de la tierra que la cubría. A unos doce pies más arriba repitió la operación, y esta vez dió un salto de sorpresa. Y entonces, cual ciervo en la acequia, atemorizado por sus enemigos, lanzó una mirada furtiva en torno suyo para cerciorarse de que nadie le observaba. Pero pronto se rió de su propio temor, volviendo a examinar el trozo de roca. Un rayo de sol le hirió haciéndole lanzar destellos para él inconfundibles.

-¡Y empieza en las mismas raíces!-murmuró clavando el pico en la tierra.

Parecía haber sufrido una transformación. Jamás coctel alguno había prestado tanto color a sus mejillas ni tanto fuego a sus ojos. Y mientras trabajaba, la vieja pasión que le

había gobernado durante la mayor parte de su vida, se adueñó de nuevo de toda su alma. Un deseo ardiente, que aumentaba por momentos, se apoderó de todo su ser. Trabajaba como un loco, hasta que el oansancio le hizo jadear y el sudor corrió por su frente hasta caer goteando al suelo.

Ansioso, examinó el sitio donde se había producido el desprendimiento. A medio camino, cavó de nuevo la tierra volcánica y rojiza que había descendido desde la colina en desintegración hasta que descubrió el cuarzo, cuarzo puro, que se deshacía en su mano, lo que demostraba estar saturado de oro nativo.

La violencia del esfuerzo que hacía provocaba a veces desprendi-mientos de tierra que le obligaba a limpiar de nuevo el terreno. En cierto momento resbaló en una extensión de cincuenta pies por la ladera del cañón; pero al instante se rehacía y, pateando y saltando, volvía h subir, sin detenerse siquiera a tomar aliento. Así llegó a encontrar cuarzo tan endeble como la arcilla y que contenía oro en mayor cantidad: un verdadero tesoro. Calculó que la vena o filón debía cubrir unos cien pies de la ladera. Y hasta subió a la cresta del cañón para ver si daba con el filón superficial; pero luego pensó que podía esperar y volvió hl sitio donde había hecho el hallazgo.

Reanudó el trabajo con la misma impaciencia febril hasta verse precisado a detenerse por el cansancio y con un agudo dolor de riñones, y al enderezarse tenía en las manos un trozo de cuarzo mucho más rico en oro que los anteriores. Al agacharse, gruesas gotas de sudor rociaban el suelo, pasando por sus ojos hasta cegarle. Se enjugó la frente y examinó el oro. Daría unos treinta mil dólares por tonelada, o cincuenta mil, o más, ¿quién podía saberlo? Y mientras miraba el ensueño que tenía en la mano, una visión del futuro cruzó su mente.

Vió el sendero que, partiendo del fondo del valle, se elevaba sobre los terrenos de pasto, sendero por el que él subiría para tender el puente que le llevaría hasta el cañón. Al otro lado emplazaría el molino y colocaría la cadena sinfín suspendida de un cable y movida por la fuerza de gravedad para transportar el mineral hasta las mismas máquinas trituradoras.

Toda la mina se ensanchaba ante él y bajo sus pies, con sus túneles, sus galerías, sus pozos y sus elevadores. Oía ya el vocerío y el ruido de los mineros y el estruendo de la maquinaria en acción. La mano con que asía el trozo de cuarzo le temblaba, y en la boca del estómago sentía una extraña sensación nerviosa y de cansancio. De repente dióse cuenta de que necesitaba beber... wihisky, cocteles, cualquier cosa con tal que fuera algo que beber. . entonces, mientras el apagado deseo de alcohol resucitaba en él, oyó, lejana y remota, subiendo del valle, la voz de Dede que llamaba sus polluelos.

-¡Chic... chic... chic!... ¡Chic... chic... chic ...!

Quedó sorprendido al recuperar la noción del tiempo. La había dejado cosiendo en el pórtico y ya estaba dando de comer a los polluelos, antes de cenar. La tarde se había ido. No podía concebir que hubiese permanecido tanto tiempo alejado de la casa.

De nuevo oyó la llamada: -Chic..- chic... chic...

La misma llamada de siempre: primero cinco, luego tres. Hacía tiempo que lo había observado. Y estos pensamientos relacionados con su esposa dieron lugar a otros que le hicieron aparecer el terror en el rostro. Le parecía que la había casi perdido. Ni un solo momento en aquellas horas de frenesí pasadas en la contemplación del oro había pensado en ella.

Dejó caer al suelo el trozo de cuarzo y emprendió el regreso corriendo velozmente. Al borde del raso se detuvo en un punto desde el que podía ver sin ser visto. Allí se encontraba ella, rodeada de sus polluelos, echándoles puñados de grano y riendo de sus bromas.

La vista de su mujer pareció aliviarle del pánico que le embargaba, y dando media vuelta retrocedió al lugar donde había encon. trado el filón. De nuevo empezó a trabajar febrilmente, pero esta vez con un propósito muy distinto, subiendo más alto y armándose del

pico y de la pala. Trabajaba hábilmente provocando desprendimientos sucesivos, que cubrían cuanto había descubierto, con el fin de ocultar a la vista el tesoro descubierto. Incluso fué al bosque, donde recogió brazadas de hojarasca seca del año anterior para desparramarla por la ladera. Pero juzgó que aquella labor era inútil, y provocó nuevos desprendimientos hasta no quedar rastro de la vena superficial puesta al descubierto.

Reparó la cañería, recogió sus herramientas y marchóse vereda abajo. Iba despacio, sintiendo un gran cansancio como el que acaba de salir de una terrible crisis. Dejó los útiles en el taller, bebió un gran trago de agua, que volvía a manar por el conducto, y se sentó en el banco, junto a la puerta de la cocina. Dede, en su interior, preparaba la cena, y el ruido de sus pasos le llenó de contento.

Daylight respiraba el aire embalsamado de la montaña como un buzo que acaba de salir del mar. Y mientras hacía profundas inspiraciones contemplaba con los ojos muy abiertos las nubes y el cielo, y el hermoso valle, como si quisiera hacerlos penetrar en sus pulmones junto con el aire.

Dede no sabía que había vuelto, y él la miraba a veces sin que ella lo notase, contemplando sus manos eficientes, el bronceado de su cabello castaño, que relucia como el fuego cuando cruzaba el paso de luz solar que penetraba por la ventana, la promesa de su rostro, que despertaba en él angustias extrañas y dulcísimas a la vez. La oyó aproximarse a la puerta y volvió la cabeza resueltamente, mirando el valle. Y en seguida se estremeció, como siem. pre, al sentir la suave caricia de sus manos en el cabello.

-No sabía que habías vuelto-dijo.-¿Era cosa seria?

-Bastante seria-contestó él con la vista aun fija en el valle y estremeciéndose de nuevo al contacto de sus manos.-Más seria de lo que suponía. Pero he resuelto el problema. ¿Sabes lo que haré? Voy a plantar eucaliptos en toda la ladera para que aguanten el terreno. Los plantaré espesos como la hierba, tan espesos que nin gún conejo hambriento podrá escurrirse entre ellos. Y cuando hayan arraigado no habrá fuerza en la creación que pueda mover esa tierra.

-¿Tan peligroso es? Daylight sacudió la cabeza.

-No es que sea tan peligroso, pero no quiero que un desprendimiento de tierra me venza. Voy a sujetar esa tierra de tal modo que no podrá moverse ni dentro de un millón de años. Y cuando suene el último toque de trompeta y la Montaña de la Luna vuelva a la nada junto con las otras montañas, ese desprendimiento permanecerá firme en su sitio, amarrado con las raíces de los árboles.

Pasó un brazo por la cintura de la joven, sentándola en sus rodillas.

-Escucha, mujercita mía. Me temo que, viviendo aquí, en el rancho, eches de menos muchas cosas, como la música, el teatro y otras cosas semejantes. ¿No sientes alguna vez deseos de abandonar todo esto y reanudar la otra vida?

Era su ansiedad tan grande al esperar la respuesta, que no se atrevía ni a mirarla, y cuando ella se echó a reír, manifestando su negativa con un gesto, Daylight exhaló un profundo suspiro de satisfacción, observando al propio tiempo la misma gracia juvenil en aquella risa infantil de los viejos tiempos.

-Escúchame-dijo con súbito arrebato.-No te acerques por los alrededores de ese desprendimiento hasta que hayan arraigado los árboles que me propongo plantar. Es un paraje peligroso y no puedo correr el riesgo de perderte Y ahora menos que nunca.

Y acercó sus labios a los de amada, besándola apasionadamente.

-¡Oh, cuánto amor !-exclamó ella, sonriente, orgullosa de él y de su propia femineidad.

-¡Mira, Dede!-prosiguió él, indicando con amplio movimiento circular del brazo el valle y las lejanas montañas.-¡El Valle de la Luna! Hermoso nombre, sí, muy hermoso. Guando lo miro y pienso en ti y en todo lo que representa, siento como un nudo en la

garganta y mi corazón rebosa de cosas que no sé explicar. Y en esos momentos casi llego a comprender a los grandes poetas como Browning. Mira Hood Mountain bañada por la luz del sol. Allí está el manantial que descubrimos juntos...

-Aquella noche en la que no ordeñaste las vacas hasta las diez -contestó ella riendo.-Y si persistes en detenerme aquí por más tiempo, ocurrirá lo mismo esta noche con nuestra cena.

Se levantaron y Daylight tomó el cubo de ordeñar que estaba colgado a un clavo en la puerta. Aun se detuvo un momento para contemplar el valle.

-¡Qué hermoso es!-murmuró.

-¡Hermoso de verdad !-respondió ella como un eco, riendo alegremente con él, consigo misma y con el mundo entero mientras franqueaban la puerta.

Y Daylight, como el anciano que una vez encontrara, bajó por la colina con el cubo en la mano, aureolado por los rayos del sol poniente.